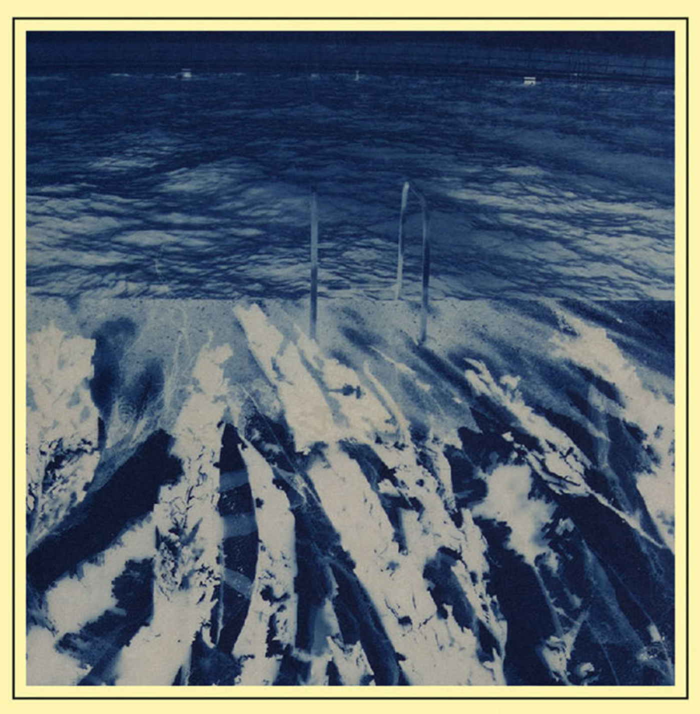
A. M. Homes

En un país de madres





Colección Compactos

Índice

Créditos

A mi madre, Phyllis Homes

Cámbiame a mí por él,
cambia mi Coca-Cola por ginebra,
cámbiate tú por mamá,
que al menos me lavará la ropa.

PETE TOWNSHEND

Libro primero

1

Jody estaba marcando el número cuando Harry se le acercó por detrás; oprimió con su grueso pulgar el soporte del teléfono y cortó la línea.

–De espionaje, nada –dijo.

–Iba a pedirle hora al psicoanalista. Tú me vuelves loca.

–Me halagas –dijo Harry. Recogió la moneda que el aparato devolvía y la dejó caer en la palma de la mano abierta–. Prueba otra vez.

Jody volvió a introducir la moneda y marcó. Se volvió para dar la cara a Harry. El cable metálico del teléfono, que era muy corto, se cerró en torno a su garganta. Más tarde descubriría que se le había quedado en el cuello una apreciable marca roja, como una cicatriz o como si alguien hubiese intentado estrangularla. Pero ahora, mientras esperaba que su llamada fuera atendida, ignoró la molestia y fijó su atención en Harry. Estaba obeso, hinchado como una ballena muerta, le empezaba el vientre en las clavículas y le bajaba casi hasta las rodillas, formando delante de él una compacta protuberancia. Sus carnosos y rosados labios se habían marchitado a consecuencia de la edad, tras demasiados años frunciéndolos para simular enfurruñamientos. Ella imaginaba que, al tacto, su piel sería fría y viscosa.

Cuando el contestador de Claire Roth emitió finalmente su pitido, Jody sonrió a Harry y dejó el siguiente mensaje:

–Hola, soy Jody Goodman, usted no me conoce. Tengo ciertos problemas en la toma de decisiones profesionales. –El rostro de Harry dibujó una expresión ceñuda–. Barbara Schwartz me dio su número. Creo que deberíamos concertar una cita. En horas de trabajo no se me puede localizar, pero el número de mi casa es el 5552102. Gracias.

–¿Recurres a la terapia de diván por mi culpa? –preguntó él cuando Jody hubo colgado–. Qué maravilla.

–Eres un pervertido –respondió ella, en voz lo suficientemente alta para que la oyese el personal que se movía a su alrededor.

–Y tú, niña buena –dijo Harry, ruborizándose–, debes de ser un ángel.

Le dio un beso en la frente y se alejó como a la deriva de regreso al plató.

Jody introdujo otra moneda en el teléfono y llamó a la oficina.

–Producciones Michael Miller, ¿puede esperar un momento?

–Soy yo –dijo Jody–. ¿Está él ahí?

–Un momento, por favor.

Hubo un zumbido, seguido de un chasquido indicador de que

Michael Miller levantaba su lujoso teléfono Lego.

–¿Qué? –dijo Michael.

–«¿Qué?» ¿No «Hola, ¿qué tal?»? O algo así –replicó Jody.

Silencio. Después de dos años como ayudante de Michael, Jody se había acostumbrado a sus silencios, única alternativa a la habitual trivialidad de su charla.

–Magnífico –continuó ella–. Supongo que cuando alguien está perdiendo millones de dólares, a lo primero que renuncia es a los detalles amables. En fin, él sabe que le estoy fiscalizando. Acaba de besarme en la frente. En el cabello me ha quedado una gotita de saliva; me parece que la noto.

–¿Y aparte de tu agravio personal?

–Se toma su tiempo. Vuelve sobre lo mismo una y otra vez. No hay la menor posibilidad de que termine en la fecha prevista.

–Hazme saber algo más en cuanto puedas. Tendré que tocar otras teclas para aportar más dinero. Oye, hablando de esto, ¿dónde ingresaste aquel cheque que venía de Europa?

–En la cuenta de producción. A propósito, me parece que he descubierto un secreto: antes he llamado pervertido a Harry y se ha ruborizado.

Colgó rápidamente, sin darle a Michael opción a responder.

–¡Cerradlo todo! –gritaban calle abajo los ayudantes de producción.

En cuestión de minutos se interrumpió el tráfico, los peatones se encontraron bloqueados por barreras, y un coche policial alquilado, entre aullidos de sirenas, apareció a la carrera desde una calle lateral, pasó ante la posición de la primera cámara, entró en Broadway con un amplio giro, bailoteó un poco frente a una batería de luces y una segunda cámara y luego, con un chirrido de neumáticos, se detuvo enfrente de Zabar's, la tercera posición. Un poli de pacotilla saltó del asiento delantero, abrió la puerta trasera, y se apeó una mujer envuelta en un grueso abrigo de lana, interpretada por la legendaria Carol Heberton.

–¿Desea usted algo? –dijo Jody, verbalizando las frases que pronunciaría la Heberton en sincronía con la acción–. No tardaré más de un minuto.

–¡Corten! –vociferó alguien por un megáfono–. ¡Otra vez, todos a sus puestos!

Jody se abrió paso entre la gente, calculando mentalmente el coste de una nueva toma. Película significaba dinero; su coste final estaba determinado por cualquier detalle.

Cuando se agachaba para pasar por debajo de una de las barreras, la detuvo un policía de verdad.

–Tendrá que cruzar por el otro lado.

–Me parece que no –dijo Jody, y siguió adelante.

El agente la agarró por el hombro y la retuvo hasta que un ayudante de producción acudió a rescatarla.

–Está bien –dijo–. Está bien, ella es del equipo.

Jody se sacudió el polvo del hombro.

–Harry anda buscándote –añadió el ayudante–. Ladraba «¡Niña buena, niña buena!» por el walkie-talkie de no sé quién.

–Magnífico –dijo Jody.

Se volvió a mirar la muchedumbre de curiosos, desocupados y gorrones, pensando en lo ridículo que era todo aquello. Producciones Michael Miller, alias Películas Olvidables. Ella había buscado aquel empleo con la idea de que si quería dedicarse al cine debía aprender algo del negocio. A lo largo de los dos años que llevaba allí, Michael no había hecho otra cosa que reunir dinero para que el viejo Harry Birenbaum, creador de epopeyas románticas seudoeuropeas, basura híbrida para algunos, pudiera demostrar su pulso en un nuevo género de películas, un género que tuviese potencial comercial y que, finalmente, recuperase todo el dinero que Michael había mendigado, obtenido en préstamo o conseguido por medios peores. Si la película fracasaba, Producciones Michael Miller se convertiría probablemente en Servicio de Mantenimiento Michael Miller:

LIMPIAMOS DESAGÜES.

Uno de los muchos desocupados salió de alguna parte y se escabulló rápidamente hacia la mesa de las provisiones. Jody observó cómo acumulaba plátanos, naranjas y manzanas en la curva del brazo. Se había hecho con una docena de piezas de fruta cuando un técnico le sorprendió: «¡Y ojo con volver por aquí!». La última naranja cayó al suelo, botó sobre la acera y se alejó rodando por la calzada.

Michael había persuadido a Jody de que se uniera al equipo de Harry durante el trabajo de localización en Nueva York, describiéndoselo como una ocasión única de ver en acción a uno de los grandes maestros. Hasta el momento, todo lo que ella había aprendido a base de observar al personaje era que quizá habría hecho mejor solicitando el ingreso en la Facultad de Derecho de la UCLA que en el departamento de cinematografía.

Jody llamó con los nudillos a la puerta del remolque de Harry, que lucía el rótulo de VESTUARIO para despistar a los fanáticos de las celebridades.

–Por favor –se oyó decir al director.

Se abrió la puerta y Karl, el ayudante de Harry, salió volando como si le hubiera disparado un cañón.

El propio Harry estaba sentado de lado ante la mesa, dado que su barriga le impedía alcanzarla si se sentaba de frente.

–Entra y almorzarás conmigo –dijo.

Jody no contestó.

–Bueno, entra. La puerta no puede quedarse abierta así. Alguien vendría a fisgar.

Jody subió al remolque y se sentó en el pequeño comedor frente a Harry.

–¿Cuál prefieres? ¿La A o la B?

El director accionó el mando a distancia de un equipo de televisión empotrado en la pared y pasó dos versiones en vídeo de la escena que habían rodado el día anterior.

La secuencia A carecía de interés, era aceptable pero aburrida, definitivamente no asimilable al género que la Academia seleccionaba para los Oscar. La toma B era típica de Harry, tan ajustada que las imágenes desbordaban el marco. En lugar de Carol Heberton vista desde cinco metros, allí estaba el ojo izquierdo de la Heberton: un sutil cambio en la pupila, una dilatación que registraba el hecho de que ella había visto algo, consciente o inconscientemente. Poner en juego lo conocido contra lo desconocido, aquello daba a Harry su fuerza y su poder.

–¿A o B? –volvió a preguntar.

Ella no quería responder. Harry era realmente, entre los cineastas, uno de los grandes, pero se estaba degradando. Sus últimas tres películas habían hecho perder una fortuna cada una, su fórmula de rodaje, con ensayo, toma y retoma, era tan cara que los productores huían de él como de la peste. Y, por otra parte, no era alguien a quien uno imaginase al timón de cualquier bobada de guardias y ladrones.

–Querida –dijo él–. ¿Tú quieres ser directora? Los directores toman decisiones.

–B –dijo Jody.

–¿Y por qué?

–Crea tensión, revela más sin descubrir nada. La otra toma es demasiado difusa, hay demasiadas cosas en segundo plano, el espectador se distrae.

–Por descontado, pequeña, por descontado. ¿Sabes lo que ha dicho ese chico que estaba aquí?

Jody movió negativamente la cabeza. Karl debía de tener como mínimo cuarenta años.

–Ha dicho A, porque Carol parece vieja en la toma B. Pues es vieja. Durante semanas me he estado esforzando en que tuviera exactamente ese aspecto, y de pronto el chico protesta. La vejez es bonita, ¿no?

–Adorable –dijo Jody, levantándose para marcharse.

–No se trata de un concurso de belleza –precisó él.

Alguien golpeó con los nudillos la puerta del remolque. Karl entró y depositó una inmensa bandeja de comida en medio de la mesa.

–Esto será todo por el momento –dijo Harry.

Después de que Karl diera media vuelta y se marchase, Jody dio también un paso hacia la puerta. Harry añadió:

–No esperarás que coma yo solo.

Jody se encogió de hombros y mintió:

–No soy adicta a la comida.

–Pues yo sí –replicó él.

Acto seguido Jody se sentó y observó a Harry engullir su almuerzo como un aspirador gigante, mientras ella pensaba en su propia vida, pasado, presente y futuro. Imaginó una secuencia rodada con grúa, que empezaría en el interior del remolque: Harry chupando los huesos de alguna criatura asada (pollo, cordero, niño); la grúa ascendiendo por el tragaluz para mostrar los platós exteriores: los técnicos que correteaban en busca de luces o extendían sus cintas métricas, el operador moviendo su cámara adelante y atrás sobre los carriles, la Heberton dedicada a ensayar insistentemente su parte del diálogo, los transeúntes pisándose unos a otros para acercarse más y ver mejor; y luego, muy distanciado ya el objetivo, un barrido hacia Michael, que masticaba números en su despacho y, delante, una vista aérea de Manhattan, Nueva York, en la distancia, la Tierra desde el espacio.

Cuando Harry terminó su almuerzo, Jody padecía unas náuseas infernales, en parte provocadas por la estampa del gran hombre con rojizas briznas de ensalada de col asomando por los ángulos de su gruesa boca y un amarillo sopapo de mostaza en plena mejilla, y en parte por el componente de ansiedad de sus propios pensamientos. ¿Quién creía ella que era para triunfar en aquella actividad, donde la receta del éxito parecía basarse en dosis iguales de arrogancia, idiotez y orgullo desenfrenado? Todo lo que ella estaba segura de poseer era curiosidad y una peculiar aunque modesta visión profesional.

Karl reapareció con una cafetera de gran tamaño y una bandeja de pastelillos. Jody bebió de inmediato cuatro tazas y se comió una docena de pasteles. Pasó el resto de la tarde deseando tener a su alcance un edificio convenientemente alto para arrojarse al vacío desde su azotea.

2

Entre un paciente y el siguiente, Claire dormitaba en el sofá de su despacho. Algo (quizá un sueño, el tintineo del teléfono o la voz de una mujer joven en el contestador) la despertó. Fuera lo que fuese, se produjo como un destello, una rapidísima electrización que la dejó con la sensación de haber sido arrastrada adelante y atrás a través del tiempo.

Se sentó, convencida de que algo horrible había ocurrido. Si no hubiese estado a la espera de un paciente, Claire se habría marchado a casa y examinado a sus hijos en busca de alguna señal de lesiones o enfermedades. Les habría dicho que abrieran la boca y dijeran «Ah» mientras ella les enfocaba la garganta con una linterna. Habría apoyado la oreja en su pecho, la mano en su espalda y les habría pedido que respirasen hondo. En lugar de hacer aquello, fue al escritorio y llamó a su domicilio.

–¿Todo bien? –preguntó a Frecia.

–Adam y yo estamos en la cocina preparando una tarta, Jake mira la tele –respondió la sirvienta con un confortante sonsonete.

–No dejes que se acerque demasiado al horno. Tiene la manía de mirar dentro.

–No se le incendiará la cabeza –dijo Frecia firmemente.

Llevaba años junto a Claire y estaba acostumbrada a sus temores.

El timbre del despacho de Claire emitió un zumbido.

–Sam ha llamado avisando de que no vendría a casa hasta después de las once –añadió Frecia.

El timbre volvió a sonar. A Claire le recordó las pruebas de alarma aérea que se efectuaban en la escuela elemental: el primer miércoles de cada mes, entre las once y las once y tres minutos de la mañana, sonaban las sirenas; sonaban mes tras mes, año tras año, y no obstante eran siempre una sorpresa. Miró por la ventana. Una mujer cruzaba la calle empujando un cochecito de niño. El semáforo estaba a punto de cambiar y un autobús forzaba la marcha para salvar el cruce. Claire contuvo el aliento hasta que la mujer y el cochecito estuvieron fuera de peligro en la otra acera.

–La visita de las cuatro espera –le dijo Claire a Frecia–. Nos veremos luego.

Oprimió el botón de apertura de la puerta y bajó al mínimo el volumen del contestador.

Hasta que hubo dado la bienvenida a su paciente de las seis no recordó que el teléfono había sonado durante su breve siesta. Trató de concentrarse en lo que el paciente le estaba diciendo, pero su mente continuó dando vueltas en torno a la llamada telefónica. Por alguna

razón pensaba que había sido de algún conocido.

–De veras es maravilloso que usted se limite a escuchar ahí sentada mientras yo charlo y charlo –decía el paciente–. Usted nunca me juzga. Me gusta eso. Gracias.

Los pacientes siempre expresaban a Claire su agradecimiento, siempre le decían lo maravillosa que era, cuánto les había ayudado. Y aunque ella apreciaba aquellas manifestaciones, los pacientes, de hecho, no contaban. No le daban las gracias a ella: se las daban a una parte de ella que, en relación con la suma total, no representaba mucho. Su agradecimiento estaba dirigido a la imagen que de Claire se habían formado. Si sus pacientes la conocieran de verdad, sospechaba Claire, no volverían nunca.

Sonrió y movió afirmativamente la cabeza.

–Le veré el jueves a la misma hora –decía cincuenta minutos después, levantándose para acompañar al paciente a la puerta.

Sola ante su escritorio, puso en marcha el contestador y escuchó.

–Hola, ¿cómo estás? –preguntó la voz de su amiga Naomi–. ¿Tenemos entradas para el teatro el sábado? Si tú tienes canguro quizá podríamos dejar a los niños en tu casa y nos costaría la mitad.

Claire hizo avanzar la grabación.

–Hola, soy Jody Goodman, usted no me conoce. Tengo ciertos problemas en la toma de decisiones profesionales. Barbara Schwartz me dio su número. Creo que deberíamos concertar una cita. En horas de trabajo no se me puede localizar, pero el número de mi casa es el 555-2102. Gracias.

Claire rebobinó el mensaje y lo volvió a pasar, escribiendo palabra por palabra lo que la mujer había dicho. Años atrás, cuando había instalado su primer contestador, Claire comenzó a transcribir los mensajes telefónicos de pacientes o presuntos pacientes. A su juicio, las llamadas estaban llenas de pistas: lo que quienes llamaban decían o no decían, el tono de su voz, la forma en que reaccionaban ante la grabadora. Nunca había hablado de aquello con nadie. Las transcripciones podrían haberse interpretado como un hábito peculiar, de un género que solo un psiquiatra tendría.

Durante la sesión, aun escuchando con tanta atención como podía, a Claire le parecía que, sin embargo, no oía nada. Escribir le daba la sensación de que estudiaba algo, de que lo hacía tangible. Si hubiese considerado que sus pacientes lo aceptarían, habría grabado sus sesiones. Pero entonces las grabaciones, simplemente, habrían estado allí, guardadas en un armario que se habría visto obligada a mantener cerrado con llave. Terminada la terapia, ¿qué debería hacer? ¿Entregar las grabaciones al paciente? ¿O se esperaría de ella que las borrase, como si la persona no hubiera existido?

Marcó el número de Jody Goodman. Otro contestador le respondió,

y en el momento en que Claire iniciaba su mensaje alguien cogió el teléfono y dijo:

–¿Hola? ¿Hola?

–Desearía hablar con Jody Goodman –dijo Claire.

–Soy yo.

–Me llamo Claire Roth. Tengo una llamada suya.

–Oh, hola –dijo Jody–. Lamento que mi mensaje de antes sonara un poco raro. Tenía a mi jefe en el hombro. Literalmente.

Claire no dijo nada.

–Creo que debería concertar una cita con usted –añadió Jody.

–¿Podría decirme el motivo?

–Graduación universitaria.

Una respuesta escueta. Aquella persona no declaraba haber visto elefantes de colores desfilando por Broadway. No decía que su novio había amenazado con matarla y acababa de salir a comprar una pizza pero volvería en cuestión de minutos. En otras palabras, no se trataba de una emergencia. Claire se distendió. Detestaba hablar con extraños.

–¿De qué conoce a Barbara Schwartz? –preguntó.

–Era mi terapeuta.

–¿Hace mucho tiempo?

–Dos años. Lo dejé cuando vine a vivir a Nueva York.

–¿Le parece bien venir mañana? Podría verla a las doce y media.

–Sí, claro. Creo que funcionará.

–Hasta mañana entonces –dijo Claire, y cortó la comunicación.

Sus dedos pasaron rápidamente las fichas del Rolodex; encontró el número de teléfono de Barbara Schwartz y comenzó a marcarlo, pero se contuvo antes de terminar. No quería que las impresiones de otra persona interfiriesen con las suyas. Si necesitaba hablar con Barbara, lo haría después.

Barbara Schwartz. Siempre que el pasado se cruzaba con el presente, Claire se ponía nerviosa. Veía durante todo el día lo que era la memoria para los seres humanos: el vertedero de los malos sentimientos y de los momentos difíciles, movidos y removidos y vueltos a remover hasta dejarlos pulidos y lisos como esas piezas de vidrio que se encuentran en la playa. Cuando a Claire se le ponían feas las cosas, Sam intentaba que se sintiese mejor, diciéndole: «Lo pasado, pasado está. Míralo de este modo: si tuvieras que volver a hacerlo, lo harías de manera diferente, ¿y quién no?». Claire lo aceptaba. Aceptaba lo que había pasado con el tipo de resignación que en cierto modo se esperaba de ella. No había motivo para discutirlo. Lo pasado, pasado estaba. El ayer era el ayer.

Barbara Schwartz, una inmigrante de Tucson, Arizona. «La única judía del Oeste», como se calificaba a sí misma. Mil novecientos sesenta y siete. La pequeña Barbie en Baltimore, con su largo y

encrespado cabello castaño teñido de rubio. Una entre varias casas alineadas, subdividida en apartamentos; Barbara, la joven asistenta social que ejercía su primer trabajo de adulta, en la planta baja, y Claire, desamparada, arriba. Barbarella Schwartz, que tomaba prestados los suéteres de casimir de Claire para salir con sus ligues. Claire se los dejaba sin importarle que volvieran a sus manos con manchas o quemaduras de cigarrillo. En cierta manera, que sus suéteres salieran con ligues también contaba para Claire. Sentada ante el televisor, esperaba que su suéter volviera a casa. Y cuando volvía, Claire trasladaba a su cama el contenido del frigorífico y ella y Barbara veían, acostadas allí, la película de madrugada y hacían comentarios aviesos sobre los hombres. Fue una de aquellas noches cuando Claire estuvo a punto de revelarle a Barbara su secreto: la peor cosa, con mucho, de un hombre, la razón de que ella estuviese en Baltimore. Pero se acobardó en el último instante, temerosa de que la historia arruinase su amistad.

Desde Baltimore habían pasado más de veinte años. Claire llegó allí casi un año antes que Barbara y se quedó otros dos años después de la marcha de esta. Durante todo ese tiempo, la totalidad de los cuatro años, había esperado en aquel mismo apartamento, confiando secretamente en que de un modo u otro, porque ese era su deseo, se desharía lo hecho. Solo con que esperase el tiempo suficiente.

Fue en 1966 cuando el padre de Claire salió tempestuosamente de su típica casa suburbana, en Virginia, vociferando «¡Hay que hacer algo! ¡Esto ha de acabar!», mientras Claire, acostada en su cama, niña por última vez, contemplaba los muebles lacados de blanco. Imaginó a su padre yendo en busca del veterinario local para que le diese aquella inyección que hacía dormir para siempre a perros y gatos enfermos o viejos. Imaginó que ella no llegaría a vieja. Su madre entró en el cuarto y, sin decir palabra, comenzó a hacer las maletas con las cosas de Claire, más alguna que otra pieza de su propio vestuario como obsequio. Cuando su padre regresó, Claire salió en pos de sus maletas camino del coche, y en silencio emprendieron la marcha. Era de noche cuando el coche se detuvo ante la casa de Baltimore, un lugar que igualmente podía haber estado en la luna, dado que Claire jamás lo había visto. Su padre subió por la escalera con el equipaje, abrió la puerta del apartamento y metió dentro las maletas.

–Aquí tienes –dijo, entregándole las llaves y un sobre con el membrete del banco–. Procura que te dure. No tenemos recursos para afrontar ciertas cosas.

Su padre partió al volante del coche y Claire le vio alejarse desde la ventana, atónita, muda.

Que ella supiera, ningún miembro de su familia contó aquello a nadie. Su madre dijo una vez que, si alguien le preguntaba,

respondería: «Se ha ido al Goucher College a estudiar literatura inglesa»; algo que Claire habría hecho con sumo gusto, suponiendo que en Goucher aceptasen estudiantes embarazadas.

Sonó el teléfono en el momento justo en que Claire se ponía la chaqueta, a punto de salir del despacho.

–Ya sé que hemos de vernos el domingo, pero, ¿qué tal si cenáramos juntas esta noche? –preguntó su amiga Naomi–. He llamado a tu casa y Sam no llegará hasta tarde.

–No he puesto un pie en casa en todo el día –dijo Claire.

–¿Qué importa una hora más?

La hora de oro, la diferencia entre la vida y la muerte para pacientes traumatizados.

–De acuerdo –dijo Claire–. Llegaré en diez minutos.

No necesitaban ni mencionar el lugar de la cita: siempre se reunían en la misma cafetería italiana de la calle Thompson.

–Mi familia –dijo Naomi– me vuelve loca.

Aunque Claire nunca se lo había comentado, Naomi era su alter ego. Hacía y decía todas las cosas que Claire solo era capaz de imaginar.

–Tengo ganas de echar a correr –añadió Naomi–. Querría simplemente decir adiós, coger la puerta y fuera. Muchas veces miro a Roger y me pregunto por qué. ¿Por qué hice una cosa semejante? ¿Por qué me casé? Es como tener un cuarto hijo. Si me hubiera quedado soltera y hubiese adoptado un niño, por lo menos estaría sola cuando me meto en la cama por la noche. No hay escapatoria. O son sus hijos o es él.

Claire asintió. Enroscó un poco de pasta en el tenedor y se la deslizó en la boca. Sonreía.

–No tengo donde refugiarme para disfrutar de un minuto de silencio. He empezado a esconderme en la cocina. Estoy allí toda la noche y voy quemando cosas que huelen fatal, a ver si así me dejan sola.

–Mala señal –dijo Claire, limpiándose la salsa boloñesa de los labios–. ¿Porqué no te marchas un fin de semana?

–¿Sola?

–¿Por qué no?

–¿Y qué haría? ¿Con quién hablaría? Acabaría encerrada todo el tiempo en la habitación del hotel.

–Ve a uno de esos sitios de alojamiento y desayuno, en el campo, o busca algo en la playa. En Montauk hay un balneario donde te dan masajes y unos baños de lodo con hierbas.

La pareja sentada a la mesa que tenían detrás discutía sobre algo increíblemente estúpido, destruyendo su relación porque ambos

componentes estaban resueltos a ganar. Mientras comía su pasta, Claire se dio cuenta de que si ejerciera su oficio de verdad, si se volviese y diera una explicación a aquellas personas, su trabajo no terminaría nunca.

–No es por cambiar de tema, pero, ¿puedo hacerte una pregunta que no tiene nada que ver con lo que estamos hablando?

Claire asintió.

–¿Cómo consigues hacer eso con tu pelo? –preguntó Naomi–. ¿Usas algún truco especial?

Claire se llevó una mano al cabello, que llevaba recogido en un moño alto.

–Horquillas ocultas –dijo–. Cualquier día te lo enseñaré.

–¿Hay alguien en casa? –preguntó Claire al abrir la puerta de entrada. El televisor sonaba a todo volumen–. Hola... ¡hola!

Tomó nota mentalmente de hablar con Frecia del tema de la televisión. Colgó el abrigo, echó una mirada al correo y pasó a la sala de estar. Adam estaba acurrucado en el sofá con su conejo de peluche. Llevaba el cabello todavía mojado del baño y parecía cansado, como si se recuperase de algún esfuerzo. Jake, sentado a su lado, tenía los ojos fijos en el televisor. Frecia estaba en el extremo opuesto del sofá, doblando la ropa seca y apilándola sobre la mesa del café. Claire se dirigió a Adam y le besó en la frente. Dejó los labios sobre su piel más tiempo del necesario, mientras dudaba sobre si debería o no tomarle la temperatura.

–¿Qué tal el día? –preguntó.

No contestó nadie.

–¿Alguna llamada?

Frecia movió negativamente la cabeza. Claire cogió el mando a distancia y apagó el televisor.

–Mamá, es la media parte –dijo Jake, mirando todavía la pantalla.

–Lo siento –dijo ella–. ¿Habéis hecho los deberes?

Por mucho que deseara dejar solos a sus hijos, permitirles vivir sus propias vidas, no podía. Los dos se despatarraban en cualquier parte como objetos inertes, como globos desinflados. Ninguno de los dos era capaz de concentrarse en algo por más de un minuto. Ella estaba convencida de que se trataba de un defecto de nacimiento que con el tiempo se agravaría, de modo que cuando tuvieran dieciocho años, cuando el resto de los chicos entrase en la universidad, a los suyos debería internarlos en alguna institución. Ella y Sam emprenderían una nueva vida, adoptarían niños de algún país lejano devastado por la guerra y los criarían con entrega plena, rodeándolos de amor. Los domingos, ella y Sam, con los nuevos hijos, harían largos viajes en coche hasta la distante institución donde sus antiguos hijos

haraganearían repantigados en sofás tapizados de plástico como protección contra sus babas caídas.

–¿Habéis hecho los deberes?

Jake se encogió de hombros. Estaba en sexto grado, cuando el trabajo en casa empezaba a tener cierta importancia. Le era absolutamente imposible comprender que el volumen y la dificultad de aquellas tareas aumentarían progresivamente a lo largo de los siguientes quince años hasta que, como remate, se le exigiría que escribiese una tesis. Sin ello, la escuela, sus padres y sus amigos le abandonarían y le dejarían que se las arreglase solo en un mundo donde la gente trabajaba de verdad para ganarse la vida.

–Coge tu libro y tráelo aquí ahora mismo.

Jake se limitó a mirarla con unos ojos turbios, como recubiertos por una extraña película. Ella imaginó que los diarios del día siguiente difundirían la noticia: DESCUBREN QUE LA TELEVISIÓN PROVOCA CEGUERA Y RETRASO MENTAL. EFECTO A LARGO PLAZO SIMILAR AL ENVENENAMIENTO PROGRESIVO POR PLOMO.

–Tú –le dijo a Adam– te vas a dormir.

–No, no voy.

–Sí, sí vas.

Jake sacó su libro de texto de entre los cojines del sofá.

–Toma –dijo, tendiéndoselo a Claire.

–No es para mí, guapo. Ábrelo y ponte a trabajar.

Claire levantó a Adam del sofá y lo llevó al cuarto de los chicos. Los juguetes crujieron bajo sus pies apenas cruzó el umbral de la puerta. Accionó el interruptor de la luz. Todas las malditas piezas de plástico moldeado que sus hijos poseían estaban dispersas por el suelo.

–¿Qué ha pasado aquí? –inquirió Claire.

–Jugábamos –dijo inocentemente Adam.

Su tono apacible lo salvó. Ella se abrió camino a puntapiés hasta la cama y acostó al niño. Luego le leyó rápidamente un cuento y apagó la luz. Mañana le recordaría a Frecia que recordase a su vez a los niños que recogieran sus juguetes.

–Me encuentro mal –dijo Adam, justo cuando Claire llegaba a la puerta.

–Duérmete –susurró ella.

–Pero me encuentro mal.

–Cierra los ojos y piensa qué día tan bonito será mañana.

Cerró suavemente la puerta. Adam comenzó a llorar. ¿Qué pasaría si ella volvía a abrir la puerta? Adam tendría cuarenta años y todavía viviría en casa. Si la dejaba cerrada, se convertiría en un asesino múltiple.

Se quedó escuchando al otro lado de la puerta. El llanto cesó y hubo un sonido horrible, la combinación de gruñido y rugido sofocado

de un niño que vomitaba. Claire abrió la puerta y encendió de nuevo la luz. Adam estaba sentado en la cama, con la colcha, el pijama y el conejo de peluche cubiertos de vómito.

–Oh, cariño –gimió Claire.

Corrió a buscar una toalla limpia al cuarto de baño. Despojó a su hijo del pijama y regresó al baño transportando cuidadosamente el pijama, la colcha y el conejo. Metió las ropas en una bolsa de plástico, colocó el conejo de peluche en la pila del lavabo y abrió el grifo del agua.

–¿Frecia? –llamó. Frecia compareció ya con el abrigo puesto–. ¿Querrás hacerme un favor cuando salgas? Mete esto en la máquina de lavar, abajo. Encima de mi tocador hay monedas.

–Las hemos usado hoy para el autobús.

–Busca en mi bolso, entonces.

Frecia cogió el bolso.

–Hasta mañana –dijo.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Jake, irrumpiendo a la carrera en escena cinco minutos después de los hechos y reforzando la idea de Claire de que, cuanto mayor se hacía, más tardo y tonto se volvía–. Ah, qué peste –añadió–. Yo no pienso dormir aquí.

Adam rompió otra vez a llorar.

–¿Has terminado los deberes? –Jake respondió con un movimiento de cabeza a la pregunta de su madre–. Pues ve enseguida a bañarte.

–Mierda –dijo el chico.

Aquel lenguaje no era propio de Jake. El principio del fin: por la mañana se presentaría a desayunar con un Camel sin filtro colgado de la comisura de su boca de once años.

–Haré ver que no te he oído –dijo Claire. Como si Adam fuera capaz de explicarlo, le preguntó–: ¿Por qué has vomitado?

–Ha comido masa cruda –anunció Jake–. La masa que Frecia preparaba para la tarta, antes de que la cociese. Yo también he comido. Oh, Dios mío. –Se oprimió el estómago con las manos y por un instante asustó a Claire–. Me parece que también vomitaré.

Jake fingió que vomitaba encima de Adam, con gran contento por parte de este.

–Quiero mi conejo –declaró Adam a continuación.

–Primero tengo que limpiarlo –dijo Claire, lo que motivó que Adam rompiera nuevamente a llorar.

Ella cambió las sábanas de la cama y después fue al cuarto de baño a limpiar el conejo. Desde allí oyó a Sam introducir la llave en la cerradura, y segundos más tarde cómo se quitaba los zapatos en el recibidor para que el sonido de sus pasos no despertara a los chicos.

–¡Estamos aquí! –gritó Claire.

Sam avanzó inseguro, sin zapatos, hasta el dormitorio.

–¿Ocurre algo especial?

–He vomitado –dijo Adam.

–¿Ah, sí? Qué maravilla de chico. A mí también me gustaría vomitar.

Sam se sentó en el borde de la cama de Adam y se quitó la corbata y la camisa, que Adam se puso inmediatamente.

–Dios, soy feliz –dijo Sam.

Se rascó con los dedos el tupido vello del pecho. Se desabrochó el cinturón, tiró de este para sacarlo de las presillas y lo dejó caer al suelo. Adam se puso de pie encima de la cama, haciendo posturas vestido con la camisa de su padre. Sam intentó atraparle.

–No empieces o volverá a vomitar –le advirtió Claire.

Le fastidiaba que Sam volviese a casa excesivamente jovial después de un día largo y duro. Cuanto peor andaban las cosas, más se animaba. A ella, inicialmente, aquel rasgo de su carácter le había gustado, y todavía le gustaba en ocasiones, pero en circunstancias normales su impresión era que tanta sonrisa y tanta broma podían hundir a cualquiera en la miseria.

–¿Quieres decir que si juego contigo vomitarás otra vez? –preguntó Sam a Adam–. Si te toco aunque solo sea por un segundo, si te abrazo, ¿vomitarás?

Adam asentía, reía, hacía muecas.

Claire estaba segura de que, de no haberse encontrado ella presente, Sam habría empezado a hacerle cosquillas al niño. Lanzó a su marido una mirada ceñuda, se marchó al cuarto de baño, limpió el conejo y lo colgó de las orejas en un sitio donde Adam pudiese verlo desde la cama.

–Mañana lo tendrás a punto. Ahora vamos a ponerte un pijama limpio.

Adam movió negativamente la cabeza y tiró de la camisa de su padre, que le llegó hasta los tobillos.

–Ya tengo una camisa de dormir –dijo.

–Sin la corbata –replicó Sam, quitándosela por encima de la cabeza.

Claire dio las buenas noches al niño con un beso.

–Vaya, me arrepiento de no haberte hecho caso cuando has dicho que te encontrabas mal.

–Te he avisado –se ufanó él, mirando a su padre en demanda de confirmación.

Sam cruzó los brazos sobre el pecho.

–Sí, te ha avisado –dijo.

Claire sabía que Sam bromeaba, pero sintió como si él y los chicos se confabularan contra ella. A fin de cuentas ellos eran tres, y ella estaba sola. Además, ella era su madre, la esposa de Sam, la persona

que les cuidaba. Deberían ser más buenos y delicados con ella.

–Ya sé que lo has hecho, cariño –dijo Claire–. Repito que me arrepiento. Que duermas bien.

Salió del cuarto y dejó que Sam arropara a los dos niños.

En el dormitorio principal, y a pesar de que ansiaba derrumbarse en la cama, primero se entretuvo un poco en el lavabo y repasó mentalmente su agenda del día siguiente. Una paciente nueva. Una expaciente de una antigua amiga, de una colega. Le convenía tener buen aspecto, no fuera que la mujer comentase con la colega su entrevista.

Claire solía considerar que la buena apariencia inspiraba confianza, daba la impresión de que la o el psicoanalista podía realmente hacer algo por sus pacientes; si no librarles de su ansiedad, por lo menos mejorar su sentido del estilo personal. Sin embargo, su criterio a este respecto se había debilitado un poco y pensaba que un vestido impecable incitaba a los pacientes a una relación competitiva con su terapeuta. Su teoría actual era que una analista bien vestida parecía superior y en consecuencia, si el paciente era otra mujer, provocaba un efecto depresivo. Por aquellas fechas Claire se vestía como si saliera a almorzar con una amiga: refinada, pero informal; accesible era como le habría gustado definirlo. Eligió una falda negra muy corta y una blusa de seda, las colgó de la manija de la puerta y buscó las medias adecuadas. Sabía que el conjunto podía ser considerado inaceptable, sexualmente provocativo; pero si tenía las piernas largas, ¿por qué no exhibirlas? Además, era tarde, estaba exhausta y, lo más importante, no encontró otras prendas limpias.

3

Hacia las doce del día siguiente, mientras Harry estaba inmerso en un debate con el encargado de efectos especiales sobre el delicado arte de producir falsas salpicaduras de sangre, Jody se escabulló del plató.

–Tengo, esto..., una cita –le murmuró a Karl–. Volveré en cosa de hora y media.

Calculaba unos cincuenta minutos con la psicoanalista y cuarenta más entre ir y volver.

–Entendido –dijo Karl, guiñándole un ojo.

Jody se alejó caminando en línea recta por Broadway; dejó atrás la librería donde estaban filmando, los camiones y remolques de producción, saludando a derecha e izquierda, diciendo «Hola» y «Buenos días». Cuando se encontró en terreno libre paró un taxi. A los pocos segundos se encontraba atrapada en el tráfico.

Era como si todo Manhattan se hubiera volcado en las calles: se habría dicho que la ciudad entera avanzaba en fila, paso a paso, deteniéndose a intervalos, como si bailara al ritmo de una melodía soul. Jody consultó su reloj. Debió haber tomado el metro, pero la última vez que lo hizo había ocurrido algo horrible: el convoy arrolló a un hombre y se mantuvieron cerradas las puertas de los vagones hasta que acudió la policía. Jody se vio obligada a esperar sentada mientras el hombre lanzaba gemidos ininteligibles, caído en la vía exactamente debajo de ella.

El despacho de la analista estaba en la Sexta Avenida, cerca de Houston, a una distancia de setenta y pico manzanas del escenario del rodaje y a unas quince del apartamento de Jody. Esta comprendió que llegaría irremediablemente tarde. Contó los dos minutos y cuarenta segundos que perdió luego esperando el ascensor, trató de calcular cuánto le costaría aquella simple estancia en el vestíbulo.

Mientras subía, distrajo su impaciencia preguntándose cosas como: «¿Todos los despachos del edificio corresponden a psicoanalistas? ¿Están majaras todas las personas que hay en este ascensor?».

En el tercer piso localizó el despacho de Claire y presionó el interruptor que lucía el rótulo ROTH.

–Hola –se oyó decir a alguien por el pequeño altavoz que se veía en la pared.

Jody pensó en no entrar, no encontrarse cara a cara con Claire Roth sino mantener la conversación desde allí, desde el pasillo, dialogando con una voz incorpórea como si hablase con el Mago de Oz.

–Soy Jody Goodman.

La cerradura de la puerta se abrió con un zumbido casi jocoso.

Jody asió el pomo y empujó.

La sala de espera era larga y angosta, con tres puertas y varias sillas en los espacios entre estas. Jody se sentó en la silla más próxima a la puerta de entrada, insegura sobre si debía sentarse en alguna en particular, ¿quizá la más cercana a la puerta correspondiente a su analista? Aquello tenía todo el aspecto de un rompecabezas, un test diseñado para revelar algo significativo sobre la psique de Jody. Esta sintió que la acometía el prurito de levantarse, regresar en metro a su punto de origen y llamar más tarde aduciendo haber recordado de pronto que había dejado el horno encendido y que por ello tuvo que volver precipitadamente a casa. «¿Reprogramar la cita? Bueno, estos días estoy muy muy ocupada. Oh, aquí tengo otra posible excusa. Me largo.»

En el suelo había dos ruidosos aparatos que llenaban la sala del apremiante rumor del aire impulsado mecánicamente. Jody se enorgulleció de saber que eran parte de la tecnología psiquiátrica, ruido blanco. Sonaban como monótonas e insistentes aspiradoras. Jody cerró los ojos e imaginó que se acercaba una a la oreja, como si fuera una caracola marina. Más de una vez, cuando ella y Barbara alcanzaban puntos sensibles en el curso de lo que Jody llamaba sus «negociaciones», había deseado inclinarse hacia la psicoanalista y advertirle:

–Tus sonorizadores no sirven para una mierda.

La puerta del extremo de la sala se abrió.

–Nos veremos el jueves –dijo una voz suave.

Incapaz de decidir entre mirar a la terapeuta o a la paciente que salía, Jody permaneció en silencio.

–Hola, soy Claire –dijo la mujer tendiendo la mano.

Jody se la estrechó, preocupada por si captaría su temblor o la notaría sudorosa.

–Hola.

–¿Quieres pasar, por favor?

«Debo de estar loca», pensó Jody en el momento de cruzar el umbral del despacho. Vio en este estantes de libros, del suelo al techo, una antigua mesa escritorio de madera, un sofá tapizado en cuero, una mesita con la imprescindible caja de pañuelos de papel y una silla de brazos. Claire se sentó en la silla, Jody en el sofá. Era natural, era obvio.

–Bien –dijo Claire, tomando un grueso bloc de notas de papel amarillo y apoyándolo en su regazo–. ¿Qué es lo que ocurre?

–Yo, en realidad, no debería estar haciendo esto –dijo Jody con una risita–. Acabo de escapar del rodaje de una película, y viniendo aquí, sentada aquí, tengo la sensación de que la película sigue.

Calló. Habían transcurrido dos segundos. Jody no podía imaginar

que aquello hubiese de durar una hora. Reinaba el silencio. Jody miró a Claire y observó que llevaba una falda muy corta. Nunca había visto una psicoanalista en minifalda. Confiaba en que sería una buena señal.

–Tú pediste la entrevista –dijo Claire–. Algo tendrías en mente.

A Jody le pareció que estaba representando el papel de paciente de Claire. Transcurrida la hora, igual que un director de reparto o un agente teatral, Claire se levantaría y diría: «Mira, todo eso es muy interesante, pero la verdad es que yo no trabajo con personas como tú».

–Por teléfono dijiste que tenías ciertas dificultades en la toma de decisiones respecto a tu carrera profesional. ¿Te gustaría hablar de esto?

Jody volvió a reír, aunque lo que le salió fue una especie de bufido.

–Desde siempre, que yo recuerde, he querido estudiar cinematografía en la UCLA, así que este año solicité el ingreso y me admitieron. Y ahora, de pronto, no estoy segura.

Jody deseaba gustar a Claire, tenerla de su parte. Temía decir algo sobre su propia persona que pareciese demasiado terrible, demasiado complicado. Quería que Claire la considerase una muchacha sencilla.

–¿O sea, que te has asustado? ¿Es ese el problema?

Naturalmente que era el problema, o por lo menos parte de él. Pero no estaba preparada para hablar de ello, de modo que optó por bromear:

–No me atrevo a asegurar que sean los cursos de cinematografía lo que me asusta. Pienso que es haber conseguido llegar allí como volando. Antes me gustaba. ¡Al aire, pajarita! ¡Arriba! ¡Victoria!

Era la primera sesión y Jody cantaba a pleno pulmón, simulaba unas gafas con los dedos y se las pegaba a los ojos, hacía muecas.

Claire le sonreía.

–Eres muy cómica. Eso es estupendo.

Y no solo comprendía: la apreciaba, la aprobaba. Jody tuvo una sensación increíble; tuvo la sensación de que podía relajarse, podía confesar todo lo que nunca había sido capaz de contarle a Barbara, las mil cosas que nunca había contado a nadie, absolutamente todo.

Cerró los ojos y se vio a sí misma como un as de la aviación en la Primera Guerra Mundial. Volaba rumbo a Los Ángeles vestida con una cazadora de cuero y con las gafas puestas, al cuello un pañuelo de seda que aleteaba hacia atrás, dándole a su madre en el rostro. Su madre se cubría la cabeza con una caperuza de cuero, llevaba unas gafas enormes y constantemente gritaba instrucciones al oído de Jody. Sus instrucciones se basaban en un viaje que había hecho a California en autobús treinta años antes.

–¿Existe algún otro motivo que no quieras reconocer? –preguntó

Claire–. ¿Tienes novio?

–No –dijo Jody.

–¿Quieres tenerlo?

La pregunta parecía extraña.

–¿Tú los proporcionas? –preguntó Jody.

Claire rió. Por el cariz que aquello tomaba, al final de la sesión Jody podía conseguir en exclusiva el protagonismo televisivo de «La Hora de la Comedia».

–¿Qué me dices de tu familia? –inquirió Claire.

Jody enarcó las cejas. La analista insistió:

–¿Quién hay en tu familia?

Estrambótica frase: como si Claire le pidiera nombres famosos, supongamos Clark Gable y Rock Hudson.

–Tengo una madre, un padre y un abuelo –dijo Jody, perpleja.

–¿Cómo son?

–Bueno… –Jody optó por la provocación–. Mi tía era Lucille Ball, ya sabes, la de la tele. Para mi madre fue muy duro no ser la hermana más graciosa. –Jody vio que Claire anotaba algo en su bloc–. Eso no lo escribas.

–No lo escribo –dijo Claire, alzando la vista.

–¿Por qué no?

–Tú no te pareces en nada a Lucy.

–Soy adoptada –dijo Jody, y la expresión de Claire cambió–. Mi tía y yo estábamos muy unidas.

–Lo que me gustaría hacer –dijo Claire– es hablar contigo dos o tres veces; después tendré una visión más clara de las cosas y podremos decidir adónde vamos a partir de ahí. ¿Te parece bien?

Jody asintió, aunque detestaba aquella parte: los negocios antes que el placer.

–¿Qué clase de trabajo haces?

–Estoy en una productora cinematográfica.

–¿Te ayudan tus padres?

–Un poco.

–¿Puedes permitirte pagar noventa y cinco dólares por hora?

Jody movió afirmativamente la cabeza.

–¿Estás segura?

Jody volvió a asentir. Notaba algo en Claire que la inducía a pensar que, aun en el caso de que no pudiera permitírselo, la analista no la rechazaría. Encontraría alguna manera.

Claire tomó su agenda y consultó unas páginas.

–¿Puedes venir pasado mañana a la una?

–¿Tienes alguna hora libre más tarde?

–¿A las tres?

Jody asintió.

–Nos veremos entonces –dijo Claire mientras se ponía en pie.

Jody se resistió a creer que la sesión hubiera terminado. Cierto que ella se había retrasado unos minutos, pero aquellos debían ser los cincuenta minutos más cortos de la historia.

–¿Qué hora es, por favor? –preguntó, levantándose también.

–La una y treinta y cinco. Nos hemos pasado un poco.

–Vaya.

–Hasta el jueves –dijo Claire.

Acompañó a Jody a la puerta y la cerró a sus espaldas.

En lugar de esperar el ascensor, Jody corrió escaleras abajo, paró un taxi y regresó al escenario del rodaje sin más demora.

Alguna extraña magia primordial había hecho su efecto. Jody se reintegró al trabajo con más energía de la que recordaba haber tenido nunca, tanta como para llegar a alarmarse un poco.

–Ahhh –dijo Harry, que acababa de sostener una breve conferencia con uno de los técnicos de iluminación–. Te he echado de menos a la hora del almuerzo.

Jody estaba junto a la mesa de las provisiones y en aquel momento untaba con crema de queso una rebanada de pan. Se ruborizó, tomó un bocado y levantó la vista.

Harry tendió la mano, limpió con el dedo una pizca de crema de queso que ella tenía en la cara y se metió el dedo en la boca.

–Un día de estos deberíamos cenar juntos –dijo.

Jody no contestó. Masticaba. Otro de los técnicos de iluminación llamó a Harry para que examinase alguna cosa, y Jody se escabulló por la esquina en busca de una cabina telefónica.

–¿Qué se cuenta por ahí? –dijo Michael.

–Poca cosa. Están en la escena de la librería –informó Jody, con la mirada fija en la marquesina y su rótulo de SHAKESPEARE & CO.

–¿Todo marcha bien?

–Bueno, salpican de falsa sangre montones de libros y después procuran limpiarlos y empiezan otra vez.

–Espero que no sean libros auténticos –murmuró Michael–. Compruébalo y asegúrate de que no estamos comprándoles todas sus existencias... Vaya, y si lo hacemos, que sean libros baratos, ediciones de bolsillo.

Jody tomó otro bocado de pan.

–¿En horas extra? Definitivamente, tendríais que pagarme mejor.

–¿Estás comiendo algo?

–No.

Jody escupió el pan en la palma de la mano y, con la mayor elegancia posible, lo tiró a la calle.

–Qué desagradable. Comes mientras yo hablo.

–No como. Mira, Michael, no consigo ver con claridad qué esperas que haga yo aquí.

–Besarle el culo a Harry y luego contarme si lo tiene o no peludo. Ese es tu trabajo.

–Nunca imaginé que fueras tan romántico –dijo Jody.

Michael colgó y Jody tuvo la sensación de que la habían estafado, privándola de una de sus reacciones favoritas: colgarle bruscamente el teléfono a alguien. Marcó el número de la oficina de Ellen.

–Third National –dijo Ellen con voz afable.

–Hola.

–¿Estás comiendo algo, o qué? –preguntó Ellen.

–Una rebanada de pan –dijo Jody con la boca llena.

–¿Puedo dar un mordisco?

–Sí, claro. –Jody tragó el bocado de pan–. Oye, he ido a esa psicoanalista, ya sabes, y ha sido una cosa muy rara.

–¿Es buena?

–O es muy buena, o es muy peligrosa. Volveré dentro de dos días.

–¿Podríamos no hablar de tus problemas? –dijo Ellen–. ¿Podríamos, solamente, hablar de mí? Estoy muy deprimida.

–Lo siento.

–Bueno, en realidad tú no tienes problemas. Entraste en la UCLA, te gusta tu terapeuta. En cambio, ¿qué voy a hacer yo con mi vida? No puedo seguir saliendo con Robert. Es un corredor de seguros. Los seguros me tienen sin cuidado. Ni siquiera me he hecho nunca ninguno. Quiere que me case con él. Por de pronto, en un restaurante, este mediodía, he conocido a un tipo que es una especie de camarero-actor y nos hemos ido a la parte de atrás y digamos que... Me gusta, me gusta de verdad.

–¿Cuánto es de verdad? ¿No es la cuarta persona en tres semanas que te gusta de verdad? ¿Ya tienes cuidado?

–Los otros no cuentan. Son de antes. Y este era realmente divertido. Mira, salimos del restaurante, abrimos una de esas puertas metálicas que se ven en la acera, puertas de sótanos, bajamos allí y lo hicimos con la puerta abierta. Si alguien pasaba y miraba, pues imagina. Era...

–Estás chiflada –dijo Jody–. Y seguro que cuando vayas a morirte de sida esperarás, claro, que yo te visite y te lleve palomitas de maíz, que juegue con tu aparato de respiración artificial y todo eso.

–No seas tétrica.

–Y tú no seas estúpida. No puedes seguir así.

–Es solo porque me aburro.

–Vete a jugar a bolos –dijo Jody. El teléfono emitió unos pitidos y una desagradable voz de mujer, grabada, se interpuso pidiendo más dinero para hablar más rato–. Me he quedado sin suelto –añadió Jody,

palpando el bulto considerable de monedas que llevaba en el bolsillo–. Tengo que marcharme, ya hablaremos después.

–¿Por qué no me llamaste anoche como te dije? –preguntó la madre de Jody cuando llamó a las once, hora en que su hija estaba prácticamente dormida–. Dos veces te llamé yo. ¿El contestador no grabó mis mensajes?

–Estaba ocupada –dijo Jody.

–Bueno, podías haber llamado igualmente y decirme que estabas demasiado ocupada para llamar. Lo habría comprendido.

–No, no lo habrías comprendido.

–En todo caso –dijo su madre–, tengo los billetes de avión para que vayamos a la UCLA y echemos una mirada. Dentro de dos semanas. Habrás de venir a casa la víspera.

–Dudo que el trabajo me deje tiempo. Estamos en mitad de un rodaje.

–Seguro que te dejará tiempo. Si me lo deja a mí, te lo dejará a ti también. Además, debes de estar ya a punto de mandar ese trabajo a paseo.

–Mamá, no me agobies.

–¿Agobiarte? Fuiste tú quien quería estudiar en California. Tengo los pasajes en la mano. No son reembolsables.

Jody se sintió confusa. Todas las personas que la conocían decían que su madre era maravillosa. Sustentadora: así la calificaban quienes recurrían o habían recurrido a la psicoterapia. Sustentadora.

–Ya sé que esas cosas te resultan duras –dijo su madre–. Solo quiero ayudarte.

–Hoy he empezado unas sesiones de psicoterapia –dijo Jody, como si se tratara de algo a lo que uno se apunta por las buenas, como unas clases de baile, por ejemplo.

–Creí que ya estabas harta de eso.

–Es una especie de curso de repaso. Mira, me muero de cansancio, mamá. ¿Podemos hablar de este asunto más adelante? ¿Digamos cuando yo tenga unos treinta años?

–Muy bien –dijo su madre–. Ya veo que estás cansada; sí, vete a dormir. Volveré a llamarte mañana.

Tan pronto colgó el teléfono, Jody se sintió completamente desvelada. Permaneció media hora tendida en la cama, reflexionando sobre el hecho de que todo el mundo consideraba que la relación que tenía con su madre era sensacional. «Habláis –decía Ellen–. ¿Sabes cuántas hijas no hablan nunca con sus madres? Lo vuestro es especial. Procura no echarlo a perder.» «Especial, sí –pensaba Jody–; pero no del todo satisfactorio.»

A medianoche se levantó, reunió los ingredientes para preparar

bizcochos de chocolate, hizo la masa y metió las porciones en el horno. A la una y media, cuando los bizcochos estuvieron fríos, los espolvoreó con azúcar, se sirvió un vaso grande de leche y se sentó a comer mientras hojeaba la guía telefónica. Encontró solo un número a nombre de Claire Roth, el mismo al que ella había llamado. Pero la cuestión era, ¿dónde vivía? Saber cosas de sus psicoanalistas que en teoría eran secretas hacía que Jody se sintiese más segura. Le proporcionaba temas de reflexión; lo cual, se decía a sí misma, era en el fondo el motivo de que los psicoanalistas procurasen que no supiera nada.

En el número dos de la Quinta Avenida figuraba un Samuel B. Roth. «Demasiado cerca», pensó Jody. ¿A quién le gustaba vivir a cuatro pasos del lugar de trabajo?, y especialmente tratándose de una psicoanalista. Además, «Samuel» era un nombre de viejo. Jody decidió que, si Claire trabajaba en la parte baja de la ciudad, viviría en el Upper West Side y probablemente ni siquiera sabría que el viejo Samuel B. era prácticamente vecino suyo.

Jody se atiborró de bizcochos azucarados. Se preguntaba, para empezar, por qué se había tomado la molestia de recurrir a un psicoanalista. Era definitivo que ingresaría en los cursos para posgraduados. ¿Cómo demonio se le habría ocurrido la posibilidad de no ir? California, por supuesto, estaba colgada al borde del océano, a punto de hundirse en sus aguas. Por descontado, quedaba más lejos de su casa de lo que ella había estado por un período superior a dos semanas. Pero el hecho de que California se encontrase al otro lado de todo no significaba que ella tuviese que someterse a psicoterapia. El problema era geográfico, no psicológico.

A fin de cuentas, por aquello ya había pasado, ya había conseguido su graduación; era la única persona que conocía que realmente hubiese superado la psicoterapia con éxito. Imaginó un recuadro rodeado de anuncios de bodas en la sección de notas de sociedad del Sunday Times:

El señor Stanley Goodman y su esposa, de Bethesda, Maryland, se complacen en anunciar que tras siete años de agotadoras sesiones bisemanales su hija, Jody Beth, ha finalizado su psicoterapia, graduándose con honores en el gabinete de Barbara Schwartz, en Georgetown. La titulación de Jody es en relaciones humanas y autorrealización. Jody está actualmente en camino de abandonar por fin el hogar para trabajar en una importante productora cinematográfica de Nueva York. La nueva graduada conservará tanto su nombre como su cordura.

No se trataba de que Jody hubiera sido una criatura impaciente,

encerrada tras unas puertas marcadas con el rótulo SALIDA RESERVADA PARA INCENDIOS. Era una mujer de veinticuatro años perfectamente normal que había pasado bajo psicoterapia más de la mitad de su vida y en consecuencia nunca volvería a ser normal en el estricto sentido de la palabra.

Le parecía ver a su madre inclinada sobre su camita con barandillas, vigilando sus primeros síntomas de inadaptación.

–No iré –había dicho Jody.

Tenía tres años y empezaba el parvulario.

–Vamos, por favor –suplicó su madre.

Estaban en el aparcamiento, sentadas dentro del coche, discutiendo mientras las demás madres descargaban niños pequeños de sus respectivos vehículos.

–Sal del coche –dijo su madre.

Jody sacudió negativamente la cabeza.

–Te recogeré a mediodía, cariñito. Te lo prometo. Por favor, sal.

Había algo peculiar en la voz de su madre que, indefectiblemente, hacía imposible para Jody salir del coche, a pesar de que, en secreto, la perspectiva del parvulario le encantaba.

La primera vez que Jody fue «a ver a alguien» estaba en cuarto grado. Su madre concertó la visita juntamente con uno de sus pediatras.

–Este médico hace una cosa especial –la previno–. Además de curar resfriados, habla con los niños.

–¿De qué habla? –preguntó Jody.

–Pues de lo que el niño quiera.

El médico se retrasó, y Jody y su madre pasaron una hora en la sala de espera con todos los niños enfermos. Jody no quiso jugar a nada. Los juguetes habían perdido para ella su atractivo. Observaba a los niños y las madres que salían del cuarto de baño con muestras de orina en recipientes de plástico y pensaba en lo que aquel hombre podría preguntarle. Lo único que se le ocurría eran asuntos de sexo. Le preguntaría si ya había tenido la regla, y Jody debería decirle que acababa apenas de cumplir los nueve años y no esperaba tenerla todavía por algún tiempo. Le haría toda clase de preguntas del mismo estilo y luego probablemente la obligaría a desnudarse. A fin de cuentas era un médico. Jody no quería entrar a verle.

Cuando la enfermera voceó su nombre, Jody se puso en pie lentamente y su madre la empujó hacia delante. Comenzó a caminar por el pasillo hacia el despacho del médico, que estaba al final, pero a mitad del recorrido volvió la cabeza y vio a su espalda una puerta abierta y, fuera, el cielo y el aparcamiento. Jody echó a correr. Salió corriendo al exterior y continuó corriendo de un lado a otro por el aparcamiento, hasta que encontró el coche; entonces abrió la puerta y

se encerró dentro.

Acudieron su madre y el médico, pegaron las caras a la ventanilla y le rogaron que abriese la puerta. Su madre golpeaba el vidrio con las llaves del coche, como para recalcar que, si quería, podía abrir la puerta ella. Jody mantenía el botón del seguro apretado con tanta fuerza que los dedos, faltos de sangre, se le pusieron blancos. El médico hizo una indicación con la cabeza a su madre y esta se guardó las llaves.

–No conviene que la fuerce –dijo, en un tono que a través del vidrio sonaba conciliador.

Sonrió a Jody. Esta nunca había visto a un médico fuera de su marco habitual. Lo insólito de su bata blanca en medio del mar de automóviles la desconcertó. Dobló los dedos en torno al botón del seguro como para tirar de él, pero enseguida volvió a sus cabales. Por mucho que momentáneamente hubiera deseado ceder, consentir que el médico la tomara afectuosamente de la mano y la condujese por el pasillo hasta su consultorio, había algo tan increíblemente extraño en la simple idea de sentarse allí y hablar con él, que no podía soportarla.

–Quizá en otra ocasión –dijo el médico, y él y la madre de Jody dieron media vuelta y regresaron al interior del edificio.

Pocos minutos después la madre de Jody volvió a salir sola. Viéndola acercarse al coche con cara inexpresiva, Jody la odió como no la había odiado nunca. Pero soltó el seguro de la puerta, trepó al respaldo del asiento delantero y pasó a la parte de atrás. Ni la madre ni la hija pronunciaron una palabra en todo el trayecto hasta su casa.

La vez siguiente, su madre la llevó a ver a alguien cuyo despacho estaba en un edificio de apartamentos. La sala de espera se abría justo delante de la cocina; el consultorio del médico era el dormitorio. Jody pensó que estaba ante una burda trampa, una repugnante simulación. El psiquiatra trató de inducirla a jugar a las cartas y a damas con él, esperando que se le soltase la lengua y dijese algo terriblemente importante si la dejaba ganar.

–¿Por qué crees que pillas tantos dolores de garganta? –preguntó de súbito en mitad de una partida.

Jody dejó las cartas sobre la mesa y abrió la boca.

–Bueno –dijo, señalándose la garganta, introduciendo tanto el dedo que casi se provocó una arcada–, esa parte del fondo coge una especie de frío y se pone roja. Me parece que ahora está roja. –Abrió de nuevo la boca, pero él no miró–. Y después empieza a dolerme de veras y me sube al oído y tengo que ponerme una esterilla eléctrica en la cabeza.

–Pero, ¿por qué te pasa eso tantas veces? –insistió él.

Recapacitando, Jody solía preguntarse qué habría esperado aquel tipo que respondiese: «Mire usted, mi madre nunca me dio el pecho, y considerando que la boca y la garganta son una importante área de

contacto entre madre e hijo o hija, supongo que podría deducirse que, en una etapa posterior de la vida, una irritación o un dolor en la zona sería la consecuencia de no haber establecido el vínculo original entre madre e hijo o hija.

»¿Por qué tengo tantos dolores de garganta? Soy hipocondríaca, por descontado. O quizá una jodida holgazana incordiante. Estoy en sexto grado, y mi ideal es quedarme en casa y comer helados todo el día y ver culebrones en la tele y leer las revistas porno que encontré en el sótano. Así es como entiendo yo la buena vida».

–¿Por qué no habla de esto con mi madre? –dijo Jody, e inmediatamente se precipitó a abrir la puerta y metió a su madre en el consultorio.

En el despacho no había más que dos sillas, de modo que Jody se sentó en el suelo a los pies de su madre y se negó a hablar. Tenía un propósito a pesar de que quizá no era plenamente consciente de ello ni podía explicar a nadie en qué consistía: al introducir a su madre en el consultorio y forzarla a tomar la palabra, Jody estaba diciéndole al psiquiatra que el problema era su madre. Nadie, sin embargo, pareció entenderlo.

Cuando estaba en la escuela superior y sus informes escolares registraban más ausencias que asistencias a clase, su madre la llevó a ver a Barbara Schwartz. Dejó a Jody frente al edificio, en Georgetown, le dio el número del despacho y dijo que la esperaría allí mismo, en la acera. A lo largo de siete años (durante su paso por la escuela superior y en las vacaciones de la etapa universitaria, una vez por semana, dos y en ocasiones tres veces por semana) había ido a la consulta de Barbara Schwartz. A lo largo de siete años se sentó Jody en la misma silla y contempló el aparcamiento por las amplias ventanas mientras de su boca escapaban episodios de su vida como gases diversos, tóxicos en ciertos casos, inofensivos en otros. La vida entera en una silla.

Hacia el final, Barbara dijo:

–Hemos hablado de que ahora vas a marcharte y dejaremos de vernos por algún tiempo. ¿Has pensado algo más sobre esta cuestión?

Jody seguía sentándose exactamente en la misma silla. Los brazos cromados perdían ya su brillo, empezaban a oscilar, y ella notaba a veces que a través del asiento unas cositas punzantes le cosquilleaban las nalgas. Estuvo a punto de decir que había pensado que si pudiera comprarle aquella silla, si pudiera llevársela consigo dondequiera que fuese y sentarse en ella una hora un par de días a la semana, todo sería perfecto. Pero en lugar de ello dijo:

–Solo estoy un poco nerviosa.

Jody había dicho «solo estoy un poco nerviosa» igual que Dustin Hoffman decía «solo estoy un poco preocupado por mi futuro» en El

graduado.

–¿Sabes que cuando hicieron El graduado –añadió inmediatamente– Dustin Hoffman tenía treinta años y Anne Bancroft no más de treinta y siete?

–Te vas a desenvolver muy bien –dijo Barbara–. Realmente ya no me necesitas para nada. Sabes quién eres, qué tienes y qué no tienes, qué te falta y qué no. Eres una mujer adulta. –Hizo una pausa–. Tengo una amiga en Nueva York, una persona encantadora, que es psicoterapeuta. Puedo darte su número si crees que vas a necesitarlo. Está en el Village. ¿No es allí donde vivirás?

–Pensaba que ya me había graduado –dijo Jody.

–Estarás bien, pero, ¿y si necesitas un nombre?

Jody sacudió la cabeza.

–Tendría que volver a empezar desde el principio. Me siento incapaz de convencer a una extraña de que verdaderamente no estoy loca.

Barbara sonreía.

–Me limitaré a darte el número de teléfono; no tienes por qué utilizarlo.

Se dirigió a su escritorio, que estaba cubierto de cosas hechas por sus hijos en las clases de manualidades. Aquellos niños ni siquiera habían nacido cuando Jody empezó a acudir al consultorio de Barbara, y ahora uno de ellos tenía casi seis años.

A veces, Jody se consideraba a sí misma especial, no en el sentido corriente, sino en la línea de las mujeres jóvenes que aparecían en los telefilmes: muchachas cuyo pasado atormentado les impide llevar vidas normales hasta que encuentran al buen doctor que sabe exactamente cómo reparar sus daños; esquizofrénicas que terminan con solo una ligera incapacidad de aprendizaje; lisiadas que se convierten en concertistas de piano...

Barbara anotó el nombre y el número de teléfono en una página del bloc y se la entregó a Jody, quien inmediatamente la guardó en las profundidades de un bolsillo. Más tarde, y durante doce o catorce meses, la llevaría siempre en su billetero, como se lleva un condón, para un caso de apuro.

–Gracias –había dicho Jody a Barbara mientras se ponía el abrigo.

Ni siquiera pensó en si la hora había o no terminado. Poco importaba.

–No perdamos el contacto –dijo Barbara.

–Muchas gracias –repitió Jody–. Lo digo sinceramente, muchísimas gracias.

Barbara volvió a sonreír, se le acercó, y por un instante Jody creyó que iba a abrazarla. Si Barbara la abrazaba, se moriría. Pero Barbara le tendió la mano, y Jody hizo rápidamente lo mismo y se la estrechó.

–Adiós –dijo Barbara.

–Sí, ya nos veremos.

Jody pensaba en lo que haría después de aquella última sesión. Irse a un McDonald's, supuso; a almorzar, no a trabajar.

Y ahora, se habría dicho que cien años después, a las dos de la madrugada, Jody estaba sentada en el suelo de su apartamento de Greenwich Village, en Nueva York, a cuatrocientos kilómetros de Barbara, de su madre, de todos... comiendo bizcochos de chocolate. ¿Por qué había ido a ver a Claire? ¿Era idiota? A ella ya la habían licenciado. Lo había conseguido. Estaba orgullosa de sí misma. Hasta que tomó el teléfono y llamó a Claire Roth se había considerado la persona más fuerte del mundo.

Claire se acomodó en la silla adicional que Bob Rosenblatt tenía en su despacho. No se tendió en el diván porque, desde su punto de vista, no era una paciente. Había saldado hacía mucho tiempo sus cuentas con la psicoterapia. No, ahora acudía a un respetado colega en busca de consejo. Rosenblatt era una persona de más edad, más sabia, un profesor de la Universidad de Columbia que tenía en su despacho particular alfombras orientales y obras de arte diversas, cualidades todas que Claire admiraba en un psiquiatra.

El problema estaba en su relación con Jake. La ponía furiosa. Le exasperaba su indolencia, que temía pudiera constituir el meollo de su personalidad. A Claire se le había ocurrido que quizá lo mejor sería ignorarle y limitarse a asumir que algún día se transformaría en un genio impulsado por fortísimas motivaciones. Al mismo tiempo pensaba en enviarle a un internado, a un sitio estrictamente organizado, quizá relacionado con la agricultura, donde le obligasen a trabajar. Incluso en el supuesto de que ello no sirviera de nada, por lo menos la libraría a ella de verle día sí y día también holgazaneando en el sofá. La tercera posibilidad era que aquel período de inercia absoluta correspondiese meramente a una pausa natural, al último momento de sosiego antes de que la embestida hormonal de la adolescencia acometiese su cuerpo infantil.

–Descríbase tal como era de niña –dijo Rosenblatt.

Claire cerró los ojos y trató de explicarle lo que supuso que él quería.

–Mi madre era muy exigente, pretendía que todo estuviera siempre en su sitio. En la sala había una estantería llena de figuritas de porcelana. Nuestra casa era un santuario, un lugar donde mi padre venía a relajarse después del trabajo: mantenerla en calma era el principal objetivo. Mi hermana menor era la buena. Solían decir que yo llevaba el demonio dentro. Me marché de casa cuando tenía dieciocho años.

–¿Así que era usted una criatura difícil y revoltosa? –dijo Rosenblatt rápidamente, con precisión.

Claire se disgustó. ¿No había oído lo que acababa de contarle? Dios, vaya un saldo de psiquiatra. ¿De dónde le venía la fama?

–Lo dudo –dijo, procurando no reaccionar con demasiado vigor–. El hecho de que mi familia me considerase revoltosa no significa que lo fuera.

Rosenblatt asintió.

–Usted se ha descrito, no tal como era, sino como la veían sus padres.

–¿Tal como era? –dijo Claire–. Me he esforzado mucho.

Estaba tan molesta que le resultaba difícil pensar. Se dijo que había dejado bien claro por teléfono que lo que quería era hablar de Jake. Cinco minutos más era todo lo que le concedería.

–Entonces, ¿cómo era usted?

–Igual que soy ahora, una persona frustrada.

Lo dijo con la certeza de que no tenía mucho que perder. Si se enzarzaba en una disputa seria con Rosenblatt, le tocaría asistir a menos fiestas y reuniones de los profesionales de la psiquiatría y pasar más tiempo en casa con Jake. Quizá era esto precisamente lo que el chico necesitaba: que su madre le calentase el culo a palos y le volviera loco.

Rosenblatt se echó a reír.

–¡Exactamente igual que es usted ahora! ¿Por qué?

–Porque usted no ha entendido lo que le he dicho hace cinco minutos.

–Bien –asintió él.

Claire le miró perpleja. Se sentía como una niña, o como un perro al que dan palmaditas en la cabeza. No tenía el menor indicio de hacia dónde la conducía Rosenblatt. Apartó la mirada para examinar su despacho, mayor que el de ella, con más ventanas y mejor vista: marcaba claramente la diferencia entre psiquiatras y psicólogos. Dinero.

–¿Cree usted que su hijo está frustrado?

–No –dijo Claire–. Creo que está mentalmente estancado.

–Volvamos a su familia.

–Llevo una vida que ellos no pueden ni imaginar.

–¿Qué significa «no pueden imaginar»?

–Vivo en Nueva York. Me casé con un hombre que se gana el sustento defendiendo criminales y disfruta con ello. Tengo una carrera y dos hijos y mis padres todavía se comportan como si yo fuera un desastre, como si de un momento a otro fuese a volver desesperada a refugiarme a su lado. Viven en una casita de dos plantas en el norte de Virginia, con un garaje para dos coches, y cada domingo por la mañana mi hermana, su marido y sus tres hijas pasan a recogerles, les llevan a la iglesia y después les invitan a almozar.

–¿A la iglesia? –preguntó Rosenblatt.

Claire movió afirmativamente la cabeza. Ahora sabía lo que él trataba de averiguar, pero no estaba dispuesta a allanarle el camino. Aparecía por todas partes: en el parvulario de Adam, en las dudas sobre si enviar o no a Jake a una escuela hebrea; y afectaba siempre el juicio que la gente se formaba de ella y de sus acciones. No había manera de eludirlo.

–¿Es usted judía? –preguntó Rosenblatt.

El sentido de la pregunta era: «¿No es usted judía?». Pero sin duda él pensaba que formulándola de aquel modo demostraba más tacto.

–Por matrimonio –dijo Claire.

–Ajá –asintió suavemente el psiquiatra.

«Por supuesto», pensó Claire, y le habría gustado saber exactamente lo que aquello significaba para él. ¿Era ella una persona completamente nueva, la rubia muchacha no judía, menospreciada y reverenciada al mismo tiempo? ¿Consideraba Rosenblatt al mirarla que para ella todo resultaba fácil, que era una mujer tan sencilla, elemental y digerible como el pan blanco con mahonesa?

Rosenblatt le dedicó una sonrisa condescendiente: «Yo soy el psiquiatra, usted es la paciente. Yo soy un judío, usted es una gentil. Yo soy doctor en medicina, usted es licenciada en psicología. Usted es la chica, yo soy el chico. Yo gano». Rosenblatt se arrellanó en el asiento y cruzó las piernas.

–Mi hermana, Laura –prosiguió Claire–, se casó a los diecinueve años. Trabaja con «niños especiales» porque es una cosa correcta que una debe hacer. No representa una amenaza para su familia ni para su marido. Maneja su propia vida como si esta fuera un niño retrasado. Nos hablamos dos veces al año.

–¿Y eso significa para usted una pérdida? ¿Desearía que estuvieran más unidas?

–No –dijo Claire–. Pero me siento como si no tuviera familia, nadie que me conociese cuando era pequeña. Tengo a Sam y a los chicos, pero Sam no me pertenece. –Hizo una pausa–. Y los chicos son unos vagos malcriados.

Claire casi rompió a llorar, pero se contuvo. Había grandes lagunas en lo que decía, aunque se percató de que Rosenblatt no llegaba a verlas. Ella había hecho bien su trabajo; y no obstante, sentada allí, hablando desde la amplia butaca de cuero del psiquiatra, tenía la sensación de que comenzaba a fracasar. No le contaría la historia entera, esto se lo había prometido a sí misma.

El silencio le resultó incómodo. Miró a Rosenblatt. Él era alguien conocido; conocía a un millón de personas que le conocían. Por teléfono, ella había dejado muy claro que acudía en busca de un pequeño consejo, no a propósito de algo importante, solo unas breves orientaciones de boca de un experto veterano que tenía un hijo en Yale y otro en Harvard. Rosenblatt, por su parte, le miraba las rodillas, que asomaban huesudas por el borde de la falda, y disimulaba su incomodidad detrás de las gafas y de la actitud de la persona de más edad que es, por añadidura, un profesional prestigioso y un hombre. Era una actitud que podía permitirse ante ella, y salir del paso.

Claire pensó que debía conservarlo todo mejor envuelto aún. «Háblale a Sam», se dijo. Sam nunca parecía catalogar las cosas como

demasiado raras, demasiado excéntricas.

Persistía el silencio. Claire subió de nuevo a la superficie, y se enojó. Enojarse podía salvarla. Trató de ir más allá, de enfurecerse de veras, pero estaba exhausta por el esfuerzo de haber dividido su vida en dos secciones, la de los secretos y la de las cuestiones que era aceptable comentar y discutir. Había salido de ello bien parada. Ninguno de los elementos turbios había aflorado: ni Baltimore, ni nada respecto al período de su vida que siguió inmediatamente a su marcha del hogar paterno. Por fortuna, el rasgo atenuante era que sonaba bastante normal decir que se había marchado de casa a los dieciocho años. Nunca añadía que lo que esperaban sus padres era que se marchase el día de su boda.

–Se nos acaba el tiempo –dijo Rosenblatt–. ¿Adónde iremos a partir de aquí?

Bob Rosenblatt le había prestado un mal servicio poniéndolo todo al descubierto. Se podía argumentar que, como ciertas operaciones quirúrgicas, había que hacerlo, que era necesario aliviar la presión antes de que llegase a provocar un estallido. De todos modos, los efectos laterales incluían la pérdida de su buen juicio.

–¿Le gustaría volver otro día? ¿El próximo lunes a las nueve, por ejemplo?

Claire sacó su agenda de bolsillo. Parecía extraño que también ella hiciese aquello para ganarse la vida. Tuvo la sensación de que cometía un fraude.

–Muy bien.

Se levantó, dispuesta a retirarse, tragándose la indignación por haber aceptado seguir adelante sin apenas titubear y haber concertado una nueva cita en lugar de decir lo que realmente pensaba.

Caminó por la Quinta Avenida hacia la calle Dieciséis y trató de sacudirse el «efecto Rosenblatt», mientras se paraba a mirar los escaparates. Había quedado con Sam para almorzar juntos, cosa que hacían una vez cada par de semanas, frecuencia suficiente para que no pareciese una ocasión predestinada en la que cada uno iba a confesar algo horrible: «Te dejo, la prueba ha fracasado, he hecho una cosa que no me perdonarás nunca». Llegó al restaurante con antelación y se tomó una copa de vino en el bar.

–¿De quién es la culpa? –le murmuró Sam al oído, tomándola del brazo para seguir al maître hacia su mesa–. Si es genético, viene de tu familia. Los judíos no somos así.

El restaurante estaba lleno de hombres y mujeres guapos y bien vestidos que comían vorazmente con cargo a la cuenta de gastos de sus empresas. Cuando el camarero les entregó las cartas, Claire se escondió detrás de la suya.

Ante una sopa de tomate espolvoreada con queso de cabra

comenzó a llorar. Sam se emocionó. Siempre lloraba cuando ella lloraba. Claire hizo un esfuerzo por dominarse, se secó los ojos y levantó la vista.

–¿Te cuento un chiste? –preguntó Sam, llenándole la copa de vino. Ella asintió–. Una pareja, Abe y Louie. Se juran uno a otro que el primero que muera se comunicará como sea con el superviviente y le explicará cómo es el cielo. Veinte años después muere Abe. Al cabo de un par de meses suena el teléfono de Louie. «¿Louie?» «¡Abe! ¿Eres tú?» «¿Louie?» «¡Por favor, cuéntame! ¿Cómo es eso?» «No vas a creerlo. Te despiertas por la mañana, sin prisa, echas un polvito, tomas un desayuno ligero, después una siestecita. Almuerzas, otro polvete, descanso hasta la hora de la cena. Unos bocados de calidad, el gran polvazo, y a dormir toda la noche como un bebé.» «¡Abe, pero si el cielo es una maravilla!» «¿El cielo? ¿Qué cielo? Ahora soy un oso y estoy en el Parque Nacional de las Rocosas.»

Claire correspondió con una sonrisa, porque estaba demasiado ensimismada para reír. Tomó la sopa sin dejar de mirar a Sam. Era normal echarse atrás, reconsiderar las cosas, retroceder antes de avanzar. Recordó que cuando conoció a Sam este lucía una cabellera espesa, recortada como el techo de paja de una choza; era una especie de Robert Redford judío.

Ella había pensado que lo más cerca que estaría de casarse con él sería acostarse juntos dos, quizá tres veces, y después Sam se marcharía con otra mujer más provocativa, más sofisticada. Sam era demasiado bueno para ella. Todo era demasiado bueno.

Se conocieron en una manifestación, en la Universidad de Columbia: ella estudiaba psicología y él acababa de terminar derecho. Ambos presenciaron cómo arrestaban a sus amigos. Él la asió de la mano y tiró de ella para alejarla de la multitud. Juntos fueron al puesto de policía y esperaron a que sus amigos salieran en libertad. Después fueron todos a comprar comida china, y una de las amigas de Sam explicó con minucioso detalle la meticulosidad de un agente de policía a la hora de cachearla. «Yo llevaba droga encima, y se estaba acercando tanto que empecé a decirle que me ponía cachonda, que no podía más; acabé chupándosela y esto lo distrajo. Dio resultado.» Sacó del bolsillo una bolsita de plástico que contenía marihuana y se la pasó a Sam. «Para ti, como premio por venir a rescatarme.»

Más tarde, en el apartamento de Claire, en la calle Ciento seis, Claire y Sam se fumaron la marihuana.

Ella no estaba acostumbrada a los efectos de la droga y se lo confesó todo.

–Tuve un hijo –le dijo.

–Querrás decir que tuviste un aborto –replicó Sam.

–No. Tuve un hijo. Nadie lo sabe. Hace años, una niñita. Mis padres me obligaron a darla en adopción. No debí haberla dado nunca. –Las palabras repercutían en su mente, y a continuación, como si algo en ella se hubiera roto, Claire se echó a llorar y continuó repitiendo en voz alta–: Tuve una niña, tuve una niña, tuve una niña...

Lo dijo una y otra vez, entre sollozos, bramando como un animal. Lloraba con tal furia y de un modo tan raro que se asustó a sí misma. Comenzó a pensar que la marihuana habría sido mezclada con algo mucho más duro, que aquella sensación duraría indefinidamente y ella no volvería nunca a ser como antes.

Sam mojó una toalla en agua fría y le friccionó la cara y los brazos. Encontró un Valium en el botiquín del cuarto de baño y se lo deslizó en la boca. Sentado a su lado en la cama, la tuvo cogida de las manos hasta que se durmió, y mientras dormía limpió el apartamento, ordenó y redistribuyó muebles y objetos de tal manera que el lugar parecía más espacioso; retiró las cortinas de color rojo oscuro que ella misma había hecho, y limpió también las ventanas. Claire despertó en un mundo diferente.

Claire probó el pez espada que había pedido y observó a Sam enrollar en su tenedor la pasta tricolor. Cuanto mayor se hacía Sam, mejor apariencia tenía y más distendido se mostraba. Ella debería sentirse feliz, no desgraciada como se sentía.

–¿Estás bien? –preguntó él, tomando una pequeña porción de su pescado.

–Lo estaré. –Claire tanteó con la mano debajo de la mesa, fingiendo que se le había caído la servilleta, y le acarició la entrepierna–. ¿Quieres venir a mi despacho cuando terminemos de almorzar?

–No puedo –dijo él, masticando.

–Te quiero –dijo Claire, todavía con la mano debajo de la mesa.

Sam se inclinó hacia ella por encima de las copas de vino y la besó. Por el rabillo del ojo Claire vio cómo dos mujeres los observaban desde la mesa vecina.

De regreso a su despacho, Claire se dijo que tenía que concentrarse en algo. Trabajar más. El trabajo de psicoanalista empujaba a la soledad; la mayoría de las personas que Claire conocía eran colegas suyos, quienes, entre la práctica profesional y la vida privada, estaban demasiado ocupados para permitirse algo más que una fugaz y vana charla entre sesiones. Existían también los pacientes, pero no se podía contar precisamente con ellos para tomar un café con leche a media tarde. Con una ligera animación por las tres copas de vino, Claire se sentó ante su escritorio y miró distraídamente por la ventana en espera de su próxima víctima.

Sonó el timbre.

–Sí –dijo Claire con voz distante.

–Soy Jody Goodman.

Claire había olvidado completamente que había traspasado a Polly y su futuro marido (suponiendo que él hubiera formalizado el compromiso) a otra hora. «Bien –pensó al oprimir el botón que abría la puerta de entrada–, Jody hará que me sienta mejor.»

5

–Mi madre quiere que vaya a Los Ángeles la semana próxima –dijo Jody.

–¿Y bien?

–Me niego a ir.

–¿Porque el viaje es en avión?

–Porque es el vuelo 206. Suena como el número que oyes en las noticias cuando hablan del peor desastre aéreo de la historia. «El vuelo 206, procedente de Washington, Distrito Federal, con destino a Los Ángeles, se ha estrellado esta mañana. Han muerto todas las personas que iban a bordo.» No puedo hacerlo.

–El avión no se estrellará. Estás desviando tu ansiedad.

–Un diagnóstico brillante –dijo Jody.

Se disculpó enseguida, al ver que Claire se mostraba dolida. Nunca hasta entonces le había preocupado herir los sentimientos de un psicoanalista. No se le había ocurrido que fueran precisamente humanos.

–¿Qué puedes hacer para superarlo? –preguntó Claire–. ¿Puedes tomar Valium? –Jody movió negativamente la cabeza–. ¿Por qué no?

–¿No sabes que esa es la razón por la que tanta gente muere en los accidentes? Los pasajeros están demasiado borrachos, o narcotizados, flipados, son incapaces de escapar.

Claire rió.

–Si te has tomado en serio lo de estudiar allí, indudablemente deberías ir primero a echar una ojeada. De este modo, si decides empezar en otoño, cuando llegues el ambiente te parecerá familiar.

–Claro que iré –dijo Jody–. Tengo que ir. Nueve millones de estudiantes se inscriben en cinematografía y solo ingresan dos.

–Tú debes de ser un talento.

Jody se encogió de hombros. Por lo general detestaba que la lisonjearan, pero Claire tenía una forma de hacerlo que la hacía sentirse realmente a gusto. Cuando Claire decía alguna cosa, Jody la creía.

–Es bonito por parte de tu madre que te acompañe. ¿Siempre se comporta así? ¿Es siempre tan atenta?

–Siempre, según Ellen –respondió Jody.

–¿Quién es Ellen?

–Mi amiga. Vivimos en el mismo edificio, crecimos juntas. Como decía... –Jody hizo una pausa para recalcar sus palabras–, Ellen opina que debería alegrarme de que mi madre y yo nos avengamos.

–¿Y bien?

–Nada más. Ellen habla principalmente de sí misma.

–Oh. Confiaba en que me dijeras algunas cosas más sobre tu madre y tu familia.

–Mi familia tiene conmigo una relación de tira y afloja –dijo Jody–. Quieren que sea una mujer adulta e independiente, pero también quieren que continúe a su lado; bueno, no exactamente en casa, pero sí a su nivel. Por una parte piensan que debería lanzarme al mundo y conseguirlo todo, hacer realidad todos los sueños que ellos no han realizado; por otra, temen que vaya demasiado lejos y deje de necesitarles.

–¿Eso es posible?

–No lo sé. Hasta ahora no he conseguido nada.

–Estás aquí.

Jody se echó a reír sin especial convicción.

–Constantemente imagino que me harán volver a casa, como la niña que se retrasa una noche de verano. Mi madre abrirá la puerta, tendrá delante Nueva York y gritará: «¡Jody, a casa, a casa, ya es hora!». Yo estaré jugando fuera. Ni siquiera volveré la cabeza. No contestaré. Ella me llamará por teléfono al trabajo: «¡Jody, a casa!». Estaré en una cola esperando entrar en el cine: «¡Jody, a casa, son las ocho y media, tienes el baño preparado!». En un restaurante: «¡Jody, entra en casa inmediatamente!». Al cabo de un tiempo habré perdido a todos mis amigos, repelidos por mi familia y por mí misma. Nadie querrá jugar conmigo. Y habré de elegir entre quedarme con mis examigos, aunque me rechacen, o volver a casa para que me metan en un tonel y me dejen allí hasta que quede seca como un bacalao.

–Menuda imaginación –dijo Claire, evidentemente divertida–. Ahora sigamos con tu familia. Cuéntame más cosas.

Existía una diferencia perceptible entre la Claire que escuchaba por placer y la que reunía información con propósitos no del todo claros.

–No sé qué decir –declaró Jody, replegándose instintivamente. Alzó los hombros en un gesto de excusa–. A veces, con personas que me gustan o a las que quiero gustar, soy muy reservada y callo. Con las que me tienen sin cuidado charlo por los codos.

Calló.

–¿Eso significa que yo te importo? –preguntó Claire.

Jody fijó en ella una mirada pensativa. No podía decir que Claire le importase, no la conocía lo suficiente para que su persona le inspirara un sentimiento concreto. Psiquiatras y psicoanalistas jugaban siempre aquella carta: insistían en que le importaban a una, que despertaban un amor o un afecto secreto; pero esto a Jody no le había ocurrido nunca. Quizá a ello se debía que siguiera siendo como era.

–No habría de preocuparte decir alguna cosa que en teoría pueda atemorizarme o ahuyentarme.

–Sí, de acuerdo.

Claire sonrió.

–De verdad, lo entenderé.

Jody se permitió sostener su mirada por una fracción de segundo. Los ojos verdes de Claire eran alentadores. Mirándola, se dejó seducir como una tonta. Sería cierto que Claire la entendería, pensó. Tenía la sensación de no haber estado nunca así, mano a mano, con una mujer tan fuerte, que provocaba en ella el impulso de decir: «Aquí está mi vida», y depositarla en su regazo como un collar enmarañado. «Toma, desenrédala por mí, déjala como nueva.»

–Cuando le cuentas algo a alguien –dijo–, lo que le cuentas ya no te pertenece solo a ti, también pertenece a la persona que te escucha. La gente cuenta ciertas cosas porque quiere de su interlocutor algo a cambio, espera una compensación.

Jody se interrumpió.

–Si piensas eso es porque tú debes querer algo de mí –dijo Claire–. La cuestión es qué.

Jody hizo un gesto evasivo e ignoró el comentario.

–La mayoría de las personas dan lo que les resulta más fácil.

–Eso no es una respuesta. ¿Qué quieres de mí?

–Nada –dijo Jody–. No me refería a ti. No tiene nada que ver contigo. Tú eres la analista, no una persona. De un psicoanalista no se espera nada.

–Hostil –observó Claire–. Muy hostil.

–Quizá.

–La gente siempre quiere algo de sus psicoterapeutas –dijo Claire–. Aprobación, atención, afecto.

Silencio. Jody dejó vagar la mirada por la pared. Como todo lo que había en el despacho, la pared era de color canela claro, el color de un desierto: una persona podía perderse allí.

–Estábamos hablando de tu familia –dijo Claire.

–Sí, bien, yo iba a confesarte un secreto. Aunque no es realmente un secreto. –Jody hizo una breve pausa–. Es algo que todo el mundo sabe, todo el mundo menos tú.

–Te escucho.

–Tuve un hermano –continuó Jody–. Murió seis meses antes de que yo naciera. A su corazón le pasaba algo, no sé, un defecto. Había estado enfermo desde que era un bebé.

–Eso es muy triste.

–Yo fui adoptada –dijo Jody–. Después del primer niño mi madre ya no podía tener más hijos, así que se quedaron conmigo para reemplazarle.

Claire enarcó las cejas como preguntando si aquello era realidad o ficción.

–Es verdad.

Jody se sorprendía de que Claire la mirase como si no lo supiera de antemano. Había supuesto que, tan pronto como la llamó para concertar la visita, Claire habría llamado a su vez a Barbara, quien se lo habría contado todo. ¿Qué se decían los psicoanalistas unos a otros? Parecía un chiste, pero, ¿cuál era la gracia? ¿Se acabó el tiempo por hoy?

–Volvamos a eso –dijo Claire, tomando su bloc de hojas amarillas–. ¿Qué edad tenía el niño?

–Nueve años.

–¿Y qué edad tenías tú cuando te adoptaron?

–Era pequeñísima.

–¿Meses, semanas?

–Días. –Jody observó que los ojos de Claire se habían enrojecido, como si hubiese llorado. ¿Jody hacía llorar a la psicoanalista? ¿Qué había dicho?–. No pasa nada, te lo juro –añadió, riendo nerviosamente.

–Me gustaría volver a verte mañana –dijo Claire.

Jody no podía creerlo. Pensaba que había estado torturando a Claire, y ahora Claire quería repetir la sesión. ¿Por qué no? Había algo especial en esparcir en torno a una toda aquella información emocional sin tener la menor idea de dónde caería; algo vigorizante, y alarmante también, en cierto modo. Emociones vulgares, fáciles; o quizá no tan fáciles.

–¿A las tres? –preguntó Claire.

–De acuerdo –dijo Jody.

Pero le fastidiaba tener que escabullirse otra vez del rodaje. La mayoría de las personas que tenían un empleo iban a trabajar y permanecían en sus puestos. Era la premisa básica, ¿o acaso Claire no lo sabía? ¿Debía recordárselo?

Claire tomó de su escritorio una tarjeta, anotó algo en ella y se la entregó a Jody.

–Es el teléfono de mi casa. Quiero que me llames si lo necesitas.

–No puedo –dijo Jody, devolviendo la tarjeta a Claire, quien rehusó tomarla.

–¿Qué significa eso de que no puedes?

–Simplemente que no puedo, ¿sabes? No puedo llamar a nadie, mis amigos siempre me llaman a mí. Incluso mi madre me llama cada noche a las once –dijo Jody–. Tengo un teléfono especial, sin números para marcar; solo contesta.

–Si no quieres llamarme a casa, déjame un mensaje aquí, en el contestador. Compruebo con frecuencia si hay llamadas.

Barbara no había dado a Jody su teléfono personal hasta que llevaban año y medio viéndose. En los siete largos años de su relación, Jody lo había utilizado una sola vez, y se arrepintió. Había sostenido

una fuerte disputa con su madre, y cuando la llamó, Barbara le había contestado con frases breves y recortadas. Además, uno de los hijos de la analista había irrumpido en el cuarto, y Barbara cubrió con la mano el teléfono. Jody se había sentido como una leprosa. Podía oír los sonidos de un niño que lloraba en la distancia, un recordatorio de que la psicoanalista tenía su propia vida privada y personal. «No –pensó Jody–. Ni soñarlo, gracias.»

–Llámame –dijo Claire–. Quiero que lo hagas.

–De ninguna manera.

–¿Por qué no? Ya lo has hecho antes. Me llamaste para pedirme hora.

–Entonces estaba trastornada –dijo Jody–. Ahora estoy mejor.

Claire rió, y Jody se encaminó a la puerta.

–A propósito –añadió Claire cuando ya salía del despacho–, irás a California.

Jody ordenó al taxista que la dejara en la calle Setenta y dos y luego caminó a lo largo del parque hacia el plató improvisado en la calle Setenta y nueve.

–Tú –dijo Harry, agitando en el aire un dedo gordezuelo a media manzana de distancia.

Jody palideció.

–Tú –repitió Harry, agitando de nuevo el dedo cuando ella estaba ya más cerca de su posición.

–Lo siento –replicó Jody abruptamente.

Tendría que llamar a Claire y cancelar la entrevista.

–Eres una insensata. –Harry tomó de la mano a Jody y la guió calle abajo, a lo largo de los cables tendidos hasta el Museo de Historia Natural–. Esta mañana me ha dicho Michael que voy a perderte porque te marchas a la UCLA. No vayas a la universidad, niña buena. Ya fuiste antes. Eso se acabó. Ya sé lo que son esas cosas.

–¿Y a ti qué cuerno te importa? –preguntó Jody, pensando todavía en su cita con Claire.

–Me importa porque tú me gustas, buena chica. Eres dura; donde los demás llevan las tarjetas de crédito, tú guardas un poco de coraje extra.

–¿En el culo?

–No, aquí –dijo Harry, dándose unas palmadas en el bolsillo del pecho–. He estado varias veces en esas escuelas de cine. –A continuación se entregó a la detallada imitación de un estudiante entusiasta–: «Discúlpeme, señor Birenbaum, pero en sus trabajos, como en los de Da Vinci y Van Gogh, los matices de la paleta parecen aportar un grado tan alto de significación... especialmente, a mi entender, en Sombras de otoño, a pesar de que también podríamos

considerarlo un poquito tosco: la casa era blanca, el vestido de ella era rojo, el coche en que se alejaban era azul… Pero, ¿podría usted decirnos algo a propósito de esto, o sea, de su relación con el color como aserto político?». Pues resulta que soy daltónico total, amigo.

Deslizó su brazo por debajo del de Jody de manera que le rozara el pecho, con el pretexto de guiarla mejor.

–Tú deberías tener más seso –siguió diciendo–. Si quieres hacer películas, haz películas. No necesitas que te den un título universitario.

–Pero…

–Querida mía, nada me convencerá de que eso no es injurioso para nuestro trabajo. Los estudiantes de cinematografía son retrasados mentales.

Jody no dijo nada.

–Ahora que ya te he deprimido –continuó Harry–, deja que vuelva a hacerte feliz. Estoy invitado a no sé qué mañana por la noche. No recuerdo de qué se trata, pero tengo que ir. ¿Puedo aspirar a que seas mi pareja?

Jody se mantuvo en silencio.

–Necesitarás engalanarte, un vestido de noche, esas cosas –dijo Harry–. Por lo menos tendrás un vestido de noche, ¿no?

Jody movió afirmativamente la cabeza.

–Pasaré a recogerte a las ocho.

Harry sacó de un bolsillo una gruesa agenda e invitó a Jody a escribir su dirección y número de teléfono en una página casi enteramente cubierta ya de otros nombres y otros números.

Apenas Jody se hubo marchado, Claire sufrió un acceso de paranoia. Decidió que a Jody no le infundía miedo nada, ni un rayo láser ni una ojiva nuclear. Su temor a volar, sus ansiedades, eran artificios para disimular su energía interior, su capacidad de dominio, y parecer más normal. Claire invocó mentalmente su imagen: la cara tranquila y franca que no necesitaba maquillaje ni enmienda, el ondulado cabello castaño, elegantemente cortado y peinado, los ojos de color azul oscuro, tan ágiles para mirar como para desviar la mirada; hombros atrás, cuello tendido, la postura de la confianza en una misma: alguien en quien te fijarías. Pese a lo que Jody decía, a sus titubeos, carraspeos y tosecillas, a su manera de fingirse agobiada por las dudas, su apariencia era la de alguien que sabía bien adónde iba y exactamente cómo debía llegar a la meta; el tipo de mujer joven que obligaba a la gente a preguntar: «¿Quién es esa?», en tono apremiante.

Jody estaba jugando con ella. Nunca había tenido un hermano. No era adoptada. Había venido a destruir a Claire, a desmantelarla. Era capaz de ver a través de esta, y manipulaba las más débiles de entre sus conexiones internas para reducirla a la nada.

Los dedos de Claire recorrieron rápidamente su fichero de direcciones, encontraron el número de teléfono de Barbara Schwartz. Claire llamó y dejó un mensaje en el contestador. En el instante mismo en que colgaba lamentó haber llamado. No tenía nada que decirle a Barbara. El pasado era el pasado. Ciertamente, Claire no podía reaparecer como caída de las nubes y debatir la idea de que tenía una paciente satánica, el demonio hecho mujer.

Su agenda mostraba dos cancelaciones sucesivas y una hora libre. En lugar de quedarse en el despacho y dedicarse a rellenar formularios de seguros y a poner al día sus facturas, se marchó de compras.

En Macy's, la vendedora le preguntó «¿Para su nieto?», cuando Claire elegía un nuevo animal de peluche para Adam.

–Mi hijo –replicó.

Cuando Adam tuviera veintiocho años, Claire rozaría los setenta. Llevaría el cabello, ya blanco, recogido en un moño, y usaría pañales de adulta debajo de las bragas. Adam evitaría cuanto le fuera posible ser visto a su lado, y Claire no le culparía por ello.

–¿Se lo queda, señora? –preguntó la dependienta.

En su aturdimiento, Claire pensó que podía haberla llamado «abuela». Miró a la chica, le entregó el muñeco y su tarjeta de cliente de los almacenes, y volvió a abandonarse a la ensoñación. Claire había trabajado duro para construir su propia vida, configurar su matrimonio, conseguir los hijos que tenía, y ahora sospechaba que

había hecho todo aquello como coartada, para encubrirse, para que nadie se diese cuenta de que era una impostora. Vivía en el continuo temor de ser descubierta.

En la sección de niños, rodeada de prendas de vestir infantiles, Claire pensó en su niñita perdida. La niña tendría ahora edad suficiente para ser también madre. Había algo innegablemente distinto en el hecho de tener hijos varones en lugar de hijas. Vivir en una casa que era estrictamente masculina producía la sensación de estar encerrada a perpetuidad en un club de fútbol, o en una logia, o en una asociación de excondiscípulos. Únicamente Claire parecía preocuparse de que no dejaran la ropa interior olvidada en la sala de estar o de que, para empezar, se la pusieran al vestirse. De no ser porque ella estaba allí, lo daba por cierto, orinarían en la pila del lavabo, en el fregadero o por las ventanas, cuando no en cualquier taza de café sucia o donde les pareciera conveniente. Había épocas enteras en las que todo lo que Claire hacía era desempeñar el papel de criada, de árbitro, del agente de policía que estorba cuando alguien quiere divertirse. Si un día se largase, si huyera, les daría la mayor de las satisfacciones; mientras les durasen las comidas preparadas, claro.

Los chicos eran de Sam, duplicados suyos en todos los aspectos. Al día siguiente del nacimiento de Jake, ella y Sam sostuvieron una pugna horrible. La enfermera se había presentado a preguntar inocentemente «¿Va a haber circuncisión?», y se desató el infierno. Por alguna razón no habían hablado nunca del tema. Sam daba por sentado que su hijo sería circuncidado; Claire daba por sentado que no.

–¿Qué sentido tiene? –dijo Claire–. Tú no eres religioso.

–No se trata de religión, sino de tradición. ¡Soy judío! –bramó Sam–. Esto es lo que hacen los judíos. Y además es más higiénico, más saludable.

–Parece completamente innecesario. Es solo un bebé. ¿Por qué quieres empezar mutilándolo?

–¡Porque es lo que hay que hacer! –vociferó Sam–. Apenas lo notan. No es algo que uno recuerde de mayor: «¡Oh, el día que me cortaron el pito!». Nada de eso.

La discusión se prolongó un buen rato, tan ruidosa que en un determinado momento una enfermera asomó la cabeza por la puerta del cuarto y les pidió que bajaran la voz.

Sam zanjó la discusión diciendo:

–Es mi hijo. Quiero que el día que me encuentre junto a él en un vestuario o en un cuarto de baño o donde sea, no me sienta como si estuviera en una conferencia de cristianos y judíos. Quiero que sea como yo.

Claire no pudo argüir nada contra aquello. No podía decir: «Quiero

que sea como mi padre, como el primer chico con quien me acosté». En consecuencia, se efectuó la operación, sin ceremonia, antes de que Jake saliera del hospital camino de casa. La siguiente vez ya estaban preparados. Cuando nació Adam lo hicieron a la manera tradicional, con el padrino sosteniendo al bebé y Sam y Claire de pie a un lado, ella confiando en no desmayarse en el momento crítico.

Claire imaginaba lo que sería tener una hija. Imaginaba llevar a la niña consigo a la peluquería. Consideraba una vergüenza que las mujeres no cuidaran adecuadamente su cabello, que se limitaran a hacérselo cortar una vez cada dos meses. Recordaba que, cuando era pequeña, se sentaba sobre una pila de guías telefónicas, debajo del secador, imitando a las mujeres mayores. Recordaba que su madre se lo consentía y que dejaba que la manicura diese brillo a sus uñas.

Claire había sostenido entre sus brazos a su niñita en una sola ocasión. La enfermera la había depositado en sus brazos cuando, sentada en silla de ruedas, se disponía a salir del hospital. Hasta entonces nunca había sostenido a un bebé. No era una de esas chicas que ayudan a las madres durante las vacaciones de verano o hacen de canguro de los hijos de los vecinos. A Claire le atemorizaban los niños, los contemplaba a distancia y le preocupaba lo que haría cuando los niños fueran hijos suyos. Lo más cerca que había estado de su hermana Laura fue sentada al otro lado del cuarto mientras su madre le cambiaba los pañales. Y recordaba que su madre decía:

–No mires.

En 1966, en Washington, cuando una enfermera depositó en el regazo de Claire a su hija, Claire experimentó una especie de embestida, como si en un instante hubiera perdido el juicio. Aquella cosa de ojos azules que tenía en brazos procedía de su propio cuerpo y sin embargo le resultaba extraña, una total y completa extraña. La abandonó antes de saber ni tan solo quién y cómo era.

El abogado, desempeñando el papel de padre de Claire, caminaba detrás de la enfermera de la sección de maternidad que empujaba la silla de ruedas de Claire y la niña hacia el vestíbulo. Claire aceptó la bolsa de obsequio del hospital a los recién nacidos, firmó en el registro de salidas, y a continuación la enfermera le dijo adiós y la dejó bajo la autoridad del abogado. No existía motivo alguno para que Claire circulase en silla de ruedas como una inválida, salvo que eran las normas del hospital. Podía haber caminado. Podía haberse levantado y echado a correr, a no ser porque la niñita dormía en su regazo. El abogado, ataviado con un negro abrigo de casimir, se acercó a una mujer que vestía un grueso chaquetón de paño y esperaba de pie, sola, un poco apartada.

–¿Es ese el bebé? –preguntó la mujer, señalando con la cabeza en dirección a Claire.

–Sí –dijo el abogado.

Cuando los dos se acercaron, Claire se sintió débil por primera vez desde el parto. El abogado levantó de su regazo a la niña y fue como si le hubieran arrancado un órgano vital. El bebé lucía en la muñeca un brazalete de identificación que se suponía debía indicar su nombre, compuesto de pequeñas cuentas cuadradas blancas y rosas, pero en él no figuraba nombre alguno. Claire quiso quitarle el brazalete, para conservar algo, y no lo hizo por temor a que la niña llorase y llamara la atención de la gente.

El abogado entregó el bebé a la mujer.

–Si alguna vez vuelve a verla –dijo, señalando a Claire–, niéguese a reconocerla.

La mujer asintió y miró a la niña que tenía en brazos.

–Bonita criatura –dijo–. Tus nuevos papás estarán muy contentos de tenerte.

El abogado empujó la silla y sacó a Claire del hospital por detrás de la mujer y el bebé. Claire fijó los ojos en la espalda de ella: deseaba ser capaz de leer su mente, se preguntaba quién sería, qué clase de persona habría dentro de aquel grueso chaquetón de paño. Fuera, el abogado entregó la bolsa de regalo a la mujer, pasándola por encima de su hombro, y ella se alejó entre la doble nubecilla de vapor de su aliento y el de la niña.

Claire cerró los ojos para no ver partir al bebé. De haber sido una persona más fuerte lo habría impedido; habría gritado «¡Mi hija, mi hija, me han robado a mi hija!», y el guarda de seguridad del hospital habría perseguido a la mujer. El abogado, ante el revuelo, habría procurado quedar al margen, simplemente se habría metido en su coche y emprendido la fuga. Pero las cosas no ocurrieron de aquel modo. Por el contrario, el abogado acercó su Buick a la entrada del hospital y llevó a Claire a un parque cercano, donde la esperaba su padre. Un sobre cambió de manos y el abogado se marchó. Los neumáticos del Buick esparcieron salpicaduras de grava.

En todo el curso del viaje de regreso a Baltimore, lo único que su padre dijo fue:

–He tenido que dejar un montón de trabajo para ocuparme de esto.

Y finalmente, cuando ya Claire se apeaba del coche, añadió:

–Confío en que ahora todo será más fácil.

Quiso darle unas palmaditas en la espalda, pero Claire estaba saliendo del vehículo y lo que la mano tocó fueron sus posaderas. Su padre se ruborizó y le dijo bruscamente que cerrase la puerta enseguida.

–Entra aire frío.

Claire volvió a Baltimore sin nada, excepto el recuerdo de una carita de mona de tres días de vida, una cresta de cabello castaño,

unas mejillas rosadas y unos ojos azules que, estaba segura, ya habían penetrado en ella y la odiaban. Regresó a su apartamento y encontró que nada había cambiado, excepto la leche guardada en el frigorífico, que se había agriado.

–Es mejor así –le dijo su madre por teléfono mientras su padre estaba de nuevo en el trabajo–. Créeme.

En Macy's, Claire compró ropas y juguetes para Jake y Adam, y cintas de vídeo y libros. Pagó con su tarjeta más de cuatrocientos dólares, y luego las pasó negras para cargar todas sus compras en un taxi.

Sonaba el teléfono cuando entró en su despacho. Levantó el aparato un instante antes de que el contestador automático recogiese la llamada.

–Hola, soy Barbara Schwartz. ¿Tenías una visita?

–No, acabo de entrar –dijo Claire–. Espera un momento, no cuelgues. –Introdujo en el despacho todos los paquetes, cerró la puerta y se llevó el teléfono al sofá. Entonces preguntó–: ¿Qué hay? ¿Cómo estás?

–Cansada, pero bien –dijo Barbara–. Aunque tengo apenas un minuto entre pacientes, quería responder a tu llamada.

–Estos días estoy viendo a Jody Goodman. La han admitido en la universidad y no puede decidir si va o no va.

–¿A la UCLA?

–Sí.

–Estupendo –dijo–. Eso es lo que siempre ha deseado. Jody es una persona especial: gran imaginación, inteligente. Pensadora. A veces se siente obligada a bromear con la gente, a tomarle el pelo a alguien, quizá para compensar el lado oscuro de las cosas. Pero básicamente es auténtica. Su gran problema fue alejarse de su familia. Estaba muy subordinada y por lo general tiende a comprometerse demasiado. Necesita mucho apoyo, hay que darle dosis de confianza.

–¿Secretos?

El teléfono transmitió unos ruidos de fondo. Barbara no pareció haber oído la pregunta. Claire dejó vagar su mirada por el despacho: comparado con el de Rosenblatt era silencioso, apacible, humilde, un alivio.

–Oh, aquí está mi paciente. ¿Algo más? –dijo Barbara.

–¿Es manipuladora?

–¿Manipuladora?

–Ya me entiendes –dijo Claire–. Contar historias, jugar contigo, llevarte al huerto...

–No, en absoluto –contestó Barbara, sorprendida–. ¿Por qué?

–Simple curiosidad. ¿Cómo están tus hijos?

–Magníficamente. ¿Y los tuyos?

–Bien. Todo marcha bien.

–Llámame de vez en cuando. Me alegro de que estés tratando a Jody.

Claire colgó, pensando que Barbara le gustaba más aún de lo que recordaba, aunque solo fuera porque Barbara estaba demasiado ocupada para hablar de Jody o, más importante aún, de cualquier otra cosa.

7

–Veo que no se ha estrellado tu avión –dijo Claire, sonriendo desde la puerta de su despacho.

–La suerte del principiante –replicó Jody.

–¿Qué tal ha ido, entonces?

–Tuve una discusión bastante seria con mi madre camino del aeropuerto. –Jody se acomodó en su asiento y se dispuso a teatralizar–. Yo: «No quiero ir a Los Ángeles. Nunca he dicho que quisiera ir. No quiero ir ni siquiera a la escuela de cinematografía. He mentido. Quiero ser recepcionista en el consultorio de un dentista». Mi madre: «¿Un dentista? Tú odias a los dentistas. ¿A qué vendría escoger un trabajo así?» –Jody hablaba despacio y con rostro inexpresivo–. En la pista de despegue tuve un amago de colapso nervioso. Los motores empezaron a funcionar y fue como si mis pecados pesaran tanto que impedían despegar el avión. Mi madre no quiere que me marche. Es verdad. Secretamente desea que viva para siempre con ella. Cuando avanzábamos por la pista empecé a disculparme sin parar. El avión se levantó del suelo, estábamos en ese ángulo en que una se siente como un astronauta, y mi madre me apretó la mano y dijo: «Convendría que aprendieras a ser más considerada conmigo. A fin de cuentas, yo no duraré eternamente». Ya en el aire, me puse a recitar para mí: «Nunca volveré a portarme mal con mi madre. Nunca volveré a portarme mal...». Sirvieron la comida. Mi madre bajó mi mesilla para la bandeja, yo la volví a subir, ella la volvió a bajar, así varias veces. Yo no quería comer nada. Ella dijo: «Lo has pagado, deja por lo menos que te lo sirvan». Y yo: «¿Para que se lo coma quién? ¿Ese sujeto que ronca al otro lado del pasillo?». Mi madre se comió todo lo que había en su bandeja y después todo lo que había en la mía.

Claire rió.

–Es verdad –añadió Jody.

–¿Ocurrió algo bueno?

–Supongo que puede calificarse de bueno el hecho de que el avión no se estrellara. Aunque depende del punto de vista.

–¿Qué pasó cuando ya estabais allí?

–Echamos una mirada, volvimos a casa en otro avión y yo tomé el tren de regreso a Nueva York.

–No te creo.

Jody miró atentamente a Claire. ¿Cómo no iba a creerla?

–Muy bien, no echamos una mirada y nos volvimos. –Hizo una pausa–. Convencí a mi madre para que fuera al cementerio de Forest Lawn y pasó dos horas buscando de acá para allá tumbas de personas famosas. Todo lo que dijo fue: «Vaya, da gusto pasear al aire libre en

un día tan bonito».

–Creo que lo pasaste la mar de bien y no quieres admitirlo –dijo Claire.

–No empieces a considerarte brillante o cosas así –dijo Jody–. Es una cuestión básica.

–Muchas madres se habrían negado a ir.

–No se trata de un estudio comparativo –replicó Jody–. Es simplemente mi vida, ¿de acuerdo?

–Lo siento –dijo Claire–. Tienes razón. En resumen, ¿qué hay de la UCLA? ¿Irás o no?

–Harry dice que estoy loca si voy a la universidad. –Jody imitó perfectamente la voz y el tono del director–: «Los estudiantes de cinematografía son todos unos retrasados mentales».

–¿Quién es Harry?

–Harry Birenbaum, el director de cine. Hizo Juicio de amor, y ha hecho un montón de cosas más.

–¿De verdad? –dijo Claire, excitada–. Esa es mi película favorita.

–Es la película favorita de todo el mundo.

–¿De modo que trabajas para él?

–No. Técnicamente trabajo para un productor cinematográfico, y él me envió a espiar a Harry. La semana pasada, antes de marcharme, Harry me soltó un sermón larguísimo y después me llevó a una fiesta benéfica, con cena y baile, en el Plaza, donde todos decían constantemente que no sabían que tuviera una hija tan mayor.

–¿Cómo es él?

–Quería tener a alguien con quien acostarse. Se me ocurre que probablemente le presentaré a mi amiga Ellen. Tanto una como el otro de lo único que hablan es de joder. Con quién joden, por qué joden, cuánto les gustaría joder más. Cada semana, o así, Harry elige un proyecto femenino y lo trabaja hasta que cede o abandona.

–¿Eres tú uno de sus proyectos?

–No hablo de mí. Ni una palabra de las que salen de mi boca se refiere a mí –dijo Jody.

Inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho. Sintió la necesidad apremiante de disculparse, de reiniciar la sesión, volver a entrar por la puerta y contar lo cálida y soleada que era California. Pero guardó silencio.

–¿Hay algo más de lo que te gustaría hablar?

–Del tiempo –dijo Jody.

Claire sonrió. Ambas callaron. Cuanto más se prolongaba el silencio, más nerviosa se ponía Jody. Jugaba con los extremos de los cordones de sus zapatos, con una moneda que sacó del bolsillo, con un fragmento de cutícula de su dedo pulgar. Cruzaba y descruzaba las piernas, procurando no mirar de frente a Claire, aunque sí miró sus

mocasines de cuero marrón. Bonitos y cómodos. Probablemente comprados en Saks. Miró también el acondicionador de aire. Se agitó en su asiento, tratando de aparentar que no lo hacía. Luchó contra un fuerte acceso de sueño. Faltaba aire en el despacho. O sí había aire, pero impregnado de algún polvo especial tranquilizante. Claire había accionado un mecanismo secreto de su butaca y soltado una nube invisible de aquella sustancia, y como consecuencia Jody se dormía. Balanceaba la cabeza. Notaba que tenía el cuello demasiado delgado y débil para sostener el peso del cráneo. No hablar, además de resultar agotador, hacía que la hora pareciese increíblemente larga.

–¿Estás bien? –preguntó Claire.

–Muy bien.

–Pues creo que por hoy ya hemos consumido el tiempo.

A Jody le costó un gran esfuerzo levantarse. Su cuerpo pesaba como el plomo.

–¿Qué tal si vienes el miércoles a la misma hora? –preguntó Claire.

«Tengo que trabajar –pensó Jody–. Tengo un empleo. Me gusta mi empleo, incluso aunque no sé exactamente lo que debo hacer.» Pero Claire era amable con ella, y ella había ido hasta Los Ángeles por Claire. No podía decir que no.

–El miércoles, entonces, ¿conforme? –preguntó Claire. Jody respondió con un gesto afirmativo–. Seguiremos hablando de otras cosas.

Jody abandonó el despacho. Puede que el miércoles no quisiera hablar de otras cosas. Puede que no quisiera hablar de ellas en todo el curso de la semana, o en todo el curso del año, o nunca.

Llamó a Ellen a su oficina desde el remolque de Harry, mientras este salía a almorzar con un reportero de Première.

–Aquí el Third National Bank –dijo Ellen.

–He enredado a una psicoanalista –anunció Jody.

Contemplaba por la ventana la zona de Hell's Kitchen donde habían emplazado el rodaje: habían contratado guardas de seguridad para que, por la tarde, mantuvieran a mendigos, delincuentes y curiosos a distancia.

–¿Y en qué puedo ayudarla, estimada señora Goodman?

–No he hablado. Debo de estar en pleno colapso nervioso.

–No, ahora ya no ofrecemos sexo oral por abrir cuentas corrientes. Ahora regalamos tostadoras. Un momento, por favor. No cuelgue, volveré a atenderla enseguida.

Hubo una larga pausa, y Jody se entretuvo abriendo los armarios del remolque: uno estaba lleno de cajas de palomitas de maíz Jiffy Pop, en otro encontró varios lotes de película Polaroid sin usar. Se guardó unos cuantos en el bolso.

–Amorcito –dijo Ellen–, una no entra en el consultorio de un psicoanalista y de repente, por las buenas, le da un ataque de nervios. La gente va constantemente al psicoanalista y no le dice nada. Minucias.

–Me he dedicado a mirarle los zapatos, los pies, lo que fuera, y cuanto menos hablaba, peor se ponía todo. Al final me ha dado hora para el miércoles. Normalmente quiere verme cada día. Me parece que ya no le gusto.

–¿Y solo llevas yendo un par de semanas? Supongamos que te has enamorado de ella. Punto A: ¿por qué te preocupa lo que piense? Punto B: quizá mañana tenga el día ocupado. Quizá haya rebajas en Bergdorf's o algo parecido. No lo tomes como una cuestión personal.

–Lo tomo como una cuestión personal.

–Pues allá tú. Da la impresión de ser una psicoanalista de baratillo. A ver, ¿por qué no ha hecho nada para obligarte a hablar? No la has conocido el tiempo suficiente para que os quedéis las dos frente a frente como un par de momias. Oye, he pescado a un tipo... A lo mejor te apetece salir con nosotros esta noche.

–El pene número cuatro mil cincuenta y cuatro.

–Me gusta el sexo, ¿y qué? –dijo Ellen alzando la voz. Jody imaginó al resto de los empleados del banco volviéndose a mirarla desde sus escritorios–. Me gusta una barbaridad. Todo el mundo se empeña siempre en que me sienta incómoda porque me gusta, como si fuera una especie de pervertida. Me gusta joder, me gusta que me jodan, ¿qué hay de malo en ello? Si no hubiera de ser así, las personas tendríamos otra constitución física.

–Estás chillando –dijo Jody.

–¡No, qué va! –chilló Ellen–. Simplemente hablo contigo y lo que digo no te gusta.

–Me tienes inquieta –dijo Jody–. Y es puro egoísmo, porque si te pasara algo me quedaría sin nadie con quien hablar. El sexo es peligroso. Ya no es como cuando éramos unas crías.

–Tengo que dejarte –dijo Ellen–. Alguien me hace señas. Hablaremos más tarde.

Antes del anochecer, el ayudante del director lanzó calle abajo el grito de «¡Se acabó!», y Carol Heberton fue escoltada desde su remolque hasta un coche que la esperaba. Dos personajes, vestidos con sus ropas de actuar, subieron en pos de Harry a otro remolque, y alguien vació en la boca de la cloaca lo que quedaba del gran termo de café. Los ayudantes de producción, de ambos sexos, comprobaban la carga de las pilas de sus walkie-talkies y uno de ellos se volvió hacia Jody.

–Vamos a tomar unas cervezas, ¿quieres venir?

Era la primera vez que la invitaba a algo. Cada noche había

presenciado cómo los grupitos de ayudantes se retiraban de la escena del rodaje en informal camaradería, hablando entre ellos, relajados, riendo, sin una mirada atrás.

–Oye, ¿tú eres pariente de alguien, o tienes alguna relación con alguien? –preguntó uno de sus acompañantes.

–No –dijo Jody–, ni una cosa ni otra.

–Bueno, entonces, ¿qué es exactamente lo que haces? Yo, cada mañana, compro flores para el remolque de la Heberton. Después le traigo un sándwich de huevo frito de cualquier cafetería. Paso el resto del día con recados para unos y otros. Antes de marcharme entrego los comprobantes y los recibos, y me pagan. Pero tú, ¿qué haces y para quién?

–Trabajo para Michael Miller. Le ayudo a conseguir dinero, pero temporalmente me ha cedido en préstamo a Harry.

Caminaban siguiendo un rumbo zigzagueante por el lado occidental de Manhattan, inhalando los espesos humos de los tubos de escape. Pasaron ante lugares a los que Jody siempre había querido ir y ante lugares donde ya había estado y se proponía volver: el Film Center Cafe, el Cupcake Cafe, el Restaurant Bellevues. Supuso que sus acompañantes pensaban en algo mejor y que sabían adónde iban. Cuando se detuvieron en la puerta de un local que un rótulo de neón identificaba como BAR/PIZZA, a Jody se le revolvió el estómago. Lamentó no haberse comido la última rebanada de pan en el bufete del rodaje. Los ayudantes de producción parecían deleitarse en su propia falta de gusto, en tener a psicópatas por compañeros de cuarto y en conservar sus hábitos de vida por debajo del nivel de la pobreza. Ella procuró sentarse lo más lejos posible del proveedor de flores y sándwiches de huevo frito. Los demás pidieron jarras de cerveza y refrescos de cola para los no alcohólicos, de los que evidentemente había varios.

–Cuando lo de ahora termine voy a tener un trabajo corriente, algo de lo más aburrido –dijo una mujer.

–Si quieres seguir en el cine –dijo Jody–, escríbele una carta a Michael. Mi puesto pronto quedará vacante.

–¿Y adónde irás? –preguntó el proveedor de flores–. ¿A dirigir tu primera obra, o a pasar el verano en París?

Jody no respondió de inmediato. Le parecía absolutamente imposible hablarles de la escuela de cinematografía, o de Claire, o de Ellen, o de Harry, o de lo que fuera.

–Volveré a Montana –dijo finalmente–. Mi padre tiene allí un rancho y siempre necesita que le echen una mano.

Encargaron cinco pizzas para siete personas, pizzas pésimas, tostadas como cartón, con una salsa como de sangre aguada y queso como una suela de zapato. Jody terminó bajando por la Séptima

Avenida con una enorme caja de pizza entre las manos.

–De verdad, quédatela –había dicho uno de los ayudantes–. A fin de cuentas, tú eres quien ha puesto casi todo el dinero.

«Mala conciencia», pensó Jody.

Pasó junto a un vagabundo que había acampado en un pequeño parque.

–¿Le apetecería una pizza? –preguntó, mostrándole la caja.

–¿Está envenenada?

–No. Me he comido una parte, solo que me he cansado de tanto masticar.

Jody levantó la tapa de la caja para que el hombre viera el contenido.

–¿Tiene salsa de tomate? Eso de ahí parece tomate.

–Sí, claro, es una pizza.

–Yo no puedo con el tomate –dijo el hombre–. A mi estómago no le sienta bien. Aunque sí me gusta esa otra clase, ¿cómo la llaman? ¿Pizza blanca? ¿No tiene de la otra clase?

Jody se encogió de hombros.

–Lo siento.

–Bueno, se me ocurre que podría dejarla allí, en aquel banco. Espero compañía más tarde, quizá a quien venga le guste.

Jody depositó la caja de pizza sobre el asiento del banco y se alejó.

–La próxima vez –alcanzó a decirle el hombre–, elija la otra clase. Se digiere mucho mejor.

Sentado en el borde de la cama, bañado por el fulgor de la pantalla del televisor, Sam llevaba en la cabeza un antiguo juego de auriculares de gruesas almohadillas. En la temporada de las grandes competiciones deportivas, cuando noche tras noche encontraban a Jake dormido con la cabeza apretada contra la pared, la norma de la casa era que Sam no vería los deportes, salvo en pleno día, sin los auriculares. También tenía prohibido replicar en voz alta a los comentaristas, aunque ocasionalmente aporreaba el suelo con los pies y Jake aullaba: «¿Qué ha pasado, qué ha pasado?», desde el dormitorio de los chicos.

Claire trepó a la cama para alcanzar el otro lado y sentarse ante el diminuto escritorio encajado en la esquina bajo las ventanas. Cuando Adam nació, habían trasladado el cuarto de los niños al dormitorio principal y ellos se habían instalado en el dormitorio pequeño. Resultaba ridículo: una cama de matrimonio de considerable amplitud, un tocador doble, un escritorio, una butaca y dos adultos apretujados en un cubículo de escasos catorce metros cuadrados. Claire miró por la ventana el apartamento del otro lado de la calle. Era mayor que el de ellos, tenía nueve ventanas en línea, se veían flores en varias de ellas, y las paredes estaban pintadas de curiosos colores, probablemente elegidos por un decorador profesional.

–¿Te acuerdas de Karen Armstrong? –le dijo Claire a Sam. Él no contestó–. Acaban de comprarse un apartamento en el San Remo; les pedían ocho y medio, pero Karen lo ha conseguido por siete ochocientos. Su hermana Susan tiene a su cargo una exposición que ahora está en el Whitney y que luego irá a otras cuatro ciudades.

Sam seguía sin responder. Claire se plantó delante del televisor, se levantó la camisa y le mostró un instante los pechos. Los pies de él marcaron en el suelo un breve pero enérgico redoble, y Claire salió del dormitorio.

Llamó a su amiga Naomi.

–Ahora no puedo hablar –dijo Naomi–. Estoy intentando que los chicos se vayan a la cama.

–Pues ya son las diez –indicó Claire–. Quizá te convendría comprar una de esas armas que disparan dardos tranquilizantes.

–Oh, sí, y regalar los chicos al zoo. Te llamaré mañana.

Claire colgó. Su vida era bella, perfecta según ciertas personas. En ella había un ritmo y un grado de rutina apaciguantes. Pero ahora necesitaba algo más; algo que la enganchase, que la elevara al siguiente nivel, que mantuviera su interés despierto.

Calentó una pizza en el microondas, la depositó en una bandeja

junto con una botella de agua mineral y dos vasos y lo llevó todo al dormitorio. Sam tomó su media pizza, la enrolló en forma de tubo y se la comió en menos de siete bocados, dejando que las migas cayeran al suelo. «Magnífico –pensó Claire–; ahora solo necesitamos otro ratón, quizá esta vez una rata de cloaca.»

Se tendió en la cama boca arriba y apresó entre las puntas de los pies la banda elástica en los calzoncillos de Sam. Tiró para separarla del cuerpo de este y la soltó para que chasqueara contra su piel. Repitió la misma acción, insistentemente, hasta que él echó atrás las manos y le cogió el pie. Transcurridos unos minutos, y en vista de que no ocurría nada más, Claire retiró las piernas, se volvió hacia un costado y optó por tomar un libro e intentar leer.

El apartamento, definitivamente, era demasiado pequeño. Por la noche se encogía, como si alguien desde el piso de arriba accionase un mecanismo que a partir de las ocho acercara unas a otras las paredes. Hasta entonces, Claire había creído que vivir prácticamente cuerpo a cuerpo era bueno para una familia. Enseñaba a los componentes de esta la mejor manera de congeniar, cómo encontrar un espacio privado donde aparentemente no lo había y cómo desenvolverse sin tenerlo. Era imposible para Jake, como para todos ellos, pensar en cualquier forma de vida secreta, en meter o sacar cualquier cosa a hurtadillas. Y sin embargo existía también un serio inconveniente en el hecho de saber todo lo que tu hijo hacía. Por ejemplo, cuando Jake no hacía nada, cuando mataba el tiempo tumbado en la cama y mirando al techo, a ella le provocaba un fastidio infinito. Y por mucho que le atemorizara dejar a sus hijos en libertad, tampoco quería, en el fondo, saber demasiado sobre ellos. Había quedado atrás la etapa en que esto tenía algún encanto. Miró a Sam, absorto en la televisión, y deseó que el espectáculo deportivo terminase para que ambos pudieran sostener una conversación seria.

Claire se deslizó bajo las sábanas y pensó en la opinión de sus padres sobre sus cosas. Su padre: «Vaya negocio que sea abogado, todos son abogados. Así ganan el dinero. Tendrías que ver cómo viven: no lo digo porque yo lo haya visto, mi otra hija me lo contó. Niños corriendo por toda la casa en ropa interior. Patanes. Hippies, eso es lo que son. No maduran nunca. Se refugian en ese Greenwich Village como animales. Bohemios. Odioso».

Su hermana, en efecto, la había visitado: «Me encanta la Quinta Avenida... ¿Estás segura de que esto es realmente la Quinta Avenida? Bueno, debe de ser la parte pobre. ¿Y qué ocurre en ese parque, Washington Square? He observado todo el día a la gente, con radios grandes como maletas, haciendo ejercicios gimnásticos y esperando que alguien les tirase unas monedas. ¿Cómo es eso? ¿Cómo puede tanta gente estar allí fuera todo el día, y nada menos que en un día

laborable? ¿Nadie tiene trabajo?».

Su madre: «No deberías consentir que la criada te llame por tu nombre. Yo nunca lo permití. A las personas hay que ponerlas en el sitio que les corresponde. ¿Y cómo puedes dejar un mes entero el despacho cada verano? Yo diría que acabarás perdiendo el empleo. Bueno, ya entiendo que trabajas por tu cuenta, pero nadie se toma el mes de agosto libre a no ser que esté retirado. No veo por qué motivo haces siempre las cosas exactamente al revés que todo el mundo».

Claire pensó en su nueva paciente, Jody Goodman, que acababa de volar a Los Ángeles con su madre, una mujer que parecía perfecta, maravillosa, como una amiga. Ella nunca había hablado con nadie de la idea de la adopción como sustitución. Había tenido antes clientes que fueron hijos adoptivos, pero por uno u otro motivo el concepto de reemplazar a un hijo perdido no había surgido nunca. Quizá aquella era la mejor manera de hacerlo, convertirse en madre de un extraño. A Claire le daba resultado: cien dólares la hora, a veces un poco más, a veces un poco menos. Era un medio de vida.

A las dos de la madrugada, Claire estaba de pie en la cocina, esperando que hirviese el agua, mientras repasaba las notas para una conferencia que supuestamente debía dar una semana después sobre los ataques de ansiedad y su relación con la sensación de pérdida.

A criterio de Claire, los ataques de ansiedad eran como reacciones alérgicas. Simbolizaban la insistencia del cuerpo en preservar la vida y ocurrían en respuesta a experiencias directas (conscientes) o indirectas (inconscientes). Situaciones que exponían al paciente a la muerte y/o a una pérdida (el equivalente primario-infantil de la separación), conducían a que dicho paciente se enfrentase a la extinción, a la temida muerte del yo, y provocaban una arrolladora oleada de respuestas, un efecto comparable al de la bola disparada por una máquina del millón que se moviese dentro del cuerpo rebotando en los receptores nerviosos y haciendo que el repetitivo ding-ding de los impactos elevara progresivamente la cifra del marcador. Se aceleraba el pulso, el sudor humedecía las palmas de las manos, las pupilas se tornaban hipersensibles a la luz, la respiración se hacía más rápida y menos profunda. Aquellas señales atraían la atención de la víctima, la alertaban, especialmente si era mujer, sobre el estado de su cuerpo y de su mente.

El miedo primigenio a ser abandonado era el disparador. Claire imaginaba simios que, en la jungla, separados de su grupo, sufrían ataques de ansiedad y se volvían agresivos. La ansiedad indebidamente expresada o no manifiesta existe siempre, había escrito Claire, y por desdicha, debido a que ello no concuerda con nuestro concepto de lo que es normal, no hemos sido educados en la expresión de nuestros impulsos ansiosos. Consideraba que los seres humanos

estaban destinados a vivir en grupo y no habían sido programados para las conductas de extrema independencia. Recordaba su período de terapeuta interna en Hopkins, cuando estaba a punto de graduarse. Trabajaba en la clínica de transferencia sexual y entrevistaba a candidatos potenciales a la transferencia sexual quirúrgica. Con frecuencia, los hombres que habían cambiado quirúrgicamente de sexo caían en la depresión y desarrollaban una tendencia al suicidio. Poco después de la partida de Claire hacia Nueva York dejaron de practicarse aquellas operaciones en Hopkins. Claire había sospechado desde siempre que la depresión era consecuencia de una severa ansiedad procedente de la decisión de rechazar la tribu en que el sujeto había nacido. Y a pesar de que muchos de aquellos hombres consideraban la intervención quirúrgica como una bienvenida a su verdadero yo, su yo profundo no podía separarse de su pasado histórico, con el resultado final de un rechazo del yo. Etcétera... Claire permaneció en la cocina dos horas y media, revisando y escribiendo sus notas; bebió taza tras taza de café instantáneo durante la noche pensando que cada una sería la última.

A las seis, Adam irrumpió en el lecho de sus padres y se introdujo entre ambos. Claire evitó dar señales de que estaba despierta. Era el turno de Sam; en esto consistían, teóricamente, el matrimonio y la vida de familia: alternarse, turnarse en las obligaciones. Finalmente, Sam se levantó, conectó el televisor y volvió a dormirse, dejando a Adam, a los pies de la cama, sumido en el embeleso de los dibujos animados.

A las siete, Claire despertó a Jake y preparó el desayuno de los chicos. Estaba exhausta cuando llegó a su consultorio. El timbre que anunciaba la presencia de su paciente de las diez sonó a las nueve cincuenta y tres. Claire oyó a la paciente llorar en la sala de espera, pero dejó transcurrir los siete minutos antes de abrir la puerta, con la esperanza de que la mujer se hubiera calmado.

–Adelante –dijo, sonriendo.

Polly entró cargada con su bolso, su paquete de pañuelos de papel y su chaqueta.

–Estoy preñada –dijo, antes incluso de sentarse–. No concibo que él haya podido hacerme esto.

–¿Es seguro? –preguntó Claire.

Mostrarse siempre tranquila formaba parte de su trabajo. Era lo que se esperaba de ella. Que la chica se enojase, perdiese la compostura y le gritase a la cara era igualmente parte del trabajo: actuar como una esponja gigante. El ardid profesional consistía en no implicarse personalmente.

–Ha dado positivo –dijo Polly–. Él vino el lunes por la noche y se llevó el resto de sus cosas, y ayer noté que me sentía un poco rara, así

que me compré una de esas pruebas y el resultado fue positivo; salí a comprar otra prueba diferente y también fue positiva, y entonces fui al médico y me lo confirmó definitivamente. Positivo.

–¿Qué piensas hacer?

Polly la miró a los ojos.

–Está claro que no puedo contar con Phil.

Claire atendía más a la intención de lo que Polly decía que a la literalidad de sus palabras. «No puedo contar con Phil», decía. (Ni contigo, quería decir.) «Tendré que resolverlo por mi cuenta.» (En todo caso, no necesito tu ayuda.)

«Simplemente, me ocuparé de lo que haya que ocuparse. Me desharé del asunto.» (Y también de mí misma.)

«Es como llevar un veneno en el cuerpo. Solo quiero gritar.» (Miedo y sinceridad.)

«Quiero gritar.» (¿Qué harías tú si empezase a gritar? ¿Si estuviera aquí sentada dando alaridos? Algo harías, ¿no? Me echarías a patadas, lo sé.)

«El médico me dio el número de teléfono de un sitio al que puedo llamar.»

–¿Cómo te sentirás si no tienes este niño? –preguntó Claire.

–No es un niño. No es nada. –Polly hizo una pausa. (No puedo asumir la realidad, y en consecuencia la niego.)–. ¿Me estás diciendo que no debería abortar?

Claire imaginó que le contaba a Polly la verdad según la veía ella. Que aquello no terminaba nunca. Que era una pesadilla recurrente en la que el niño que mataste regresaba y te hacía toda clase de cosas. Que conservabas un recuerdo permanente, unido a la idea de que posiblemente no volverías jamás a quedar preñada. La culpa. Tú no sabías que cuando renunciaste a él renunciabas para siempre. ¿Y qué pasaría si más adelante dabas efectivamente a luz un bebé, y este bebé padecía una malformación horrible? ¿Qué pasaría si moría? Quizá ahora no era todavía un bebé, pero, ¿y después?

–A veces –dijo por último Claire–, no todo se limita a superar el trance. Las personas tienen sentimientos que pueden no identificar hasta mucho más tarde. Hay efectos subsiguientes, emocionales y otros.

–Estás intimidándome –dijo la muchacha.

Mirando a Polly, Claire recordó su primera visita. Había pacientes que Claire esperaba con interés volver a ver y otros que consideraba menos importantes. Polly figuraba en el segundo grupo: los que no le inspiraban afecto. No se trataba de que Claire la odiase, pero había otros que le gustaban mucho más. Claire pensaba que trabajaba más a fondo con quienes menos le gustaban y que era probablemente menos útil a quienes más apreciaba, porque en este caso se comportaba en

exceso como una amiga, de una manera demasiado espontánea.

–No era mi intención asustarte.

–No puedo tener este niño. ¡No quiero para nada un bebé! –chilló Polly–. Cambiemos de tema.

–Estás furiosa.

Parte del trabajo de Claire era también destacar lo obvio.

–Exactamente. Estoy quemada. Tú me haces sentir culpable de algo perverso, como si fuera a arruinar para siempre mi vida.

–¿De qué manera te hago sentir culpable de algo perverso?

–Me preguntas un millón de cosas. No sé qué decir para complacerte.

–No tienes por qué complacerme. Tienes que decidir lo que quieres.

–¿Tengo aspecto de estar en condiciones de ser la madre de alguien?

–¿Quién podría acompañarte a la clínica?

–Tú sabes que ya no me quedan amigas ni amigos. Phil me obligó a romper con todos. De esto hemos hablado ya.

–¿Y algún pariente? ¿Vive en Nueva York alguna prima tuya?

–Acabo de decírtelo: no quiero que lo sepa nadie. –Polly comenzó de nuevo a llorar–. No puedo creer que esto me esté pasando a mí. Hace un mes hablaba de que iba a casarme; ahora me siento en este despacho, preñada, y no tengo ni novio.

Ver llorar a alguien era uno de los espectáculos que menos agradaban a Claire. Con frecuencia se sentía inclinada a consolar a sus pacientes: estrujarles los hombros, darles palmaditas en la espalda, lo que conviniese; pero sabía que debían llorar solos. Brindar a los pacientes la ocasión de desahogarse era más importante que aliviar enseguida su dolor, por lo cual se había autoimpuesto comportarse como una estatua de piedra en cuanto aparecían las lágrimas. En ocasiones les tendía un pañuelo de papel, cosa que se interpretaba como un gesto comprensivo. Con determinados pacientes que, como Polly, lloraban sin parar, Claire se sentía frustrada, aunque procuraba disimularlo. Eran personas que entraban en su despacho y lo primero que hacían era estallar en lágrimas, en cada sesión, a lo largo de meses, durante años. ¿Qué conseguían con ello? ¿Alivio? ¿Una vía de liberación? ¿Una excusa para no hablar de ciertos temas? En lo que a Claire concernía, el pronóstico de un llorón o llorona constante no era bueno.

–¿Serviría de algo que te acompañase yo? –preguntó Claire, una vez Polly hubo dejado de sollozar.

Pronunció las palabras antes de percatarse de lo que decía. Aquella era la parte de Claire que, a juicio de sus pacientes, hacía de ella una gran terapeuta: el «lado humano» de su personalidad. Y era asimismo

la parte peligrosa de Claire. Por mucho que se esforzase en comportarse como una estatua de piedra, los pacientes veían siempre la carne viva que había detrás.

Polly parecía sorprendida.

–Si necesitas que vaya contigo, iré –insistió Claire.

Con anterioridad, solo en una ocasión había hecho algo parecido a aquello. Acompañó a una mujer aturdida por el pánico a visitar al dentista y se sentó en la sala de espera mientras a la mujer le hacían una limpieza y le empastaban un par de muelas.

«¿Cómo es posible que yo caiga en esto?», se preguntó Claire mientras Polly hablaba. ¿Y cómo podría no caer? Juntas llamaron a la clínica, concertaron día y hora y trazaron el plan.

La siguiente paciente de Claire, Bea, era una mujer de cincuenta y cinco años que no tenía vida propia. Desdichadamente casada con alguien perfectamente agradable, había criado a dos hijos, uno ya casado y el otro en la universidad. Ahora, sin tratamientos de ortodoncia, sin lecciones de piano, sin el apremio de preparar cenas familiares, Bea no tenía nada que hacer. Padecía la sensación de que se estaba muriendo. La remitieron a Claire después de recibir terapia antidepresiva durante tres semanas en la Payne Whitney. Los psiquiatras de allí habían prescrito la continuidad de los antidepresivos, y además, a través de Claire, una reeducación cuyo objetivo sería que, si Bea desarrollaba cierto número de intereses personales, su aburrido matrimonio dejaría de ser el foco de su existencia.

–Anoche empecé las clases en Marymount. A Herbert le fastidió que llegara a casa tarde, pero me parece que lo pasé muy bien. No estoy del todo segura. No había pisado un aula desde hace más de veinte años.

–¿Habló con alguien? –preguntó Claire. Bea movió la cabeza negativamente–. La próxima vez debería intentarlo. Propóngale a otra de las mujeres tomar un café juntas al salir, pueden hablar sobre la clase.

–Herbert se disgustaría.

–Pruébelo –dijo Claire–. Adviértale por anticipado de que se retrasará. En el Guggenheim han inaugurado una nueva exposición; quizá podría usted darse un paseo hasta allí.

–Es que... no me gusta ir sola a los sitios.

–Requiere práctica, pero el museo está cerca de su casa y no creo que represente para usted ninguna complicación. Por cierto, ¿ha hecho alguna gestión con referencia al trabajo voluntario?

–Decidí que no me gusta estar entre enfermos.

–Los voluntarios prestan toda clase de servicios. Son útiles, por ejemplo, en el Lincoln Center, en el Metropolitan Museum, en el

Whitney.

–No quiero adquirir compromisos. ¿Qué pasaría si a Herbert le apeteciese que nos marcháramos de viaje unos días?

–Nada. En esos casos, una avisa de que se marcha, y en paz. Les está haciendo un favor. Que una se ausente por un tiempo no representa un problema.

La vida de Bea no estaba en crisis, nunca lo había estado. Veinte años de pasividad absoluta habían narcotizado a aquella mujer, y Claire trataba de despertarla con la mayor benignidad posible. Algunas veces pensaba que se daba por sentado que ella debía ser la líder de todas las mujeres; que era ella, Claire, quien debía nutrirlas con provisiones obtenidas de matute, provisiones traídas del otro lado, de más allá de las líneas enemigas. Que tenía que darles lo que ellas no conseguían nunca. Que tenía que convertirlas en personas fuertes y enseñarles a matar.

Casi era mediodía cuando Bea se marchó. Habían rebasado en unos minutos la hora, planificando las actividades de Bea para los días siguientes. Claire consultó su agenda y descubrió que tenía una reunión de padres-profesora en la escuela de Jake que en teoría empezaba a las once cuarenta y cinco. Metió la agenda en su bolso y, sin esperar el ascensor, se lanzó escaleras abajo y emprendió una carrera hacia el este, a través de Houston, hasta Lafayette.

La Lang School era la escuela más sofisticada del centro de la ciudad. Tenía como alumnos a los hijos e hijas de galeristas de moda, actores, herederos de empresas bien conocidas y astros del rock. Las hijas gemelas del músico de heavy metal a quien Jake tenía como ídolo iban a su misma clase; cada tarde, una limusina de un blanco cocaína las transportaba a lo largo de siete manzanas hasta su casa, un apartamento tríplex de paredes insonorizadas, situado a la vuelta de la esquina de la Tower Records. Jake juraba que estaba enamorado.

Claire dio su nombre al guarda de la entrada, mostró fugazmente su tarjeta de identificación de «Padres de Lang» y se precipitó hacia el aula de sexto grado. En los pasillos, del suelo al techo, se alineaban los tableros informativos, sembrados de chinchetas y parcialmente cubiertos de presuntas obras de arte similares a la basura que ella solía contemplar cuando trabajaba con los pacientes internos del pabellón psiquiátrico de Bellevue.

–El sitio es realmente agradable. Debería usted ir algún día –estaba diciendo Sam cuando Claire, jadeante, entró de sopetón en el aula.

Ella se comprimió en un pupitre de tamaño infantil y se esforzó por normalizar su respiración.

–Lo siento –se excusó–. Estaba con alguien. No he podido evitarlo.

–Il Cantinori –dijo Sam–. Calle Diez, entre University y Broadway. –Asió la mano de Claire y le dio un apretón afectuoso–. Es nuestro

restaurante favorito.

–Iré este fin de semana.

«Pide primero una subvención», pensó Claire, preguntándose por qué Sam habría persuadido a la profesora de que eligiera un restaurante que obviamente no podía permitirse.

–Sally se casa –explicó él.

Sally era la profesora. De acuerdo con la filosofía educativa de Lang, los alumnos llamaban a todo el personal de la escuela, desde el conserje hasta el director, por su nombre de pila. Ello tenía por objeto reforzar su confianza en sí mismos. Claire era incapaz de recordar el apellido de Sally, cosa que la sacaba de quicio.

–Enhorabuena –dijo.

Era hora de recreo. Claire percibía los aullidos de los doscientos cincuenta niños que, en el exterior, corrían arriba y abajo de la calle cerrada por barreras.

–Con respecto a Jake... –dijo Claire.

Presentía que el momento sería difícil. Sintió un vacío en el estómago. Se inclinó hacia adelante y bajó un poco la cabeza, tratando sutilmente de dominar su debilidad.

–Tengo la impresión de que en casa necesita más estructura –dijo Sally–. Necesita una idea más clara de lo que se espera de él y de cómo alcanzar sus objetivos.

Sam y Claire asintieron moviendo vigorosamente la cabeza. Si Jake era expulsado de aquella escuela, tendrían problemas graves. Sería difícil, si no imposible, inscribirle en otra escuela de calidad; incluso si lo conseguían, uno de los dos tendría que llevarle cada mañana a un extremo de la ciudad y alguien tendría que recogerle cada tarde. Y si no lo conseguían, terminaría en la escuela pública, algo que había que evitar a toda costa.

–¿Qué sugiere usted? –preguntó Sam.

–¿Tiene organizadas las tardes? ¿Realiza actividades específicas?

Sería grotesco presentar a Frecia como un modelo de conducta fuerte y estimulante, o explicar que sus obligaciones se limitaban a mantener con vida a los chicos hasta que Claire o Sam regresaban a casa. Las actividades planificadas y estructuradas eran inimaginables.

–Lo que tengo en mente –dijo Sally– es un programa complementario de la actividad escolar. Deportes y música, nada específicamente académico. –Hizo una pausa–. Jake toleraría bien rondar un poco por ahí. Está en la edad. Y sus calificaciones no son digamos tan buenas como deberían ser o como nosotros esperábamos que fueran.

No continuó. Claire sabía que «la edad» era aquella en que a los chicos, o bien les entraba el frenesí, o bien eran un pedazo de leño. Jake era un leño. Quizá su deterioro era irreversible.

–Nosotros, precisamente, tenemos un programa. Lo he consultado y hay plazas disponibles. Podría empezar enseguida.

Por descontado que tenían un programa. Un programa, por descontado, que costaría tres mil quinientos dólares extra al año, sumados a los nueve mil que estaban pagando ya. Un programa que, por descontado, Sam y Claire suscribieron. Claire imaginaba que, si se negaban, la próxima vez Sally prescindiría de la amistosa charla personal y avisaría al Departamento de Servicios Sociales. «Ella es psicoanalista, él es abogado, y su hijo una mierda. El padre parece un tipo encantador, así que, evidentemente, todo es culpa de ella. Arréstenla.»

Claire y Sam traspusieron la puerta de salida cogidos del brazo, sonrientes, intercambiando susurros. En cuanto se encontraron en la acera, Claire se apartó.

–Menuda putilla –dijo–. Ha sido un vulgar soborno. Dadnos tres mil quinientos y nos encargaremos de él.

–Podría ser bueno para el chico.

–No estoy hablando de eso.

Sam se encogió de hombros.

–¿Te apetece un helado?

Claire no contestó. Caminaron a lo largo de cinco manzanas sin encontrar un local donde sirvieran helados mezclados con frutas, cremas o jarabes. Los helados a secas eran algo anticuado, churretoso y malsano. Terminaron por sentarse en el Café Mondadori, donde la clientela de altos pómulos consumía «capuchinos» y tarta de frutas del bosque.

9

El miércoles, a las seis y media de la mañana, sonó el teléfono de Jody.

–He tenido una pesadilla horrible –dijo Ellen–. ¿Puedes desayunar conmigo?

Jody gruñó por toda respuesta.

–Vamos, levántate. Te invito donde quieras. Me doy una ducha rápida y despacho a cierta persona. Tardaré unos veinte minutos. Nos encontraremos en el vestíbulo.

Jody se levantó y se quitó el camisón por la cabeza.

–No existe una ley federal que te exija notificarme cada vez que duermes con un extraño.

–Ahora ya no es un extraño.

–Tienes razón. Tráele a desayunar.

–No estoy segura de que hable inglés –dijo Ellen.

–Muy bien –dijo Jody cuando, en la cafetería contigua al edificio, completaban el proceso de despertarse–. ¿Qué era lo que soñabas?

–Que el banco quebraba y yo tenía que dedicarme al sexo como profesión. Mis clientes eran siempre hombres que había conocido en el curso de mi vida: amigos de la familia, antiguos profesores, el presidente del banco. Todo el día tenía que joder y joder. –Ellen hablaba casi a gritos, pero nadie en la cafetería parecía prestarle atención–. Tenía que hacer cosas rarísimas exactamente de la manera que ellos me ordenaban, o de lo contrario se negaban a pagarme. Al final, voy y le robo la pistola al poli al que se la estaba chupando y me pego un tiro en el coño.

–Ya se ha hecho antes –dijo Jody, mojando la punta de una tostada en la yema de un huevo frito.

–¿Qué quieres decir con «se ha hecho antes»?

–El tiro en el coño. No recuerdo el título, una película francesa con Gérard Depardieu y una vieja, quizá Jeanne Moreau. Al final él le mete el cañón del arma y aprieta el gatillo, hace un gran destrozo, ella tarda mucho en morir. Muy simbólico. Casi opresivo.

–¿Vas a contarme que mi vida ya «se ha hecho antes»? ¿Mi pesadilla?

–Todo. –Jody pidió por señas al camarero que le sirviese más café–. ¿Puedo preguntarte una cosa muy personal? –Ellen asintió con la cabeza–. ¿Siempre llevas gafas de sol en el interior de un local y a las siete de la mañana, o se trata de algo de lo cual quieres hablar?

–Tengo pupa.

–¿Qué? ¿El puño del desconocido ha chocado por casualidad con tu cara?

–Más embarazoso, para desgracia mía.

Ellen se quitó las gafas un segundo para mostrar fugazmente a Jody una marca semicircular negra y azul.

–Te escucho.

–Estábamos, cómo te diría, ocupados, y yo voy y me echo para arriba y pierdo el equilibrio y me estrello contra el borde de la cabecera.

–¿Esa cosa de metal?

Ellen hizo un gesto afirmativo.

–Me dejó completamente K.O., aunque no creo que él se diera ni cuenta. Cuando recobré el sentido todavía lo estábamos haciendo.

–Bueno, no lo habrías perdido mucho rato.

–Si voy a trabajar así pensarán como tú, que me ha atizado alguien.

–Te ha atizado indirectamente. Pero cuéntales que has tenido un accidente en un taxi, un choque con un camión; que te has ido de cara contra el cristal. Pasa cada día.

Ellen depositó sobre la mesa su mano derecha, muy abierta. En el dedo anular lucía un anillo con un diamante.

–Rob me regaló esto ayer. ¿Tú qué opinas?

–¿Te regaló un anillo de compromiso y tú te llevaste un desconocido a casa?

–No dijo exactamente que fuera un anillo de compromiso. De sobra debe saber que conmigo no es cuestión de compromisos y bodas.

–Estás chiflada.

–Y tú celosa. Mira, pruébatelo. –Ellen se quitó el anillo y trató de deslizarlo en el dedo de Jody–. Con este anillo yo te desposo.

Jody retiró la mano.

–Necesitas ayuda psiquiátrica.

Ellen movió negativamente la cabeza.

–Cada vez que voy a que me visite un tipo de esos lo único que quiere es follar conmigo.

–Ve a una mujer.

–¿Porque supones que ella no querrá follar conmigo?

–Ellen, ya sé que te cuesta aceptarlo, pero no todo el mundo quiere acostarse contigo. Así son las cosas.

–Yo, con una mujer, no podría. Detesto a las mujeres. Repugnante. Ni que me mataran se me ocurriría qué decirle a una mujer.

El camarero trajo la cuenta y Ellen la cogió.

–Paga la que ha hablado más.

–Gracias –dijo Jody.

–No me has contado nada de Los Ángeles. ¿Cómo te fue?

–Genial. Muy bien. Soleado, cálido.

–¿De verdad todo el mundo es allí tan guapo?

–No me fijé.

Ellen se palpó la cara.

–¿Crees que debería taparme esto con maquillaje?

–Con una gasa. Una gasa grande, y te la pegas a la cara con esparadrapo. Luego cuéntale a la gente cuánto has tenido que esperar en la sala de urgencias para que te hicieran una radiografía del cráneo.

–¿Piensas mucho en tu hermano? –preguntó Claire.

Jody, tras apenas cinco minutos de sesión, empezaba a distanciarse. Afuera, en la calle, llovía, y ella miraba hacia la ventana por encima del hombro de Claire porque en cierto modo era más fácil hacer esto que habérselas con las cuestiones que surgían en el interior del consultorio.

–¿Prefieres que corra las cortinas? –sugirió Claire.

–No. Lo siento –se excusó Jody.

–¿Cómo describirías tu relación con tu hermano?

–¿Mi relación? Él murió antes de que yo naciese.

–¿Piensas en él como tu amigo? ¿Como tu enemigo?

–Como mi fantasma o algo similar. Yo soy él, él es yo.

–¿Eso qué significa? –inquirió Claire enarcando las cejas.

Jody se encogió de hombros y no respondió. El tema le era tan próximo que se sentía incómoda.

–¿Querían tus padres un niño? ¿O te adoptaron precisamente porque eras una niña?

–Me adoptaron antes de que naciese –dijo Jody, fastidiada–. Según lo convenido, fuera lo que fuese el bebé, era suyo. El tipo que se ocupaba del asunto telefoneó a mis padres cuando nací, y les dijo: «Su paquete está aquí y viene envuelto en cinta rosa». Increíblemente estrafalario, ¿no? «Su paquete.» ¿Qué habían hecho? ¿Encargarme por envío postal?

–Hace veinticinco años no se hablaba abiertamente de la adopción.

–A ver, cuéntame –dijo Jody.

–Eres tú quien debe contar cosas –replicó Claire.

Ambas guardaron silencio. La lluvia repiqueteaba sobre la parte externa del acondicionador de aire, y Jody olvidó por un minuto dónde se encontraba: saltaba adelante y atrás en el tiempo y en el espacio.

–Durante todo un año, cuando tenía nueve –dijo al fin–, pensé que iba a morirme. Cada día lo esperaba. No sabía cómo ocurriría, si sería una cosa rápida, una especie de picadura súbita, o algo que reptaría dentro de mí a lo largo de días o de semanas. Después de aquello, pasara lo que pasase, siempre me sentí como uno de esos milagrosos pacientes de cáncer que viven contra todo pronóstico.

–¿Qué te hizo pensar que ibas a morir?

–Él tenía nueve años cuando murió y, en mi fuero interno, yo me figuraba que todos los niños morían. Era así, simplemente.

–Desalentador –dijo Claire.

–Mucho.

–¿Te divertías alguna vez?

–¡Oh, sí! –rió Jody–. Jugaba a funerarias con la niña que vivía al lado. La hacía tenderse boca arriba, quieta, bien quieta, y le empolvaba la cara con talco. –Jody hizo una pausa–. Me miras de una manera rara.

–Porque dices las cosas más inquietantes y te las arreglas para que resulten graciosas. No estoy segura de si te burlas o no.

–Cuanto más gracioso es todo, menos me burlo –replicó Jody secamente–. ¿Cambiamos de tema?

–¿Te cuesta hablar de tu familia?

–No, es como beber Coca-Cola, la pausa que refresca, sensación de vivir.

–Estás muy irascible. Muy sarcástica.

–Molesta, no irascible. Si me irrito me salen llamitas de las orejas, es completamente distinto.

Jody tuvo la tentación de preguntar: «¿Qué quieres tú de mí?».

–Me intriga que hoy pases tan malos ratos –dijo Claire–. El viaje a Los Ángeles fue bien, así que una esperaría que más o menos reconocieras tu éxito, pero ni siquiera pareces dispuesta a hablar de ello. Quizá quieras darme a entender que, a pesar de tu capacidad para triunfar, todavía hay algo para lo cual me necesitas.

Jody alzó los hombros. Estaba atrapada. Procuró no perder la ecuanimidad.

–Pues aquí estoy –prosiguió Claire–. Puedes contarme la cosa más horrible del mundo o la más maravillosa, no importa. Me cuentes lo que me cuentes, aquí continúo.

–Mi vida, mi hermano, mi familia, han hecho de mí una persona diferente de la que era cuando nací –dijo Jody–. Al pensar en ello tengo la sensación de estar separada de mi propio yo. No me obsesiona el tema de la adopción, ¿entendido? Quiero a mis padres, les quiero de verdad. Sin embargo, existe alguna cosa, una cosa extraña. Quizá venga del hecho de que soy hija adoptiva, quizá dependa simplemente de mi manera de ser, pero no le tengo demasiado apego a nadie. Ni a nada. No lo necesito. Estoy convencida de que si me encariño voy a pagarlo caro, me van a joder. Llamémoslo «miedo a ser rechazada», o lo que sea.

»Cuando eres muy pequeña –continuó Jody–, un bebé, miras la cara de tu madre y es tu cara. Ella te sonríe y en aquel momento ella eres tú. Cuando eres un poco mayor, correspondes a su sonrisa con la

tuya, y en cierto modo la sonrisa que asoma a tu cara es su sonrisa, eres tú convirtiéndote en ella.

Jody hizo una pausa y miró a Claire, quien, con silenciosa intensidad, movía afirmativamente la cabeza. Aunque por lo general no iba maquillada, Claire en esta ocasión llevaba carmín, que por un lado rebasaba la línea del labio superior y le daba un aire ligeramente desvariado. Jody se olvidó por un instante de lo que pensaba.

–Pero cuando eres adoptada –agregó enseguida–, levantas la vista hacia tu madre y te encuentras con que ella trata de mirarte, trata de comprenderte, y en mi caso existía además entre nosotras aquel fantasma de un niño. Lo que yo veía, pues, no era un espejo; no era yo, tampoco era mi madre, sino algo mucho menos claro, que me confundía. Las raíces que esto echa en ti son una forma rara de distanciamiento, de desinterés, y también de inseguridad.

Jody calló, con la mirada fija en Claire. Esta preguntó:

–¿Todavía persiste esa inseguridad?

Jody suspiró. Se preguntaba si los psicoanalistas tendrían en pie a sus respectivas familias hasta altas horas de la noche y hablarían de todo con microscópico detalle. Hasta tal punto se obsesionaban que no era sorprendente que trabajasen solos en sus consultorios: nadie soportaría estar cerca de ellos.

–Hay algo, o mejor dicho, la sensación de que falta algo.

–¿Qué es?

La mirada que Jody tenía puesta en Claire se endureció. Aun suponiendo que lo supiera, no se lo diría nunca a nadie.

La única reacción de Claire fue lanzar una ojeada al reloj, tomar su agenda y consultar unas páginas. ¿Acaso habían consumido ya su tiempo? Jody lo dudaba. No obstante, era como si ambas hubieran estado bajo el agua y regresaran apresuradamente a la superficie a tomar aire.

–Queda muchísimo de lo que hablar –dijo Claire, y Jody asintió con una inclinación de cabeza–. ¿Te apetecería seguir?

Jody no entendió a qué se refería exactamente.

–Podríamos hacer una sesión doble. No vendrá nadie hasta las cinco. ¿Qué opinas? –añadió Claire.

Jody se encogió de hombros. Todavía no veía claro qué era lo que pasaba. ¿No tenía Claire nada mejor que hacer? ¿No tenía ella su propio trabajo? ¿Su propia vida?

–¿Quieres quedarte? –preguntó Claire.

Por supuesto que Jody quería quedarse, ¿no lo habría querido cualquiera? Al mismo tiempo, sin embargo, había tenido ya suficiente. Había dicho las cosas que había dicho contando con que, terminada la hora, Claire la despacharía. No habría mayores consecuencias. Una no tenía que convivir con sus palabras más allá de cincuenta minutos. En

ello residía el encanto de la terapia: siempre se acababa el tiempo. Una podía mencionar algo de increíble importancia en los últimos cinco minutos y al analista no le quedaba otro recurso que decir: «Tendremos que hablar de eso la semana próxima», o bien: «Es muy interesante observar cómo te reservas las mejores cosas para el final». De uno u otro modo, tú te marchabas cuando se cumplía la hora. Era una de las normas establecidas.

–¿Bien? –preguntó Claire. Jody alzó de nuevo los hombros sin hablar–. ¿O sea que me dejas la decisión a mí? –Jody asintió con un gesto–. Entonces continuaremos... Pero primero debo ir al lavabo. Volveré enseguida.

Claire salió del despacho dejando abierta la puerta. Jody, hasta entonces, no había visto que un psicoanalista fuera al lavabo. Siempre había creído que aquellas personas eran como los maestros: simplemente, no iban.

El bolso de Claire había quedado sobre su escritorio, junto a una pila de notas y unos bloques de papel amarillo. Jody podía haberlo curioseado todo. Podía haberle robado el billetero y después hacerse la tonta. Podía haber hojeado su agenda y copiado los nombres y números de teléfono del resto de sus pacientes. Luego, por la noche, se habría instalado en casa con una bolsa de palomitas de maíz para divertirse haciendo llamadas disparatadas.

«Hola, le llamo de parte de Claire Roth. Me ha encargado que le haga saber que es usted tan inmensamente neurótica que le ha hecho perder el juicio y han tenido que internarla en un sanatorio.» «Hola, aquí la secretaria de Claire Roth. Me ha pedido que le transmita un mensaje: búsquese otra analista.»

El teléfono sonó en el preciso momento en que Claire regresaba del lavabo.

–¡No contestes! –exclamó, entrando precipitadamente en el despacho y levantando el aparato justo cuando se conectaba la grabadora–. Hola, buenas tardes –añadió sin aliento.

Desde su posición, Jody alcanzaba a oír el cacareo de una voz de mujer en el receptor.

–Ahora estoy con una visita –dijo Claire lacónicamente–. ¿Puedo llamarle yo más tarde? –Colgó el teléfono y fue a sentarse en su lugar habitual. De inmediato devolvió su atención a Jody–: Bien, cuéntame cómo te adoptaron tus padres.

Su talante había cambiado completamente. Habían vuelto a la superficie y ahora, tras aspirar apenas una bocanada de aire, Claire quería sumergirse otra vez. Jody no estaba segura, por su parte, de poder hacerlo. Si hubiera sido la persona que deseaba ser, un sólido pilar de energía y sapiencia, habría explicado que, si bien agradecía la oferta, había tenido suficiente por un día y debía honestamente volver

a su trabajo.

–¿Conoces más detalles sobre tu procedencia? –insistió Claire.

–Claro que sí –dijo Jody–. Un espermatozoide se estrelló de cabeza contra un óvulo, y aquí estoy.

–Qué romántico –replicó Claire–. Pero, ¿venías de una agencia o de un orfanato?

–¿De veras quieres oír todo esto? –Claire asintió, y Jody dijo–: Mis padres me contaron que me habían conseguido por medio de una agencia.

–¿Qué edad tenías cuando te lo contaron?

–Acababa de nacer. Fui del hospital al que sería mi hogar, y ellos dijeron: «Hola, ¿cómo estás? Esta es la casa, esto es la cocina, esto es el salón, ahora te llevaremos a tu dormitorio. Oh, por cierto, eres hija adoptiva, pero no vuelvas a pensar en ello».

–¿Recuerdas en serio que te lo contaran?

–Me lo decían siempre. Tenían un libro, no un libro de los que circulan normalmente sino algo especial, como un manual que te entregaba, supongo, la empresa de adopciones. Dos volúmenes, no uno. En un estuche. Se titulaba La familia adoptiva, y uno de los volúmenes era ilustrado, un libro para el niño o la niña. El otro era una obra seria para padres adoptivos, con cosas como qué problemas podían plantearse, cómo amar al hijo de una extraña, bla, bla, bla.

–¿Fue traumático descubrir que eres adoptada? ¿Preferirías que no te lo hubieran dicho?

–Es como aprender tu nombre. Una no recuerda haberlo aprendido, simplemente está allí, te pertenece. Yo soy adoptiva. A-D-O-P-T-I-V-A. Fue la primera palabra que supe deletrear.

Claire hizo una mueca.

–Es broma –precisó Jody.

Cada vez que decía algo, en el rostro de Claire fulguraba una reacción. Al principio, a Jody le había gustado sin reservas: era la evidencia de que frente a ella había un ser humano; pero algunas veces deseaba que no fuese todo tan interesante, que no significara tanto para Claire.

–Tampoco hay que verlo como una catástrofe –dijo Jody–. «Adoptada...» Conozco perfectamente la palabra, pero, ¿qué significa? No tengo la menor idea.

–¿Tú te sientes adoptada? Antes me hablabas de tu madre y de que no te reflejabas en ella.

–Sí, pero no sé si se debía al hecho de ser hija adoptiva o a tener un hermano muerto.

–¿Cuánto tiempo hacía que él había muerto cuando naciste tú?

–Seis meses.

–Muy poco, realmente –dijo Claire.

–Sí, lo sé.

Jody estuvo tentada de decirle a Claire que se tomase un tranquilizante, o de hacerle notar que, terapéuticamente hablando, sus manifestaciones podían no ser oportunas. Si Jody no hubiera sido Jody, si fuese una maníaca con graves alteraciones, alguien falto de un poco de sentido crítico, la actitud y las palabras de Claire podían haber tenido penosas consecuencias. Afortunadamente, lo que Jody contaba era ya agua pasada. Para ella, el ayer no guardaba nuevas y horribles revelaciones, ni sobresaltos ni ofensas. Estaba contando la historia de su vida y los hechos fluían con facilidad.

–Barbara solía acosarme con la pregunta de si no me parecía raro que una agencia entregase una niña a una familia cuyo hijo acababa de morir. Me incordiaba día sí y día también, como si quizá supiera algo que yo no sabía, pero en ningún momento lo sacó a la luz, no lo dijo. En todo caso, sí es un hecho que yo fastidiaba con frecuencia a mi madre tratando de sacarle información. Siempre tuve la sensación de que había cosas que nadie me contaba. Así pues, la asaltaba pidiéndole detalles, incitándola a que me contase la historia una vez más, entera o por partes; y lo hacía siempre que preveía que iba a encontrarla en un momento de debilidad, como, por ejemplo, el día que habría sido el cumpleaños del niño, o el aniversario de su muerte.

–¿Y cómo averiguaste las fechas de su nacimiento y de su muerte?

«Jodida detective», pensó Jody.

–Era mi madre quien decía: «Hoy sería su cumpleaños», «Hoy hace diez años que él murió», lo que fuese. Nunca oí que se lo dijera a nadie más, pero a mí sí, a mí me lo contaba en susurros, como si conspirásemos.

–No era un comportamiento muy considerado contigo que digamos –comentó Claire; e inmediatamente añadió, con un matiz de ternura en la voz–: Me gustaría oírte pronunciar su nombre.

Jody se alzó de hombros. Experimentaba una ligera sensación de asco. Era como si Claire pretendiera compartir su hermano con ella; y aunque Jody era consciente de su pequeño subterfugio, de que obvia y deliberadamente había eludido mencionar el nombre de su hermano, necesitaba preservar alguna parte de su intimidad para sí misma. Claire no podía tenerlo todo.

–Sea como fuere, alguna información le sacaba a mi madre –continuó–. De esta manera, un día, cuando yo casi tenía veinte años, me enteré de que la agencia de adopciones no había existido, de que mis padres me consiguieron en el mercado negro y de que había sido concretamente la vecina de al lado quien acudió al hospital a recogerme porque mi madre adoptiva fue demasiado gallina para encontrarse cara a cara con mi madre natural. Me cambiaron por un sobre lleno de billetes en el interior de un taxi. –Jody miró a Claire y

observó que parecía sufrir una reacción alérgica. Tenía la nariz y los ojos rojos–. Algo que me mata... bueno, una de las cosas que me matan... es que nadie me dirá nunca lo que mis padres pagaron por mí. Me gustaría saberlo, seguro. Se lo pregunté a mi madre y me contestó: «Pagáramos lo que pagásemos, no lo valías».

Claire enderezó la cabeza, sorprendida.

–Bromeaba –dijo Jody–. Y la otra cosa que me mata es que no tengo claro si Barbara sabía algo o no lo sabía, y si lo sabía, ¿por qué continuó su juego y no me contó nada?

–Ni idea –dijo Claire–. Deberías preguntárselo a Barbara, ¿no?

–Nadie me dice una mierda.

–¿Tienes la impresión de que la gente te engaña adrede?

Una pregunta jodidamente adecuada para un test. ¿Pensaba asimismo Jody que la gente la perseguía? ¿Que todos se habían confabulado para arruinarle la vida? Miró a Claire como diciéndole: «¿No te parece que ya veo a lo que vas? No me jodas con tu condescendencia y déjalo correr».

–¿Existe alguna razón para que la gente te oculte la verdad? –preguntó Claire. Y como no obtuvo otra respuesta que un alzamiento de hombros, añadió–: ¿Qué más sabes?

–¿Por qué hablamos de esto? –replicó Jody.

–¿Por qué? –dijo Claire.

–Sí, ¿qué tiene que ver ser hija adoptiva con el hecho de ir a la UCLA?

–Dímelo tú.

–No, eres tú quien debe decirlo.

La mirada de Claire buscó el reloj.

–Bien, ninguna de las dos puede decir hoy mucho más. Hablemos un minuto de cómo andas de tiempo. ¿Trabajas cada día? –Jody asintió–. ¿Seguirás trabajando hasta que te vayas a California?

–El tema es demasiado complicado para tratarlo en un minuto.

–Pues dejémoslo para más adelante –dijo Claire–. ¿Qué tal mañana?

–Bien.

Jody se preguntaba mentalmente cómo demonios pagaría todo aquello. De súbito resultaba que necesitaba ver a Claire continuamente. No una vez a la semana, sino cada día. No podía contener el impulso de contárselo todo, incluidas las cosas que en realidad no quería que supiese. Era como si Jody necesitara librarse de su propio peso, descargar toda su persona, vaciarse entera sobre Claire y a continuación, inmaculadamente limpia, partir hacia California. Y al mismo tiempo percibía como un aviso desde sus entrañas que, de un modo u otro, Claire la necesitaba también a ella. Se reprendía a sí misma por ello: era claramente enfermizo, signo seguro de una

neurosis de grandes proporciones. Naturalmente que Claire no la necesitaba, tenía su propia vida: un marido, sin duda hijos y un millón de pacientes más, entre ellos el que en aquel preciso momento hacía sonar el timbre en la sala de espera.

–Definitivamente hemos de terminar –dijo Claire–. ¿Te va bien a las nueve y media?

–¿De la mañana?

Claire rió.

–¿Demasiado temprano?

–No, a las nueve y media me va bien –respondió Jody.

¿No sabía Claire que el país trabajaba de nueve a cinco, una rutina buena para el personal? Las nueve y media era una hora condenadamente temprana solo porque entre ahora y entonces no ocurriría prácticamente nada. Jody cenaría, vería la televisión, dormiría y luego regresaría junto a Claire en el consultorio. ¿Por qué estaba Jody arrojándose a sí misma sobre Claire? Más aún, ¿por qué le dejaba Claire hacerlo? ¿No debería Claire establecer ciertos límites? Decir, por ejemplo: «Sé que ciertamente te gustaría volver a verme pronto, pero eso no es saludable, no es productivo. Debes aprender a resolver tú misma tus problemas, a ser independiente; de lo contrario, ¿cómo vas a marcharte a California y a hacerte un nombre por tu cuenta?».

La lluvia había cesado y un velo de tardía luz solar se colaba entre nubes oscuras. En alguna parte (quizá en Vermont, donde Claire tenía posiblemente una casa de fin de semana) aparecería un bello arco iris. El aire se había caldeado con la lluvia. Jody cruzó por Houston y caminó hacia Washington Square, donde no se veía a nadie: los yonquis habían sido momentáneamente expulsados por el mal tiempo. Un par de vagabundos que arrastraban carritos de la compra describían círculos uno en torno a otro disputándose pacíficamente el mejor banco donde acomodarse. Jody puso rumbo al este, hacia Broadway, no del todo segura de adónde se dirigía. Eran las cinco y veinte. Había pasado en el consultorio de la terapeuta toda la puñetera tarde.

El teléfono sonó a las diez y media, y Jody presintió que llamaba un extraño. Ya había dado las buenas noches a su madre, Michael estaba fuera de la ciudad y no se habría molestado en llevarse anotado su número. Ellen tenía una de sus citas y Harry una inauguración en el Museo de Arte Moderno.

–Hola –dijo Jody, dispuesta a colgar sin añadir otra palabra.

Sostuvo el teléfono con una mano y, con la otra, apartó la cortina de la ventana lo suficiente para mirar al exterior, por si acaso quien llamaba estaba en la cabina pública de la esquina.

–No creo que me conozcas –dijo una voz de hombre.

La primera reacción de Jody fue cortar inmediatamente, pero en aquella voz detectó un matiz entre nervioso y patético. Soltó la cortina.

–Soy Peter Sears. Ann me dio tu número. –Jody se preguntó de qué Ann se trataría–. Me dijo que ahora vives aquí y me sugirió que te llamase.

Peter Sears había estudiado en la Wesleyan juntamente con Jody y otras cincuenta personas que se llamaban Ann. Su padre era un famoso productor de discos, y ella había considerado la posibilidad de trabar amistad con él, pero no tardó en comprender que su impulso se basaba más en los éxitos de su padre que en cualquiera de las cualidades que pudiera poseer el propio Peter, por lo cual terminó ignorándole. Era, de todos modos, un chico guapo, realmente guapo, tan guapo, de hecho, que Jody no alcanzaba ahora a imaginar por qué, de entrada, había decidido ponerse en contacto con ella.

–Vaya, ¿y cómo está Ann? –preguntó, insegura aún de la identidad de la persona de quien estaban hablando.

–Bien –dijo Peter–. Me contó que desde que te graduaste te dedicas al cine.

–Un poco. Colaboro con Harry Birenbaum en un proyecto. –Jody pensó que Peter sabría quién era Harry. Este y el señor Sears probablemente jugaban juntos a lo que fuere que jugasen los hombres–. Pero en otoño me largo a la UCLA.

–Oh, fantástico.

«Sí, oh, fantástico», pensó Jody. Cada vez que decía «UCLA» la anegaba una ola de ansiedad. Por lo menos el nombre sonaba bien a las demás personas.

–¿Qué has estado haciendo tú? –preguntó.

–He escrito algo –dijo Peter.

Él probablemente no necesitaba trabajar. Jody imaginó a Peter gozando de una vida de lujo extremado en la residencia particular que su padre poseía en la ciudad y en la que no pasaba nunca más de tres días seguidos. Sin duda Peter se despertaba a las diez de la mañana, veía los dibujos animados de la tele hasta las once, bebía en la cama un zumo de fruta recién exprimido y, por último, hacia mediodía, se levantaba para que la criada tuviese ocasión de arreglar su dormitorio antes de salir de compras.

–Tengo entradas para un pase privado de Tin Beard mañana por la noche, y se me ha ocurrido que quizá te gustaría ir.

–Ya la he visto, la semana pasada –dijo Jody–. No es gran cosa.

–Después hay una fiesta en el Ark... ¿Quieres ir allí?

–De acuerdo –dijo Jody, como si la oferta la hubiera persuadido.

–Te recogeré a las diez y media.

Jody cortó la comunicación, estimulada su curiosidad por el hecho de que Peter Sears se dedicase a repescar antiguas relaciones estudiantiles para salir con una mujer. Trató de recordar qué Annes habían sido amigas suyas. Había cuatro, intercambiables por lo que a Jody concernía: Ann Weinstein, Ann Salzman, Ann Bankowsky y Ann Willers.

El teléfono volvió a sonar. O bien era Peter Sears que llamaba para anunciarle que había recuperado la sensatez y que de ninguna manera pensaba salir con ella, o era el tipo de la cabina de la esquina que por fin había encontrado su número. Apartó la cortina y miró otra vez al exterior. La cabina telefónica continuaba vacía.

–Hola –dijo Jody secamente, conectando el contestador pese a que era ya demasiado tarde.

–¿Va todo bien?

Jody guardó silencio, amedrentada.

–Jody, ¿estás ahí? Soy Claire Roth.

–Sí, estoy aquí –dijo Jody.

–Disculpa que te llame a casa. Estaba repasando mi agenda y he descubierto que me había equivocado. Necesito cambiar la hora de nuestra entrevista de mañana. Sería a las cinco menos cuarto, si tú puedes.

–Sí, seguro que podré.

–¿Todo va bien, de veras?

–De veras.

Jody golpeaba nerviosamente con la rodilla el archivador que tenía a un lado, una vez, otra, otra. Mañana, la tendría llena de moraduras y ella la miraría y se preguntaría angustiada si sería síntoma de leucemia, hemofilia, o algo así.

–Perfecto. Nos veremos mañana, entonces –dijo Claire–. Buenas noches.

Su voz era tan suave como lo era un Kleenex según la televisión. Flotaba en el aire hacia Jody, quien la aspiró como un beso.

Claire aguardaba en su despacho con la esperanza de que Polly cancelaría su cita. Cuando sonó el timbre le facilitó la entrada a la sala de espera y, sintiéndose obligada a ofrecer a Polly la ocasión de desdecirse de su propósito, asomó la cabeza por la puerta del despacho y preguntó:

–¿Quieres entrar?

–¿No podríamos irnos ya?

Claire cerró con llave la puerta exterior y ambas quedaron en silencio en el pasillo, esperando a que el ascensor llegase. Sin la habitual estructura del consultorio, los asientos de siempre, los cincuenta minutos, Polly no sabía qué hacer. Le parecía una incoherencia ver a Claire fuera de su contexto, y mucho más fuera de su despacho; se suponía que vivía entre aquellas paredes, siempre pendiente de la llegada de sus pacientes, atenta al teléfono las veinticuatro horas del día para un caso de emergencia.

–¿Todavía llueve? –preguntó Claire, informalmente pero dejando claro que, si aquello no era una sesión, tampoco era un simple encuentro entre amigas.

–No lo sé –dijo Polly.

Fuera, Claire paró un taxi y Polly indicó las señas al conductor. Sentada con Polly en el asiento trasero, Claire comenzó a pensar sin saber por qué en la reacción de la gente que le presentaban en fiestas y reuniones cuando se enteraba de que era psicoanalista. Los hombres contaban todos los chistes de locos y psiquiatras que sabían, y a continuación se encaminaban al bar en busca de otra copa y no regresaban nunca. Las mujeres fingían comprensión. Miraban a Claire, sonreían y, por lo general, terminaban susurrándole algo sobre sus hijos y un determinado problema. Inevitablemente, Claire respondía: «Es perfectamente normal. Ya pasará», y las mujeres se mostraban aliviadas.

Las reacciones dependían siempre de la opinión que la persona tenía de la psicoterapia. Los peores individuos eran aquellos que la habían probado y experimentado durante períodos largos. Los psicoanalizados rehusaban hablarle; como si Claire fuera responsable en representación de todos los psicoanalistas habidos en la historia. Si Freud estaba equivocado, de ella era la culpa. En consecuencia, resultaba lamentablemente cierto que los analistas solo frecuentaban la compañía de otros analistas o, más probable aún, no frecuentaban la de nadie.

Polly estaba muda, se comportaba como si hubiese retrocedido a una etapa preverbal y decidido que Claire cuidaría de ella. Cuando

Polly le sonreía, Claire intuía que esperaba que hiciese algo, que dijese algo; algo que expresara su voluntad de actuar como madre.

–¿Te sientes bien? –preguntó.

–Sí. Esta mañana he tomado dos Valiums.

Claire se sorprendió.

–¿Te habían autorizado? –Polly no contestó–. Asegúrate de que lo dices en cuanto lleguemos.

Imaginó vivamente a Polly obstinada en su mutismo, mientras que, en el curso del procedimiento clínico, el médico le suministraba otra droga que provocaba una espantosa reacción. Había que llamar una ambulancia y trasladar al hospital a aquella pobre chica sumida en coma, a medio abortar, y en estado de muerte cerebral. Todo por culpa de Claire.

–En realidad no necesito que hagas esto –dijo la chica al cabo de un rato–. Puedo hacerlo sola.

Claire se limitó a asentir con la cabeza. Se apearon del taxi en una esquina. Polly pagó al taxista y, sin esperar más, echó a andar calle abajo en dirección a la clínica.

–Paremos un instante –dijo Claire, y Polly se detuvo–. ¿Estás segura de que deseas llevar esto hasta el final?

–Naturalmente que estoy segura.

–Bien, quiero que sepas que si en un momento dado cambias de idea no habrá nada que objetar. No pensaré que has perdido el tiempo. No me molestará en absoluto.

–Estupendo –dijo Polly, y reemprendió la marcha hacia la clínica.

Una vez dentro, de súbito, tuvo un acceso de timidez. Se sentó en la silla más próxima a la puerta y levantó la mirada hacia Claire, suplicante, evidenciando el deseo de que se hiciese cargo de todo.

–Me parece que lo primero es registrarse en el mostrador de recepción –dijo Claire pausadamente.

Luego procuró no mirar a Polly mientras esta manoseaba con torpeza los impresos, los formularios, y se esforzaba en disimular su nerviosismo. Cuando finalmente la miró, empezó a odiarla. Aquello no era beneficioso. Trasladó su atención a los carteles pegados por las paredes, que reproducían estampas de la naturaleza. Alguien había intentado dar a la clínica una apariencia grata, simular que era un lugar placentero. Claire dibujó mentalmente una escena en la que un pelotón de manifestantes antiaborto arrancaba aquellos adornos. Podía ver a la recepcionista encargando con previsión no una lámina de patitos en un estanque, sino dos o tres, quizá media docena en cada pedido. Todo estaba limpio, todo rezumaba buen gusto. Podía ser un centro de cirugía estética. A Claire le resultaba difícil creer que allí ocurriese algo importante. El vestíbulo no daba pista alguna, no se percibían sonidos, no había signos, nada.

Observó lo que hacía Polly en el mostrador de recepción. No la había oído pronunciar una sola palabra alusiva a los dos Valiums.

–¿Les has hablado del Valium? –preguntó desde donde se hallaba, elevando la voz.

Polly se volvió y le lanzó una mirada de enojo.

–¿Cuántos miligramos? –inquirió la enfermera.

–Dos de los azules –dijo Polly.

–¿Los de diez miligramos?

–Creo que sí.

Si Claire hubiese tomado aquella mañana dos Valiums azules, ahora estaría tumbada en el suelo. La diferencia entre lo que un cuerpo toleraba a los veinte años y a los cuarenta y tres era asombrosa.

–Tome asiento, ya la avisaremos.

–¿Por qué se lo has contado? –protestó mansamente Polly.

–Porque tú no lo habías hecho –dijo Claire.

Cinco minutos después, cuando la enfermera salió de detrás del mostrador, Claire dudó a propósito de la conveniencia de hablarle, de explicarle quién era. En aquel momento se sentía como una especie de agente secreto.

–¿Polly? –dijo la enfermera–. Ya puede entrar.

Polly se puso en pie.

–Su amiga puede acompañarla, si lo desea.

–No es mi amiga –dijo Polly–, es mi psicoanalista.

Claire esperaba que añadiese: «Y una bocazas», pero obviamente no lo hizo. La enfermera, por si Polly no la había oído antes, repitió:

–Puede acompañarla si lo desea.

Claire era la psicoanalista de la chica. ¿No significaba nada esto? ¿Ocurría cada día que una psicoanalista acompañase a una paciente a aquel lugar?

Polly dio media vuelta para situarse de cara a Claire.

–Todo marcha bien. Solo deséame suerte.

–De corazón –dijo Claire.

Por un segundo se había imaginado a sí misma en la sala de operaciones (si era así como la llamaban) sosteniendo la mano de Polly y viendo de ella, tanto en sentido literal como figurado, más de lo que habría querido ver. Se encontraría obligada a seguir de punta a cabo el proceso, a presenciar cómo era succionado el nonato, cómo lo extraían a trizas para depositar luego sus restos en un tarro de vidrio.

La enfermera se llevó a Polly y Claire se alegró de quedarse sola. Sus pensamientos la habían agitado hasta tal punto que, de no haber estado con una paciente, habría tratado de conseguir en alguna parte un Valium para su propio consumo. Aspiró profundamente un par de veces y cerró los ojos. Había estado allí con anterioridad. Podía

notarlo en sus hombros, también en la nuca. Más o menos aquella sensación que llamaban déjà vu. Aunque entonces todo era muy distinto. En 1966 no se vendían pruebas de embarazo en las farmacias ni había clínicas abortivas reseñadas en las páginas amarillas de la guía telefónica.

Tenía dieciocho años y medio, terminaba su primer año en la Universidad George Washington, estaba liada con Mark Ein, un profesor de lengua y literatura recién salido de Yale con una novela ya publicada. Personalidad intensa, rizado cabello castaño, labios sensuales y ojos azules. No se parecía a nadie que Claire hubiese conocido hasta entonces. Decía que evitaba el contacto visual porque temía causar quemaduras a las personas, y se describía a sí mismo como no–enseñante. «En esto estamos metidos todos juntos –dijo a la clase–. Hemos emprendido una exploración, iniciado lo que debería convertirse en un proceso sin fin.»

Como parte de la exploración, se llevó a Claire consigo. Se la llevó a comer manjares que nunca había probado, a ver películas de las que ni siquiera había oído hablar, a clubes nocturnos de ambiente insólito donde se bailaba una extraña música nueva. Y entonces ella quedó embarazada. Así era como una chica de dieciocho años se enteraba en 1966: deduciéndolo. No se necesitaba ser un genio. Ninguna señal roja, la regla que no viene.

–Estoy preñada –le confesó finalmente Claire un día que entraron en una heladería.

Mientras hacían cola ante el mostrador, él se inclinó y le susurró al oído:

–Debo decirte algo. Estoy casado. Mi esposa sigue un curso para posgraduados en Berkeley. –Se compró un cucurucho de chocolate con menta y se volvió hacia Claire, que estaba a punto de vomitar–. ¿Tú qué quieres?

Ella sacudió negativamente la cabeza y apretó con fuerza los dientes.

–No necesitas tenerlo –añadió él–. Puedo encontrar un sitio.

Claire no estaba segura de a qué se refería. ¿Qué clase de sitio? ¿Un sitio donde ella y el bebé pudieran esconderse? ¿O donde él la mantendría como su esposa adicional?

El día más cálido de aquella primavera, Mark condujo a Claire en su MG verde a una parte de Washington que ella no había visto nunca: calle tras calle de casas alineadas, no residencias urbanas de ladrillo visto como las que ellos tenían en Georgetown, elegantes y caras, sino maltrechas edificaciones de madera y, aparentemente, cascajo. Unas tenían pequeños porches delanteros; otras, descoloridos toldos listados o barandillas de estructura metálica ya herrumbrosa. Se veían unos

pocos niños, unos cuantos ancianos que deambulaban arrastrando los pies, ocasionalmente un perro que trotaba camino de casa. Claire se sintió como perdida, expuesta a un peligro indeterminado. Se le ocurrió que quizá Mark la llevaba junto a la nodriza que eventualmente le habría criado a él, con intención de dejarla allí. Viviría en casa de la nodriza, y de vez en cuando Mark se escaparía e iría a visitarla. Cuando, con el transcurso del tiempo, la nodriza envejeciese y muriera, los vecinos se habrían acostumbrado tanto a Claire, y ella a los vecinos, que seguiría residiendo allí el resto de su vida.

–Entren –dijo una mujer negra, muy alta, manteniendo abierta la puerta de tela metálica–. Yo soy Luanne –agregó. Los condujo por el interior de la casa hacia la cocina, que estaba en la parte trasera–. Échese ahí.

Señaló la mesa de la cocina, cubierta por una sábana blanca cuidadosamente planchada.

Claire se tendió boca arriba sobre la mesa; la misma mesa, supuso, donde aquella gente cenaba cada noche. No tenía idea de lo que estaba haciendo en aquel lugar extraño. Mark no había pronunciado palabra. ¿La obligaría a algo que ella quizá no quería hacer? ¿Iba aquella mujer a operarla, así, por las buenas, sin previo aviso?

–Relájese –dijo Luanne, sonriente.

Su sonrisa estaba llena de espacios negros entre los dientes y de encías de un rosa brillante. Claire fijó la vista en aquella mueca desigual y accidentada y decidió que evidentemente habrían acudido para alguna clase de tratamiento especial que haría que el bebé se disolviera y desapareciese. Luanne, mientras tanto, cerró la puerta de la cocina y se acercó a Claire; le levantó la blusa y posó las manos sobre su vientre.

–¿Cuánto tiempo hace? –preguntó.

–Dos meses, quizá un poco más –dijo Claire.

Con dedos secos y huesudos, Luanne le masajeó el abdomen.

Mark estaba en un rincón mordisqueándose las cutículas. Claire le veía por el rabillo del ojo y, de pronto, ya no le parecía un ser extraordinario, un hombre superior; tenía, por el contrario, el aspecto de un tipejo vulgar, canijo, mezquino y desagradable.

–Puede hacerse –dictaminó al fin la mujer–. Vuelva usted y lo haremos. Se quedará una noche, toda la noche. Piénselo. Yo no garantizo nada. Siempre puede haber un problema, y a lo único que me comprometo es a intentar resolverlo, y si no lo resuelvo, a llevarla al hospital. Pero le prevengo de que no tengo coche y aquí es difícil encontrar un taxi.

Claire movió afirmativamente la cabeza. Por fin comprendía de qué habían estado hablando todo el tiempo, pese a que aún no tenía

idea de cómo se iba a hacer. ¿Le abriría la mujer la barriga con un corte? ¿Se la perforaría con una aguja de hacer calceta y le removería el interior?

–Necesito pensarlo –dijo Claire.

Procuraba mostrarse cortés, pero bajo ningún concepto regresaría a aquel lugar. Durante el rato que estuvo tendida sobre la mesa, lo único que acudía a su mente era la imagen de la familia reunida para cenar. Podía ver claramente cómo aquella mujer cogía su bebé, hacía con él un estofado y lo servía a los comensales. Carne fresca, tierna, de un tentador color rosado.

–Volveremos –dijo con desenvoltura Mark a la mujer.

Ella asintió con un gesto y le sonrió. Claire se preguntó si él habría estado anteriormente allí. Pero no formuló la pregunta en voz alta: en el fondo no quería saberlo, le daba igual. Durante el mes siguiente evitó todo encuentro con Mark. El semestre terminó. Por primera vez en su vida, Claire consiguió las mejores notas de la clase.

–Deduzco que vas a tenerlo –le dijo Mark.

Era la despedida en su despacho, el fin de curso en muchos sentidos. Y hasta que él pronunció aquellas palabras Claire no había tenido plena conciencia de que, si no hacía nada, dentro de seis meses, por la simple fuerza de la gravedad y la autodeterminación de la criatura, daría a luz un bebé. Le habría gustado saber cuánto dolería. La mera práctica del sexo, el hecho de haber acogido en su interior a un hombre debería bastar. No concebía que un niño saliera de ella sin matarla. Imaginó que conseguía retenerlo, durante meses, o años, o por el resto de su vida.

–Quizá lo pierdas por accidente, o algo así –dijo Mark, esperanzado.

Claire se encogió de hombros y fingió que no se ofendía. Lo sentía ya fuertemente arraigado en sus entrañas, de ningún modo dispuesto a ceder.

–Perdona –añadió él escuetamente, como quien por azar te pisa un pie–. Te acompañaré al autobús.

Caminaron hacia la parada en aquella clara tarde de mayo. Claire vio que el autobús se aproximaba por Pennsylvania Avenue y, sin una palabra, emprendió una carrera para tomarlo y nunca más volvió a ver a Mark Ein.

Esperó hasta que se hizo imposible no contárselo a sus padres. Un día arrastró a su madre a su dormitorio y la invitó a sentarse en la cama; pero, cuando quiso hablar, las palabras no salieron de sus labios.

–¿Algo no marcha bien? –preguntó su madre, empezando a levantarse–. Quizá te convendrían unas pastillas…

Claire la empujó para que se sentase de nuevo, se levantó la blusa,

tiró hacia abajo de la cintura elástica de su falda y se colocó de lado para que su madre viese con claridad el bulto. De perfil, revelaba exactamente lo que era.

–Oh, Dios mío –dijo su madre, cubriéndose la boca con la mano como si pretendiera contener un flujo más copioso de palabras: el mismo flujo que alcanzaría dimensiones de río desbordado cuando su padre se enteró.

Su madre salió a la carrera del dormitorio para refugiarse en la cocina, desde donde efectuó una serie de discretas llamadas telefónicas. A continuación ordenó a Claire que subiera al coche. La llevó al médico (no al médico de la familia, sino a otro, en el centro de Washington) para asegurarse de que la protuberancia no era otra cosa. Claire supuso que su madre deseaba que fuera alguna complicadísima enfermedad, algo de lo que una pudiese morir sin avergonzarse. Un cáncer, como mínimo, habría sido lo más adecuado.

–Pues es verdad –dijo el médico, como si también él, al principio, hubiese creído que Claire ocultaba un tumor bajo la falda.

Su madre se inclinó exageradamente sobre el escritorio del ginecólogo y murmuró, tan quedo que después pareció que no lo había dicho:

–¿Se puede hacer algo?

El ginecólogo se inclinó a su vez, movió negativamente la cabeza y respondió con otro murmullo:

–Demasiado tarde.

El padre de Claire alquiló un camión e hizo gran alarde de ir arriba y abajo de la calle contando a los vecinos que estaba reuniendo un lote de muebles viejos para entregar «a los pobres» y que si ellos querían desprenderse de algún trasto y contribuir con mucho gusto lo aceptaría. Claire fue a parar, sola, a un apartamento de Baltimore con todo el mobiliario desechado en la calle Hillside. Era más deprimente que el infierno, y por añadidura la única vez que ella se alejaba de su familia desde que pasó dos semanas en un campamento de la Confraternidad Cristiana cuando tenía trece años. En 1966, el vestuario para la maternidad consistía básicamente en grandes prendas interiores de algodón y vestidos como tiendas de campaña con estampados aterradores, no precisamente el tipo de atuendo que le sentaba bien a una chica de diecinueve años, por lo cual Claire no salía de casa si no era absolutamente imprescindible.

Sin otra excusa que su determinación de adscribirse a todo lo que ella no era, Claire decidió que si el bebé iba a ser entregado en adopción tenía que ir a manos de una familia judía. Unos judíos le darían un hogar mejor; los judíos comprendían lo que era la pena, el sufrimiento, la pérdida, lo que significaba ser un intruso. Recordó una fiesta de la que Mark le había hablado en cierta ocasión, una fiesta en

la que se acogía a los extraños como bienvenidos: la puerta se dejaba abierta y había un lugar reservado para un profeta misterioso que acudiría y se sentaría a su mesa y bebería su vino.

–Estás loca –dijo su padre–. Siempre lo has estado. Si el chico hubiera sido un cristiano decente se habría casado contigo.

Claire no se molestó en explicarle que Mark ya estaba casado con otra. No tenía sentido.

–Así es esa gente –reiteraba su padre–. Babosos hijos de... Adelante, entrégaselo a uno de ellos. Cuanto más lejos esté de nosotros, mejor.

El proyecto casi se frustró. Encontraron a una familia, pero tres semanas después ya se había echado atrás. El abogado dijo que era porque sabían, por vía indirecta, quién era el progenitor.

–Claro está que lo sabían –dijo el padre de Claire–. ¿Y qué esperabas? Todos se conocen entre sí.

–La familia quería una criatura sin ningún antecedente en absoluto –precisó el abogado.

Claire trató de conjurar la imagen de un hijo que llegase sin pasado, única y exclusivamente con futuro.

Fue encontrada una segunda familia. A través de los abogados se intercambiaron asépticas descripciones. Nadie deseaba asumir riesgos, pues ya se les echaba el tiempo encima, y solo circuló la información más estricta.

–Una familia encantadora. Madre, padre, un niño pequeño. Debido a ciertas complicaciones no pueden tener más hijos propios, y sin embargo... –el abogado subrayó con un guiño sus palabras–, poseen una inmensa reserva de amor.

Lo que quería decir era dinero, dedujo Claire. Se preguntó cuánto iba a costarles la transacción.

–Clase media alta. Educación universitaria. Judíos.

A Claire le alegró que no fueran padres por primera vez. Un bebé no constituiría para ellos una sorpresa. Y tendría un hermano mayor; Claire siempre había deseado un hermano. Cuando pensaba en su bebé, imaginaba a una niña que se llamaría Rachel y chapotearía en una piscinita infantil rodeada de primos y de hijos de los vecinos. Veía a su hija camino de la escuela, con vestido y zapatos nuevos, transportando el almuerzo en el viejo maletín de su hermano; la veía sentada sobre una alfombrilla trenzada, durante la hora de contar cuentos, jugando entre risitas con los tirabuzones de la niña sentada delante de ella. La familia sería extensa, con abuelos que vendrían de Florida trayendo bolsas de naranjas y pomelos, sus viejos dedos rechonchos dispuestos a pellizcar mejillas. Habría amor y comodidades. La niña no sabría nunca que había empezado perteneciendo a otra persona.

Claire conoció a su hija únicamente mientras crecía dentro de su vientre. Y solo le transmitió su cariño acariciando a través de las paredes de su cuerpo aquellos piececitos que de vez en cuando pataleaban en su interior.

Una mujer entró en la clínica como una exhalación y se detuvo frente a Claire.

–¿Es la primera vez? –vociferó.

–Estoy esperando a alguien –dijo Claire, sobresaltada.

–Ah. –La expresión de la mujer evidenció que no la creía–. Para mí es la tercera. Nada, pan comido, no se preocupe. Su hija estará bien.

–Oh, no –replicó Claire, sacudiendo la cabeza–. No se trata de mi hija.

Sus palabras habían sonado drásticamente distintas del sentido que ella había querido darles. La mujer se alzó de hombros y ya no habló más. Claire se acercó entonces al mostrador y preguntó a la enfermera cuánto tiempo debería esperar aún. La respuesta fue horas, no minutos.

–Tengo que marcharme –dijo Claire–. Ya volveré.

Se apresuró a salir del recinto, persuadida de que si no lo abandonaba en menos de treinta segundos perdería el conocimiento y unos hombres con máscara se la llevarían al cuarto de atrás. Le practicarían un aborto aunque no lo necesitase. De todos modos la atraparían, succionarían cuanto pudiesen de la intimidad de su cuerpo, simplemente por si acaso.

Aquella noche, cuando Sam extendió el brazo a través de la cama y la atrajo hacia sí, Claire chilló.

–Ya sé que hace tiempo –dijo él–. Pero, ¿tanto tanto tiempo?

Volvieron a empezar. Cuando parecía seguro que ni Jake ni Adam irrumpirían en el dormitorio, Claire rebuscó en el cajón de su mesilla de noche, sacó su viejo diafragma y lo llenó de gelatina, pensando que quizá sería conveniente encender la luz y comprobar que no tenía agujeros.

–¿Has dejado la píldora? –preguntó Sam.

–No –dijo Claire, entregándole el pegajoso disco.

Él desapareció debajo de la colcha. Ella se percató perfectamente de su juego, de que fingía no saber qué tenía que hacer. Notó que le recorría los muslos con los labios, que soplaba un poco de aire en su interior, que le hacía cosquillas con los dientes, hasta que finalmente el diafragma quedó encajado en su sitio.

Él reapareció, insistió en sus cosquillas, la besó.

–Entonces, ¿qué pasa?

–Nada. Solo que tengo la sensación de que necesito ser más

precavida que nunca.

Era una regresión importante. Cuando conoció a Sam, Claire tomaba la píldora, tenía un DIU, un diafragma en el cajón, y además experimentaba con aquella nueva clase de espuma que era como jabón de afeitar y que a algunos hombres les provocaba un sarpullido. Entre las amigas de Claire circulaba la broma de que, con ella, los hombres necesitaban protección especial para no terminar impotentes.

–Solo evito quedar embarazada. ¿Es pedir mucho? –alegaba ella.

Plantada desnuda a los pies de la cama, despotricaba y desbarraba a propósito de la responsabilidad, del hambre en el mundo, de la superpoblación en los países subdesarrollados, de los pobres niños no deseados, de la guerra en Vietnam, de esto, de aquello, de lo de más allá, hasta que finalmente, exhausta, se derrumbaba sobre la cama de agua y consentía que la poseyeran.

–¿No quieres hacerlo? –preguntó Sam veinte minutos después, en vista de que no ocurría nada, de que al parecer Claire estaba aún en otra parte, incapaz de conectar–. Porque, si es así, puedo poner una cinta de vídeo y hacérmelo solo.

Claire no contestó. Sam inició un movimiento para salir de la cama.

–Quizá debería de darme una ducha.

Ella introdujo una mano debajo de la colcha y lo agarró por los testículos.

–Te mataré –dijo.

–Eso ya es otra cosa.

–He tenido un día pésimo, interminable –dijo Claire, oprimiendo el escroto de Sam hasta que este comenzó a sentir auténtico dolor–. No lo empeores.

Él se soltó y salió apresuradamente del cuarto, precedido por su pene semierecto. Regresó con una botella de bourbon en una mano y, en la otra, algo que ocultaba en la espalda.

–Esto te lo puedo hacer yo a ti, o tú a mí –dijo.

Mostró lo que había tenido oculto: unas rudas esposas que Jake se había traído de la escuela la víspera sin ninguna explicación.

–¿Tienes las llaves?

Sam balanceó adelante y atrás las llavecitas en un movimiento hipnótico. Destapó la botella y bebió un trago.

–Bien, ¿tú o yo?

Claire tendió la mano hacia la botella de bourbon, bebió un largo trago, luego otro y otro; finalmente se tendió en la cama de espaldas y dejó que Sam la esposara a los barrotes de la cabecera.

–Permítame preguntarle algo –dijo Rosenblatt, acomodándose en el asiento y uniendo las palmas de las manos–. ¿Se divierte alguna vez?

Claire pareció confundida.

–No entiendo del todo a qué se refiere.

–Da la impresión de que no se divierte nunca.

–Yo no he dicho tal cosa.

–No lo ha dicho –asintió Rosenblatt–. Pero jamás habla de que disfrute con algo. Con su familia, por ejemplo. –Se echó atrás en la silla y cruzó las manos en la nuca–. ¿Qué le produce placer?

–Mi trabajo –dijo Claire–. Cuanto más duro trabajo, mejor me siento.

–Aparte del trabajo. Dígame qué es lo que le gusta: el teatro, la música, comer en buenos restaurantes, navegar los fines de semana... Algo tiene que haber.

Claire se encogió de hombros. Una vez más, Rosenblatt la estaba fastidiando. Siempre que caían en aquello se juraba que no volvería nunca, y siempre concertaba otra entrevista. Era humillante que a una le preguntasen constantemente si quería otra sesión; era como verse forzada a caer de hinojos e implorar más ayuda. Un terapeuta normal sugeriría, por ejemplo, el mismo día de la semana siguiente a las tres; mantendría el proceso en marcha sin mencionar constantemente el tema de la necesidad de ayuda. Rosenblatt, ella lo sabía bien, lo hacía para alimentar su propio ego.

–¿Por qué está usted aquí? –preguntó él.

–Ya sabe por qué.

–Vuelva a contármelo.

Claire daba gracias a los dioses por no tener que acostarse con aquel hombre. Joder con él sería el infierno. Iría a lo suyo, eyacularía y se pondría a roncar antes incluso de que se le hubiera secado el pene.

–Mis hijos me preocupan mucho –dijo al fin Claire.

–¿Puede ser debido a que usted no se divierte? ¿A que no juega?

Claire empezaba a encolerizarse de verdad.

–¿Ríe, por lo menos? –insistió Rosenblatt.

–Claro que río.

–¿Cuándo?

–Siempre que veo una película de Woody Allen.

–Está usted muy a la defensiva –observó Rosenblatt–. Podría aconsejarle que se relaje más, que procure pasarlo bien. Pero el quid de la cuestión está en por qué no se divierte. Ahí está el motivo de que le guste tanto el trabajo. Sé cuál es su profesión. Representa una tortura constante.

–Entonces, ¿por qué no la deja usted? –dijo Claire, cambiando de posición en su asiento.

–¿Y por qué no usted? –replicó Rosenblatt–. Porque usted tiene que castigarse a sí misma. Porque todo ha de tomarse completamente en

serio. Porque para usted sería un error gozar con algo.

Claire hizo una leve mueca de desdén. Mal negocio si Rosenblatt estaba en lo cierto. ¿Y qué? La mayoría de las personas no se divertían. Ella no necesitaba divertirse. Le gustaba ser desdichada: en esto residía su diversión.

–Tengo razón –afirmó Rosenblatt.

–Quizá.

–La cuestión es: ¿qué cosa horrible hizo usted? ¿Qué la llevó a sentirse tan culpable que no se permite ningún placer? ¿Qué crimen cometió?

Claire guardó silencio. Rosenblatt dijo al cabo de un momento:

–Nuestro tiempo se ha acabado. ¿Quiere volver la próxima semana?

–Temo que durante unas cuantas semanas estaré demasiado liada para venir –arguyó Claire.

–Teme, teme, es evidente que siente temor. ¿Qué le parece el día veinte? –Antes de que ella tuviera ocasión de responder, Rosenblatt añadió–: Se me ocurre que podría serle útil traer consigo a su hijo. Me gustaría conocerle. No se trata de nada especial, simplemente una única sesión.

Claire no dijo nada. Por mucho que el problema fuera Jake, se resistía a mezclarle en aquellas cuestiones. Todavía no.

–Podría servirnos de ayuda –dijo Rosenblatt.

–Lo pensaré.

–Tengo algunas horas los sábados. ¿Por qué no fijamos la cita para un sábado? De este modo no tropezaríamos con el trabajo de usted y el chico no faltaría a la escuela.

Claire terminó anotando fecha y hora en su libretita de cubiertas negras y se levantó para marcharse.

–Le daré deberes para hacer en casa –dijo aún Rosenblatt–. Antes de que vuelva por aquí, diviértase con algo, lo que sea.

11

La sesión no iba por buen camino. Ocurría algunas veces. Jody rumiaba si habría modo de computar matemáticamente con qué frecuencia se echaba a perder el asunto y por qué. Las sesiones malogradas ¿se daban más con hombres que con mujeres, o viceversa? ¿Cuál era su perfil demográfico?

Parecía evidente que había contraído alguna enfermedad. Cuando tragaba, sentía como si un manojo de hojas de afeitar le desmenuzase la garganta, sensación que no la incitaba precisamente a mostrarse parlanchina.

–Te veo cansada –dijo Claire.

Jody asintió. Había pasado la mitad de la noche levantada, hasta que decidió comunicarle a Michael que desde aquel momento y hasta que se marchase a California solo trabajaría a tiempo parcial. «De esta forma, el resto del tiempo –se dijo– podría hasta cierto punto pasarlo con Claire.» Sin embargo, en su modo de pensar debía de haber algo peligroso, un elemento que la preocupaba. Se acordó de que, cuando era apenas adolescente y cursaba octavo grado, durante la clase de educación sexual, la profesora, en pie frente a los alumnos, había hablado de la masturbación.

–No es peligrosa –les había dicho–. No es una cosa mala, a no ser que empecéis a abandonar vuestras actividades sociales con objeto de practicarla.

En otras palabras, darse gusto de aquel modo era una miniperversión, un mal hábito que, como beber una copa antes de cenar, estaba básicamente bien en tanto lo mantuvieras bajo control.

–¿Quieres hablar un poquito sobre tus planes?

–Hoy no, por favor –dijo Jody–. Tengo la garganta hecha polvo.

Haber dicho aquello la sorprendió: Claire la tomaría por una hipocondríaca. «Oh, ¿así que te preocupa el viaje a Los Ángeles? Bien, ten la garganta hecha polvo, y si eso no basta como obstáculo, ¿qué me dices de dolores en el pecho o de dificultades en la respiración? Oye, incluso guardo algunos vahídos que se dejó la última chiflada, ¿los quieres?»

–¿No tendrás fiebre?

Claire se levantó de su silla y aplicó la palma de la mano a la frente de Jody. Esta se puso tensa. No era costumbre de los psicoanalistas cruzar su despacho para tomar la temperatura a los pacientes; ni siquiera era propio de ellos creer en las dolencias físicas. Según la mayoría de los terapeutas dignos de tal nombre, el propio cáncer es algo que una se impone a sí misma.

–Pareces acalorada –dijo Claire, trasladando su mano de la frente a

la mejilla de Jody.

Jody detestaba que la tocasen. Odiaba que personas prácticamente desconocidas la saludaran o despidiesen con un beso, o que sus amigas insistieran en que las abrazase.

En general, su incomodidad se interpretaba como signo de inmadurez, pero de hecho era algo más: una negativa a participar en falsas intimidades. En aquel momento deseaba que Claire mantuviese las manos lejos de ella.

Pero Claire permaneció un minuto largo con la mano en la cara de Jody, aparentemente preocupada.

–Estoy bien –dijo Jody finalmente.

–Tengo la impresión de que te ronda algo. ¿Te duele la cabeza? –Claire se dirigió a su escritorio, buscó un instante y encontró unas aspirinas–. Mira, tómate esto –dijo. Rápidamente salió del despacho, fue al lavabo y volvió con un vaso lleno de agua–. Adelante.

Jody se vio obligada a tragar los comprimidos, pese a que en realidad deseaba decir «No, gracias», y devolverlos.

–Termínate el agua –le indicó Claire.

Jody bebió el resto del agua.

–¿Crees en las enfermedades? –preguntó.

–¿Que si creo en las enfermedades?

Era una técnica rutinaria de los analistas repetir la pregunta que se les hacía. Un centavo por tus pensamientos. Pregunta por pregunta.

–¿Crees que la gente enferma de verdad, en contraposición a que quiera estar enferma o a que enferme para evitar o eludir otras cosas?

–Las personas enfermamos, claro que enfermamos –dijo Claire–. De hecho, la mayoría de la gente no reconoce que está enferma. Antes solía decirse que las cosas tenían un origen psicológico; pero ahora, especialmente aquí, en la ciudad, entre la tuberculosis, el sida, el cáncer, yo qué sé, ha quedado bastante claro que no somos todos tan lunáticos ni estamos tan reprimidos. Se han descartado muchas ideas preconcebidas.

–Yo estuve enferma cuando era muy pequeña –dijo Jody, y aquello era algo que nunca había comentado con nadie.

–¿Qué tuviste?

–Los oídos. –Jody se dio unos golpecitos en el costado de la cabeza–. Me operaron y me trataron con rayos X. Hoy mismo, en cualquier momento, podría desarrollárseme un tumor cerebral a consecuencia de aquellas radiaciones. –Sonrió–. Mis primeros recuerdos son de experiencias médicas.

–¿Cuál era el problema?

–No lo sé con exactitud. Según dice mi madre, estaba perdiendo oído, iba a quedarme sorda, o casi, y decidieron reducir ciertos tejidos aplicándoles rayos X. ¿Te has fijado en mis dientes? –Jody contrajo el

labio superior y mostró una hilera de dientes grises–. Entonces no sabían que si te daban tetraciclina antes de la segunda dentición, los dientes permanentes te salían de un color así. –Mostró de nuevo los dientes–. Aquello no habría sido tan malo si no hubiese habido otro niño antes que yo. Barbara opina que mis padres me adoptaron para que les hiciera sentirse mejor, no sé, para que fuese un sosiego y una alegría después de la muerte de su hijo, y entonces yo caí enferma y se horrorizaron. Era demasiado para ellos. Nueve años con un hijo enfermo, y luego resulta que la nueva hija también tiene una tara.

–¿Recuerdas que estuvieran trastornados?

–No, no del todo. Recuerdo otras cosas: que me llevaban al hospital, que me acostaban en una especie de cama metálica, que por encima de mí colgaba el armatoste de los rayos X. Por una ventanilla de la puerta veía las caras de mis padres, que estaban al otro lado. Y lo único que todos me decían era: «Hagan lo que hagan, no te muevas. Cuidado, no te muevas ahora».

–¿Qué más? –preguntó Claire.

–Mis abuelos me visitaron, me trajeron un perrito de peluche que todavía conservo. Después, mi mamá me llevó a casa en un coche que era nuevo, y justo cuando estábamos aparcando vomité. Mi madre me ayudó a entrar, me dio a beber zumo de manzana y volvió a salir para limpiar la porquería del coche. Me sentí terriblemente culpable.

–¿Qué edad tenías?

–Tres años.

–¿Y recuerdas todo eso?

–Todo eso y más.

–A ver.

–¿No es suficiente?

–Suena increíblemente aterrador.

–Pues creo que no estaba asustada. Cuando pienso en ello tengo un sentimiento de frustración, de que la gente no me escuchaba, no me hacía caso. Cuando me operaron otra vez los oídos, mi madre entró conmigo en el quirófano o lo que fuera, y me cogía los pies mientras me aplicaban el gas, me refiero a la anestesia. Yo lloraba y decía que no quería que me hiciesen aquello, porque recordaba de la intervención anterior lo mal que olía y el mal sabor que dejaba en la boca, y todos aquellos tipos estaban de pie a mi alrededor con las máscaras verdes puestas, y el cirujano dijo: «Es un perfume nuevo, te gustará». Me fié de él, aspiré a fondo aquella mierda y era lo mismo de siempre; me puse furiosa, realmente furiosa, pero, ¿qué podía hacer? Me dormí odiándoles a muerte a todos.

–¿Quiénes eran aquellas personas? –preguntó Claire, incrédula.

–Mi madre, los médicos. Así se hacían entonces las cosas. Daban por sentado que podían mentirle a una niña porque los niños no

recuerdan. Más tarde lo comenté con mi madre y ella me dijo que no, que no era cierto, que no fue de aquella manera. Pero lo fue. Yo no soy idiota.

–¿Les guardas rencor todavía?

Jody se encogió de hombros.

–Tengo los dientes de un gris de náusea; en cualquier momento me descubrirán un tumor cerebral. No estoy precisamente contenta. Preferiría morir a que me visitase un médico, pero no, no guardo ningún rencor.

–¿Por qué no te protegieron tus padres?

Jody dedicó una mueca a Claire.

–Mis padres estaban a mi lado como era su deber, y creían todo lo que decían aquellos médicos imbéciles porque no sabían a quién más creer. Deseaban por encima de todo tener una hija sana. Habrían hecho cualquier cosa, la más inconcebible, si pensaban que con ello iba yo a recuperar la salud. Supongo que curarme sería como devolverle la vida al otro hijo, o tenernos a los dos, no sé.

–En tu lugar yo estaría furiosa.

«Pero tú eres tú y yo soy yo –pensó Jody–; y por cierto, ¿a qué viene hablarme así? Según las normas, tú no deberías mencionar nunca tus reacciones personales. No tratamos de ti, sino de mí.»

–¿Qué se gana estando furiosa? –dijo Jody.

Ambas guardaron silencio unos minutos.

–Es triste –dijo Claire.

–¿Acaso parezco muy afectada? –Apenas formulada la pregunta, Jody añadió apresuradamente–: No contestes. No quiero saberlo.

–Siento curiosidad por tus padres.

–No la sientas.

–¿Tú no piensas en ellos? Y no me refiero únicamente a los que te adoptaron, sino también a los que te dieron en adopción.

–Quienes renunciaron a mí no eran propiamente padres. Eran dos personas que no debían de conocerse la una a la otra demasiado bien.

Jody dejó transcurrir en silencio el último cuarto de hora de la sesión. Se había preguntado infinidad de veces si el hecho de haber sido una niña enfermiza constituía una suerte de impedimento para triunfar, o por lo menos para prosperar. ¿O el obstáculo venía de la tensión de haberse criado sin su madre natural, o de la ansiedad de arrastrar perpetuamente consigo el fantasma de un niño muerto? ¿O no tenía la menor relación con todo aquello, sino que era un fallo genético, quién sabe si una contaminación ocasional? En todo caso, incluso ahora había en ella un punto débil, una peculiar fragilidad que yacía adormecida, inactiva, a la espera, y siempre era consciente de su existencia.

Rodaje nocturno. Una ilusión romántica: estrellas fugaces, paseos en bote por el río a medianoche. La idea de estar despierta mientras el resto del mundo dormía parecía llena de posibilidades. El personal comenzó a llegar entre las cuatro y las cinco de la tarde a un confín de Central Park. Instalaron los focos, los raíles para desplazar las cámaras, kilómetros de cable eléctrico y la omnipresente mesa de la comida. Conforme a las normas sindicales, todo rodaje en exteriores requería disponer de una tonelada de alimentos varios, la mitad calientes, la mitad fríos, que aparecían a intervalos específicamente señalados para el sustento de los actores, técnicos, auxiliares y demás personas que participaban en la filmación. Durante el día se habían amontonado sobre la mesa abundantes pero poco variados productos de pastelería y repostería industrial.

–¿Es el cumpleaños de alguien? –preguntó uno de los presentes.

–El mío –dijo Harry, metiéndose un pastel entero en la boca. Se volvió hacia Jody con los churretes del relleno blanco escurriéndosele por las comisuras de los labios–. Me pregunto si tú tendrás un sabor tan bueno como esto.

Ella le miraba atónita. Harry le ofreció otro pastel.

–¿Quieres probarlo?

Con las mandíbulas apretadas, Jody movió negativamente la cabeza.

–No está mal –dictaminó él–. Pero podría ser un poco más grande.

Mordió un pedazo del segundo pastel y tiró el resto a la basura.

A medida que el cielo se oscurecía, Jody percibió el ritmo de la ciudad que desplegaba en el entorno su actividad nocturna; también notó que la garganta le dolía cada vez más. Poco después, los transeúntes eran personas que regresaban a casa terminado el trabajo. Se detenían ante las barreras del plató unos minutos, pero pronto se cansaban de trasladar el peso del cuerpo de un pie dolorido a otro. Los chicos, que deambulaban sin rumbo fijo, se demoraban eternamente y preguntaban cincuenta veces qué película era aquella. Algunos tipos que en un determinado momento de su vida tuvieron relación con otras filmaciones se paraban a averiguar quién dirigía, quién actuaba, qué técnicos intervenían y si la productora necesitaba mano de obra adicional. Más tarde compareció la gente que salía después de cenar; llegaron los espectadores de cines y teatros, los clientes de los clubes nocturnos, y tras ellos desfilaron diez mil maníacos, prostitutas, delincuentes de tres al cuarto, chiflados y vagabundos. Todos circulaban lentamente de un lado a otro, frente a las barreras azules donde una sucesión de rótulos advertía: NO PASAR. POLICÍA.

La toma que se disponía a rodar era una persecución que terminaba en la fuente con el edificio del Plaza al fondo. Carol

Heberton dispararía cinco tiros contra un sujeto que, acribillado, caería de espaldas en la fuente y teñiría el agua de rosa. La fuente estaba tan bien iluminada que resplandecía. Por delante de ella transitaban carruajes, y unos ayudantes especiales contratados para aquella noche seguían a los caballos, provistos de escobas y recogedores del inevitable estiércol. En el filme aquello resultaría increíblemente romántico. Lo mejor de Nueva York padecía la repentina intrusión de lo peor de la ciudad: comparación y contraste, seducción y sobresalto.

Pese a que era verano, la noche se tornó fría. Jody sorbió incontables tazas de té, y cuando Harry la atrajo hacia él unos minutos después de las doce, ella consintió que la resguardase bajo su brazo. Su cuerpo casi despedía calor. Bajo aquellas luces incluso Harry parecía más atractivo. Llevaba el cabello, escaso y plateado, peinado hacia atrás, las gafas bifocales en lo alto de la cabeza, el traje de lino arrugado, la camisa hecha a medida desabrochada, dejando ver parcialmente el vello grisáceo de su pecho. Su apariencia desaliñada ganaba puntos cuando caía la noche. Jody observó a Harry dirigir hábilmente a actores y técnicos a lo largo de la escena e introducir cambios sobre la marcha. En la oscuridad de la noche podían ocurrir extrañas cosas; pero tan pronto como el sol asomase por el horizonte y el olor acre de la ciudad se desprendiese en vaharadas de las aceras de las calles, todo lo bueno desaparecería con la rapidez de un sueño al despertar.

A las seis y media de la mañana, cuando el rodaje se hizo imposible y el cámara tenía tan fatigada la vista que apenas podía garantizar los enfoques, se dio por terminado el trabajo.

–Comparte el taxi conmigo –dijo Carol Heberton, dispuesta a no esperar la llegada de su coche y su chófer.

En aquel momento Jody intentaba, agitando el brazo, detener cualquier cosa que circulase por las cercanías.

–Serán dos paradas –dijo al conductor cuando al fin se deslizó en el interior de un taxi detrás de la actriz.

–Al Carlyle –indicó esta.

Era el tipo clásico de estrella de cine a la antigua: elegante, garbosa, espiritual, distante; el hecho de que se alojara en el Carlyle encajaba a la perfección, Jody no la imaginaba con Harry en el Royalton, tan moderno que en el vestíbulo, en lugar del clásico mostrador de recepción, había únicamente un teléfono que debías utilizar para cuanto desearas, incluido tu propio número de habitación.

Carol Heberton se volvió hacia ella.

–¿Quién eres y qué haces?

–Trabajo para Michael Miller.

–Aaah, tú eres ella.

«¿Qué ella?», habría querido preguntar Jody. La actriz continuó:

–Prescinde tranquilamente de Harry. Le fascinan las mujeres que dicen que no. –Miró a Jody con detenimiento–. Me recuerdas a mí misma cuando era joven, pero a mi edad supongo que pasa con todas vosotras.

Carol Heberton dejó escapar un largo y triste suspiro de estrella de cine. Jody se percató de que el taxista la observaba por el retrovisor.

–Esta película me produce pesadillas –siguió diciendo–. Me parece absolutamente aterradora. Yo nunca había interpretado a una persona de clase obrera. Quizá tendría que hacerme arreglar la cara otra vez. ¿Tú qué opinas? –Volvió a mirar a Jody, escrutándola; luego depositó una mano asombrosamente huesuda sobre su rodilla y se la apretó con fuerza–. Se han puesto en contacto conmigo, no sé quién, para que haga el anuncio de un detergente para lavar la ropa en televisión. No he lavado una sola prenda de ropa desde que tenía diecinueve años.

El taxi se detuvo frente al Carlyle y un portero uniformado acudió apresuradamente. Carol Heberton hurgó en los bolsillos de su chaqueta buscando dinero.

–Yo lo tengo a mano –dijo Jody.

–Buena camarada, ¿te apetece entrar y desayunar algo? –Antes de que Jody pudiera responder, la actriz se apeó del taxi–. No, supongo que no. Tú eres joven, tienes tu vida.

El portero la tomó del codo y la condujo hacia el hotel.

–¿Adónde vamos ahora? –preguntó el taxista.

Jody inspeccionó sus bolsillos. Todo lo que tenía era un billete de diez y unas cuantas monedas. En la oficina le esperaban dos cheques, pero había estado demasiado ocupada para hacer acto de presencia allí.

–Broadway y Cuarenta y cuatro –dijo.

Cuando llegó, encendió las luces, se metió los cheques en el bolsillo trasero y se sentó ante el escritorio de Michael, dejando volar la mirada hacia la perspectiva de la ciudad.

Luego levantó el teléfono Lego de Michael y llamó a su madre.

–Hola, mamá, soy yo.

–¿Ha pasado algo? –inquirió su madre–. Son las ocho menos cuarto de la mañana.

–Sí, ya sé. Tenía un minuto libre y he pensado en decirte hola.

–Te llamé anoche. No estabas en casa.

–Hemos trabajado toda la noche. Ahora estoy en la oficina.

–¿No habrás pasado la noche en la calle? Eso no me gusta. No es un buen plan.

–Pues ha resultado de maravilla. Había montones de gente. He acompañado a su hotel a Carol Heberton.

–Oh, yo la adoro. Hacía unas películas preciosas.

Jody oyó que se abría la puerta de la oficina.

–¿Hola? –dijo una voz de hombre–. ¿Quién está aquí?

–Tengo que marcharme –dijo Jody–. Te volveré a llamar más tarde.

–Esta noche, llámame esta noche.

Jody colgó y salió al pasillo. Raymond, uno de los protegidos de Michael, se encontraba parado allí, blandiendo una gruesa percha de madera.

–Es lo único que he podido encontrar –dijo avergonzado. Tiró la percha al interior de un guardarropa–. ¿Qué haces aquí tan temprano? Tienes un aspecto horrible. ¿Ha habido alguna catástrofe?

Jody se dio cuenta de que no se había mirado a un espejo en veinticuatro horas, no se había cepillado el pelo ni lavado la cara ni cambiado de ropa. Probablemente olía mal. Y ahora le dolía, además de la garganta, el oído.

–Rodaje nocturno –explicó con voz quebrada. La irritación de la garganta derivaba finalmente hacia algo sin duda más grave–. Y encima he llevado a Carol Heberton al hotel.

Raymond hizo una mueca significativa.

–Ándate con tiento.

–¿Por qué?

–La Heberton compite con Harry por las jovencitas dulces y tiernas.

–¿De veras? –preguntó Jody.

–¿De veras? –repitió él, mofándose–. Por favor, intentemos vivir en el mundo real, ¿no te parece?

La primera vez que Claire pensó que Jody podía ser su hija, vomitó. Tuvo la idea y al instante el estómago le subió a la garganta. Escapó a la carrera hacia el cuarto de baño.

–¿Estás bien? –preguntó Sam–. ¿Necesitas ayuda?

–No –respondió ahogadamente ella.

En aquel momento agradecía que la dejaran sola. Se sentó en el borde de la bañera, temerosa de moverse.

Jody le recordaba a sí misma, pero ello no significaba necesariamente que estuvieran emparentadas. Ambas habían crecido en Washington y sus alrededores, lo cual explicaría que coincidieran en ciertas cosas, así como en aspectos de su forma de hablar. El parecido era cultural, se dijo Claire, no familiar. Evidentemente, su propia educación había sido radicalmente distinta de la de Jody. La similitud se reducía a que habían compartido la determinación de sobreponerse a una familia, de superar un accidente, de por una vía u otra forjarse una vida personal, ganársela a pesar de que parecían faltar los ingredientes esenciales. El problema que planteaba Jody era una contratransferencia complicada por la mutua experiencia de la adopción y la tentación de Claire de prodigar cuidados maternales. No debía ser tomado al pie de la letra.

Un par de semanas más tarde, después de haber mencionado Jody su curiosidad con respecto a su padre biológico, Claire soñó con Mark Ein. Se encontraban ambos en la universidad, en el departamento de lengua y literatura, Mark sentado ante su escritorio y Claire, demasiado asustada para sentarse, de pie en la puerta. Ella estaba embarazada.

–Quiero que me entregues el hijo –decía él–. Tú eres del todo incompetente. Entrégamelo, y cuando sea mayor haré que se ponga en contacto contigo.

Mark tenía el mismo aspecto que cuando le conoció: intenso, el cabello y la ropa faltos de concordancia con su energía. Al volverle a ver después de veinticuatro años, la familiaridad de sus rasgos le pareció confortante, hasta que situó a Jody a su lado. Los dos eran idénticos: los mismos ojos claros, el cabello ondulado, los labios sensuales, el mismo carácter urgente que había impelido a Claire a ofrecerse en prenda como si pudiera redimirlos. Y en el sueño, cuando Jody aparecía junto a Mark, Claire habría jurado que el rostro de él cambiaba para acomodarse al de ella, para convertirse en ella. Claire, histérica, comenzó a golpear a Mark, y Jody desapareció. Volvió a golpearle y golpearle, tan fuerte como podía, en el pecho, en la cabeza, en la cara. La nariz de Mark se puso a sangrar, pero él no hizo

nada, no ofreció resistencia. Sobre el escritorio cayeron gotas de sangre. Finalmente, todavía chillando, todavía agitando los puños, ella salió corriendo al pasillo. Su madre y su padre la esperaban allí para llevársela.

El dormitorio estaba a oscuras. Muy cerca de ella, Sam roncaba con su habitual regularidad. Utilizando el embozo de la sábana, Claire se secó el sudor del cuello y el pecho. Se acurrucó contra Sam y trató de reconstruir lo que recordaba. Piezas diversas, fragmentos; no eran suficientes. Nunca eran suficientes. Quería asegurarse de que Jody no era su hija; al mismo tiempo, quería que Jody fuera su hija. Sam se agitó en su sueño, se apartó de ella, y Claire se levantó para prepararse una taza de té.

En la cocina, a las tres de la madrugada, decidió que Barbara sabía que Jody era hija suya. Barbara había efectuado determinadas pesquisas cuando Jody era su paciente. Lo había hecho porque sentía curiosidad, y también porque entonces tenía que quedarse en casa la mitad del día debido al complicado embarazo del que sería su primer hijo. Disponía de tiempo y, encontrándose ella misma en el umbral de la maternidad, estaba obsesionada por el lado psicológico y el fondo genético de las cosas. Lo hizo porque creía que ello la ayudaría a ayudar a Jody. Todas las personas que se mostraron reticentes con Jody, las que rehusaron darle información, se la ofrecían libre y voluntariamente a Barbara. A fin de cuentas, Barbara era una profesional. Sabía lo que tenía entre manos. Y, en última instancia, deshacerse de aquella carga mitigaba en las personas el sentimiento de culpa asociado al hecho de haber guardado tanto tiempo un secreto; un secreto que, ante todo, no les pertenecía. A primera hora de la mañana Claire llamaría a Barbara. Contempló cómo su taza de té daba vueltas dentro del microondas. Por la ventana de la cocina miró al exterior, hacia el edificio oscuro que había enfrente.

No llamaría a Barbara por la mañana, ni nunca. Si estaba equivocada, si todo aquello era fruto de su imaginación, Barbara pensaría que había rebasado los límites. No del todo segura de lo que debía hacer, mejor sería que llamase a Sam a la oficina. Juntos decidirían que Barbara llamase a su vez a Jody y le dijera que dejase correr el asunto cuando estaba todavía a tiempo. Transferiría a Jody a otro analista. Si Barbara se enteraba de lo que realmente ocurría, la apartaría de Jody. Lo echaría todo a perder.

J-O-D-Y. Claire escribió el nombre en diagonal en la primera página de un bloc de notas, con la pulcra caligrafía que utilizaba para las cartas importantes: a los profesores de sus hijos, a las pacientes que se habían desplazado a muchos kilómetros de distancia, para firmar las felicitaciones de Pascua y de la Chanukah judía. J-O-D-Y R-O-T-H. J-O-D-Y S-T-E-V-E-N-S (el apellido de soltera de Claire). J-O-D-Y E-I-N.

Demonio, ¿cuál era su apellido? Jody Goodman. Lo escribió una y otra vez, lo escribió un millón de veces en todas las combinaciones posibles.

–Me muero de aburrimiento –dijo Naomi cuando llamó a Claire a las siete y media–. ¿Todavía duermes? Yo estoy en pie desde las seis y no aguanto más. ¿Podríamos hacer algo hoy exclusivamente para nosotras?: ir a almorzar al Soho, pasear por ahí, gastar dinero.

–Tengo pacientes todo el día –dijo Claire–. Quizá la próxima semana consiga trampear mi agenda.

–Siempre tan ocupada –replicó Naomi–. Oye, ¿no será que escondes algún ligue?

–Trabajo y basta.

A Claire le habría gustado poder hablarle a Naomi de Jody. Quería que alguien lo supiera, pero la única vez que lo había intentado le salió mal. «Te comportas como si estuvieras enamorada –fue el comentario de Naomi–. Por la manera como hablas de ella, se diría que andáis haciendo el ganso como dos niñas pilongas.» Claire se encogió de hombros. «Bueno, es una persona interesante», dijo, y abandonó el tema definitivamente.

A las diez menos cuarto el timbre anunció la llegada de Polly. En el taxi, cuando salieron de la clínica, Polly le había dicho que se marchaba a casa por un tiempo y no acudiría a las restantes entrevistas que tenían programadas. Claire no dio demasiado crédito a sus palabras. Posiblemente haberse implicado en la experiencia del aborto había sido excesivo. Quizá el mero hecho de ver a una analista fuera de contexto distorsionaba el mundo y complicaba las cosas; quizá era por ello que los psicoanalistas veían a sus pacientes en los consultorios. No obstante, en su momento le había parecido una decisión adecuada.

–¿Cómo te sientes? –preguntó Claire.

Por una vez, Polly no lloraba. No llevaba consigo su paquete habitual de pañuelos de papel. Algunos días empezaba ya en la sala de espera. Ahora la expresión de su cara era solo de una vaga perplejidad. Preocupada, Claire casi deseó que las lágrimas reapareciesen y ponderó qué significaría su ausencia. ¿Resignación? ¿Una forma de capitulación extraña? ¿Un progreso, acaso?

–¿Qué tal te ha sentado quedarte en casa? –tanteó.

Polly no contestó y permaneció sentada en silencio unos minutos. Claire resolvió que llamarle la atención lo mismo sobre el llanto que sobre la falta de este podría resultar demasiado agresivo. Si mencionaba que había notado alguna diferencia, el impulso hacia la regresión se haría más fuerte.

–¿Hay algo especial de lo que te gustaría hablar?

Polly persistió en su silencio. Así continuaron durante toda la sesión, algo que Claire encontraba difícil pero para lo cual se había adiestrado debidamente. El truco consistía en pensar exclusivamente en sus cosas. Había aprendido a relajarse en su silla, a aparentar que estaba cómoda y abierta a la comunicación mientras fantaseaba tras una expresión simulada de atención.

Transcurrida la hora, Claire dijo suavemente:

–¿Concertamos una cita para la semana próxima?

Polly asintió con la cabeza. Por lo menos no había dicho: «No», ni tampoco: «La semana próxima estaré muerta». Claire detestaba que los pacientes respondieran así, especialmente al final de la sesión, cuando le quedaban cinco minutos o menos para persuadirles con dulzura y tacto de que vivieran una semana más, al tiempo que recopilaba laboriosamente los detalles: ¿habían hablado en serio?, ¿cuál era su grado de verosimilitud?, ¿sería de ella la culpa?

–El martes a las dos –dijo.

Polly volvió a asentir en silencio, luego se levantó y se marchó.

Jody entraba en el instante en que Polly salía, y tuvo que apartarse a un lado para evitar la colisión.

–¿Qué le has hecho, quitarle su piruleta? –preguntó Jody a Claire en cuanto se hubo cerrado la puerta.

Claire sonrió, pero no contestó. Se lo prohibían las normas.

Jody entró en el despacho y tomó asiento.

–¿Qué pasa? –dijo. Claire se limitó a enarcar las cejas–. ¿Ha ido bien el fin de semana? ¿Quieres que hablemos de esto?

Claire continuó callada. La forma más rápida de inducir a Jody a cambiar de tema era ignorarla.

–Está bien. Hablemos de las diversas maneras de viajar que una persona puede elegir para llegar hasta California –continuó Jody–. Dos son básicas, pero primitivas. Puedes tomar el autobús, como hizo mi padre cuarenta años atrás. Hoy en día todavía se tarda una semana, o un mes, no sé. La otra manera es el tren, que va directo de Nueva York a Chicago; pero luego tienes que transbordar, y seguir transbordando a lo largo de todo el camino, incluso en pleno desierto, donde encuentras serpientes venenosas aficionadas a las estaciones de transbordo. –Hizo una pausa, como si esperase oír risas–. O puedes elegir el coche de mi madre. Va a comprarse uno nuevo. Viajaremos juntas. Es una de esas historias de madre e hija. Ella quiere incluso que venga mi padre, pero yo me niego en redondo. No porque mi padre no me guste, sino porque una ha de ser realista: con los tres encerrados en el coche cinco días consecutivos, el viaje puede terminar en tragedia. Papá se ha ofrecido a hacerlo él; quiero decir, a llevarme a Los Ángeles él solo. Sin embargo, lo reconozco, necesito a mamá. ¿Es eso terrible? Bien, insisto, lo admito. Necesito a mi madre.

Si llego a un sitio nuevo sin ella, estoy lista: no sé qué hacer, cómo ordenar los armarios con lo que he traído en el equipaje, cómo organizar las cosas y organizarme yo. Mi instinto estratégico está a nivel cero.

Claire persistió aún en su silencio. El silencio de Polly parecía habérsele contagiado.

–Me marcho aproximadamente dentro de un mes.

–Te echaré de menos –dijo Claire con la mirada fija en Jody y pensando en su sueño, tratando de recordar cuál era el verdadero aspecto de Mark y cuál su manera de comportarse.

–Sí, bien... –Jody titubeó–. De todos modos, ¿no crees que debería empezar ya a prepararme, aunque solo fuera conceptualmente?

–Pronto –dijo Claire, y esperó un minuto para añadir–: He estado pensando en tu condición de hija adoptiva.

–Muy amable por tu parte –dijo Jody–. Por la mía, confieso que he soltado un poco de gas.

Claire se sintió culpable. No podía negar que hacía aquello por interés propio, que aquello no tenía nada que ver con Jody, lo cual representaba una mala práctica profesional.

–No necesitamos volver a tocar el tema si tú no quieres –dijo, ofreciendo a Jody una salida.

–Puedo hablar de ello –replicó la joven.

Claire fingió no percatarse de que, aparentemente, Jody haría desde ahora lo que ella quisiera.

–¿Cuándo es tu cumpleaños?

–¿Por qué? –preguntó Jody–. ¿Se te ha ocurrido regalarme algo? No tengo tocadiscos para compactos ni tampoco una de esas batidoras multiuso.

–¿Sabes en qué hospital naciste?

Claire miraba al cielo por la ventana y había adoptado un tono prosaico e impersonal.

–En uno que se fue a paseo.

–Intento mantener una conversación seria –dijo Claire, molesta, enfocando de nuevo la mirada en Jody.

–Lo siento, pero es verdad. Fue a la bancarrota, o lo hundió la corrupción, o lo que fuera, y cerró. Deprimente, ¿no? Mi única conexión con mi auténtica madre terminó en la ruina.

–¿Cómo se llamaba?

–No lo sé. –Jody parecía perpleja–. También ha desaparecido la que fue mi escuela primaria; ahora han levantado allí un edificio de oficinas. ¿Crees que eso tiene algún significado?

–Si sabes que el hospital está cerrado, has de saber cómo se llamaba.

Jody sostuvo la mirada de Claire.

–Lo sabía, claro –dijo–. Pero lo he olvidado. Centro Médico, quizá. ¿Es eso el nombre de un hospital? ¿O es una serie de la tele? Y a propósito, ¿por qué te interesa? ¿Eres, digamos, una especie de fan de los hospitales?

Claire recordaba un hospital Centro Médico en Washington, en algún lugar de la zona más comercial. Pero ella había dado a luz en el hospital de Mujeres Columbia.

–¿Querrías averiguar quién fue tu madre? –preguntó Claire pocos minutos después.

Contemplando una litografía de Mark Rothko que había en la pared, Jody se alzó de hombros.

–Si alguien me pasara una serie de fotografías y dijese: «Esta es tu madre», seguro que las miraría. Sentiría curiosidad. Si alguien viniera y me dijese: «El nombre de tu madre es Fulana de Tal y vive en estas señas y este es su número de teléfono», le escucharía, tomaría nota de la información, pero no sé lo que haría con ella. Me pondría en un aprieto, me trastornaría completamente.

–¿Por qué razón?

–Primero, porque ya tengo madre y padre; porque ya está bien así, ¿no? Es decir, debería bastarme con esto, ¿verdad? Segundo, porque me alteraría los nervios y en un momento de debilidad, en un momento en que deseara algo, podría ir en su busca y exponerme a que me rechazase. Un día se deshizo de mí, no lo olvidemos. Lo más probable es que no quiera tener conmigo ninguna relación. Yo soy como un mal recuerdo.

–¿Piensas alguna vez que ella misma puede estar buscándote?

–No –dijo Jody secamente–. ¿Por qué dices eso?

–Simplemente, por la curiosidad de saber si te has planteado la cuestión desde su punto de vista.

–¿Por qué habría de hacerlo?

Claire eludió la respuesta con otra pregunta:

–Entonces, ¿nunca harías una investigación, no tratarías de encontrar una pista, nada?

–Solo si estuviera segura de que no traería consecuencias, si supiera positivamente que todo seguiría igual ocurriera lo que ocurriese. Tendría que ponerme a ello sin querer nada, sin esperar nada. Y cuando una llega a esta conclusión, ¿por qué preocuparse?

–Es obvio que lo has pensado bien.

–No soy idiota –dijo Jody.

–Por descontado que no lo eres –asintió Claire. Y de nuevo ambas guardaron silencio unos momentos–. Hablemos de California.

–Por fin –dijo Jody.

13

Peter Sears y Jody estaban desnudos en la cama de esta cuando su madre llamó, a las once. Por deseo de Jody habían apagado la luz del dormitorio: Jody no conocía lo bastante a Peter para estar con él desnuda y además con luz. En la oscuridad, tardó más de un minuto en encontrar el teléfono.

–Hola, mamá –dijo.

–¿Dormías?

–No.

–Tienes voz de sueño.

Sin previo aviso, Peter colocó la mano entre sus piernas.

Jody se aclaró la garganta.

–Estoy despierta. ¿Qué tal el día?

Tomó nota mentalmente de decolorarse o bien afeitarse el vello de la parte superior de los muslos antes de su próxima cita.

–¿Tienes compañía? –preguntó su madre.

–¿Compañía? No –dijo Jody. Peter le dio una palmada en las nalgas produciendo un sonoro chasquido–. Miraba la televisión.

Él le acarició un pezón con la lengua.

–Me ha parecido oír un ruido ahí detrás.

–Se ha caído un libro de la cama.

–Me gusta que te entretengas leyendo, nenita. ¿Has tenido un buen día?

–No ha estado mal.

Jody sentía remordimientos. La presencia de Peter era una extraña pero necesaria denuncia de la relación de Jody con su madre. Por mucho que su madre la regañase porque no tenía novio, tampoco admitía la posibilidad de que Jody tuviese una vida sexual.

–Estoy muy cansada –dijo su madre–. Me ha dado un tirón en un músculo de la espalda, he tomado un calmante porque me dolía y ahora apenas puedo mantener abiertos los ojos. ¿Qué te parece si hablamos mañana?

–Claro que sí, mamá. Ve a acostarte.

–¿Todo bien?

–Muy bien –dijo Jody–. Dulces sueños. –Peter tomó el teléfono de su mano y cortó la comunicación–. Me llama cada noche a las once –explicó ella, saliendo de la cama. Peter la agarró, la atrajo hacia sí y la tendió encima de él. Jody protestó–: No tengo ganas.

–Yo no he terminado.

Presionaba su pecho con los labios y su entrepierna con el pene. Acostarse con Peter había sido un experimento. Jody quería averiguar si podía tener relaciones sexuales con alguien que no le importase. Y

era más fácil de lo que había esperado, pero aburrido. Ahora deseaba que él se marchase. Además, estaba enojada consigo misma por haber cedido a propósito del condón. Jody amonestaba constantemente a Ellen y a quien fuera sobre la protección, a pesar de lo cual, llegado el momento, su resistencia se había desmoronado.

–No –había dicho Peter, negándose siquiera a discutirlo.

–Sí –dijo Jody.

–No –dijo él, y le introdujo el pene desnudo sin más preliminares.

Jody sintió instantáneamente que ya era demasiado tarde: el momento del contacto transmitía veneno como una descarga eléctrica. Luego no hizo más que permanecer tumbada, paralizada, como si hubiera recibido un aguijonazo fatal.

«Los hombres son tan jodidamente fastidiosos», pensó, perdida en sus elucubraciones mientras él se agitaba jadeando encima de ella. Aquello no tenía gracia, definitivamente no la tenía, pero no parecía haber manera de eludirlo; era como encontrarse en la vagoneta de unas montañas rusas que la llevara sin remedio al borde de una muerte entre vómitos. Jody hizo un esfuerzo por abandonarse, buscando consuelo en la idea de que en un momento u otro el incordio terminaría. Mientras tanto se preguntaba si no sería acaso ella la responsable; si no habría en ella algo que imposibilitaba la buena relación sexual. Hasta cierto punto, el sexo siempre le había planteado problemas, pero en el caso presente era patético.

Él se retiró antes de eyacular; le cogió la mano, escupió en su palma y la colocó sobre su pene. Era obsceno: escupirle en la mano, su pene como legamoso de haber estado dentro de ella. Jody sacudió la mano por la muñeca, arriba, abajo, un movimiento práctico y desapasionado como el de bajar el mercurio de un termómetro. Peter le introdujo los dedos en la vagina. Los hombres siempre hacían aquello, metían tantos dedos como podían y lo más hondo que podían, los agitaban, tanteaban por todas partes como si pretendieran encontrar la pieza en una partida de caza. Con la mano que tenía libre, Jody tiró de su muñeca y sacudió la cabeza, no, no, así no. Él tardó más de un minuto en captar la onda.

A las cuatro de la madrugada, Jody estaba todavía despierta, atrapada bajo el brazo de Peter. Dirigió la vista a su pene, modosa y apaciblemente dormido sobre su muslo. Allí tenía un excelente aspecto, saludable y relajado. Ella había visto penes espantosos, cachigordos o deformes unos, como lápices en miniatura otros, pero este era resultón. A Jody le gustó más que su dueño. Levantó con cautela el brazo de Peter y reptó hasta salir de la cama. Se sentía costrosa, áspera, repugnante. En el cuarto de baño, cuando se lavaba obsesivamente, trató de decidir qué sería peor: quedarse preñada o coger el sida.

Claire prometió a Jake que si la acompañaba al consultorio de Bob Rosenblatt pasaría con él toda la tarde. El chico no se mostró muy impresionado. Superada ya la etapa en que pasar una tarde con su madre era un placer especial, prefería quedarse solo, tendido en la cama con las cortinas de la ventana del dormitorio corridas.

–Cuando pasas una tarde conmigo –preguntó Claire–, ¿no ocurre algo bueno?

–Sí, tú tienes remordimientos de conciencia y me compras un helado o una bolsa de patatas fritas. Las patatas puedo comprármelas yo.

–¿No hay nada que de verdad te gustaría hacer? –Jake respondió moviendo negativamente la cabeza–. Bien, pues a mí me gustaría que vinieras conmigo a ver a Bob Rosenblatt.

–¿Por qué?

–Porque considero que sería bueno para nosotros.

–Tú crees que necesito un psicoanalista. Tú eres psicoanalista, entonces, ¿por qué no me haces tú lo que haya que hacer?

Claire no dijo nada.

–Está bien, de acuerdo –accedió él–, pero luego pensaré algo que quiera y tendrás que comprármelo.

Claire continuó en silencio.

–Son mis condiciones.

–Ponte los zapatos –dijo ella.

Jake saltó de su litera a la cama de Adam, esparciendo juguetes por el aire como metralla.

–Ve con cuidado –le advirtió su madre.

Rosenblatt les tuvo en la sala de espera diez minutos y veintitrés segundos. Claire fijaba la mirada en el reloj de pared, convencida de que en el despacho de él no debía de haber ningún reloj a la vista. Era un truco, la manera peculiar de Rosenblatt de hacer valer su autoridad sobre ella: yo soy el doctor y tú eres la paciente.

–Nunca he estado en el despacho de un psicoanalista, excepto en el de mamá –dijo Jake al estrechar la mano de Bob Rosenblatt.

–Bueno, pues aquí tienes uno –dijo Rosenblatt, abarcando en un ademán la pintura de Philip Pearlstein colgada en la pared y la alfombra oriental del suelo, como para demostrar su superioridad–. Siéntate donde prefieras.

Jake se sentó en la silla giratoria, diseño Eames, que era obviamente el asiento habitual de Rosenblatt, y Claire se sintió orgullosa de su hijo. Rosenblatt hizo una mueca, pero en lugar de

decir algo al respecto acomodó su voluminoso cuerpo en la otra silla, de menor tamaño e inferior jerarquía, situada frente a Jake. Claire fue a sentarse en un extremo del diván.

–Tu madre está preocupada por ti –dijo Rosenblatt.

Inmediatamente, Claire se indignó. Un buen profesional no empezaba enfrentando a los miembros de una familia unos con otros. Jake no era un yonqui a quien trataran de incorporar a un programa de recuperación. Era un chico de once años que se aburría.

–¿Crees tú que tiene motivos para preocuparse?

Jake negó con la cabeza.

–¿Hay algo en particular de lo que te gustaría hablar?

Jake repitió su negativa. Estaba perdiendo su apariencia infantil, la dulzura del rostro cambiaba hacia una estructura como más angular, menos familiar, varonil.

–¿En qué grado estás?

–En sexto –dijo Jake–. Y si me va a preguntar si me gusta la escuela, la respuesta es que sí, o sea, me gustan los chicos, me gusta todo.

–¿Tienes muchos amigos?

–Supongo.

–¿Alguno en particular?

Jake se alzó de hombros.

Rosenblatt inducía al chico a encerrarse más en sí mismo. «Qué jodido idiota», pensó Claire. Buscó mentalmente una manera de interrumpir, de encarrilar de nuevo las cosas.

–¿Hay algo especial que te guste hacer con tus amigos?

Jake volvió a alzar los hombros.

–Jake juega en el equipo de béisbol, y en el de fútbol, y toca la trompeta –dijo Claire.

Lo mismo Jake que Rosenblatt la miraron con dureza; luego la ignoraron.

–¿Te gustan los deportes? –continuó el analista.

–Supongo.

–¿Alguno en particular?

El diálogo se prolongó sin alteraciones durante media hora. A través de declaraciones monosilábicas, Rosenblatt averiguó que a Jake le gustaba comer en restaurantes e ir al cine, le gustaban las chicas pero aún no tenía novia, se ruborizaba con facilidad, tenía un buen concepto de su padre, deseaba que su familia fuera más numerosa, confiaba en que algún día conseguiría un cuarto donde dormir él solo, y también que deseaba que por su cumpleaños le regalasen una batería, aunque sus padres decían que aquello iba a ser imposible.

Alguna que otra vez Rosenblatt introducía a Claire en la conversación, y de la forma menos apropiada:

–¿Es cierto que Jake se queja en ocasiones de que tiene dolor de estómago, cuando en realidad no le pasa nada? ¿Realmente tiró usted a la basura el ejemplar de Playboy que le había prestado el hermano de un compañero?

En general, sin embargo, ella permanecía sentada en su extremo del diván, distante, excluida, contemplando la porción del edificio Chrysler visible desde la ventana de Rosenblatt. Consideró brevemente si debía haber pedido a Sam que fuera con ellos. Pero existía algo peculiar en la naturaleza del problema que la inducía a pensar que este estaba estrictamente entre ella y Jake, que era una cuestión madre-hijo.

Claire imaginó a su propia familia en una sesión de terapia. Su padre estaría sentado en una silla lo más alejada posible de las demás, con ambos pies plantados en el suelo, cruzadas las manos sobre el vientre, hosca la expresión, la barbilla hincada en el pecho. Su madre se habría situado en el centro, la atención dispersa entre el marido, las hijas y el psicoanalista. Su hermana ocuparía una silla giratoria, daría vueltas constantemente, manosearía todo cuanto hubiese sobre el escritorio del analista y nadie le ordenaría que se estuviera quieta. Claire no tendría donde sentarse: se vería obligada a permanecer de pie en medio del despacho.

–Ya ve usted –diría su padre–, siempre necesita hacer algo para llamar la atención. Cuando todos los demás se sientan, ella se empeña en estar de pie.

En el consultorio de Rosenblatt, Claire recordó de súbito que su hermana padecía frecuentemente dolores de oído. Cuando iban a bañarse, Laura tenía que colocarse en las orejas unos tapones especiales, y aun así ponerse un gorro y procurar mantener la cabeza fuera del agua. Nadaba con el cuello estirado, como un ave extraña, con la brisa agitando las flores naranjas y amarillas del gorro de baño que le había hecho su madre. Claire pensó en los oídos de Jody, pensó en los dientes de Jody teñidos por la tetraciclina y procuró recordar cómo era la boca de su hermana, pero la única imagen que acudió a su memoria fue la de la cabeza de Laura cubierta por el gorro de baño, más la línea roja, como una especie de vena, que le quedaba marcada durante horas en la frente después de quitarse el gorro en cuestión.

De modo que era eso. Sentada en el detestable diván de cuero negro de Rosenblatt, mientras su hijo y aquel pomposo asno se transferían y contratransferían sus problemas chico-hombre, todo comenzó a adquirir sentido. Lo había aclarado sin darse cuenta. Laura habría conocido accidentalmente a Barbara en alguna conferencia, probablemente del género «Obstinación adolescente» o «Descubra el significado de su matrimonio». A través de la sala, Barbara habría visto a alguien que creyó que era Claire (las dos hermanas se parecían

mucho) e iría a su encuentro llamándola por su nombre. Laura sonrió, dijo que tenía una hermana que efectivamente se llamaba Claire, y todo salió a la luz: el descubrimiento por parte de Barbara de que tenía una paciente que en realidad era hija de Claire. Barbara y Laura prescindieron de sus compromisos por el resto de la tarde y, tomándose unos cafés, elaboraron el plan de enviar a Jody a ver a Claire. «Yo soy tu hija, que regresa de las tenebrosas profundidades del Perú.» Barbara y Laura consideraron que habían hecho algo notable. Se reunieron, intercambiaron detalles sobre Jody y Claire, deliberaron sobre si Claire sospecharía algo. Rieron juntas. Se hicieron íntimas amigas. Las dos familias alquilaron de mutuo acuerdo una casa en la playa y organizaron comidas al aire libre. Barbara, Laura y sus respectivos maridos se tendían en sillas plegables en el jardín mientras sus hijos, reunidos en torno a la barbacoa, tostaban dulce de malvavisco sobre las brasas. Era perfectamente lógico. Barbara y Laura se adorarían una a la otra. Tiempo atrás, Barbara se había casado con un tipo que trabajaba para el Gobierno, una especie de funcionario técnico o de espía, y con él se trasladó desde Baltimore hasta Washington. Allí maduró, cesó de quemar orificios en los suéteres de otras personas, dejó de fumar, comenzó a beber vino, respaldó normas de seguridad, leyes y regulaciones, adoptó el estilo conservador de la sociedad de Washington. Se convirtió a la más inflexible ortodoxia, en el sentido de integrarse en el sistema, ser el sistema y creer en él. Opinaría que Laura era magnífica; exactamente lo que Claire parecía ser, pero no tan depresiva, no tan retorcida ni tan rara. Claire las odiaba a las dos.

–¿Qué te parecería venir a verme una vez por semana? Solo, no con tu madre.

Claire voló a través del tiempo para retornar al consultorio ligeramente aturdida. ¿Qué ocurría? ¿Qué se había perdido?

Jake se encogió de hombros como de costumbre.

–¿Te ves capaz de hacerlo?

–Supongo –dijo Jake.

Claire estaba furiosa. Ella y Rosenblatt no habían ni comentado la posibilidad de que Jake se sometiera a terapia individual, y se necesitaba cara dura para habérselo preguntado al chico antes de consultárselo a Claire y Sam. A fin de cuentas, serían ellos quienes pagarían las sesiones. Rosenblatt estaba jugando sucio, utilizaba a Jake para manipular a Claire.

–¿Qué opina de que Jake venga aquí? –le preguntó a ella.

Claire le miró fijamente.

–Tendré que hablarlo con Sam. Ya le llamaremos.

Si dejaban a Jake a solas con Rosenblatt, entre ambos ejecutarían extraños rituales masculinos que operarían como campos magnéticos y

repelerían cada vez más la figura materna, hasta que al final Jake viviría en Maine y Claire en Florida.

–¿Por qué no ganamos tiempo y concertamos ya una cita? –dijo Rosenblatt. Preguntó al chico–: ¿A qué hora sales de la escuela los miércoles?

–Esperemos –dijo Claire.

Era su obligación proteger lo que ella consideraba los intereses prioritarios de su hijo. Y si este necesitaba psicoterapia, indudablemente se ocuparía de ello otra persona.

–Termino a las tres –anunció Jake mirando a su madre.

–Si no recuerdo mal, el miércoles has de ir al dentista –dijo ella, poniéndose en pie–. Lo comprobaré en casa y le llamaré.

Esperó a que Jake se levantara y, sin más, salió con él del consultorio.

–Vaya puñetero imbécil –dijo en el ascensor.

–¡Mamá! –exclamó el chico.

–¿Has visto lo que ha hecho? ¿Has visto cómo trataba de utilizarme? Pretendía valerse de sus recursos profesionales para conseguir lo que a él le interesa. Menudo pelotillero.

–A mí no me ha parecido que hiciera cosas tan malas.

Claire no contestó. Jake tenía once años, nunca consideraba que las cosas que hacía la gente fueran tan malas; esto era parte del problema. Le dio en la cabeza unas palmaditas afectuosas.

–¿Piensas tú que necesitas hablar con alguien? –El chico respondió con su encogimiento de hombros–. Siempre nos tienes a tu padre y a mí, y si crees que necesitas confiarte a otra persona házmelo saber y buscaremos a alguien que sea bueno, realmente bueno.

Caminaron unas pocas manzanas acariciados por el aire fresco, entre el gentío de los sábados. Claire andaba deprisa, como para huir de la tentación de volver al despacho de Rosenblatt y decirle cuatro cosas. Ya le había dicho suficientes.

–Pues a mí más bien me ha gustado –declaró Jake al cabo de un rato.

Claire descartó la cuestión con un gesto de impaciencia.

–Hay otras muchas personas que te gustarán más que él. Y ahora, ¿adónde prefieres ir?

–No necesitas pasar la tarde entera conmigo –dijo Jake–. ¿Por qué, sencillamente, no me das veinte dólares y me dejas en casa de Matt?

Claire movió negativamente la cabeza.

–Quiero pasar la tarde contigo. ¿Qué te parecería un museo? Hace mucho tiempo que no vamos a un museo.

–¿No soy un poco mayor para eso?

–No. –Claire casi se echó a reír–. ¿Cuál te parece mejor?

–Supongo que el de Arte Moderno es más para mayores que el de

Historia Natural –decidió Jake.

Tomaron el autobús en la Sexta Avenida hasta la calle Cincuenta y tres. Pero antes comieron algo. A Jake, comer siempre le hacía feliz. Se tomó un sándwich, ensalada en un molde de gelatina, una Coca-Cola, pastel de chocolate y helado de yogur; Claire, requesón y café solo. Al terminar, ambos se sentían virtuosos; imposible volver al mal talante.

A su manera adolescente (serena), Jake mostró interés por Picasso y Pollock, pero por lo que realmente se sintió fascinado fue por el helicóptero que colgaba del techo en el tercer piso y el coche deportivo rojo aparcado al lado.

–Increíble –dijo, describiendo círculos en torno a ambos objetos.

La meta del recorrido fue la tienda de regalos.

–Cómprame esto –dijo inmediatamente Jake, señalando un camión de brillantes colorines destinado sin duda a chicos mucho más pequeños.

–Quizá deberías mirar primero un poco lo que hay –sugirió Claire.

Él fingió obedecer y regresó junto al mismo juguete.

–Quiero esto.

Ella sabía que sería a Adam a quien le gustaría el camión; Jake puede que se divirtiera desguazándolo, pero nunca jugaría con él. Tornó de sus manos la caja y la invirtió para ver el precio. Cuarenta dólares. Si compraba aquello para Jake, en cuanto Adam lo viese habría pelea.

Claire cogió otra caja, marcada a treinta y cinco dólares, que contenía un avión.

–Está bien –dijo–. El camión para ti y el avión para Adam.

–Hoy figura que es mi día especial –protestó Jake–. Figura que me compras un regalo, solo a mí, no también a él.

–Pero tengo dos hijos. No puedo comprarle un regalo a uno y al otro no.

–¿Por qué no?

–Porque no.

–Entonces tendrás que regalarme algo mejor.

–¿Qué te parece un libro?

–Ah, qué emocionante –se burló el chico.

Despacio y atento a todo, recorrió la tienda y terminó por señalar una interesante colección de piezas de madera pintadas de colores que, uniéndolas, permitían crear figuras fantásticas o diseños abstractos. Era algo mucho más apropiado para su edad que el camión.

–¿Lo quieres de veras? –preguntó Claire.

Era un espléndido juego, susceptible de atraerla incluso a ella, pero que no se parecía en absoluto a nada que Jake hubiera pedido hasta

entonces.

–Se llama Zollo –dijo él.

Claire se agachó para mirar el precio en la caja.

–Son ciento diez dólares.

Jake se puso serio.

–Es súper. Cómpramelo, por favor.

Claire no quería echar a perder el buen rato que estaban pasando. Los buenos ratos había que cuidarlos por aquellos días. Un gesto equivocado y Jake podía hundirse en una murria que le duraría una semana y contagiaría a toda la familia. Treinta y cinco dólares por el avión, ciento diez por las maderas pintadas.

–¿Estarás contento si te regalo esto?

–Contentísimo –dijo Jake.

Ella entregó a la cajera su tarjeta de crédito. Hechas las cuentas, le resultaba más barato que la psicoterapia.

Con Jody colgada de un brazo y Carol Heberton del otro, Harry abandonó la localización donde habían estado rodando, que era la biblioteca de la calle Cuarenta y dos. Para que la escena solo saliera medianamente bien, se habían pasado allí la mañana entera. Carol buscaba datos sobre psicópatas asesinos mientras el psicópata que la acechaba, sin que ella lo supiera, no le quitaba ojo. Conduciendo a las dos mujeres calle arriba como si fueran ancianas ciegas, Harry acercó su boca a la oreja de Jody.

–Te habría invitado a cenar a solas conmigo –susurró–, pero sabía que no aceptarías.

Jody percibió en el lóbulo el roce de sus carnosos labios.

Él sostuvo abierta la puerta de Aux Trois Mousquetaires, en la calle Cuarenta y cinco, y Jody se deslizó rápidamente en el interior del restaurante en pos de la Heberton.

–Espero que estés contenta –dijo Harry.

Ella lo estaba, y mucho. Almuerzos como aquel, con productores, directores famosos y estrellas de la pantalla, que atraían miradas y levantaban murmullos en todo el local, eran parte de lo que había ido a buscar a Nueva York.

–Es tu fiesta de despedida –le dijo Michael, su jefe, depositando un beso en su mejilla–. Hola y adiós.

Jody habría querido restregarse aquel lado de la cara, pedirle al camarero una servilleta aséptica y un vaso de agua embotellada para esterilizar la zona mancillada.

A despecho de lo que todos decían, ella sabía que el almuerzo nada tenía que ver con su persona. La inminente partida de Jody era una excusa para dar al equipo una inyección de moral, consistente por el momento en martinis y caracoles.

–Esto es solo el principio –anunció Harry, cuando el camarero hubo tomado nota de las bebidas–. Habrá más.

–Pareces a punto de llorar –dijo Raymond a Jody–. Interesante, lágrimas y moco; pero yo no los consideraría ingredientes propios de una buena comida. ¿Qué opinas tú?

Jody pestañeó y respiró profundamente. No lloraría.

–Tranquilízate –dijo Carol Heberton–. En Los Ángeles la gente almuerza dos y hasta tres veces al día.

–Pintémosle un mural a la nena –propuso Harry.

Hizo circular por la mesa un tazón lleno de lápices de colores que había estado junto a la azucarera. Cada cual tomó uno y obedientemente procedió a garabatear en la hoja de grueso papel blanco desplegada sobre el mantel.

Dos mujeres se aproximaron a Carol, y antes de que hubieran terminado de preguntar «¿Es usted…?» ella ya había tomado papel y pluma y escrito su nombre con letras grandes y floreadas.

Harry levantó la vista de su caracol y chasqueó sus mantecosos labios.

–Únicamente los auténticos enterados conocen a los directores.

–Posdata –dijo Michael a Jody–: ¿podrías pasar por la oficina esta tarde y hacerle a la Xerox eso que le haces para que funcione? Se ha parado otra vez y tengo unos guiones que copiar y enviar.

–Toma alguna lección –replicó ella.

–Bien, de todos modos, antes de que vayas a ninguna parte, quiero que enseñes a tu sucesora cómo manejas ese cacharro.

–¿Sucesora? –dijo Jody–. Oye, ¿no conservarás mi silla vacía como monumento histórico?

Los platos principales llegaron en grandes bandejas debidamente calentadas, y por unos momentos, en un silencio casi religioso, todos concentraron su atención en lo que tenían delante y lo atacaron con cuchillos y tenedores, entre «ooohs» y «aaahs». Una vez satisfechas las necesidades más inmediatas, los sobrantes circularon de comensal en comensal para quienes quisieran probarlo todo. El almuerzo terminó con café y un surtido de postres: tartas de frutas, crema acaramelada y una ración de profiteroles que llegaron frente a Jody en una laguna de salsa de chocolate y con una bengala chisporroteante en medio. Jody esperaba con angustia que en cualquier momento se acercasen a la mesa los camareros en hilera y rompieran a cantar «Cumpleaños Feliz», «Porque es una chica excelente» o algo parecido. Afortunadamente no se acercó nadie.

Harry echó una mirada a los profiteroles de Jody y les dio unos ligeros toques con el cuchillo.

–Probablemente se parecen a esas cositas que tienes en el pecho, tanto en tamaño como en consistencia.

Jody extrajo cuidadosamente la bengala y se volvió a él.

–Si esas cosas son mías, esta debe ser tuya.

Harry sonrió, tomó la bengala y la sumergió cabeza abajo en su copa de vino.

–Touché –dijo, sosteniendo en alto la todavía chisporroteante varilla metálica.

–Dios, qué agradable es esto –comentó Carol Heberton–. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien.

Terminada la comida, cuando ya Michael había entregado su tarjeta de platino para pagar la cuenta (tarjeta que él llamaba «de plutonio»), Harry insistió en que esperasen mientras los ayudantes de camareros despejaban la mesa, y luego los lápices volvieron a circular y cada cual terminó su dibujo, de paso destacando con aros y perfiles,

entre maliciosos comentarios, las manchas de vino y alimentos varios que habían quedado en el papel. Harry les hizo firmar sus respectivas obras, arrolló el mural como un diploma y se lo dio a Jody.

–Adelante –dijo, abriendo para ella la puerta del restaurante.

Jody salió a la humedad de la tarde e inmediatamente se sintió enferma, abatida y necesitada de dormir una siesta.

–Vuelta a las trincheras –dijo Michael.

Harry eructó, se restregó el estómago y eructó de nuevo.

–Un almuerzo delicioso, Michael. Gracias. No lo olvidaré.

–Tú no olvides la Xerox –dijo Michael a Jody.

–Gracias –respondió ella, y todos emprendieron a pie el camino hacia los dos grandes leones de granito que marcaban el punto donde terminaría la película.

A las once y media de aquella noche, Peter Sears llamó a Jody desde la cabina pública de la esquina de Charles y Bleecker.

–Tengo que subir a tu casa –le dijo–. Es una emergencia.

Jody se disgustó. Acababa de llegar, entumecida y aturdida por la narcótica combinación del excesivo trabajo, el excesivo almuerzo y el excesivo número de copas antes de anochecer, más la perspectiva de dejar la vida que siempre había deseado a cambio de algo completamente desconocido. Por añadidura, tenía a medio lavar la ropa, cosa que hacía por vez primera en casi un mes, y su aspecto era miserable.

–¿Pasa algo? –dijo abriendo la puerta.

Peter la saludó con un hola y un beso. Ella no le devolvió el beso. Había algunas personas a quienes, simplemente, no le interesaba besar, y Peter se estaba convirtiendo rápidamente en una de ellas. Besaba con demasiada urgencia. Su lengua pescaba locamente en el interior de su boca, como si hubiera perdido alguna reliquia de la familia entre los molares de Jody. Detrás de cada beso estaba todo el peso de su cuerpo, que arrojaba contra ella con similar pasión.

Él ignoró el hecho de que Jody no correspondía a su beso, le levantó la blusa y comenzó a besarle el vientre.

«Cuanto más lejos esté su cara –pensó Jody–, más feliz me sentiré.»

–Bien, ¿cuál es el problema?

Notaba que la lengua de Peter le hurgaba el ombligo, cosa que empezaba a dolerle. Imaginó que, cuando él se apartase, los intestinos escaparían de su abdomen y se elevarían en una larga línea ondulante, una especie de serpiente encantada.

–Esto es el problema –dijo Peter.

Dio un paso atrás, se bajó la cremallera de los pantalones y su pene erecto asomó como impulsado por un muelle.

–No te entiendo –dijo Jody, sin impresionarse.

–Lo he tenido así todo el día. No es sano, ya lo sabes. Quiero decir que puede causarle a uno un gran daño, dejar secuelas espantosas.

–Estoy segura de que has tenido muchísimas ocasiones de familiarizarte con ese fenómeno.

Jody retrocedió para sentarse en el sofá. Él la siguió y se detuvo ante ella.

–Tócalo.

–Tócatelo tú.

Peter sacudió la cabeza y se acercó más. Ella titubeó.

–¿Tengo que hacerlo?

–Lo he traído para ti –dijo él.

–Si acepto, quiero que te marches inmediatamente después. No puedo perder contigo toda la noche. Tengo mi propia vida.

–De acuerdo –asintió Peter, situándose en mejor posición.

Ella sintió el impulso de tomarlo en su boca. Tratándose de penes, el suyo era muy bonito. En aquel momento, ciertamente, deseaba más que nada chupárselo, pero también pensaba que Peter no merecía tener tan buena suerte. Él le cogió la mano, escupió en su palma y la llevó al miembro. Jody no daba crédito al hecho de que hubiera vuelto a escupirle; nadie se había comportado así con ella jamás. No obstante, Peter mantenía resueltamente la mano sobre la suya, la guiaba, le mostraba lo que debía hacer, y ello era increíblemente enojoso. Jody, hastiada, pensó que si le gustaba de una determinada manera debería hacérselo él mismo.

–Vamos, sigamos en tu cuarto –dijo Peter en aquel tono espeso, aquella voz profunda de asesino múltiple que a los hombres les salía cuando estaban demasiado excitados.

Jody fue con él al dormitorio solo porque no tenía nada mejor que hacer. La ropa que estaba lavando tardaría aún otra media hora en secarse y el sofá era absolutamente incómodo. Cuanto antes terminase con aquel incordio, antes se marcharía Peter, y quizá, quién sabe, también ella encontraría cierto grado de gratificación.

Antes de echarse en la cama, Peter se quitó toda la ropa y la depositó, ordenada y cuidadosamente, incluidos los calcetines, sobre la silla.

Ella se acostó completamente vestida. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Desnudarse como en la consulta del ginecólogo? En tal caso, ¿dónde estaba el camisón? Por lo menos, si tenía que ponerse una de aquellas camisas de papel azul podía ocurrir algo excitante, habría alguna oportunidad: el delgado cinturón de plástico podía utilizarse para amarrarla; el camisón podía abrirse por delante o por detrás... Algo, lo que fuese.

Desnudo, Peter se sentó a horcajadas sobre Jody a la altura de sus caderas. Empujó hacia arriba su blusa para dejar al descubierto senos

y vientre. Atrapada debajo de él, semiaplastada la pelvis, los pulmones en peligro, Jody poca cosa pudo hacer más que levantar la mano y coger de nuevo su pene. Reinició la operación antes interrumpida, y con tal violencia que le remordió un poco la conciencia someter un pene tan resultón a un tratamiento tan brutal, no sin considerar que al final el mismo Peter recibiría seguramente un castigo más duro que el de su miembro. Casi al instante comenzó él a emitir unos sonidos que ella juzgó fastidiosos. Siempre le fastidiaban aquellas voces inarticuladas que soltaba cierta gente. «Goza pero calla, puñetero.» Roncar y gemir solo lo hacían las personas en las películas cuando, por ejemplo, las machacaban entre dos coches. Y entonces, de improviso, Peter eyaculó sobre el pecho de Jody, sobre sus senos, sobre su estómago. El sobresalto le impidió a ella decir ni una palabra.

–Me he corrido encima de ti –anunció él, enderezando el cuerpo.

Jody inclinó la cabeza hacia delante tanto como pudo, tratando de mirar. Peter, con la punta de los dedos, extendía por sus senos el esperma. Ella dejó caer de nuevo la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, pensando que en situaciones como aquella lo mejor que una podía hacer era no responder.

Apenas Peter se hubo marchado, Jody se dio una ducha rápida, tan caliente que la escaldó. Rosada la piel, acalorada y envuelta en su albornoz, tomó el ascensor para bajar al cuarto de lavado. No era una acción del todo prudente, sino más bien lo que una mujer idiota haría en una película para terminar violada, estrangulada y embutida en una secadora graduada a la máxima temperatura. Sin embargo, Jody era tenaz, era valiente, era atrevida, y llevó consigo el cuchillo de cocina de mayor tamaño. Abajo, en el cuarto de máquinas, descubrió que alguien desconocido le había hecho el favor de sacar sus prendas de la secadora y dejarlas pulcramente dobladas en dos pilas. Incluso había emparejado los calcetines.

Estaba recogiendo la ropa cuando entró Ellen en compañía de Rob. Jody supuso que la intención de ambos era joder encima de la mesa de plegado, como parte del plan de Ellen de hacerlo por lo menos una vez en todos los lugares y posiciones posibles.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó Ellen, tocando la piel rosada y brillante del cuello de Jody–. ¿Demasiado rato en una cama de bronceado?

Jody movió negativamente la cabeza. Contarle a Ellen el episodio de Peter arruinaría su imagen casta, y Ellen no se conformaría con una explicación escueta. Por otra parte, ella misma era la primera en sorprenderse hasta cierto punto de lo que había hecho.

Rob miraba de soslayo a Jody. Tiempo atrás, Jody había contestado al teléfono de Ellen a las dos de la madrugada, y desde entonces Rob sospechaba que Jody y Ellen mantenían una relación

amorosa a espaldas suyas. Jody no conseguía entender que alguien fuera tan estúpido.

–Tengo que irme –dijo, cargando con su colada.

No podía demorar más el momento de volver arriba, cambiar las sábanas, sacudir los cojines del sofá, recuperar su noche.

–Adiós, cariño. –Ellen la besó en la mejilla–. Llámame mañana a la oficina. Y en cuanto llegues a tu apartamento ponte alguna crema.

Jody levantó la mano de Ellen y la hizo girar hacia Rob.

–Un anillo fantástico –dijo–. Estoy segura de que seréis muy felices juntos.

Ellen le lanzó una mirada maligna y Jody rió. No podía evitar reírse, lo cual probablemente aumentaría el disgusto de Rob; pero ella siguió riendo mientras duró el recorrido del ascensor, una risa tensa, incontrolada, que en cualquier momento podía transformarse en chillido.

Gloria Owens llegó antes que su marido, y empezaron la sesión sin él.

–Hay veces en que realmente lo odio.

–¿A quién se refiere? –preguntó Claire.

–A Jim. Hay veces en que realmente lo odio.

Claire asintió. Los pacientes pensaban siempre que era repugnante hablar de odio, y si lo hacían se comportaban como si revelasen un horrible y profundo secreto. Su mayor satisfacción era el alivio que experimentaban al ver que como consecuencia de su confesión no ocurría nada. «Yo odio. Yo detesto.» Claire apenas respondía cuando la gente decía aquello. Su falta de respuesta era intencionada, destinada a llevar al paciente más lejos, a ir más allá del odio y entrar en la furia para la cual no existía nombre.

–Lamento el retraso –dijo Jim Owens, entrando de sopetón en el despacho, sin llamar.

Habían transcurrido ya veinte minutos de la sesión. Alguien que salía de algún otro despacho debía de haberle introducido en la sala de espera.

Claire se sorprendió. Las personas corrientes no irrumpían de aquel modo. ¿Qué habría hecho Owens si se hubiese encontrado con que, debido a un cambio de horario, aquella hora ya no era la suya? ¿Qué, si Claire hubiese estado sola, entre una visita y la siguiente, echando una cabezada o dedicada a quién sabe qué?

–Acabo de decirle que algún día podríamos divorciarnos –anunció Gloria cuando su esposo se hubo sentado.

Él sonrió a Claire como si preguntase: «¿Ha sido idea de usted?».

Pese a que probablemente era unos años mayor que los Owens, Claire se sentía vibrante, cambiadiza y juvenil en comparación con ellos. Los Owens estaban muy entrados en la mediana edad. Gente acomodada, bien establecida en la vida: bastaba con verles para saberlo. A ambos les sobraban ocho o diez kilos, unos kilos ganados a base de no cuidarse, de no haberse de preocupar por impresionar o seducir al otro. Creían tener derecho a satisfacer sus antojos, a disfrutar de los pastelillos o las chocolatinas de media tarde, de las cenas copiosas y suculentas, del helado con las últimas noticias de la tele. Estaban acostumbrados el uno al otro. Si se divorciaban afrontarían serias dificultades; simplemente serían incapaces de seguir adelante como un hombre y una mujer liberados. Tendrían que modificar demasiadas cosas, someterse a dietas, replantearse sus actividades profesionales, cambiar de guardarropa, de amigos, de lugar de residencia.

–No pronuncies la palabra D –dijo Jim.

Claire se preguntó si Jim sabría que para la mayoría de la gente la «palabra D» era defunción, no divorcio; su idea sería posiblemente que si M era matrimonio, D tenía que ser divorcio. Curioso, aunque irrelevante.

–¿Por qué no? –dijo Gloria–. ¿A ti qué te importa?

La sesión se desarrolló como una riña de gallos. El señor y la señora Owens se picaron mutuamente la cresta bajo la supervisión de Claire hasta que, por fin, su hora terminó.

–Bien, les veré la semana próxima –dijo Claire, dando unas palmadas.

Cuando el matrimonio salía, desde la puerta Claire le guiñó un ojo a Jody, que estaba sentada en la sala de espera fingiendo leer una revista.

–En un minuto me reúno contigo –le dijo.

Cerró la puerta para averiguar el contenido de su contestador automático y estirarse las medias. Se alegraba de que la siguiente visita fuese Jody; ahora podría relajarse.

Escuchó los mensajes grabados, tomando rápidas notas y registrando primeras impresiones que revisaría más tarde. «Hola, aquí Eric Silverman. Hoy ha venido a verme una paciente nueva, muy interesante, pero creo que estaría más a gusto con una mujer. Llámame.» Las referencias eran gratificantes, un voto de confianza por parte de los colegas. Sin embargo, Claire no quería en aquellos momentos pacientes nuevos. Empezar terapias en verano solía ser dificultoso, y por otra parte ella se ausentaría dentro de pocas semanas. Quizá en otoño. Quizá después de que Jody se marchase a Los Ángeles.

Aquella mañana, mientras se maquillaba, imaginó que, en secreto, había dado nombre a su niñita. Antes de entregarla le había susurrado al oído: «Hilary». Ahora, años más tarde, bastaría con que susurrase de nuevo su nombre para que, si quien lo oía era su hija, sus mejillas se ruborizasen, le brillaran los ojos y, sin dudar un instante, dijese: «Mamá».

–Es la primera vez que hago esto en mi vida –dijo Claire, sonriendo a Jody–, pero me muero de hambre. ¿Te importa si encargo algo de comer?

Jody se encogió de hombros.

–¿Quieres tú algo?

–No, gracias.

Claire levantó el teléfono, llamó a la cafetería de la esquina y encargó un sándwich de queso y tomate y una taza de café, y después volvió a acomodarse en su silla.

–Hablemos de lo que vas a hacer hasta que salgas hacia California.

Le había quedado la duda de si encargar queso y tomate no sería un tanto raro, poco judío. Era lo que su madre solía comer, con el queso fundido en la parrilla y con la adición de pepinillos, y con mantequilla abundante en el pan. Quizá debería haber pedido algo más convencional, como un bollo o un batido. Su estómago refunfuñó.

–¿En qué fecha de agosto te marchas? –preguntó finalmente.

–Tengo que estar allí el diecisiete, de manera que saldremos de casa de mis padres alrededor del día ocho.

Sonó el timbre y Claire se levantó para recoger lo encargado y pagar al enviado de la cafetería. Hilary. ¿Por qué Hilary? Hilaridad. Hilarante.

Se sentó con el sándwich sobre las rodillas, confiando en que comer no la desconcentrase.

–¿Cuál es tu segundo nombre? –preguntó entre bocados.

–Beth –dijo Jody–. ¿Por qué?

Jody Beth. Bien, no sonaba a Hilary ni de lejos.

–Me gustaría verte tantas veces como fuera posible antes de que te marches –dijo Claire–. ¿Te parece que podremos arreglarlo? –Cuando alzó la vista de su sándwich, vio que Jody se había ruborizado. Claire masticó y tragó–. Yo tengo que marcharme a final de mes y no volveré hasta septiembre, así que no disponemos de mucho tiempo. Dos semanas.

Le costaba creer que hubiese esperado hasta aquel momento para hablar de su separación, y no obstante, desde el principio mismo toda su relación había tenido la separación, la ausencia, la partida como eje. Era por ello, ante todo, por lo que Jody había acudido a verla. Aun así, parecía un error. Claire engulló su queso y observó a Jody, que se miraba las bambas. Evidentemente, para ambas la cuestión era complicada.

–¿Echarás de menos venir aquí? –preguntó.

Jody volvió a encogerse de hombros, y Claire se acordó de Jake. Siempre que estaba incómodo o se resistía a admitir algo, su hijo se encogía de hombros y en paz.

–Si quieres, puedo ayudarte a encontrar un terapeuta en Los Ángeles, bien sea a través de la UCLA o en el terreno privado.

Claire tomó un sorbo de café y echó una mirada a su blusa de seda para comprobar si se la había salpicado. En el caso de un hombre, habría sido encantador, muy profesional incluso, derramarse distraídamente un poquito de café en la camisa. Pero la misma distracción aproximaba a una mujer diez pasos más al borde de la incompetencia: incapaz de cuidar adecuadamente de sí misma, menos capaz sería de cuidar de los demás.

–No, gracias –dijo Jody.

–Te sentirías más segura si supieras que allí puedes contar con

alguien.

Jody se encogió de hombros.

–Piénsalo –continuó Claire, arrugando en una bola el papel que había envuelto el sándwich–. Con mucho gusto haría las llamadas necesarias. Y cuando vengas de vacaciones podrías visitarme... O escribirme cartas, si te apetece.

–Posdata –dijo Jody–, y no para cambiar de tema, sino antes de que se me olvide: he hablado con mi madre y dice que no nací en el Centro Médico.

Claire dominó con esfuerzo su curiosidad.

–¿Te ha dicho dónde?

–Dice que me trajo la cigüeña.

«La estrangularía», pensó Claire. ¿Estaría Jody poseída por algún demonio especialmente programado para sacarla a ella de quicio?

–De veras, ¿qué te ha contado?

–Exactamente lo que he dicho. Y creía que era divertido. Muy divertido. Tan divertido que se me ha olvidado reír.

–¿Nada más?

–Casi nada. Me compraron, así, por las buenas. El abogado llamó para avisar de que yo había nacido y dos días después volvieron a ponerse en contacto e hicieron planes para que alguien me recogiese. Mi madre esperó media hora sentada en el coche, en la esquina de la calle Veintiuno y L, allá en la zona comercial de Washington. Luego, como salida de ninguna parte, la vecina de al lado, a quien habían enviado a hacer el trabajo sucio, apareció con este paquete. Yo. A continuación se puso a nevar. Fin de la historia.

Una niña nacida en invierno. La niña de Claire también había nacido en invierno. Lo sabía. En todo momento lo había sabido. Las calles Veintiuno y L estaban a la vuelta de la esquina del hospital de Mujeres Columbia. El día que Claire salió del hospital, nevaba. Toda aquella tarde, y aquella noche en Baltimore, nevó: una gruesa alfombra blanca; y a los diecinueve años ella interpretó que los copos de nieve eran las lágrimas que no había podido derramar. La blancura que manaba del cielo, limpia y suave, fue lo que la salvó.

–¿Cuándo dijiste que era tu cumpleaños? –preguntó Claire.

–¿Por qué insistes en esas preguntas? No te lo diré.

–¿A qué viene el secreto?

–Sí, bien, ¿de qué se trata? –replicó Jody–. ¿Podemos o no cambiar de tema?

–Hay unas cuantas cosas de las cuales parece que te resulta muy difícil hablar: tu cumpleaños, nuestra relación. ¿Qué ocurre?

Claire empezaba a disgustarse consigo misma. Estaba haciendo cosas que podían no ser prudentes y que, no obstante, tenía que hacer. Conocer, averiguar, saber, adquiría más importancia que todo lo

demás. Necesitaría llamar a Barbara y preguntarle si podía añadir alguna información. O inquirir de la propia Jody cuál era su signo: inventaría cualquier excusa a propósito de lo muy útiles que eran la astrología y las cartas astrales como instrumentos terapéuticos.

–A mí no me parecen difíciles –dijo Jody–. Lo que sí encuentro difícil es trasladarme a Los Ángeles. Tengo la horrible sensación de que en el último minuto pasará algo y no podré irme.

–¿Qué pasará?

–En realidad nada, supongo. Quiero decir que no tendré la suerte de que el mundo acabe precisamente cuando esté cargando mi equipaje en el coche de mi madre. Será una cosa más sutil, como, por ejemplo, que subamos al coche y apenas encarrilemos la calle yo me olvide de repente de conducir. La mañana en que hayamos previsto marcharnos yo apareceré helada, inmovilizada en la cama, algo así.

–¿Qué podrías hacer para impedir que eso ocurra?

–¿Usar una buena cantidad de anticongelante, quizá?

–Mira, ¿se te ocurre algo que tú y yo podamos hacer ahora, en las dos próximas semanas, para facilitarte la transición?

Claire se había retirado a una actitud altamente profesional y se esforzaba en abordar solo los temas más inmediatos, confiando en que nada de lo que hiciera o dijese revelase lo que pensaba.

–Sencillamente, no sé cómo hacerlo. No sé cómo reunir mis trastos y echar a correr con todo lo que tengo, empezando por mí misma, a través del país. No le veo sentido en ningún aspecto. ¿Por qué he de querer hacer semejante tontería?

–Porque te es imprescindible para conseguir lo que deseas –dijo Claire.

–Pues puede que no. Puede que no sea eso lo que deseo. Quizá debería quedarme en Nueva York o, si no, volverme a Washington. Quizá debería conformarme con pasar en Washington el resto de mi vida.

–Tú tienes demasiada personalidad para vivir en Washington –dijo Claire.

Jody la miró como preguntándole: «¿Y tú qué sabes?». Claire sonrió. Había algo en Jody que a ella le impedía actuar de acuerdo con las normas convencionales. No podía ni quería. La examinó en silencio y trató de imaginar cómo sería en realidad, fuera de aquel despacho, con sus amigas, con los hombres.

En teoría, la relación entre paciente y terapeuta había de ser un micro-momento, un espejo de la interacción del paciente con el mundo en general. Se suponía que el o la terapeuta encarnaba la autoridad, la buena madre, el oyente perfecto, el mejor amigo posible: aquel amigo que nunca habla de sí mismo. La dinámica estaba tan fuertemente cargada de significado potencial que era imposible que la

relación reflejase nada que no fuera la relación misma.

–Entonces –dijo Claire–, en las próximas semanas, ahora que ya no trabajas tanto, podremos dedicarnos en serio a esto.

Jody la miró sin expresión. Claire añadió:

–Tienes más tiempo libre. Facilitará las cosas.

–Se supone –dijo escuetamente Jody.

Su comportamiento ponía de manifiesto ciertas dudas, falta de confianza, reservas. ¿De qué tenía miedo? ¿Del método, de los vínculos que este creaba, de sí misma? ¿O de Claire? Esta miró a Jody y Jody desvió la mirada. Una leve reminiscencia del sabor del queso y del tomate ascendió hasta su paladar. No, Jody no podía temer a Claire. Claire la quería. Se sorprendió y volvió a formular la idea más despacio: «Quiero a Jody». «La quiero», repitió aún, como si necesitara convencer a una parte de su propia persona.

–Nunca te lo he confesado –dijo en voz alta–, pero me alegro mucho de haberte conocido.

Jody la miró ahora como preguntándose si habría perdido el juicio.

–Contigo disfruto mucho –continuó Claire–. Eres adorable.

Jody se encogió de hombros.

Ambas se quedaron en silencio.

–¿Qué te parece mañana a las diez y media? –preguntó Claire finalmente–. Así no tendrás que madrugar.

–Se supone –dijo de nuevo Jody, levantándose y volviéndose hacia la puerta.

Claire pensó que quizá no debería haberlo hecho; que quizá debería haber mantenido la boca cerrada. ¿Qué clase de complicaciones se estaba buscando?

–Te veré mañana –murmuró Claire, suave y dulcemente.

–Seguro –asintió Jody.

Salió y cerró la puerta a su espalda.

–El anillo. ¿Dónde está el anillo? –dijo Jody.

Examinaba las manos de Ellen, bien arregladas pero sin un solo adorno en los dedos. Las dos amigas esperaban turno en la cola de entrada a un restaurante del Soho, un local pequeño, superpopular y no precisamente muy bueno. Aquel sería probablemente, y por mucho tiempo, su último almuerzo juntas.

–¿Qué te parece más verosímil? Uno, se lo he devuelto a Rob con una nota diciéndole que él es un tío demasiado bueno para mí y que yo he sido una tonta. O dos, lo he vendido para comprarme un traje sastre precioso en La Niña Crece.

–¿Cuál es el número tres?

–Lo cambié por copas y drogas en un bar de cuyo nombre no quiero acordarme. Número cuatro, intenté ponérselo a lo que me pareció una polla miniatura y de pronto, pumba, estalló en pedazos.

Un tipo vestido con pantalones cortos de cuero negro, que estaba en la cola delante de ellas, se giró en redondo, las miró un instante y luego simuló mirar calle arriba.

–La elección es difícil –dijo Jody–. Elijo el número dos.

–No tienes muy buen concepto de mí, ¿verdad? Me siento herida, realmente herida.

–¿Hay algún grupo de uno? –preguntó el maître del restaurante, saliendo a la acera–. ¿Algún grupo de uno?

–Uno no es exactamente un grupo, diría yo –comentó Ellen.

–Bueno, en serio, ¿qué ha pasado? –preguntó Jody.

–Nos peleamos. Tenía que ser uno de esos paseos románticos a la orilla del río. Él dijo que tenía que dejar de portarme como una puta y sentar la cabeza. Yo me quité el anillo y lo tiré al agua. –Ellen sonrió–. O eso es lo que él se figura. –Dio unos golpecitos a su bolso–. Me llamó zorra barata y quiso pegarme. Yo lo esquivé. Esto fue todo.

–Lo siento mucho –dijo Jody.

Ellen restó importancia al asunto con un ademán y se frotó un pómulo para quitarse un poco de maquillaje que se le había corrido.

–Y tú, ¿qué me cuentas? ¿Cómo está tu superanalista?

–Me dijo que se alegra mucho de haberme conocido. –Jody imitó la voz de Claire–. «Eres adorable.»

–Ya sabrás que las posibilidades de tener un psicoanalista realmente bueno equivalen más o menos a las de tener una infancia perfecta. Algo funciona mal ahí –dijo Ellen–. O es cosa de ella, o tuya.

–O de las dos.

Jody no quería tocar cuestiones que Ellen pudiera usar como prueba de lo extraño de aquella relación, pero se sentía incapaz de

seguir guardándoselo todo dentro. Tenía que contárselo a alguien. El asunto Claire era demasiado bueno, demasiado interesante, y al propio tiempo le causaba tanta confusión que no se lo podía callar.

De improviso, asió del brazo a Ellen y la empujó bajo la marquesina del restaurante.

–Calle arriba –dijo, señalando con la cabeza hacia el norte–. Una que mira un escaparate. Creo que es ella. –Jody se ocultó detrás de Ellen y echó una fugaz ojeada–. Lo juro, creo que lo es.

–¿Cuál? –preguntó Ellen, excitada, como si al instante fuera a salir corriendo y pedir un autógrafo.

–Una alta, de cabello claro, suelto, gafas de sol. ¿Lo es? Yo no puedo mirar.

–Adelante, señoras, por favor –dijo en aquel momento el maître, abriendo y reteniendo la puerta.

Cuando entraban, Jody se volvió y miró por segunda vez. No quedó convencida.

–Debiste haberte acercado a saludarla –dijo Ellen, sentadas ya ambas en una pequeña mesa cercana a la cocina.

–Habríamos perdido nuestro sitio en la cola –alegó Jody–. Además, no es exactamente la clase de persona que en cuanto la conoces dices: «Ah, qué delicia, qué amable». Es un poco tiesa, puede que más que un poco.

–Yo no juraría que ese cabello que luce sea natural.

–Normalmente lo lleva recogido en un moño.

–¡En un moño! –exclamó Ellen–. ¡Igual que Betty Crocker! Y qué, ¿enrollado en un remolino canela? «Por hoy se nos ha acabado el tiempo: tengo que sacar mi cabello del secador. Nos veremos la semana que viene, querida; me habré hecho trenzas.»

Reía histéricamente, con lo que atrajo las miradas de los clientes de las restantes mesas. Jody temió que el camarero se acercase para decirles que se moderasen o se marcharan.

–Algunas veces me retiene hasta tarde –explicó en voz baja–. Hace que me quede un tiempo suplementario.

–¿Detención ilegal? –preguntó Ellen–. Anda, vamos. Precisamente se supone que esa gente te despacha enseguida. ¡Bing! Se acabó la hora, largo de aquí.

El camarero depositó una cesta de pan en la mesa y entregó a cada una un menú.

–Estupendo –dijo Ellen–. ¿Aceptan tarjetas de crédito?

–Todas –asintió el hombre.

–Claire es una excepción –continuó explicando Jody–. Si estás a mitad de algo y no hay todavía otra víctima en la sala de espera, deja que te quedes. Cinco, diez minutos, a veces toda una sesión extra.

–¡Oh, Dios mío! –gimió Ellen, mirando intensamente a Jody–. ¿No

lo ves? Te está lavando el cerebro. Es eso, claro. Te adoctrina para iniciarte en un culto. Una secta, te introducirá en una secta. Quién sabe lo que pasará cuando te quedes toda la tarde; probablemente te invitará a tomar el té y te envenenará. Mi pobre cariñito. –Ellen había echado la cabeza atrás y, al tiempo que hablaba, reía como una bruja de dibujos animados. Jody estaba petrificada–. Ya no se puede hacer nada por salvarte, es demasiado tarde, seguro.

–Escucha –dijo Jody–. Reconozco que con ella es diferente, pero eso no significa que sea malo. En varios sentidos las cosas han cambiado desde que empecé a verla. Soy más feliz. Yo le gusto y ello hace que me sienta bien.

–¿Y qué pasará cuando te marches? Todo eso se irá a tomar viento. Te quedarás sola, no podrás contar con nadie, nena.

–Lo dudo. Hablaremos, nos escribiremos. La visitaré.

–Es tu terapeuta, no tu amante.

–Estás celosa –dijo Jody, examinando el menú.

Más tarde, después de haber entrado y salido de incontables tiendas, arriba y abajo de la calle Wooster, de la calle Spring, de la calle Greene, cogiendo y volviendo a dejar carísimas muestras del arte primitivo de Idaho, «hallazgos» de baratillo marcados al tres mil por ciento de su valor, Ellen tomó las dos manos de Jody entre las suyas y preguntó en voz muy alta:

–¿Tú me quieres?

Jody no contestó.

–¿La quieres a ella? Hablas de ella como si la quisieras de verdad.

–No es lo mismo –murmuró Jody.

–Tú no me quieres. Tú no actúas como si me quisieras. Y yo soy muy buena contigo –dijo Ellen–. Soy tu mejor amiga. Por si te interesa saberlo, en cuanto te conocí supe que te quería. Me dabas un poco de miedo... ¿no te lo había dicho nunca? ¿Quieres joder conmigo?

–No –dijo Jody, abriéndose paso entre el público de la tienda para salir a la calle.

–¿Me encuentras atractiva?

–Nunca me he parado a pensarlo –respondió Jody.

Mentía. Había pensado en ello. Cuando se encontró por primera vez con Ellen en el ascensor de su casa notó enseguida que allí había algo. Tuvo la sensación de ser seducida. Pero Ellen tenía novio, tenía diez novios, y Jody quería uno para sí. Jamás se le había ocurrido desear otra cosa que un novio. La brecha entre hombres y mujeres, la misma brecha de la que se quejaba la gente, era un consuelo. Los hombres no la entendían, y no lo disimulaban; ellos no eran ella. Podía joder con ellos y no tener la sensación de estar entregando una parte de su persona. Podía joder con ellos y no sentir nada excepto su peso, su dureza y el soplo de su aliento contra la piel.

–Yo me considero sexy –dijo Ellen mientras entraban en otra tienda–. Los hombres me encuentran sexy. Funciono bien en la cama. Es decir, si hay una cosa en la que soy realmente buena, es en el sexo.

La vendedora miraba a Ellen con los ojos muy abiertos.

–Eso es bonito –dijo Jody.

–¿Vas a echarme de menos cuando estés en Los Ángeles?

–Sí –replicó Jody, quien mientras tanto había cogido una camiseta de cincuenta dólares, la había desplegado, la había examinado y la había vuelto a doblar.

Ahora no mentía. En Los Ángeles estaría sola, completamente sola. Por el edificio de apartamentos donde viviría pulularían desechos de la familia Manson, conjuradores de terremotos, actrices viejas y feas, hombres ciegos, obsesionados todos por escribir guiones de cine basados en sus propias vidas.

–Yo sí que te echaré de menos, y mucho –dijo Ellen–. Quizá deberías llevarme contigo. Podría vivir en tu apartamento, pasarme el día entero tendida junto a la piscina. Tendrás piscina, ¿no?

Abandonaron la tienda y siguieron caminando despacio por la acera.

–Allí todo el mundo tiene piscina –dijo Jody–. Ven a hacerme una visita. El banco no sería lo mismo sin ti.

–Ya lo sé. En la oficina soy la única que tiene unas tetas decentes.

–¿Quieres que vayamos al cine? –preguntó Jody.

–Imposible, lo siento. –Ellen consultó su reloj–. Tengo una cita.

En el Washington Square Park, Jody y Ellen se dijeron adiós. Volverían a verse, probablemente al cabo de unas horas, pero Ellen abrazó a Jody y, en un raro momento de no supo exactamente qué, Jody correspondió a su abrazo. Ellen la besó en ambas mejillas y Jody sonrió. No le devolvió el beso. Deambuló por el parque y, de pronto, pensó que todo aquello lo estaba viendo por última vez.

Cuando llegó a casa, Jody telefoneó a su madre.

–¿Por qué me llamas? Nunca llamas. ¿Ocurre algo malo?

–Nada, mamá. Solo te echaba de menos.

–Vaya, yo también te echo de menos. Pero en este momento estoy muy ocupada. Dentro de un par de semanas saldremos juntas camino de California. En el coche tendremos muchísimo tiempo para hablar.

Jody se acomodó entre los cojines del sofá e hizo listas de las cosas que se llevaría a California. Llamó a la chica a la que subarrendaría el apartamento para recordarle que la tostadora, el microondas y la cafetera no estarían allí cuando ella se trasladase. Después bajó a la calle y fue a la licorería que había a la vuelta de la esquina en busca de cajas vacías. Hizo tres viajes, con el resultado de que el apartamento se llenó de cartones que habían contenido vodka, whisky escocés y vinos varios. No era un apartamento muy grande, pero sí el

primer y único hogar que hasta entonces había establecido para su propio uso. Era asimismo la prueba de que ella podía vivir independiente en el mundo real, la primera indicación de que era auténticamente una persona. Y ahora, transcurridos apenas dos años, traspasaba su hogar a una estudiante de medicina de la Universidad de Nueva York, quien probablemente guardaría en el frigorífico fragmentos de cuerpos humanos disecados y pondría formaldehído en sus tazas de café. Tomó nota de que dejaría, como única vajilla, los feísimos platos que habían pertenecido a su tía Sylvia.

Peter Sears estaba encima de Jody. El cuarto, a oscuras. Los ojos de ella, cerrados. Jody se concentraba en gozar. Consideraba que debía intentarlo una vez más.

–¡Jode, jode, jode, jodida zorra! –gruñía él.

Jody abrió un ojo. Quería verle la cara, asegurarse de que hablaba en broma. Pero no. Peter tenía el cuerpo como retorcido, contorsionado.

La palidez de la cólera coincidía en él con el rubor intenso del deseo.

–¡Jode, jode, jodida zorra! –repitió.

Afortunadamente tenía un vocabulario limitado, lo cual en cierto modo mitigaba los temores de Jody. Ella se suponía capaz de doblegar a quienquiera que necesitase recurrir más de una vez al verbo «joder» para componer una frase corta.

–Cómeme –le ordenó.

Peter obedeció.

Indiferente, Jody se juró no volver a tentarle nunca. En caso de que por alguna razón reapareciese por el apartamento, le avisaría de que allí no era persona grata.

Peter tenía la cabeza en su entrepierna; con los dedos, y con excesiva rudeza, le estrujaba los pezones. Ella torció el cuello para mirarle. Parecía atrapado en la tensa posición del nadador que da una brazada en estilo mariposa; de hecho, decidió Jody, era una especie de mariposa lo que practicaba con ella. Volvió a cerrar los ojos y a concentrarse. Quería alcanzar por lo menos un orgasmo antes de marcharse a Los Ángeles.

Al principio no entendió lo que había ocurrido: un ramalazo de dolor y la ardiente picadura de un impacto en su carne. Jody supuso que algo le había caído encima. Algo se había elevado desde la cómoda situada al otro lado del cuarto y volado a través de este para dejarse caer sobre ella. Abrió los ojos, pero no vio nada que no fuese Peter oprimiendo su cuerpo entre ronquidos y rechinar de dientes. Mientras le miraba, la mano de él le abofeteó la mejilla. Jody soltó un grito y la mano volvió a golpearla con alarmante dureza.

–¡Jode, jodida zorra!

Nadie la había pegado nunca; no de aquel modo. Nadie, nunca. Horrorizada, abrió la boca, pero solo emitió un gruñido apagado. Notó que él se había puesto más duro dentro de ella. Lo notaba perfectamente.

–Degenerado –dijo por fin Jody–. Puerco degenerado, ¡apártate!

Se movió con energía debajo de él, culebreando, tratando de liberarse. A él le gustó aquello. La retuvo en la misma posición, se enderezó, empujó fuerte y entró todavía más en ella. Farfulló unas maldiciones. Jody cerró de nuevo los ojos. Era demasiado tarde para luchar. Luchar solo empeoraría la situación. No existía la menor posibilidad de conseguir ayuda a gritos. Ni la violación existía tampoco cuando una ya estaba practicando el coito, y en la propia cama. No, no existía nada de eso.

Él le escupió en el pecho y ella le vomitó encima.

Día 31 de julio, la última sesión. Claire y Jody combatiendo ambas contra la imagen de punto final. Habría sido mejor si no hubieran estado solas en aquello, si cada una hubiese tenido consigo algo más que la otra.

–Se diría que, a fin de cuentas, hemos perdido nuestra ocasión –comentó Claire.

–«Parece que acabas de empezar y antes de que te des cuenta –canturreó Jody– llega la hora de decirse adiós.»

–«Adiós, buenas noches a todos» –añadió Claire, y las dos rieron.

Fuera chirrió el cambio de marchas de un camión. Un coche de la policía pasó a toda velocidad. Un agente gritaba a través de un megáfono: «¡Apártense de ahí, quítense de en medio, pónganse a la derecha!».

Antes de una hora, la vida de Claire volvería a ser su vida propia y personal. Emprendería la marcha con su marido y sus hijos. Durante todo el mes siguiente se ocuparía de preparar sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada, vertería zumo de manzana en termos que lo conservaran frío y extendería cantidades inacabables de cremas protectoras contra el sol sobre pechos, hombros, narices y piernas.

Entregó a Jody un sobre plano y delgado.

–He pensado que podrías necesitar esto.

–¿Has plantado un árbol en Israel en mi nombre?

–Tú no estás muerta, solo te marchas a otra parte.

Claire sabía que pasaría los cuatro días que faltaban para su partida hacia la playa en una especie de ofuscamiento funerario. El tiempo se le iría en preparar el equipaje de Adam, de Jake, de Sam y el suyo; una actividad que reforzaría la sensación de desamparo, de ser abandonada, de acabar.

–Oh, sí, me marcho a otra parte –dijo Jody, abriendo el sobre, del que sacó un mapa de Estados Unidos.

–¿Estarás bien? –preguntó Claire.

–Tengo que hacerlo.

–Puedes hacerlo.

Jody se encogió de hombros.

–Puedes, de veras. Tengo fe en ti.

Jody repitió su encogimiento de hombros.

–De todos modos –dijo–, no tiene sentido hablar de eso ahora.

–¿Consideras que nuestras sesiones te han servido de ayuda?

–Han sido divertidas –dijo Jody–. Interesantes.

Claire sonrió.

–Escríbeme si quieres. Y avísame cuando regreses.

–Lo haré.

Guardaron silencio, demorándose en las sensaciones de estar en una habitación con aquella persona única, específicamente aquella persona, con lo que fuera que hacía que una persona fuese diferente de otras, lo que daba auténtica vida a una persona viva. Dejaron transcurrir la hora casi sin hablar, absorbiéndola, reteniéndola en su respectivo interior, reacias a correr el riesgo de echar a perder aquellos momentos con palabras inoportunas.

Al final, Claire dijo:

–Te echaré de menos.

–Gracias –replicó Jody, levantándose y estrechando su mano: un gesto muy propio de ella–. Adiós. Celebro haberte conocido.

Dio media vuelta para retirarse, y Claire le oprimió el hombro.

–Saldrás adelante, descuida. Pásalo lo mejor posible.

–Tú también –dijo Jody–. Felices vacaciones.

Jody se encontró casi de improviso al otro lado de la puerta cerrada, sola en el pasillo. Respiró profundamente y pulsó el botón del ascensor, contenta de marcharse ya, contenta de dejar a Claire.

Claire se sentó en su despacho, en la silla que conservaba aún el calor de Jody, y fue pasando las páginas de su agenda sin prestar atención. Se había acabado.

Libro segundo

Jody estaba tendida como un cadáver encima de la que en la infancia fue su cama. Una cama demasiado pequeña, demasiado corta y demasiado estrecha, no muy distinta de un ataúd o una cuna. Por la ventana podía ver a sus padres que, en el paso particular de acceso a la casa, cargaban el coche. Pensaba en que tendrían que embalarla a ella junto con los muebles viejos que habían sacado del sótano; muebles buenos que nunca se habían decidido a tirar, inadecuados para instalarlos en la vivienda, pero perfectos para el nuevo hogar de Jody. En el coche no habría suficiente espacio, así que deberían resolver qué amarraban sobre el techo, si a Jody o a la antigua mesa de café.

–Son exactamente lo que necesitas –había dicho su madre–. Y dentro de un par de años, cuando termines, puedes dejarlos allí. No es preciso que vuelvas a traerlos. ¿Quién podría pedir más?

Jody podría. Si quería vivir en un cuarto con los trastos desechados por sus padres, simplemente se habría trasladado al sótano. Para ello no necesitaba recorrer 4.192 kilómetros. Según el tríptico Triple-A depositado ahora sobre la mesa del recibidor, la distancia exacta eran 4.192 kilómetros. El tríptico era grueso como un libro, con pequeños mapas desplegables, Estados Unidos página tras página, señalados con un visible trazo verde que marcaba la ruta de Jody. A esta no le despertaba el menor interés.

Contempló a su padre meterse en el coche para hacer sonar el claxon.

–¡Jody! –llamó–. ¡Jody, sal!

Desde la distancia y a través de los obstáculos interpuestos, su voz le llegó débil, cansada, como si él envejeciera y se esforzase demasiado.

Jody continuó tendida en la cama. No estaba a punto aún.

Su madre entró en el dormitorio.

–Papá está comprobando los neumáticos –anunció–. Yo conduciré primero para que puedas descansar. Mira, tengo una cosa para ti.

Sacó la mano que ocultaba en la espalda y mostró un flamante bolso de viaje.

¿Creían que a Jody se la podía sobornar? ¿Trazarían una pista con caramelos desde la cama hasta el coche y confiarían en que la siguiese?

–He preparado un saco entero de sándwiches. Y en la nevera portátil hay seis Coca-Colas grandes. Va a ser divertido. He pasado años sin hacer un auténtico viaje en coche, ¿sabes? –Sacó la otra mano de detrás de la espalda–. Pastelitos de la granja Pepperidge –dijo,

balanceando hipnóticamente una bolsa adelante y atrás.

Jody no tenía apetito. Su madre añadió en otro tono:

–No quieres ir. –Jody agradeció que hubiera decidido pronunciar aquellas palabras. Movió afirmativamente la cabeza–. Dame la mano. –Su madre la tomó de la mano y tiró para que se pusiera en pie–. Ahora ve y lávate la cara. –Acompañó a Jody al cuarto de baño, empujándola suavemente, y cerró la puerta. Desde el otro lado de esta siguió diciendo–: Ya sé que para ti no es fácil, pero es lo que soñabas. Llevas hablando de la UCLA casi desde que eras niña y te cogió aquella perra con Steven Silberberg.

–Spielberg –dijo Jody–. La superé hace años. Ahora él parece un camionero: barba, gorra de béisbol, ya sabes. Y camioneros los hay por todas partes. No necesito arrastrarme hasta California.

–Ni yo tampoco, pero lo hago –replicó su madre–. Nunca te ha gustado cambiar. El primer día que te llevé al jardín de infancia no querías quedarte, pero me armé de valor, te dejé allí y lo pasaste de maravilla.

«Me marcó para toda la vida», pensó Jody. Su madre continuaba:

–No, no has sido amiga de novedades. No tienes afición a los experimentos. Si algo convendría que practicaras aprovechando que vives por ahí, es probar cosas nuevas.

–Mamá, si no paras de hablar no iré a ninguna parte contigo.

–Te espero en el coche.

Jody llevaba ausente de Nueva York menos de una semana y ya lo echaba de menos todo y a todos. Añoraba trabajar en la película, observar a la gente que se quedaba boquiabierta mirando a Carol Heberton, ver cómo le temblaba la papada a Harry cuando reía. Añoraba las tomaduras de pelo amistosas, las conversaciones ingeniosas, las respuestas agudas. Le faltaba la compañía de Ellen y Claire.

–Escucha, hija –le dijo su padre, llevándosela a un lado y deslizando en su mano un rollo de billetes–. Procurad disfrutar del viaje. Id despacio, parad solo en moteles decentes. No comáis conduciendo: haced un alto, descansad un poco y luego tomad alguna cosa ligera.

–Papá –protestó Jody.

–Buena suerte y buen viaje.

La abrazó y le palmeó la espalda. Su mano parecía más pequeña y más frágil de lo que ella recordaba. Bajo la piel de sus mejillas se escondían unas arañitas de color rojo sangre.

–Gracias.

Al dar a su padre el beso de despedida, Jody abominó de la textura como de papel de lija de aquella piel.

Su madre sacó marcha atrás el viejo Saab del paso particular y

simultáneamente comenzó a llorar.

–Alcánzame un pañuelo de papel –pidió entre sorbetones–. Ahí, en la guantera.

–Basta de llantos –le ordenó Jody.

–Nena, estoy orgullosa de ti, eso es todo.

Jody suspiró. Se sentía como si acudiera a su propio funeral, tan despierta como fastidiada.

El extremo del paso particular, la señal de stop al pie de la loma, la rampa hacia la autopista: todo indicaba el inicio de la jornada final, en la que ella era conducida hacia la muerte.

Durante el trayecto por la carretera de circunvalación su madre se sonó cuarenta veces la nariz, se secó los ojos y entregó a Jody sucesivos pañuelos hechos bolas, que ella embutía entre los dos asientos.

A pesar de los sollozos y sorbetones de su madre, a pesar del tríptico colocado ahora sobre el salpicadero, a pesar de los mapas amontonados a sus pies y a pesar de su sensación de muerte inminente, de alguna manera Jody se había convencido a sí misma de que simplemente iban a dar un grato paseo en un día soleado, nada especial. Rutina dominguera, pasando por Skyline Drive en dirección a las Luray Caverns, las cuevas de las que recordaba perfectamente una estalagmita que parecía un huevo frito. La había visto una vez al año, cada año, generalmente en otoño, hasta que tuvo catorce años y pico y dejó de salir con sus padres.

–¿Fuisteis alguna vez a Luray sin mí? –preguntó.

–No. Lo hacíamos por ti. ¿Te acuerdas? Cada domingo te llevábamos a un sitio u otro.

Paisajes montañosos, puestos de venta de productos de la tierra, recogida de manzanas, lugares históricos, casas de personajes famosos ya muertos, campos de batalla: elementos de las salidas de día de fiesta.

–Claro que me acuerdo –dijo Jody–. Pero, ¿qué hacíais después de marcharme yo, cuando estaba en la universidad?

–Visitábamos a la difunta abuela.

La «difunta abuela», para distinguirla de la abuela que aún vivía. La abuela difunta, madre de su padre, residía antes de morir en un hospital de ancianos en el que a Jody le aterrorizaba entrar. Lo intentó una vez, pero se mareó en el vestíbulo y tuvo que esperar allí mientras sus padres se adentraban en el edificio. Pasó una hora sentada frente a una gran pizarra donde aparecía escrito: «HOY ES Domingo, 15 de marzo de 1984. LA CENA DE ESTA NOCHE ES Ternera Guisada y Tarta de Manzana. EL TIEMPO ES Soleado».

Repentinamente, Jody no supo dónde estaba.

–¿Dónde estamos?

–En la carretera de Mandalay. Cambiemos.

«¿Qué demonio es Mandalay?», pensó. Su madre detuvo el coche en el arcén y Jody se apeó, lo rodeó y ocupó el asiento del conductor.

Mantenían el seguro puesto en las puertas, los vidrios de las ventanillas subidos, el aire acondicionado al máximo. Su único contacto con el mundo exterior se producía en las gasolineras, cuando el denso aire de agosto invadía el coche rápida y silenciosamente. «Lleno», decían a los empleados, y se turnaban para ir a los viscosos y oscuros servicios y agacharse sobre el retrete, procurando no tocar nada.

–¿Te has lavado las manos? –preguntaba su madre cada vez que Jody regresaba al coche.

Nashville, Tennessee, en la oscuridad no estaba exactamente a un millón de kilómetros de casa, pero sí bastante lejos. Un Holiday Inn, una ducha caliente, un sándwich de queso gratinado, un vaso de leche. Una llamada telefónica a papá, un mensaje dejado en el contestador de Ellen. Bien está lo que bien acaba. La televisión. «El Show de Esta Noche» y, finalmente, dormir.

«I'm going to Graceland, Graceland», cantaba Paul Simon en el radiocasete del coche.

–Mamá, por favor… Siempre he querido ir a Graceland.

–¿Por qué?

–Para ver a las otras personas que van allí, quizá para comprar una cabeza de Elvis metida en uno de esos objetos en los que cae nieve cuando se sacuden. Ya sabes, Elvis con caspa.

–Procuremos no perder demasiado tiempo.

Graceland: patria de mujeres plañideras con peinados altos y pantalones de poliéster. A Jody y a su madre les encantó. Se gastaron setenta y cinco dólares en fruslerías.

–No se te ocurra contárselo a tu padre –dijo la madre, entregando su tarjeta Visa–. No se lo cuentes a nadie.

Cuando su madre no miraba, Jody compró una cadena dorada con su correspondiente medallón, en el que había una foto de Jody y Elvis posando juntos, fruto de la tecnología moderna y la película Polaroid. Ella se lo entregó a su madre aquella noche, ya tarde, en el cuarto de un hotel de Little Rock, Arkansas.

–Te quiero, mami –dijo Jody–. Te quiero de veras.

–Yo también te quiero, nenita, pero nunca imaginé que te lo diría en Arkansas.

Ocupaban una habitación de dos camas con cabeceras de madera sintética y se esforzaban en acostarse procurando que no les rozasen las mantas que habían estado en contacto con mil extraños.

–Confío en que te des cuenta de que no todas las madres harían esto.

Jody, sin decir nada, se levantó a comprobar que la puerta estaba bien cerrada. Su madre añadió:

–Tráeme dos pastillas de Advil, ¿quieres? Estoy molida.

Al día siguiente su madre insistió en cantar canciones de Woody Guthrie mientras duró la travesía por el estado de Oklahoma. «This land is your land. This land is my land.» El trayecto duró seis horas; seis horas en las que también hubo tiempo para la historia, para que su madre le hablase de las grandes sequías, de los años de la Depresión, de las prácticas de la agricultura migratoria, motivos todos ellos por los cuales se había negado a comprar lechugas de la variedad «iceberg», así como determinadas clases de uva durante la mayor parte de la vida de Jody. A la hora de llegar a Texas, Jody tenía la impresión de haberse aprendido de memoria las obras de John Steinbeck y haber sido introducida en, y luego expulsada de, todos los movimientos políticos de izquierdas habidos desde el inicio del siglo.

La peor noche transcurrió en Amarillo, Texas. Entre las paredes de baldosas verdes del cuarto de baño de un motel, a Jody se le retorcían las tripas por culpa de las tortas de maíz asadas a la barbacoa, la cerveza sin alcohol y un sándwich de una especie de carne desmenuzada que su madre le había hecho engullir. Sumida en el dolor de vientre y en el delirio, confundía constantemente Amarillo con armadillo, con la iguana de la obra teatral de Tennessee Williams, con Richard Burton en México. ¿Era una iguana un armadillo? ¿Qué era un armadillo, y por qué le habían puesto su nombre a una ciudad?

–Tengo Kaopectate en el botiquín –le dijo su madre–. Pruébalo, no es malo. No necesitas beberlo; son cápsulas, te las puedes tragar.

La idea de tragar cualquier cosa aumentó las náuseas de Jody. Estremecida de frío, con brazos y muslos en carne de gallina, permanecía sentada inmóvil en el retrete.

–¿Estás bien? –preguntó su madre desde el dormitorio–. Si eso no para, tendrás que hacer algo.

–Si no para, será por algún motivo –dijo Jody.

Una hora después salía del cuarto de baño, débil, marchita, con el extraño verde de las baldosas tatuado en los ojos.

–Me estoy muriendo –anunció.

–¿Significa eso que ya puedo marcharme a casa? –dijo su madre.

–Ocúpate primero de los preparativos del entierro, y después te vas.

–Sal al pasillo y saca un ginger ale frío de la máquina. Te arreglará el vientre. También podrías traerme una bebida a mí, algo sin calorías. –Su madre rebuscó en el maletín de viaje y extrajo su camisón–. Yo voy a darme un baño.

–Ten cuidado ahí –la previno Jody, señalando con la cabeza el cuarto de baño–. Seguramente preferirás esperar un poco.

Su madre tomó el camisón y su envase personal de Lysol y pasó al cuarto de baño. Jody oyó el largo silbido del vaporizador, cerró los ojos e inhaló una generosa bocanada de germicida.

En mitad de la noche despertaron a Jody los sonidos de una pareja que jodía en la habitación contigua. Recios sonidos: verbalizaciones descontroladas, gruñidos, el chirrido y los golpes sordos de los torturados muelles del lecho, lenguaje soez en versión tejana. Confió en que el sueño de su madre no se viese alterado por ello.

–Santa Fe –dijo su madre, leyendo en voz alta los indicadores de la carretera–. No pensaba que estuviéramos tan cerca. ¿Podemos parar?

Tomó el desvío de salida antes de que Jody respondiera.

Mientras su madre compraba presuntas obras de arte, imitaciones de las pinturas de Georgia O'Keefe, Jody se aprovisionó de tarjetas postales. Desde que salió de casa no había dejado de pensar en cómo habrían ido las cosas con Claire en el coche como compañera de viaje. Había intentado asimismo elegir entre Claire y su madre, y ahora trató de imaginarse a ellas tres viajando juntas. No lo consiguió, era imposible.

Llamó por teléfono a Ellen desde una cabina pública.

–¿Dónde estás? ¿Cómo es Los Ángeles? –preguntó su exvecina.

–No he llegado aún. –Jody oyó un ruido raro por detrás de la voz de Ellen–. ¿He interrumpido algo?

Ellen no contestó.

–¿Alguien nuevo? ¿Alguien que ya conozco?

–Ni una cosa ni otra –dijo Ellen, mientras al fondo sonaba un gruñido.

Jody no identificó si era un gruñido de placer o de disgusto.

–Bueno, no quiero entretenerte –dijo–. Te llamaré desde Los Ángeles.

La última vez que había mirado el mapa estaban cerca, al parecer, tanto del Desierto Pintado como del Bosque Petrificado. Empezaba a desear haber llevado consigo una buena reserva de Valium.

–Mañana descansaremos –dijo su madre cuando abrían la puerta de la habitación–. Iremos al Gran Cañón. Escupiremos encima.

–Dentro –dijo Jody.

–Lo que sea. Tú harás lo que quieras y yo haré lo que me parezca mejor.

«El Gran Cañón. Solo con que Freud lo hubiera visto –pensó Jody–, la vida sería diferente.» Por toda la extensión del mundo psicoanalizado se ensancharían las fronteras de la aceptabilidad y la grandiosidad sería exaltada. El significado del tamaño en todos los órdenes, desde las bandejas de comida hasta los penes, sería reconocido sin discusión.

El día después del dedicado al descanso, el coche se averió. No

había viaje por carretera sin un fallo u otro.

–¿Por qué vamos tan despacio? –preguntó Jody a su madre.

–No es culpa mía –dijo ella.

Bombeó con el pedal del gas, situó las marchas en punto muerto e intentó con los recursos a su alcance reanimar el motor. Terminó deteniéndose suavemente a un costado de la ruta.

–Mierda –murmuró Jody examinando el mapa.

La franja horaria había vuelto a cambiar y ahora se regían por la hora del Pacífico. Si cada vez era más temprano, ¿por qué le parecía a Jody que cada vez era más tarde?

Buscó en las páginas del tríptico, que era la Biblia de la Triple-A, y encontró el número de auxilio en carretera. El único obstáculo era que tenías que estar cerca de un teléfono, y ellas estaban en medio del puñetero desierto. Jody se vio a sí misma obligada por su madre a salir del coche y caminar. Caminaría durante horas, se deshidrataría completamente, levantaría la vista y descubriría en el cielo a los buitres volando en círculo a la espera de precipitarse sobre su carroña.

Se abstuvo de brindarse a mirar debajo del capó. No dijo nada, excepto:

–Probablemente, si el motor no funciona, el aire acondicionado tampoco.

Por fortuna, una pareja que viajaba en una camioneta no tardó demasiado en detenerse y ofrecerse a empujar con su vehículo el de Jody y su madre, carretera abajo, hasta una gasolinera.

–Cada día pasa algo –comentó su madre.

–¿Lo dices como consuelo?

–¿Tendremos que pagarles?

–No lo creo –dijo Jody–. Puedes ofrecérselo, pero seguramente no aceptarán. Lo hacen porque nos compadecen y quieren demostrarse uno al otro lo buenas personas que son en el fondo.

–¿Cómo lo sabes?

Jody se encogió de hombros. Ya en la gasolinera, su madre ofreció a la pareja veinte dólares y ellos los tomaron sin ni siquiera fingir una protesta.

–No se ven muchos de esos coches japoneses por aquí –dijo el encargado de la gasolinera.

–Es un Saab –explicó Jody–. Escandinavo.

–Lo mismo da. –El tipo no conseguía encontrar la manera de abrir el capó–. El caso es poner trampas a la gente –dijo riendo. Jody se acercó a ayudarle–. Debería haber una ley que lo prohibiese, me refiero a poner las cosas donde no puedas encontrarlas, ¿no cree? –Por último, el hombre localizó la varilla indicadora del nivel de aceite y tiró de ella–. Pues el aceite está bien –anunció, volviendo a introducir la varilla en su orificio–. ¿Se ha parado por las buenas?

–Sí –asintió escuetamente Jody.

–Podría ser el alternador. Muchos de estos Volvos tienen problemas de alternador.

–Es un Saab –dijo Jody, y por primera vez se sintió propietaria del coche que sería suyo a partir de su llegada a Los Ángeles.

–Bien, déjeme un minuto con él –dijo el encargado. Jody y su madre fueron a sentarse en la oficina de la gasolinera, y mientras el operario aparentaba enfrascarse en una difícil tarea, dejando caer herramientas al suelo, insultándose a sí mismo y maldiciendo al coche, Jody comenzó a reflexionar. Permaneció callada hasta que los pensamientos que se agolpaban en su mente adquirieron tanto peso que no tuvo otro remedio que hablar para librarse de la carga.

–¿Te arrepentiste alguna vez de haberme tenido? –preguntó a su madre.

Se había expresado adrede en pasado y usando la fórmula «alguna vez» porque quería facilitar a su madre que dijera que sí. Y no había utilizado la palabra «adoptado» deliberadamente, pese a saber que su madre sentía aversión a que Jody se refiriese a sí misma como a algo que el matrimonio hubiese comprado cualquier tarde, yendo de paso, en una quincallería. «Oh, y envuélvame también uno de esos bebés que tiene ahí. Perdí el otro hace un par de meses y ya es hora de que me decida a reponerlo.»

–¿Nunca deseaste...?

Su madre la interrumpió:

–¿Por qué me preguntas eso ahora?

Jody sabía por qué, más o menos, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

–Una pregunta para responder a otra pregunta –observó.

–Este no es precisamente el lugar perfecto para hablar.

–No está mal –dijo Jody, recorriendo con la mirada las polvorientas ventanas y los grasientos tabiques.

–Tú –dijo su madre, y recalcó con pasión las palabraseres mi hija. –Jody no esperaba ni mucho menos aquel tono duro y cortante–. No la de alguna otra persona. La mía. Y bien, ¿qué pasa si no te engendré? No podía engendrarte. Ya no podía, ni a ti ni a ningún otro hijo. ¿Vas a perdonarme algún día por no haberte dado verdaderamente a luz?

Jody no dijo nada. No era habitual en su madre mostrarse tan enfática respecto a aquello. Quizá habían conducido de un tirón un trecho demasiado largo, habían pasado demasiado tiempo juntas, estaban demasiado lejos de casa o, simplemente, les agobiaba la fatiga. A Jody le remordió la conciencia. Su madre tenía cincuenta y cinco años, se acercaba a la vejez, y todavía Jody insistía en tratar aquel tema con terca regularidad. ¿Cedería ella alguna vez, o se trataba de un ritual, un ritual entre ambas, quizá la base que

sustentaba su relación?

–Yo no le sustituyo a él –dijo Jody, refiriéndose a su hermano muerto, cuyo nombre no se veía capaz de pronunciar en voz alta ni en el primitivo entorno de Arizona.

–Tú no eres él –dijo su madre–. Nadie te ha pedido jamás que seas otra cosa que tú misma.

Jody sabía que esto no era cierto, pero explicarlo en la oficina de una gasolinera del desierto resultaba demasiado complicado. Su madre tenía razón: aquel no era lugar para conversaciones, especialmente para una conversación que exigía un ambiente seguro y familiar, un sitio que pudiera protegerte aun cuando tú no te protegieras a ti misma.

A pesar de todo, Jody se resistía a ceder.

–Si no hubiera sido porque él murió –dijo–, no me habríais adoptado.

–Nosotros siempre deseamos tener más hijos –respondió su madre.

Era una excusa que ella ya conocía. Cuando su hermano nació, algo había pasado: una ruptura de útero, algo; Jody ya no lo recordaba. En todo caso, la consecuencia fue que no habría más hijos. Su madre utilizaba invariablemente aquel dato médico como prueba de que Jody y su hermano eran cuestiones separadas.

–Nunca lo has entendido –dijo su madre–. Yo siempre quise una niña.

–Sí, lo sé –asintió ella.

La conversación completa nunca se producía; la conversación que ambas debían sostener de una vez por todas a fin de enterrar el tema para siempre. En realidad nunca se decían nada. Era un hablar dando rodeo tras rodeo, fruto del mutuo temor a que una de las dos pudiese pronunciar por descuido la palabra errónea, la palabra que heriría de verdad.

El problema del coche se resolvió con mayor facilidad que los conflictos reactivados por aquella conversación a medias. Antes de una hora estaban de nuevo en la carretera, más calladas que antes. Jody dedujo que era porque se iban aproximando a Los Ángeles. Cuanto más se acercasen, antes se marcharía su madre. Pero antes aún de que se fuera tendrían que removerlo todo una vez más, como para refrescarse la memoria y confirmar su mutuo entendimiento, para dejarlo todo poco menos que perfectamente claro por millonésima vez. Se había convertido en un ritual. A partir del hermano muerto, avanzarían; no tardarían mucho en hablar de cómo Jody había odiado asistir a la escuela elemental, seguirían hacia sus primeras experiencias de psicoterapia y concluirían con lo bonito que era que ahora ingresase en la universidad para convertirse en lo que siempre había soñado. ¿Una persona? No. Una gran figura de la dirección y

producción cinematográficas.

Unos trescientos cincuenta kilómetros después entraron en California. Jody tuvo la sensación de haber estado conteniendo el aliento desde que partiera de su casa. En California se relajó, respiró profundamente, y a continuación se preguntó por qué. California no era nada, no era ninguna parte. Era el borde extremo del país, un borde que esperaba hundirse en el océano, un epicentro de terremotos. De nuevo sintió una opresión en el pecho, la extraña sensación de que se encogía. Trató de distraerse con las indicaciones que iban encontrando en la ruta. Los rótulos que señalaban distancias y direcciones, las grandes haches de los hospitales, las salidas y los nombres de ciudades eran sus favoritos.

–Debemos tomar una decisión –dijo su madre–. Nos quedan menos de doscientos cincuenta kilómetros de camino. ¿Nos lanzamos a fondo y llegamos hoy, o paramos ahora y esperamos hasta mañana? ¿Tú qué prefieres?

–No lo sé –dijo Jody–. ¿Y tú?

–Descansar –dijo su madre.

Jody se alegró. De repente había perdido la prisa por llegar a destino. Cuanto más tardasen, mejor.

–Necesito tomarme un par de Advils –dijo su madre–. Tengo un tremendo espasmo muscular en la espalda que me baja por toda la pierna.

–Me parece que deberíamos suicidarnos –soltó abruptamente Jody–. Buscar un garaje, encerrarnos con el coche, y dejar que el motor funcione hasta que los gases del tubo de escape acaben con nosotras.

–Demasiado tarde –replicó su madre–. Si era eso lo que querías, tendrías que habérmelo advertido hace tiempo. Inmediatamente después de Little Rock me habrías convencido fácilmente, pero ahora ya casi estamos al final.

–Exactamente –dijo Jody–. Al final.

Jody estaba acostada en la cama, en el último parador del trayecto, paralizada por los mismos pensamientos que la habían acosado cinco días antes.

–¿Sabes? –dijo su madre desde la bañera–. En adelante no convendrá que hablemos por teléfono tanto como lo hacíamos. Llamar a California es muy caro, así que mejor que lo hagamos en noches alternas.

Sola en el cuarto, Jody comenzó a llorar. Vertía lágrimas sin saber por qué: llorar no era su estilo. Confundida, no se movió del lecho y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Su madre la abandonaba. La acompañaba a Los Ángeles como último y definitivo

favor, y después desertaría de su lado. «No nos llames, ya te llamaremos nosotros.»

Su madre salió del cuarto de baño con dos toallas arrolladas en torno a sendas partes del cuerpo. Sus pies dejaban huellas húmedas en la moqueta de color castaño claro.

–¿Qué pasa? –preguntó.

Jody lloriqueaba.

–¿Por qué has hecho cuatro mil kilómetros solo para ser tan mezquina conmigo?

–¿Mezquina contigo?

–Me traes hasta aquí, sabes que estoy asustada, y lo único que se te ocurre decirme es: «A propósito, no llames más a casa». ¿A quién demonios voy a llamar, entonces? ¿A la Guardia Nacional?

–Basta ya, Jody.

Jody se alzó de la cama, fue al cuarto de baño y se encerró de un portazo. Dos vasos cayeron de un estante y se estrellaron contra el suelo.

–¿Qué haces ahí dentro?

–Nada –dijo Jody, agachándose para recoger los trozos de vidrio.

–Anda, sal. Busquemos un sitio bonito donde cenar decentemente.

–No tengo hambre.

–Vamos, no hagas eso. Estoy tratando de ayudarte. Yo no te he forzado a ir a Los Ángeles, eres tú quien lo quería. Tampoco fui yo quien solicitó el ingreso en la universidad. Estás asustada, de acuerdo; pues procura dominarte.

Al cabo de unos minutos su madre añadió:

–Yo sí tengo hambre.

–Entonces, come. ¿Quién te lo impide?

–Sé amable. Soy tu madre. Vamos, sal e iremos a algún sitio.

–A McDonald's –dijo Jody.

–No me dirás que te mueres de ganas de ir a McDonald's.

–McDonald's representa ciertos patrones, ciertas normas. Ya sabes lo que encontrarás sin necesidad de entrar. Todo lo que sirven lo fabrican en el mismo sitio y después lo distribuyen por todo el país. Vayas donde vayas, comes siempre exactamente igual.

–¿Estás segura de que es aquí? –preguntó Jody a su madre–. No me imagino eligiendo esto.

Una vieja casa de apartamentos de cuatro plantas sin ascensor, sobre un montón de tierra que solo accidentalmente habría sido calificado de colina, con una maltrecha piscina en la parte trasera: nadie consideraría aquello un hogar.

–Pues lo elegiste –dijo su madre, que ya tenía abierto el maletero del coche y comenzaba a descargar el equipaje en la acera–. Fue lo

que te gustó.

–Es pobretón y vulgar –opinó Jody.

Un primer piso, sin rejas en las ventanas, ¿en qué habría estado pensando?

–Mucho más grande que el que alquilaste en Nueva York. Como tres veces.

–Estupendo. Pasaré las noches patrullando de un extremo a otro con la metralleta amartillada.

–Jody, recuerdo que insististe en que tenía encanto.

–Oh –murmuró Jody.

Empujó la puerta corredera de vidrio que comunicaba con la zona de la piscina. Debía de haber algo en aquel lugar que la atrajo, aunque ahora solo veía allí un mal cuadro de David Hockney.

–Se le puede sacar partido –la animó su madre, dispuesta ya a trasladar el cargamento al interior–. Habrá que poner unas cortinas bonitas, comprar unas cuantas cosas alegres. Tienes una piscina justo frente a tu puerta. Hay buena vista. Siempre es agradable disfrutar de una buena vista.

Jody contó toda la semana con la ayuda de su madre para explorar la ciudad, situarse y localizar los sitios que le serían útiles: el banco, un supermercado decente, la ferretería, la lavandería, la pastelería, la UCLA y otros de menor importancia. Dedicaron horas a circular por Westwood, Hollywood, Beverly Hills, el centro o lo que se suponía que era el centro, procurando entender qué conectaba con qué. La ciudad era una extrañísima mezcolanza: Miami modificada por México, reformada por un diseñador de escenarios cinematográficos con ayuda de un equipo de efectos especiales y un experto en películas de terror. Por todas partes surgían alarmantes variedades de follaje, infinidad de plantas de aspecto amenazador, arbustos que parecían medio muertos. El sol le destrozaba a Jody los ojos; cuando no pudo soportarlo más se compró unas gafas Ray-Ban auténticas.

Fregaron, remojaron y esterilizaron el apartamento como si el anterior inquilino hubiera sido un acreditado asesino múltiple. Jody no sentía especiales deseos de comenzar a desembalar cosas y deshacer el equipaje, porque ello significaría que se quedaba, y en el fondo de su corazón no estaba todavía segura de que fuera así. El día de la partida de su madre se aproximaba, y ella ni siquiera sabía dónde ni en qué dirección se encontraba el aeropuerto, cómo ir hasta allí y volver.

–Iré yo sola –resolvió su madre–. Nos diremos «Hasta pronto» aquí y tomaré el autobús o cualquier cosa que me lleve al aeropuerto. Siempre hay algo.

Jody sabía que su madre temía que en el último instante se derrumbara; que en la misma puerta de embarque querría subir al

avión y suplicaría que la devolviera a casa.

El acondicionamiento del apartamento ya estaba casi terminado.

–Solo te faltan unas cuantas cositas, algún detalle –dijo su madre–. Si nos damos prisa, antes de que me tenga que ir al aeropuerto te compraré una planta.

Fueron en coche a un almacén de plantas extrañas que su madre había descubierto el día anterior y compraron un enorme ficus para el cuarto de estar.

Su madre cerró la cremallera de la maleta y Jody entreabrió la puerta para otear la llegada de la limusina del aeropuerto.

–Quizá deberíamos despedirnos antes de salir de casa –dijo su madre, arreglándose el peinado con unas palmaditas.

¿Cómo vas a despedirte y después, quién sabe, pasarte toda una hora sentada junto a la persona a quien ya has abrazado y besado como si nunca hubieses de volver a verla? Afortunadamente, fuera sonó un claxon.

Jody y su madre salieron juntas, y Jody ayudó a colocar el equipaje en el maletero. El servicio de limusina al aeropuerto era de ida y vuelta: la solución menos opresiva y más cara. Coche junto a la acera, billete, facturación de equipaje y tarjeta de embarque, escolta hasta la puerta de salida, confirmación y asignación de asiento. Sin problema.

¿Volvería Jody a ver a su madre? ¿Llegaría el avión a su destino?

–Gracias –dijo Jody, besando a su madre.

–No hay de qué –respondió ella–. Pórtate bien. Sé buena. Te llamaré en cuanto llegue. Te quiero.

–Yo también te quiero.

–Te llamaré, pero tú llama por tu parte a papá y dile que sigo bien y que estoy en camino.

–De acuerdo.

–Adiós.

Otro beso en la última puerta. La espalda de su madre que se alejaba. La espalda de su madre: una punzada de tristeza. La espalda de su madre que desaparecía. Innumerables personas ascendiendo por la rampa donde su madre había estado hacía un instante. ¿Cuándo marcharse del aeropuerto? ¿Esperar hasta que cerrasen la puerta del avión, hasta que se oyera el último aviso, hasta que encerrasen herméticamente a los pasajeros y los motores se pusieran en marcha, hasta que el hombre que agitaba con ambas manos unos indicadores de color naranja hiciese retroceder el avión con un par de movimientos de las muñecas? ¿Debía una correr a la plataforma de observación y tratar de identificar el aparato entre los que se veían allí fuera? ¿Debía seguir las maniobras de cada uno de ellos hasta que

emprendiera carrera por la pista de despegue y desapareciera en el cielo? ¿Cuánto tiempo tenía una que esperar? ¿Hasta la hora en que el avión aterrizase en Washington? ¿En qué momento debía dar por terminada la despedida, girar sobre sus talones y retroceder por donde había venido, hacia la insólita ciudad donde ahora tenía su casa?

–A la UCLA –dijo al conductor del coche.

Tras haber estudiado a fondo cómo aprovechar cada centímetro disponible, Claire y Sam atiborraron el coche con todo lo que tenían y más: cosas que ahora descubrían que habían comprado solo para forcejear con ellas, comestibles que en cantidades asombrosas se encontraban en los supermercados de Easthampton pero que por una u otra razón sabían mejor si procedían de casa. Cuando transportaban lo que parecía ser el contenido total de su apartamento a la acera, el cielo comenzó a oscurecerse.

–Deprisa –dijo Sam.

–Tenemos problemas –anunció Jake.

Claire subió a recoger los últimos paquetes y encontró a Adam llorando de pie en el centro de la sala de estar. Las prisas le ponían nervioso; cuando se ponía nervioso, lloraba. Claire le dio unas galletas y lo envió abajo, al vestíbulo, con Jake.

El apartamento estaba tranquilo y silencioso. Tenía mejor aspecto sin lo que habían sacado. Parecía exactamente el lugar donde a Claire le gustaría vivir. Sintió el impulso de volver a bajar corriendo y decir a los demás que se marcharan sin ella.

Mientras hacía las comprobaciones imprescindibles para asegurarse de que lo tenían todo, Claire se dio cuenta de que habían preparado el equipaje como si se fueran para siempre, no para unas simples vacaciones. Cuando se trataba de una ausencia temporal, una cogía lo que necesitaba, artículos feos y prácticos que podían perderse o estropearse sin causar ninguna pena. Pero Claire se había llevado cosas como blusas de seda y zapatos que costaban doscientos cincuenta dólares el par. Ya no había excusa para volver a sacar de la maleta aquellas cosas, o para sacar la maleta del coche, excepto la de que era menos probable que las robasen del fondo de un armario que del maletero.

Mientras recorrían la Tercera Avenida en dirección al Midtown Tunnel, comenzó a diluviar.

–«Lluvia, lluvia, vete, vete –cantó Adam–. Vuelve cualquier otro día.»

Era su primer viaje sin la sillita especial para niños; iba bien amarrado al asiento con el cinturón de seguridad y apuntalado sobre dos almohadones para que pudiese mirar por la ventanilla.

Si se colaba agua en el maletero se estropearía todo el equipaje.

En la autopista de Long Island había un coche atrapado en una charca enorme, una inundación en miniatura. El tráfico lo evitaba describiendo un amplio arco, sin rozar siquiera los bordes de la charca ante la imposibilidad de saber dónde empezaba y terminaba el

desastre. El agua alcanzaba la altura de las manijas de las puertas del coche embarrancado. Claire observó que el hombre y la mujer que había dentro parecían sorprendidos; si abrían las puertas, el agua entraría en torbellino, y no había forma de saber en qué cantidad ni si el flujo se detendría. De haber sido otra clase de pareja habrían salido por el rectángulo corredero del techo y esperado subidos al capó o al maletero y agitando los brazos a que alguien se apiadase de ellos y se arriesgara a ayudarles. Sin prestarles atención en apariencia, Sam rodeó su vehículo como los otros conductores.

–Súper –dijo Jake.

En las afueras de Flushing, en Queens, pasaron junto a los restos del armazón de la Feria Mundial de 1964. El coche brincó entrando y saliendo de una sucesión de baches y grietas del pavimento, y finalmente la autopista pareció abrirse a un paisaje diferente: cines multisala, comercios de automóviles, campos cubiertos de hierba en lugar de los altos bloques de apartamentos de construcción pública. Claire abrió una bolsa de caramelos y les pasó unos cuantos a los chicos. A noventa kilómetros por hora, el tráfico zumbaba en dirección al extremo de la isla, formando una línea que se interrumpía en el semáforo de Southampton y continuaba serpenteando a través de Watermill, Bridgehampton, Easthampton y Amagansett.

Ellos giraron a la derecha en Simon's Lane. Desde el mes de enero anterior, cuando concertaron el alquiler de la casa, Claire había estado repitiendo para sí las señas «Simon's Lane, Amagansett» una y otra vez como si poseyeran poderes mágicos, en cierto modo una promesa de salvación.

–¿Cuál de ellas es? –preguntó Sam.

Claire sacó del bolso una fotografía y la comparó con cada una de las casas ante las cuales pasaban.

–Coincide –dijo al fin, mirando hacia una casa de dos plantas y tejado gris y consultando de nuevo la foto–. Fíjate en el porche.

En la foto y en la realidad había un porche acristalado que sobresalía del costado izquierdo de la casa en cuestión, cuatro ventanas en la fachada, contraventanas verdes y un seto de acebos cuidadosamente podado que abrigaba los cimientos. Sam entró en el camino de acceso particular.

La casa era más grande y estaba más deteriorada de lo que recordaba Claire. Cuando subió con su maleta los peldaños de la entrada le pareció ver que algo huía velozmente por el vestíbulo. Prefirió no pensar en lo que sería.

A pesar de que había tres dormitorios, instaló a Adam y a Jake juntos en uno que estaba pintado de un azul muy propio para chicos. El cuarto sobrante era de un color rojo intenso y Jake lo quería para sí, pero Claire dijo que no: sospechaba que el rojo haría de él un

psicópata; no inmediatamente, sino después, cuando a partir de los veinte años empezase a cometer asesinatos en serie. El rojo evocaba con demasiada fuerza el nacimiento o la muerte, no estaba segura de cuál de las dos cosas; de todos modos, ninguna de las dos inducía particularmente al sosiego.

–Lo reservaremos para invitados –le dijo a Jake–. Además, Adam te necesita de veras, piénsalo. Si duerme solo en una casa a la que todavía no está acostumbrado, probablemente nos tendrá despiertos toda la noche. Sé bueno y resígnate.

–Esta me la debes –dijo Jake.

El dormitorio principal era de un tranquilizador verde oscuro que arroparía confortablemente sus sueños.

Un par de horas después, sentada en el porche para brindar a su dolorida espalda un poco de reposo, Claire notó que una cola le daba un ligero latigazo en la pierna. Chilló. Un gato atravesó corriendo la habitación y se escondió debajo del sofá. Claire llamó sin pérdida de tiempo al agente inmobiliario. Otro gato bajó furtivamente las escaleras y se encaminó a la cocina.

–En esta casa hay gatos.

–Un minuto –dijo el agente–. Déjeme comprobarlo.

–Uno acaba de rozarme la pierna, no necesita comprobarlo.

–Veamos, eso es en Simon’s Lane... En la ficha no consta nada sobre gatos. ¿Es usted alérgica?

–No, pero no puede decirse que me gusten.

–Los eliminaré, si lo desea –dijo el agente, dando la impresión de que los gatos iban a tener una vida muy corta.

A Claire, ciertamente, no le gustaban los gatos, pero tampoco quería responsabilizarse de que les aplicaran una eutanasia prematura. Más bien prefería asumir el hecho, abrir un par de latas de comida y racionalizar la cuestión.

–Olvídelo –dijo.

–Lo arreglaré para que le reembolsen el importe de la comida y de las cajas de arena de los gatos.

«Cajas de arena... vaya», pensó Claire, e inmediatamente lo anotó al principio de una nueva lista de la compra.

La primera mañana de sus vacaciones, Claire despertó agarrada al borde del colchón y preguntándose dónde estaba. Por la ventana miró el arenoso jardín. Detestaba la arena. Esta, invisible para Sam y los chicos, penetraría traicioneramente en la casa, se instalaría en el sofá, llenaría la bañera, se arrastraría por las escaleras hasta las camas, y sería su obligación perseguirla y expulsarla. No quería estar de vacaciones. Quería estar en su consultorio a solas con cualquier patética criatura que le abriera poco a poco su alma. Aquello era

excesivo.

De Claire se esperaba que lo supiera todo. Era como si una madre, cualquier madre, al ser trasladada de una casa a otra casa tuviera que saber siempre dónde estaban los tenedores, cómo funcionaba el horno y dónde se guardaban los rollos de repuesto del papel higiénico. Pero ella no sabía nada. Y ni siquiera quería estar allí.

Permaneció quieta en el lecho, de cara a la ventana, y cuando Sam se levantó simuló que continuaba dormida. Oyó que los chicos se movían por la casa, el roce de sus pies sobre el suelo de madera desnuda, el sonido de la conexión del televisor, del cambio de canales, el volumen que subía. Oyó que alguien levantaba el asiento del retrete y dejaba que chocase contra la cisterna, a lo que siguió el susurro de alguien que orinaba, y después silencio.

–¡Suelta el agua, imbécil! –exclamó, volteando los pies sobre el borde de la cama.

La indolencia que todos demostraban no solo la despertó por completo, sino que la indignó. Estaban los tres sentados en pijama, de cualquier manera y en cualquier parte, comportándose como si no supieran ni vestirse ni qué hacer para alimentarse. Una familia de idiotas.

Comenzó enseguida a dar órdenes:

–A vestirse, pantalones, camisas, zapatos, calcetines, pantalones cortos no, hace demasiado frío.

Con golpes secos depositó sobre la mesa botes de leche, zumo y cereales y les miró desafiante, mientras ellos la miraban con ojos saltones.

–Demasiado frío –repitió en tono agrio–, demasiado viento, demasiado nublado para ir a la playa. Papá os llevará al cine.

Cuando por fin se marcharon, no sin que antes Claire llamase al cine para enterarse del horario, lo anotase para entregárselo a Sam, añadiese las señas de una galería de vídeo y el nombre y la dirección de un lugar al que llevar a almorzar a los niños, les trazase el itinerario completo y les acompañase a la puerta, vertió la leche y los cereales que quedaban en un bol para los gatos y regresó al lecho. No le sería fácil apaciguarse y hacerse progresivamente a la idea de que había iniciado sus vacaciones.

La siguiente mañana fue clara y tranquila. Todos estuvieron a punto para salir desde buena mañana y dieron un paseo por Simon's Lane hacia la Old Town Road. A una manzana de distancia distinguieron ya el mar, rutilante bajo la luz matutina. Preocupada por el tráfico, Claire llevaba de la mano a Adam. Junto a ellos pasaban desconocidos en bicicleta: ninguno dejaba de saludarles. Cerca de la playa, Claire traspasó la orquestación de la familia a Sam. A medida que los chicos crecían, se apartaban de ella; cuanto más se acentuaba

la diferencia entre varón y hembra, más pertenecían a Sam.

Mientras Claire establecía el campamento, Sam se encaminó al agua llevando a Adam sobre los hombros. Jake se arrojó por iniciativa propia a las olas, de cabeza, con el consabido grito de:

–¡Papá, mírame!

Ella era una extraña entre los suyos.

Se sentó en una silla plegable sobre la arena y contempló cómo se perseguían unos a otros entre las dunas, cómo retornaban a jugar en el agua, y pensó dos cosas: en la enfermedad de Lyme, que transmiten los tábanos y otros insectos con sus picaduras, y en cuánto necesitaban disfrutar de una casa con jardín.

Claire cerró los ojos, se recostó en su silla y permitió que el soplo de la brisa y el rumor de las olas la acariciasen, como si el viento, los granitos de arena que este transportaba y el picante y salado rocío del mar pudiesen borrar la huella dejada por un año entero de problemas de otras personas.

Aquella noche se arrimó a la caliente y enrojecida piel de Sam y le rozó la entrepierna con el muslo.

–¿Qué te parecería tener un bebé? –preguntó.

–No me asustes –dijo él.

–Me asusto a mí misma. –Claire le pasó la lengua por el cuello, le mordisqueó el lóbulo de la oreja, pellizcó las raíces grises del vello de su pecho–. Tiene que ser una niña –añadió un instante después, cuando Sam se colocaba encima de ella.

–Por mí no quedará.

Dos días más tarde tuvo la regla. ¿Se había adelantado o retrasado? Poco importaba ya, aunque lo explicaba todo: por qué estaba tan cansada la víspera y malhumorada toda la semana; cómo era posible que se comportase constantemente como una perra miserable mientras que Sam y los chicos estaban, si no jubilosos, por lo menos animados y al parecer desprovistos de impulsos homicidas.

Sam propuso llevarla a cenar.

–¿Para celebrarlo?

Él se encogió de hombros.

–No, no ha habido premeditación.

«¿En la propuesta de salir a cenar –se preguntó Claire perpleja– o en el sexo sin precauciones?»

La última vez que fue al ginecólogo había querido informarse sobre la posibilidad de tener más hijos. Tendida en la camilla, con los tobillos elevados para la exploración, escuchó un recital estadístico interpretado desde el espacio entre sus piernas como si el médico hablase directamente a su útero, a sus ovarios, a su sexo. Cuando terminó, él se enderezó y dijo:

–Si va a hacerlo sea como fuere, hágalo pronto.

Ella se marchó con el diafragma reajustado y un folleto que trataba de la maternidad después de los cuarenta años en el interior del bolso.

En la playa y en el calor de agosto, sufriendo perversos calambres abdominales, se vio a sí misma como una criatura acabada que arrancaba de sus entrañas el último fruto de su vida y se disponía a quedar relegada a mero desecho. Sam la abandonaría por otra mujer más joven, más sexy y más fértil. Los chicos le seguirían a él, no querrían renunciar a su héroe. La nueva esposa de Sam les brindaría un hogar que sería para ellos el club perfecto y cada año la llamarían el día de su aniversario, le hablarían a la vez desde tres extensiones distintas, cantarían a coro el «Cumpleaños Feliz» y enseguida colgarían.

Se había tendido sobre la arena. Sentía el latido de su corazón bombeando sangre. Sam salió del mar, se inclinó sobre ella y dejó caer en su vientre unas frías gotas de agua salada. Ella se enderezó, hizo ademán de levantarse y comenzó a verlo todo negro.

–Tengo que volver un momento a casa –dijo.

–¿Quieres preparar algo de comer y traérnoslo?

Claire movió negativamente la cabeza.

–Allí podéis comer lo que os apetezca –respondió, señalando el chiringuito instalado en la playa a unos centenares de metros.

–¿Tienes dinero? –preguntó él.

Ella le entregó diez dólares. Sam esperaba que le diera más.

–Esto es Easthampton –sugirió.

–No llevo más encima –dijo Claire, añadiendo otros diez.

Luego tendió la mano para que Sam la ayudara a levantarse y emprendió lentamente el regreso a la casa, con la arena caliente quemándole los pies, la cabeza vacía y los ojos semicegados, concentrada únicamente en el dolor que iba aumentando en el fondo de su vientre. Recorrió el camino segura de que la sangre se le escurría por el interior de los muslos dejando un rastro que atraería a los perros y haría salir de sus casas a los chismosos y entrometidos para contemplar a una mujer de mediana edad que, a pesar de casi treinta años de experiencia, todavía no dominaba los rutinarios problemas de su condición femenina. Una mujer que buscaba el amparo de su guarida como un animal herido.

En la fresca sombra del interior de la casa hizo las primeras comprobaciones, se puso los dedos en la entrepierna, los retiró, miró. No vio otra cosa que el cordelito blanco del Tampax. Pasó la tarde sola, en un coma frío, metida entre las sábanas de aquel lecho alquilado.

Si hubiese tenido una hija y si su hija hubiera estado allí, ella habría acompañado a casa a Claire. Se habría acurrucado a su lado en la cama y juntas habrían pasado la tarde leyendo revistas y comiendo

yogures descremados. Si su hija estuviera allí, cogerían el coche y se irían de tiendas a Sag Harbor, visitarían toda clase de exposiciones de antigüedades y ferias de artesanía. Saldrían a almorzar y dejarían que Sam y los chicos camparan a su aire.

Al final de la semana Sam y los chicos ya tenían amigos.

Conocían los nombres de cuantos vivían calle arriba y calle abajo y a cada momento montaban en lustrosos coches con personas de las que parecían íntimos simplemente porque habían alquilado casas en la misma zona. Claire tenía la sensación de estar constantemente obligada a sonreír, a saludar, a parlotear sin tino. Dentro de lo posible, buscaba la soledad. Cuando Sam le preguntó si le ocurría algo malo, ella explicó:

–Mi trabajo consiste en escuchar los problemas de la gente. Para mí las vacaciones significan silencio, no tener que hablar hora tras hora.

–¿Y no podrías ser sencillamente cortés? –indicó él.

Claire no contestó.

Iba y venía de la playa, caminando arriba y abajo de la calle con paso vivo, el ala del sombrero inclinada hasta coincidir con la montura de sus gafas de sol. Y solo para contentar a Sam accedió a asistir a una reunión.

–Una y basta –dijo–. Elige la que prefieras.

Él eligió un cóctel en casa de un abogado a quien conocía de la Universidad de Columbia.

–El dinero es de su mujer –susurró Sam cuando estaban en la terraza trasera, abierta a la perspectiva de Sagaponack.

Tenían delante la piscina de agua dulce, más allá la de agua salada, luego una estrecha franja de playa y a continuación el océano que se perdía en la distancia. Tres aguas diferentes, tres colores matizados por el crepúsculo.

–Espléndida vista, ¿verdad? –dijo el abogado amigo de Sam–. ¿Os traigo unas bebidas? ¿Qué queréis?

Unió las manos en una palmada que sonó como un disparo.

–Scotch –dijo Sam.

–Vodka con tónica –dijo Claire.

–Eso es lo mío –asintió él, guiñando un ojo–. Un toque de limón y otro de lima. Enseguida vuelvo.

Claire se quedó en el extremo de la terraza y dejó a Sam participar en las conversaciones. Sorbió su bebida, escuchando el misterioso rumor de la brisa y las olas bajo el cielo que oscurecía progresivamente, mientras el mar iba desapareciendo de la vista.

Cuando tuvo el vaso vacío lo llevó al interior de la casa para volverlo a llenar. En el aparato de discos compactos sonaba jazz moderno a todo volumen. Todas las luces estaban encendidas. A

derecha e izquierda las personas vociferaban para hacerse oír. Claire avanzó rápidamente, repuso su bebida y se apresuró a regresar al exterior, aunque se detuvo cuando la esposa de otro conocido de Sam le tocó el codo y dijo:

–Hola, Claire, ¿cómo estás?

–Bien –respondió Claire–, ¿y tú?

–Súper.

¿Hasta qué nivel podía una estar bien? ¿Simplemente bien, muy bien, perfectamente bien? ¡No, súper! Claire buscó la fresca oscuridad de la terraza, donde revoloteaban fragmentos de conversación que parecían aterrizar a su alrededor como desperdicios.

–Para abreviar: ella le dijo que se largase. Y le obligó a llevarse a los niños. Él no quería, figúrate.

–Vende. Es lo único que puedo decirte. Ni una palabra más. Vende, ¿me oyes? Vende.

–Deberías volver a tu Valium. Ya sé que tiene mala prensa desde que hicieron aquella película con Jill Claybourgh, pero nada funciona como el Valium. Con la mitad de uno azul se arregla todo. Yo me he tomado uno esta noche, antes de que viniéramos. No sé cómo puedes vivir sin él.

Vaso en mano, Claire se instaló en un canapé acolchado y soñó.

Aquella tarde, hojeando un periódico local, había visto una serie de fotografías tomadas en «la animada fiesta organizada por el marchante de arte Christopher William, en su finca de Watermill, para celebrar el fin del rodaje de la nueva película del director Harry Birenbaum». Entre la concurrencia se encontraban tres miembros jóvenes del clan Kennedy, George Plimpton, la actriz Carol Heberton, varios astros del rock, las modelos con quienes los astros estaban casados, un grupo de destacados artistas jóvenes de ambos sexos y Birenbaum en persona, con la exacta apariencia de ballena varada que tenía según Jody.

Si Jody hubiera estado en Nueva York en lugar de camino de Los Ángeles, su foto también habría salido en el periódico, Claire lo daba por seguro. Y si Jody hubiera estado allí, habría invitado a Claire a la fiesta. Jody habría tomado de la mano a Claire y la habría guiado de acá para allá, deteniéndose con ella para intervenir en las conversaciones que valían la pena, o para escucharlas por lo menos, y presentarle a las personas adecuadas.

La mirada de Claire escudriñó la noche. Cerca de la piscina, un hombre corpulento que vestía un traje de lino parecía concentrar la atención de un pequeño grupo. Claire imaginó que era Harry Birenbaum. Los papanatas que le rodeaban, hombres y mujeres, escuchaban satisfechos su perorata y movían afirmativamente la cabeza ante sus exageradas gesticulaciones. Claire les estuvo mirando,

absorta, hasta que en un momento dado el grupo comenzó a dispersarse; entonces observó que el hombre había terminado su discurso y, parado en el mismo sitio, miraba a su vez en su dirección. Sin saber por qué, aun cuando la amparaba la penumbra, sintió que se ruborizaba. Terminó su bebida y depositó el vaso vacío al lado del canapé.

–¿Nos conocemos?

El hombre se había acercado. Se sentó en una silla contigua y su traje de lino, al rozar el asiento, produjo un rumor susurrante.

–No –dijo Claire.

–Tengo la impresión de haberte visto antes –dijo él, tendiendo la mano y estrechando la de Claire unos segundos más de lo preciso.

Ella sonrió.

–Quizá conozcas a mi hija, Jody Goodman.

Él replicó con un gesto negativo:

–El nombre no me suena. –Hizo una pausa–. Pero estoy seguro de que ya nos habíamos visto. ¿Estás con Paul Weiss?

–No –dijo escuetamente Claire.

Vio a Sam no lejos de allí, improvisó una excusa, se levantó y echó a andar con pasos indecisos. Cuando deslizó la mano en el hueco del brazo de su marido, este interrumpió la conversación que sostenía y puso una mano sobre la suya.

–Estás helada –comentó. Ella asintió–. ¿Te sientes bien? ¿Quieres que nos vayamos?

Claire dejó que Sam la condujese entre los invitados, a través de la casa. Salieron por la puerta principal y siguieron el camino particular hasta llegar a su coche. Junto a este, él se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros para abrigarla.

–¿Qué tal ahora?

–Mejor.

Más tarde, después de haber despedido a la canguro, apagadas las luces del porche y devuelto su vestido al armario, Claire respiró profundamente y soltó el aire en un largo suspiro.

–No ha estado del todo mal, ¿eh? –dijo Sam.

Ella se deslizó entre las sábanas y apagó la luz de su lado de la cama.

–No te olvides de colgar tu blazer –dijo–. Aquí no conozco todavía un sitio donde planchen la ropa.

El segundo lunes, por la mañana, Sam se marchó en el tren de las seis y Claire se sintió como una típica viuda suburbana, una mujer sin marido hasta el fin de semana siguiente.

El martes, que fue un día lluvioso, segura y seca en el interior de la biblioteca de Easthampton, mientras Adam, sentado en la alfombra

con una docena de niños más, escuchaba un cuento y Jake rebuscaba entre biografías de deportistas, Claire decidió emprender una investigación.

–¿Dónde encontraré algo sobre adopciones? –preguntó a la bibliotecaria.

–¿Información sobre cómo adoptar niños?

–Casos particulares. Por ejemplo, padres e hijos que se buscan unos a otros.

Podía haber sido una niña de doce años ansiosa de saber cosas sobre la menstruación, moviéndose casi a hurtadillas de un lado a otro.

La bibliotecaria condujo a Claire a lo largo de las estanterías y, utilizando el dedo índice como guía, exploró las hileras de libros. Su uña hacía tic, tic, tic, en los sucesivos lomos. Sacó varios volúmenes y se los entregó a Claire.

–También puede consultar el catálogo temático de Libros Publicados y nuestro archivo alfabético de Artículos Periodísticos.

–Gracias –dijo Claire.

–Quizá le interese además dirigirse a una biblioteca más importante –añadió la bibliotecaria.

–Esta me parece excelente, muchas gracias.

Claire se sentó cerca de una ventana, estremecida de frío. Fuera tronaba, llovía, el tiempo era crudo, pero dentro el aire acondicionado resultaba difícil de soportar. Era como estar en un frigorífico. Confió en que los chicos no terminasen con dolor de garganta.

Uno de los libros que la bibliotecaria le había entregado contenía en las últimas páginas una guía práctica, una lista de organizaciones y direcciones útiles. Claire registró su bolso y todos sus bolsillos para reunir las monedas sueltas que llevaba.

–¿Tienes cambio? –fue a murmurarle al oído a Jake–. Te lo compro.

–Sesenta centavos por un dólar –dijo él, mostrando el dinero.

–Gracias.

Claire entregó el dólar a su hijo y con las monedas de que disponía hizo fotocopias de las páginas que habían llamado su atención, luego enrolló las fotocopias en forma de tubo y se las guardó debajo del impermeable. Camino de casa se detuvo en un drugstore, compró un bloc de papel de escribir, una caja de sobres y un juego de Monopoly.

Mientras Jake y Adam se disputaban Main Street y Park Place, ella, sentada en la cocina, redactaba un borrador.

Sírvanse, por favor, enviarme toda la información disponible sobre su organización, sus publicaciones y programas, así como cualquier información adicional sobre otros recursos válidos a su juicio para

indagar a propósito de una niña que fue entregada en adopción en Washington, D. C., el año 1966. Muchas gracias. Incluyo un cheque de quince dólares a fin de que puedan ustedes remitirme la información por correo urgente.

Escribió diez cartas con idéntico contenido, las metió en sendos sobres junto con los cheques y se dispuso a esperar.

En ausencia de Sam, se sentaba en la playa viendo a Jake y Adam jugar a la orilla del agua y pensando en Jody. En lo que a ella concernía, la niña era Jody. Los documentos y las pesquisas eran únicamente una manera de confirmar lo que ya sabía. Por primera vez se sentía madre de tres hijos; se sentía completa. Todo había encajado. A su entender, había hecho una cosa maravillosa poniendo a Jody en libertad y permitiéndole que iniciase su vida de adulta. Se veía como la progenitora perfecta, la mujer cuya hija iba y venía sin esfuerzo, y por supuesto sin conflicto. Y a Jody la veía como testimonio de su éxito personal. Sin haber de soportar la carga de someterse a las necesidades de una madre, Jody había dado a Claire algo que esta llevaba veinticuatro años esperando: su hija había vuelto.

Como Samantha en Bewitched, como Jeannie en I dream of Jeannie, Claire había intervenido, pero actuando desde la invisibilidad. Nadie sabría nunca que estuvo allí; nadie sospecharía siquiera de ella. Desde prudente distancia había estampado su marca y establecido sus derechos. Ahora podía descansar y observar, y las cosas serían maravillosas. Por fortuna, había sabido mantener su autocontrol durante aquellas sesiones cuando no podía concentrarse en algo que Jody estaba diciendo, cuando dominarse era el único recurso contra el anhelo de exclamar de sopetón: «¡Pero, cariño, yo soy tu madre!».

Dirigió la mirada a la gente diseminada por la arena a su alrededor. Era el mes de los locos de la playa. Hombres de abundante barba negra, piernas blancas y flacas y grueso culo se ocultaban bajo grandes parasoles, protegido el rostro por libros recién publicados. Era el mes en que lo habían dejado todo pendiente. Allí no había más que chiflados: los alquileres de agosto eran tan altos como para disuadir a cualquier persona sensata. Doscientos niños raros en la playa. Ciento cincuenta padres raros dispersos por la arena. Padres perturbados. Madres que alternativamente chillaban a sus hijos y los ignoraban. Una convención anual de orates.

Claire acudía diariamente a la oficina de correos, y pronto los envíos empezaron a llegar. Primero, una extensa bibliografía con una nota adjunta, escrita en una caligrafía curvilínea: «Para solicitar información en la zona de Washington, dirigirse al Safe-Place Support System», y una dirección y un teléfono. El siguiente día, un ejemplar

del Código de Adopción del Distrito de Columbia, quince páginas de un galimatías pulcramente impreso: «Personas que pueden adoptar… Consentimiento… Historia legislativa de la ley… La subsección (e) de esta sección no es inconstitucional en base a que deniega a un progenitor natural el procedimiento judicial debido… Certificados de nacimiento… Debe remitirse al comisionado de la junta municipal (alcalde) notificación del decreto final de adopción. Caso de no existir requerimiento contrario por parte de los adoptantes, el comisionado (alcalde) determinará que se efectúe un nuevo registro del nacimiento bajo el nuevo nombre y con los nombres y apellidos de los adoptantes y procederá a ordenar que sea sellado y archivado el certificado de nacimiento original juntamente con la orden del tribunal. El paquete sellado podrá ser abierto únicamente por orden del tribunal».

Claire lo leyó todo y después llamó a la chica que vivía en la misma calle para que hiciese de canguro mientras ella descansaba en su dormitorio con las cortinas corridas.

El próximo envío procedía de un organismo con sede en Carson City, Nevada. Un formulario con el distintivo Confidencial rezaba: «Inscripción gratuita. Nombre y apellido actuales………… La persona interesada es………». Hacia la mitad de la página había un asterisco azul y las instrucciones: «Complete este impreso con el mayor número posible de datos referentes al adoptado u otro hijo según los hechos conocidos cuando se produjo la separación».

Claire no podía hacerlo. Se sentía enferma. Todo lo que quería era comprobación, satisfacción, una noticia oficial. Algo tan simple y complicado a la vez. Miró el formulario, apoyó la punta del bolígrafo sobre el papel, y fue incapaz de escribir su nombre. Jody había dicho que ella no buscaría nunca; que a ella no le importaba tanto la cuestión como para investigarla. ¿Mentía? ¿No quería que su madre fuera Claire? En ocasiones Jody despertaba en Claire la sensación de que ella no la necesitaba realmente, o por lo menos no en el mismo grado en que Claire necesitaba a Jody. Rellenó la primera línea del impreso (Nombre y apellido actuales, Claire Roth), y se detuvo. Le inquietaba la idea de que si completaba el formulario y lo enviaba recibiría a cambio el nombre y número de teléfono de alguna pelmaza infeliz que trabajaba en un Burger King preparando batidos.

No había nada que hacer. Días y noches vacíos, insensatos, interrumpidos solo por las demandas de Jake y Adam de que les llevara al minigolf de Montauk, a la tienda de vídeos y discos, a la heladería. Día tras día se concentraba en las remesas de información, en los impresos que le llegaban. Cada mañana visitaba la oficina de correos, metía la correspondencia en su bolsa de playa y la llevaba consigo a la orilla del mar. Allí se tendía sobre la toalla de baño, de cara al sol, y se desalentaba examinando los documentos. Cada vez

que abría un nuevo sobre se le encogía el estómago. Llevaba la información consigo a todas partes, hasta que finalmente, al término de la semana, guardó toda la documentación en el cajón de la mesilla de noche y no la tocó más. Jody era su hija y se acabó. Así lo había decidido y no necesitaba otras pruebas.

Un día, tras haber pasado ocho horas al sol, comido dos helados gigantes y bebido un refresco de cola de tamaño familiar mientras los chicos estaban lejos con unos amigos, Claire se abandonó sobre la arena al bochornoso sueño de la hora de la siesta y soñó con Jody. Ambas estaban juntas en la cama, desnudas: la boca de Jody en su pecho, la lengua en su pezón. Claire se volvió hacia Jody, y en su sueño se sintió seducida por ella.

Un niño que lloraba deambulando por la playa de un lado a otro la despertó. «Chis... chis», siseaba insistentemente una mujer que caminaba detrás del niño. Claire estaba desorientada, cegada por la luz del sol. No podía mantener abiertos los ojos. Sentía miedo y al mismo tiempo un ramalazo de lujuria. Cuanto más pensaba en el sueño del que apenas había salido, más se asustaba. Rodó sobre sí misma para quedar acostada sobre el vientre, bajó la cabeza y oprimió el rostro contra la toalla.

En el sueño todo parecía perfectamente normal, como si las cosas fueran tal como deberían ser. En la playa, frente a ella, desplegaba sus efectivos la convención de lunáticos. No tenía a nadie con quien cambiar impresiones, nadie a quien confiar sus inquietudes, nadie a quien pedir consejo. Extrajo de su bolsa el bloc de notas e intentó trazar ella misma el diagrama de su angustia. Madre, Hija, Edipo, Freud. No, el sueño no pertenecía a un viejo psicoanalista muerto ya, no encajaba en ninguna teoría concreta: era exclusivamente suyo.

21

Los cachorros de la escuela de cinematografía de la UCLA. Todos conocían a alguien o habían vendido algo. Todos se consideraban personas especiales. ¿De quién ser amiga, y cómo? ¿Había que hablar de haberse acostado con el hijo de un famoso productor discográfico? ¿Decir la verdad o mentir? ¿O quizá hacerse la tonta, ser la chica insípida que anda con los tipos insignificantes, las feas y los feos que se han abierto camino a fuerza de talento porque no tenían nada más? El primer día de clase. Dieciocho años de primeros días, todos ellos exactamente iguales, todos tan horribles como aquel en que aún no había cumplido cuatro años y su madre la dejó en el jardín de infancia y ella se quedó chillando en la puerta mientras el coche de su madre se alejaba hasta desaparecer por la esquina.

–Hola, me llamo Jody. –Estrechar manos, mirarse los pies–. Soy de Nueva York.

Ser de Nueva York estaba bien, mucho mejor que ser de Bethesda e incluso de Washington. «¿Del estado de Washington? Oh, de Washington D.G. ¿Es senador tu padre?»

–¿De qué parte de Nueva York?

–Manhattan. –Buena jugada, Jody–. El West Village.

Inscripción, clases, reuniones. Dar la mano a personas cuyos nombres no recordaría ni al cabo de una hora ni al cabo de un mes.

–Hola, me llamo Bob. No soy alcohólico. –¿Un chiste?–. Vengo de Minneapolis.

–¿Qué nos toca hacer ahora?

Comparar fotocopias de hojas informativas y mapas, rondar en círculos, hacerse fotografías malas, recoger las tarjetas de inscripción impresas, asumir oficialmente la condición de alumna. Después, en la librería, comprar cosas para una misma, libros que siempre te habías propuesto leer, revistas, nimiedades para tu apartamento, una pizarra; cosas que realmente te ayudarán a organizarte.

–¿Un helado? –preguntó Bob–. ¿Quieres que vayamos a tomar un helado?

Sin pretensiones, práctico y realista, un muchachote del Medio Oeste.

–Buena idea.

Camino de la salida recogieron a una chica extraviada llamada Ilene, oriunda de las profundidades del East Village, las raíces de cuyo cabello teñido de negro mostraban ya el peculiar color naranja debido al sol de California.

–Mirad –les dijo–. ¿Vosotros me miraríais el cabello?

–Yo lo estoy mirando –respondió Jody.

Era difícil no hacerlo.

–Tú eres de Minneapolis –dijo Ilene a Bob–. ¿Conoces a Prince?

¿Otro chiste? Muchas bromas forzadas, mucha comedia en aquellas situaciones, frases incoherentes fruto de la tensión.

Se creaban amistades. Inseparables al principio. Tres era un buen número. A veces el número se ampliaba a cuatro, otras veces hasta cinco, y en ocasiones se reducía a dos si alguien estaba demasiado ocupado, o cansado, o se aburría. Las nuevas circunstancias eran agobiantes. Todos, de vez en cuando, necesitaban estar solos, distenderse, llamar a casa, recordar cada uno lo que era y por qué estaba haciendo aquello.

–Hola, hija, ¿cómo has pasado el día? –preguntaba la madre de Jody cada noche a las ocho, hora del Pacífico–. ¿Qué tal va el apartamento? ¿Seguro que te acuerdas de regar el ficus? Sin excederte, ¿eh? ¿Has conocido ya a alguien interesante? A lo mejor encuentras novio en California. Y, por cierto, recuerda que no habríamos de hablar tan a menudo: la factura del teléfono subirá por las nubes.

El apartamento de Jody era mediocre, pero también lo eran los de la mayoría de los demás estudiantes. Había unos pocos chicos y chicas bien provistos de dinero por sus padres que ocupaban apartamentos de cierta categoría, y algunas personas, casi siempre parejas, que habían alquilado casitas pequeñas. Jody no sentía especial envidia de nadie, a pesar de lo cual su apartamento no era para ella un hogar. Nunca había tenido ante sus narices una palmera. Tampoco había tenido nunca una piscina detrás de casa. Ahora pensaba en bañarse, en nadar, en hundir el rostro en el agua, volverse de costado, respirar metódicamente. Fuera del sótano de sus padres, los horribles muebles que había traído mejoraban, a pesar de todo; los recuerdos unidos a ellos, además, parecían rezumar en el cálido aire, y Jody comenzó a sentir apego, bienestar, nostalgia.

Pensó en lo que estaría haciendo Claire allá en la playa. Su casa era probablemente una pintoresca mansión de doce habitaciones perteneciente a la familia desde muchos años antes. Tendría una magnífica vista sobre el océano. Claire pasaba sin duda las mañanas en la cocina, preparando copiosos almuerzos playeros que más tarde debía de transportar hasta la orilla del mar en un carrito de color rojo. Dedicaría la tarde a holgazanear sobre la arena con un surtido de niños y vecinas que bebían refrescos que al poco tiempo ya no refrescaban y mordisqueaban sándwiches veteados de ensalada y huevo duro preguntándose si los elementos crujientes eran pedacitos de cáscara o simple arena. Cada noche, por supuesto, se celebraría un elegante cóctel en la terraza de alguien. Podía ver a Claire, su cabello de un rubio ya casi translúcido, la tez bronceada, rodeada de toda

aquella gente. Jody deseaba a medias no haber dejado a Claire atrás, deseaba poder hablar con ella cuando se producían aquellos momentos insólitos, contarle los hechos según ocurrían, describirle las personas, los profesores, la ciudad misma; y sobre todo convertir en risibles las cosas horrendas.

«Harry B. llega a la ciudad –canturreó la voz desafinada de Harry en el contestador automático de Jody–. Ojo atento, vigila, mejor que no llores, mejor que no grites, porque voy a por ti.»

Cinco días después compareció a bordo de un Bentley conducido por un chófer. Jody tuvo que saltarse una reunión de programación y una clase de redacción de guiones para no faltar a la cita.

–Hola, princesita –dijo él, besándola de lleno en los labios apenas subió al coche. Jody, sutilmente, se secó los labios con el dorso de la mano–. Discúlpame esto de traer un hombre al volante, pero a mí me es absolutamente imposible conducir en esta ciudad. Me siento a gusto en los Alpes, absolutamente dichoso en las calles de París, pero todo eso... –con un amplio ademán abarcó tanto la depresión como las colinas del territorio que ocupaba Los Ángelesme vuelve loco.

–Podría haber conducido yo –dijo Jody.

Harry frunció el ceño, agitó las manos y le susurró la dirección al chófer.

–Cuéntame cómo te ha ido la vida –dijo.

–Hombre, solo ha pasado un mes...

–¿Y ya lamentas tu decisión de abandonarme?

–No.

–Con el tiempo –refunfuñó él, mirando por la ventanilla cómo Hollywood quedaba atrás.

Fueron a Chasins. Pese a que Harry ya apenas frecuentaba Los Ángeles, conocía a todo el mundo y desde el instante en que se sentaron fueron el centro de una auténtica corte. A derecha e izquierda, desde el aperitivo hasta el café, infinidad de personas se acercaron a la mesa para entablar conversación o, desde el punto de vista de Jody, parlotear.

–Ahora soy vicepresidente de la Paramount –decía uno–. Almorcemos juntos un día de estos.

–Almorcemos –respondía Harry. Y añadía–: ¿Conoces a mi amiga Jody Goodman?

El vicepresidente pestañeaba y tendía la mano.

–Creo que no tengo el placer.

–La señorita Goodman es una joven realizadora estelar. Estelar, oye.

–Oh, ah, vaya –decía el personaje.

Buscaba en el bolsillo de su chaqueta, sacaba unas flamantes

tarjetas, depositaba una sobre la mesa junto a Harry y entregaba otra a Jody, quien en un arrebato de turbación tiraba al suelo su cuchillo.

Cuando la comida terminó, Jody había conocido por lo menos a veinte personas, recolectado dieciséis tarjetas profesionales y recibido tres ofertas provisionales para almorzar, derramado un vaso de agua, extraviado dos cuchillos, y se moría de hambre porque en su esfuerzo por mantener unas conversaciones inteligentes había sido incapaz de comer.

–Altamente productivo, ¿no te parece? –dijo Harry mientras esperaban en la puerta del restaurante a que les recogiera el Bentley.

–Supongo –asintió Jody.

–Así es como hay que hacerlo. ¿Tienes hambre, niña buena? ¿Estás dispuesta a cenar de verdad?

–Podría comer, sí.

Harry, de nuevo, susurró instrucciones al chófer, quien les llevó rápidamente a un cercano McDonald’s de servicio directo a los automovilistas, donde se aprovisionaron para celebrar un festín de Big Macs, patatas fritas y batidos mientras el hombre del volante les obsequiaba con un lento y apacible recorrido por Beverly Hills. Más gordo que nunca y embriagado de azúcar, Harry se inclinó hacia Jody e intentó manosearla. Ella dobló la cabeza hacia delante hasta encontrar la mano que él había colocado en su pecho y la mordió con fuerza, dejando las marcas de sus dientes, rosadas y profundas, en su esponjosa carne.

Jody lo había conseguido: había entrado en Los Ángeles. Todo era bonito; había muchas personas que conocer, fiestas a las que asistir, pequeños acontecimientos en los que un guionista o un director hablaban o presentaban algo, invitaciones a proyecciones privadas. Pronto fue necesario elegir, establecer preferencias y aprenderse de memoria números de teléfono.

Como caído del cielo, Michael llamó.

–Noticias frescas –dijo cuando Jody levantó el teléfono–. Tengo un pez en el anzuelo. Para ti, y exclusivamente para ti, porque te amo. –Jugaba con ella según las pautas habituales en Los Ángeles–. Te propongo un almuerzo telefónico; es como el sexo por teléfono, solo que mejor. Los dos encargamos ensaladas, mantenemos el receptor pegado a la mandíbula, y tú masticas con tanta rabia como puedas directamente a mi oído.

–¿De qué se trata? –preguntó Jody–. No es propio de ti divertirte a costa de la cuenta del teléfono.

–Un viejo amigo me ha llamado. Anda por ahí organizando una producción en Hollywood y necesita una ayudante lista. ¿Dispones de tiempo?

–Quizá. ¿Quién es?

–Gary Marc.

–¿Hablas en serio?

–Tú misma acabas de decir que no gasto el dinero en conferencias para divertirme. Llámale al estudio, está esperando saber de ti. Ah, posdata: no le cuentes que te tiraste al hijo de ese tipo de los discos. Se odian mutuamente hace una eternidad.

–¿Cómo sabes que me acosté con él?

–Por la expresión de tu cara.

–Me alegro de haber dejado de trabajar para ti –dijo Jody.

–La alegría es recíproca. Escucha, volveremos a hablar más tarde... A propósito, Harry me contó que cenasteis estupendamente y que tus tetas son más grandes de lo que él creía.

Jody rió. Michael añadió en otro tono:

–Mañana nos espera un día duro. Ya te iré informando de cómo marcha todo.

–Gracias –dijo Jody–. Muchísimas gracias.

Tenía un puesto de preferencia, un trabajo excelente, había despertado los celos respetuosos de sus condiscípulos.

–¿Cómo lo has conseguido? –preguntaban.

–Así son las cosas –decía Jody–. Un día sonó el teléfono, y zas, como en las películas.

Doscientas horas por semana, esta era la impresión que le producía a ella.

Gary Marc, Míster Productor, Míster Hollywood. Su casa en Bel Air tenía una pista de tenis con aire acondicionado y el congelador repleto de cubitos de hielo hechos con agua Perrier y sabor a lima. «Llama a Brando de mi parte... tenía que haberle hablado de ese asunto... Oh, Dios, es el cumpleaños de Shirley MacLaine... mándale unas flores, invéntate algo bonito que poner en la tarjeta.» Pronto supo Jody no solo dónde y cuándo sino cómo gustaba Gary de almorzar, con qué clase de iluminación, sentado de cara adónde. «Hoy probaré a un par de actrices... Procura estar presente: quiero oír lo que piensas.» Jody, árbitro del buen gusto, la neoyorquina incorruptible, crítica, lógica, siempre en la diana. «Divertida. Eres muy divertida.» Un cumplido; pero, ¿por qué sería que siempre decían lo mismo todos? Ella no era tan divertida. Sin embargo, cualquier elogio procedente de Míster Marc había que tomarlo al pie de la letra.

–Gracias –dijo Jody, realmente halagada.

El tiempo era razonablemente bueno, no agresivo. Sin habérselo propuesto había adquirido un ligero bronceado, aunque en ocasiones se preguntaba si el bronceado no se debería a que le habían quemado la piel las radiaciones de la pantalla del ordenador.

Cuando no estaba en clase, o cumpliendo los requisitos mínimos de

la vida social, o ejecutando las chapuzas que le encomendaba Gary, se sentaba frente a lo que equivalía a la pantalla de un televisor en blanco y negro intentando diseñar imágenes por medio de palabras. Plano medio. Persecución coches. Interior restaurante comida rápida. Día. Llamada telefónica. Fundido en negro. Escena erótica. Era una comedia, y en la medida en que a ella la distraía la consideraba buena. Hasta el momento, también era una película que le habría gustado ver. Jody se sentía contenta y las cosas le funcionaban. Una, dos, tres veces al día se recordaba a sí misma: «Ya te lo decía yo».

Un tipo de San Diego llamado Simon la invitó a salir en un par de ocasiones. Llegada la que Jody supuso sería la gran noche, ocultó un condón dentro de un zapato (su falda no tenía bolsillos, y no estaba dispuesta a llevar bolso) y corrió a reunirse con él junto a los buzones del archivo cinematográfico. Después de escuchar una conferencia de Mel Brooks fueron al apartamento de Simon. Con el compañero de este, Steve, en el cuarto contiguo, se sentaron en el suelo sobre un fotón japonés y contemplaron el vídeo que a él le había servido para solicitar el ingreso en la escuela de cinematografía. De principio a fin era un documental zoológico: animales, animales, animales.

–Delicado –dijo Jody–. Muy muy delicado.

–Tenemos que hablar –declaró entonces Simon, que parecía haberse quedado repentinamente sin aliento–. Es sobre Steve. Le gusto. Anoche nos entrompamos, discutimos, terrible... Bien, creo que él también me gusta a mí. Claro que no estoy completamente seguro... En fin, confío en no haberte desengañado.

–No, qué va –dijo Jody–. Desengañar no es la palabra apropiada.

Se puso en pie, consiguió dominarse y salió del apartamento.

–Hasta mañana –la despidió Simon cuando traspasaba la puerta.

Comenzaba el otoño. Era de suponer que el tiempo refrescaría, que oscurecería más temprano, y que con suerte terminaría incluso por nevar. Pero no en Los Ángeles, no en la tierra de la gran inventiva. Como máximo, el aire tenía una cierta crudeza que provocaba escalofríos. Jody estaba fatigada. Seguía pasándolo la mar de bien, pero se sentía exhausta: la diversión ya no era tal diversión. Una acababa harta. Y no obstante, aquello no cuadraba, porque Jody era feliz. Continuamente se autoexaminaba: «Soy feliz, ¿verdad?».

Una noche, mientras estaba en casa escribiendo, oyó en la distancia sirenas y chirrido de neumáticos. Oírlo no le sugirió nada; en todo caso lo consideró perfectamente normal, lo mismo que ocurría en Nueva York. Después, sin más aviso, hubo un enorme estrépito. La bombilla de la lámpara Luxo que Jody utilizaba estalló cuando un coche embistió una esquina de su apartamento. En el ordenador se borró la memoria; un faro y un radiador penetraron por la pared donde había estado el ficus. Fuera, con enérgicos frenazos, pararon

unos coches de la policía, que proyectaron círculos intermitentes de luz roja y azul en las paredes destrozadas. Se oían los graznidos roncos de las radios. Sonó el timbre de la puerta.

–¿Está usted bien? –preguntó un agente.

Jody asintió.

–Vamos a evacuar el edificio hasta asegurarnos de que las conducciones de gas no se han roto.

–En mi apartamento hay un coche.

–Traeremos un técnico. ¿Ha probado si su teléfono funciona?

Jody se encogió de hombros, señaló el aparato, y el policía lo levantó, escuchó y comenzó a marcar. Ella desconectó el ordenador.

–¿Está segura de no haber sufrido ningún daño?

Jody recogió sus llaves, su cartera y su cuaderno de notas. Luego siguió al policía al exterior.

Valiéndose de lo que ellos llamaban «las garras de la vida», los bomberos cortaron el techo del automóvil y lo arrollaron hacia atrás como la tapa de una lata de sardinas. Había sangre y metal por todas partes. Los enfermeros comenzaron a trabajar sobre las dos personas encerradas en el coche ya antes de que se las pudiera sacar de allí. Aparecieron rápidamente fotógrafos y equipos de televisión. Jody se alejó, dobló la esquina y caminó diez manzanas antes de encontrar un teléfono público.

–Me ha dejado colgada el jodido idiota con quien tenía una cita, por eso estoy en casa –dijo Ellen–. Ya sabes que quedarme en casa me saca de quicio.

–Un coche se ha estrellado contra mi apartamento –dijo Jody con perfecta calma–. Mientras estaba yo dentro.

–O sea, que has demolido tu coche.

–No, el coche de otra persona ha demolido mi apartamento. Dos tipos. Ahora están cortando la carrocería para sacarlos.

–¿Muertos?

–Casi, me parece.

–Bueno, escucha –dijo Ellen–. Que te marcharas de Nueva York no ha sido tan malo como parecía, porque a mí me trasladan a Dallas.

–¿Texas?

–Lo espero digamos que con ansiedad. Ya sabes, cowboys, domadores de caballos, tíos que montan toros furiosos.

–Tierra de pollas grandes.

–Exacto. Con un poco de optimismo, pollas grandes y bien educadas; suponiendo que los términos no sean contradictorios.

–¿Cuándo?

–Dentro de un mes aproximadamente. Será estupendo. Quedas invitada a venir y sentarte en mi cactus.

–Lo tendré presente, gracias.

Una ambulancia con la sirena a plena potencia pasó junto a Jody. Esta añadió:

–Debería volver a investigar qué ocurre. Será curioso ver si el edificio se hunde cuando retiren el coche. Cielos, he dejado mi guión allí.

–Dudo que se hunda. Esos edificios son a prueba de terremotos.

Ellen tenía razón. Cuando desempotraron el coche cayeron unos pocos ladrillos, se desprendió un poco de cascajo, pero los cables de acero incrustados en el cemento fueron básicamente los que lo sostuvieron todo en pie.

–Su madre ha llamado –dijo uno de los policías, que se disponía a marcharse–. El contestador ha grabado el mensaje, pero yo estaba cerca y lo he oído. Quiere que la llame usted a ella.

–Gracias –dijo Jody.

–No faltaría más –respondió el agente.

El superintendente del edificio obturó el gran orificio con láminas de contrachapado mal aserradas y peor clavadas, y prometió volver a primera hora de la mañana para hacer un trabajo más presentable.

Jody dormitó en el sofá, casi esperando que alguien o algo entrara deslizándose cautelosamente entre aquellas tablas sin ajustar.

–¿Qué es esto? –preguntó Sam.

Estaba de pie, desnudo, frente a la mesilla de noche de Claire y de espaldas a esta.

–¿Qué es qué? –replicó Claire, deslizándose por la cabeza una blusa limpia y recién planchada.

Por fin había descubierto en Easthampton un establecimiento de lavado y planchado de ropa. Estaban vistiéndose para salir a cenar, ya con retraso.

Sam se volvió. El cajón de la mesa estaba abierto. Él tenía en la mano el fajo de folletos, formularios y circulares.

–No pensarás todavía en esas cosas, ¿verdad?

El saludable color del sol del día pareció desvanecerse del rostro de Claire, que se estremeció.

–¿Qué haces hurgando en mi mesilla de noche?

–Busco la pomada de cortisona. Me ha picado un bicho. –Volvió un tobillo hacia ella y señaló una mancha roja e hinchada, del tamaño de una moneda de medio dólar. Al mismo tiempo examinaba los documentos, abriéndolos en abanico con los dedos de su mano libre–. Y yo que creía que estabas tan bien... que todo eso ya lo habías superado...

–Así es –dijo Claire–. Se trata de una investigación para una paciente. Déjame ver la picadura. Puede haber sido un tábano.

Se acercó a Sam, pero él se movió para esquivarla.

–Tu nombre está escrito en la primera línea –dijo, sacudiendo los papeles.

Claire posó sus frías manos en las caderas de su marido. La piel de Sam despedía un calor intenso. Ella se hincó de rodillas y fue bajando las manos por sus piernas hasta detenerlas en sus tobillos. Inspeccionó la picadura. Miró hacia arriba y encontró la mirada de Sam fija en ella, observándola. Entonces rozó con los labios la parte inferior de sus muslos y recorrió poco a poco el camino ascendiente.

–No tenemos tiempo para eso –dijo él, retrocediendo un paso.

Dejó caer los papeles sobre el lecho, se puso calzoncillos, calcetines y pantalones, introdujo los pies en los zapatos, descolgó una camisa de una percha y se la llevó consigo al salir de la habitación.

–Llegaremos tarde –precisó.

Claire sacó del armario la maleta grande donde guardaba sus cosas más preciadas, metió en ella los documentos e instantes después fue a reunirse con Sam.

–Lo siento mucho –dijo Claire aquella misma noche, ya a altas horas, cuando ambos estaban acostados en extremos opuestos de la

cama, tan alejados uno de otro como les era posible.

–Tenemos una vida tan agradable –se lamentó Sam–. ¿Por qué no es suficiente eso? ¿Por qué siempre quieres más? Nunca estás satisfecha.

Claire guardó silencio.

–Haces que me sienta como una mierda –agregó él.

–No tiene nada que ver contigo –dijo ella.

Y cada uno de los dos, mientras esperaba que el otro dijese algo más, cayó en un sueño exhausto e intermitente.

–Podríamos quedarnos aquí –sugirió Claire la noche siguiente, cuando ella y Sam estaban solos, tendidos en sendas sillas de lona desplegadas en el jardín trasero.

–¿Para siempre? –preguntó Sam.

Claire acarició el césped con los dedos.

–El invierno próximo –respondió–. Fuera de temporada el alquiler es muy barato. Sería nuestro refugio de fin de semana.

–¿Por qué no un sitio en la montaña? ¿Algo por los alrededores de Woodstock?

–Eso ya lo tenemos. Hemos traído nuestros trastos, ya estamos aquí.

Claire lanzó una mirada a las luces encendidas del dormitorio del piso alto.

–Podría ser deprimente.

–Romántico –dijo ella, moviendo los labios en un beso ausente–. A los chicos les gusta el aire libre. Este lugar es seguro; Jake puede desenvolverse por su cuenta y lo necesita.

–Tú lo necesitas.

–Todos lo necesitamos.

Lejos de la ciudad, los chicos parecían más enjutos, más musculosos y más curiosos y despiertos que antes. Jake, especialmente, era menos una bola de pasta. Se podía mantener con él una conversación; quería contarle a su madre las olas que había surcado, las cosas que otros chicos decían, etcétera. Quizá aquello habría ocurrido de todos modos, pero en la mente de Claire el cambio se debía a haber salido de las estrecheces de su apartamento y roto con la vida urbana.

–¿Nos apetecerá realmente venir cada fin de semana? –preguntó Sam.

Ella asintió.

–Fines de semana largos.

Extendió el brazo, asió la mano de Sam y la atrajo hacia sí para oprimirla contra su pecho. La silla de él se volcó y le tumbó sobre el césped.

–¿Qué pasará con el trabajo, la escuela, lo que es nuestra vida

normal?

Sam se comprimió en el angosto espacio de la silla de Claire. Quedaron tendidos de costado, nariz con nariz.

Claire se encogió de hombros.

–La vida sigue su curso.

No se había dado cuenta, pero desde que dijo adiós a Jody su interés por volver al trabajo había menguado de manera notable. Simplemente, ya no le importaba tanto. Podría reajustar sus horarios y sus pacientes ni siquiera lo notarían. Tenía derecho a una vida propia. A fin de cuentas, se suponía que su obligación respecto a sus pacientes era precisamente enseñarles a tener vida propia. ¿No debería practicarlo consigo misma?

Durante la semana, mientras Sam estaba en la ciudad, Claire y los chicos regresaban de la playa a las cinco, que era cuando se retiraba el socorrista de turno. Se duchaban rápidamente, los chicos fuera, ella dentro, y salían a cenar: pizza, hamburguesas, pollo frito, en una rotación casi ritual. Camino de casa se paraban en la tienda de vídeos y Jake pedía invariablemente películas de tiros, justificando su elección con las habituales excusas: «Esa ya la he visto» o «En esta matan a muy pocos». Finalmente, Jake y Adam y uno o dos chicos del vecindario se despatarraban en el sofá, introducían la cinta en el vídeo y una bolsa de palomitas de maíz en el microondas, mientras Claire se recluía en el piso de arriba para leer números atrasados del New Yorker.

Los viernes por la tarde, Claire y los chicos iban a la estación del ferrocarril, esperaban a Sam y juntos se dirigían al Snowflake, donde hacían cola para comprar helados. Los fines de semana eran una delicia. Con Sam allí, Claire quedaba libre de servicio. No tenía que ocupar el cargo de vigilante de playa y socorrista particular, de espantainsectos y de lavabotellas. Permanecían en la playa hasta el anochecer, nadando, haciendo volar cometas, jugando al fútbol. Al llegar el crepúsculo, Claire se sentía cómoda, en paz, conforme con el momento. Mientras observaba a Jake y Adam pasarse la pelota con Sam, tiraba de los hilos de la cometa y escuchaba el rumor de sus alas de plástico vibrando en el cielo; y la brisa de la tarde y la humedad de la arena parecían integrar como nunca su cuerpo en su persona.

Una vez en casa, los tres varones se duchaban juntos en la caseta al aire libre (la «lluvia caliente» lo llamaba Adam) y Claire, celosa, esperaba dentro. No podía quitarse el traje de baño, tirarlo más o menos en la dirección del tendedero y empastarse con los tres en un sándwich de carne. Tampoco podía alinearse con ellos en el jardín trasero para una rápida competición de pipí: a ver quién llegaba más lejos y más deprisa, a ver a quién le duraba más rato. Pero cuando los chicos iban a casa de alguno de sus nuevos amigos, cuando Claire y

Sam volvían solos de la playa, entonces se desnudaban uno a otro y, a pelo, bajo la luz crepuscular, se besaban apoyados contra la mesa de pícnic, se metían en la ducha y allí mismo lo hacían, donde los vecinos, caso de haberles interesado, podían verles o por lo menos oírles. Se duchaban y jodían y continuaban duchándose, y después se envolvían en las toallas de playa todavía húmedas de sudor y de loción bronceadora.

Con ayuda de los chicos, Sam encendía el fuego y ponía a cocer algo que había estado marinándose todo el día. Desde la cocina, donde disponía la mesa y calentaba agua para hervir el maíz, Claire oía los siseos y las ligeras explosiones de la carne que se asaba. Y cada noche, como remate de la cena, Sam se llevaba a los chicos al jardín y preparaba sus postres especiales. Volvían a entrar con la piel dos veces más oscura, las caras congestionadas por el calor de los rescoldos, la boca rodeada de copiosas trazas de mermelada, chocolate y migas de galleta, los ojos enrojecidos por efecto de las muchas horas de sol, del agua salada y del cansancio. Claire les lavaba la cara con una toalla empapada en agua tibia, ponía pasta en sus cepillos de dientes y se quedaba con ellos en el cuarto de baño para asegurarse de que la limpieza se efectuaba de verdad. Cuando terminaba de lavarse, Adam alzaba los brazos al aire y Claire le quitaba la camiseta, le ponía el pijama, le acostaba en su cama y vigilaba mientras él, con admirable facilidad, se rendía al sueño.

Hacia el final de la última semana, una noche en que salieron a dar un paseo después de cenar, la pareja de la casa vecina, que también paseaba, les preguntó cuándo tenían previsto marcharse.

–No nos vamos –respondió Sam, mirando a Claire–. ¿No te lo había dicho?

Ella movió negativamente la cabeza.

–He estado tan ocupado que seguramente lo olvidé –prosiguió él, en tono deliberadamente provocativo–. He firmado el contrato. Hasta mayo.

Ella le abrazó efusivamente. Le besó. A un lado de la calle y ante la mirada de los vecinos, deslizó la lengua entre sus labios y le cosquilleó el paladar, la angostura de la garganta, la muela que el odontólogo le había enfundado.

–Gracias –dijo–. Muchísimas gracias.

–Me muero de envidia –intervino la esposa del vecino–. ¡Qué suerte tenéis, qué suerte! Nosotros nos marcharemos el lunes.

–Yo me quedaría aquí para siempre –dijo el marido.

–Bien, quizá cuando estemos en la ciudad podamos cenar juntos alguna vez –se despidió la mujer, a punto de entrar en su casa.

–Buenas noches –murmuró Sam.

–Te adoro –le dijo Claire.

–Demuéstramelo.

–Ven conmigo –replicó ella, conduciéndole hacia la playa.

El 2 de septiembre Claire sacó definitivamente su maleta grande del armario y la trasladó al coche. Pasó revista a las pertenencias de todos, guardó lo más esencial en dos maletas pequeñas, se puso de acuerdo con un empleado del mercado local para que se ocupase de los gatos y desconectó la cafetera eléctrica.

Salieron marcha atrás por el camino particular de la casa, sintiéndose ligeros, casi inestables. Sam condujo hasta la playa, y Adam saltó del coche para decir adiós a las olas.

–¿Por qué hacemos esto si volveremos la semana próxima? –preguntó Jake.

Nadie le contestó. Sam sacó su cámara fotográfica y terminó un carrete de película con tres fotos de Adam fingiendo que besaba el cielo, la arena y el chiringuito.

En su consultorio esperaba a Claire una postal de Jody.

La cara delantera llevaba impreso en letras multicolores SALUDOS DESDE LOS ÁNGELES; al dorso, Jody había mecanografiado: «Sobreviví al viaje. Mañana voy a Frederick’s, en Hollywood, a comprarme ropa de estudiante. Confío en que disfrutes de las vacaciones. Pronto te contaré más». La tarjeta postal conservaba todavía la curvatura del rodillo de la máquina en que fue escrita.

Claire respondió inmediatamente con una postal del Museo de Arte de Easthampton: «Vacaciones magníficas. Relajada. Bronceada. Pensando en ti».

Después de la intensidad luminosa de la playa y el rico colorido de las flores del jardín, el despacho de Claire resultaba lúgubre. Ello la indujo a comprar cuatro vistosos cojines hechos con kilims turcos: rojos intensos, naranjas, púrpuras, colores llenos de vida y de vigor. Ya se había cansado de la moda minimalista.

La mayoría de los pacientes volvían del verano frustrados de manera alentadora. Estaban resueltos a cambiar, como si bajo la intensa luz de agosto se hubieran visto a sí mismos con mucha más claridad. Sin embargo, como siempre, ciertas personas parecían incapaces de progresar, y resultaba extrañamente tranquilizador saber que algunas cosas seguían igual ocurriera lo que ocurriese. Ello daba a Claire perspectiva y libertad.

Polly, la paciente a quien Claire había acompañado a abortar, lo primero que dijo cuando entró fue:

–Estoy otra vez embarazada. –Su tono parecía implicar: «¿Qué vas a hacer ahora? ¿Llevarme a que me esterilicen?»–. Mi novio volvió.

Claire no podía responder. Permaneció inmóvil en su silla, procurando no actuar en ningún sentido que se prestase a falsas

interpretaciones. Quería mostrarse lo más neutra posible, ni positiva ni negativa.

–Y voy a casarme –añadió la muchacha, exagerando la nota como la mujer obesa que pide de postre una rodaja de banana.

Claire mantuvo su silencio.

–Te he decepcionado, ¿verdad? Piensas que no podría casarme y ser una madre decente por mucho que me lo propusiera. Consideras que estoy demasiado jodida.

«Quién demonios soy yo para juzgarla», se dijo Claire. Y no obstante...

–No necesito tu falsa condescendencia –continuó Polly–. Mi madre está contentísima de que nos casemos. Se ocupa de la boda y de todo, y a ti no te hemos invitado.

La muchacha, en el fondo, se comportaba como una niña de seis años.

–¿Eres feliz? –preguntó Claire.

–A ti solo te interesa que esté hundida, porque ese es tu negocio.

–Das la impresión de haberte enfadado conmigo.

Polly no respondió de inmediato. Finalmente dijo:

–Oye, tú no me debes nada.

Era una respuesta extraña. Nadie había mencionado ninguna deuda.

«Hazte un favor a ti misma –pensó Claire–, y ve a dar un paseo bien largo.»

–Bien, hoy no tenemos más tiempo. Quizá podamos hablar de esto a fondo la semana próxima.

–A la mierda la semana próxima –dijo la chica.

«A la mierda tú», pensó Claire.

–El miércoles a las tres –dijo–. Te veré entonces.

Estaba cambiando. Hasta aquel momento Claire se había habituado a pensar en maneras de castigarse a sí misma, de hacerse la vida más difícil. Por primera vez tenía realmente la sensación de que la suya era una vida válida y podía ser extraordinaria; lo único que debía hacer era proponérselo y conseguirlo.

En cuanto regresaron a Nueva York, Claire se dedicó a leer la sección inmobiliaria del New York Times buscando casas. Al principio, señalarlas mentalmente fue todo lo que supo hacer; le costó dos semanas pasar a utilizar un trozo de lápiz, y más tiempo aún usar un bolígrafo rojo hasta agotarlo. No fue sino en octubre cuando pisó el interior de una de aquellas casas.

En Amagansett, sus vecinos de invierno eran sobre todo propietarios que en verano desaparecían para trasladarse más al norte, donde la vida era barata, y alquilar sus casas por enormes sumas, lo

cual les permitía reunir en un solo trimestre el valor de los plazos de la hipoteca correspondientes a todo el año. Volvían en septiembre y dedicaban el otoño a reparar los desperfectos, a restaurarlas, e incluso a añadirles terrazas y habitaciones nuevas. Observar su modo de proceder había sido lo que impulsó a Claire a tomarse en serio la idea de la casa: significaría poseer algo.

Los fines de semana, lejos de la oficina, ausente de la ciudad, se sentía un poco culpable. No discutió cuando Sam se hizo instalar un teléfono en el coche (quería ser accesible donde fuera y a la hora que fuese), y por su parte comprobaba frecuentemente el contestador automático para asegurarse de que ninguno de sus pacientes le había dejado un mensaje de emergencia. Le preocupaba la posibilidad de que inadvertidamente estuviera intimidando a algunos de aquellos pacientes, incitándoles a guardarse sus problemas entre sesiones: «Estás solo, la pesadilla es real, nadie te ayudará hasta el próximo martes a las tres».

Mientras Claire se quedaba en casa descansando y viendo cambiar el follaje de árboles y arbustos, Sam se llevaba a los chicos, ataviados con equipos de buceo, a surcar las olas en la playa, prácticamente hasta que los primeros hielos hicieron su aparición.

Por primera vez en presencia de sus hijos, rastrilló hojas muertas. Una cálida tarde, los cuatro trabajaron infatigablemente en derredor de la casa hasta acumular las hojas rojas, anaranjadas y amarillas en un gran montón; luego, por turnos, se arrojaron sobre ellas como si se zambullesen. Claire, además, salió a pasear con otras mujeres residentes en la misma calle y se sentó con ellas sobre la hierba, entre los árboles, sin preocuparse por si se estropeaban sus faldas de cien dólares. Estaba retornando a su personalidad originaria, era más ella misma que en cualquier otra época desde que se casó con Sam. Le estaba dando vuelta a su vida, convirtiéndola en la gran vida que siempre le había atemorizado permitirse.

A principios de octubre recibió una larga carta de Jody, enteramente dedicada a Los Ángeles, a la universidad, a sus nuevas amistades, a la experiencia que adquiría en su trabajo con un productor llamado Gary Marc; curioso, un hombre que parecía tener dos nombres propios, pero no apellido.

Recién leída la carta, Claire llamó a Jody. Mantuvieron una larga y estupenda conversación, con frecuentes risas. Incluso en Los Ángeles, Jody era suya. Siempre sería suya.

Como consecuencia inmediata, Claire adquirió el hábito de llamar a Jody una o dos veces por semana, a media tarde, entre pacientes, cuando necesitaba reír un poco, distenderse, recibir algún estímulo. A través del teléfono Jody hablaba de cosas de las que quizá no habría hablado en persona, cosas que parecía resultarle más fácil decirle a

Claire a cuatro mil kilómetros de distancia; nada de especial importancia, solo hechos elementales: qué pensaba Jody de sí misma, de su familia, de estar sola en Los Ángeles, y de cómo, cuando una no sabía lo que le reservaba el futuro, se sentía más apegada a su pasado. Claire no dudó en dar a Jody el número de teléfono de su casa en la playa. No sabía exactamente por qué quería estar tan disponible, tan abierta, excepto que le parecía perfectamente natural.

Desde mediados de octubre, Claire buscaba casa. Al principio casi no era consciente de lo que estaba haciendo. Pero apenas disponía de unas horas libres, sus pasos la llevaban al garaje y sin darse cuenta se encontraba en Westchester, en Connecticut, a veces en Nueva Jersey, reduciendo la marcha cada vez que veía un rótulo de EN VENTA, notando que se le aceleraba el pulso si la casa tenía buen aspecto desde el exterior. Aquello se convirtió en una adicción. Modificó sus horarios y comenzó a dejar en blanco las mañanas de los jueves. A las pocas semanas estaba en contacto con agentes, entraba y salía de las viviendas de otras personas, las ponía a prueba, recorría todas las habitaciones, abría y cerraba grifos, accionaba la cisterna de los retretes.

En algunas de las casas, la cocina parecía corresponder a un restaurante. En una, había veinticinco aparatos Cuisinart instalados en la pared por encima de una Kitchen Aid polivalente y una hilera completa de máquinas surtidas de rebanar y cortar en cubitos.

–¿Vive aquí Julia Child? ¿O alguna cocinera famosa?

–Qué gracia –dijo el agente inmobiliario–. De hecho, la propietaria escribe críticas culinarias para el New York Times.

A Claire le asaltó la preocupación de que, al parecer, en los suburbios residenciales una cocinaba mucho rato, muy en serio y muy bien. El concepto adecuado sería quizá que una se esclavizaba. Dudaba mucho de que su familia sobreviviera sin tener comida china disponible a los diez minutos de pedirla por teléfono y durante las veinticuatro horas del día.

–¿Sirven a domicilio los establecimientos de por aquí? –preguntó.

El agente la miró perplejo.

–Pues no tengo la menor idea.

Comenzó a observar también que los frigoríficos y congeladores eran gigantescos, de un tamaño que a veces permitía la entrada de una persona. Las proporciones de aquel tipo de vida eran demasiado grandes, podían resultar abrumadoras. Iban a necesitar más coches: uno para Sam, otro para ella y quizá una furgoneta para los comestibles. Sam no llegaría nunca a casa antes de las ocho, de las siete si había suerte, y se verían obligados a renunciar para siempre a sus ocasionales almuerzos íntimos. Cuanto más pensaba Claire en ello, más persuadida estaba de que en el futuro, cuando sus clientes le

plantearan la posibilidad de un divorcio, ella les sugeriría que se trasladaran a las zonas residenciales.

–No se verán nunca uno a otro –diría–. Vidas completamente autónomas.

Imaginaba a la feliz pareja volviendo para darle las gracias:

–Es perfecto. Salimos juntos los sábados por la noche. Es como citarse con un ligue. Nos encanta. Solo fines de semana. Y a los chicos les encanta todavía más que a nosotros. Jamás les vemos, jamás nos ven. Nos dejamos notas unos a otros en la mesa de la cocina. Fantástico. Gracias, mil gracias.

–¿Qué haremos el Día de Acción de Gracias? –preguntó Sam una mañana, mientras se preparaba para irse a trabajar y revisaba su agenda.

–Sería estupendo quedarse en la playa –dijo Claire–. Quizá incluso podríamos alargarlo hasta cuatro o cinco días.

–Es la única fiesta en que podemos invitar aquí a mi familia.

–¿Importa mucho si tu hermana no viene por una vez el Día de Acción de Gracias? –preguntó Claire–. Podemos explicarle que nos marchamos. Por otra parte, apostaría a que prefiere celebrarlo por su cuenta.

–¿Y qué me dices del desfile? Me habría gustado llevar a los chicos a ver las carrozas.

–El desfile es la noche anterior. Podemos marcharnos por la mañana.

–Demasiado cansado –dijo Sam–. Conducir tanto rato, luego preparar la comida...

–¿Desde cuándo cocinas tú? –preguntó Claire–. Además, la mayoría de las cosas puedo prepararlas antes.

–Hará frío, todo estará solitario. Allí no habrá nadie.

En las fantasías de Claire, frío y solitario equivalía a emotivo y romántico: ella, Sam y los chicos abrigados con suéteres gruesos, paseando por una playa vacía, confortablemente instalados ante un fuego rugiente, saciados de pavo recién asado, de tarta de calabaza, de vino, la casa en sombras excepto por el reflejo de las llamas en las caras de sus hijos. Una larga y grata partida de Monopoly, y luego a dormir. La vida apacible.

El claxon de un coche penetró disonante en su ensueño.

–No quiero quedarme aquí –dijo Claire.

–Pues aquí tienes tu hogar. Amagansett no es un hogar. Vivimos aquí.

–Entonces, mudémonos –replicó ella, sorprendiéndose a sí misma.

Sam no contestó.

–Muy bien –continuó Claire–. Así que esperas que me quede en

casa todo el día preparando la cena en una cocina jodidamente pequeña solo para dar de comer a tu familia el único jodido día del año que se dignan sentarse a nuestra mesa, aunque no prueben el relleno del pavo por miedo a que yo les envenene con alguna pócima pecaminosa a las que somos tan aficionados los gentiles.

–Si no quieres cocinar, podemos encargar la comida, por el amor de Dios –dijo Sam, metiendo la agenda en su portafolios y cerrando este de un manotazo–. Todas las demás fiestas…

–Fiestas judías –le interrumpió Claire.

–Todas las demás fiestas judías mi hermana prepara una cena estupenda y nos invita. ¿A qué viene tanto jaleo por devolverle el favor una vez al año?

– Y en cada cena tu hermana y su familia casi se matan unos a otros; por las buenas, simplemente así, siempre lo mismo. Míranos a nosotros. ¿Es eso lo que quieres? Estás haciendo que nos comportemos exactamente como ellos.

–Yo no hago nada especial. Nada. Ni obligo a nadie a hacerlo. Me limito a decir que me gustaría celebrar el Día de Acción de Gracias en casa.

Claire, con los brazos cruzados, guardó silencio. Sam no añadió una palabra.

–Tengo cosas que hacer –dijo finalmente ella.

Cogió su bolso y salió del apartamento.

Sentada en el sofá, Jody miraba a través del vidrio de la puerta corredera. A lo lejos se distinguían unas palmeras y las colinas de Hollywood. Los brazos y las piernas le dolían como si le hubieran insertado algún objeto largo y delgado, una aguja de hacer calceta o algo así, que ahora removían para torturarla. Aquella misma tarde, más temprano, había llamado a su madre.

–Me estoy muriendo –anunció bruscamente, con lo cual destruyó de inmediato cualquier posibilidad de ser creída.

–Luego te llamo yo –dijo su madre.

Durante semanas, Jody se había sentido indispuesta de una forma rara y difícil de especificar. Ahora empeoraba. Quince días antes había ido al dispensario público.

–Parásitos –le dijo un médico joven y agradable–. Tiene usted parásitos. ¿Podría facilitarnos una muestra de sus deposiciones?

–¿Ahora mismo?

El médico asintió.

–Si no, podemos obtenerla nosotros.

«¿Cómo?», pensó Jody.

–No tengo parásitos –dijo, y se marchó a casa.

A los tres días volvió al dispensario y pidió ver a otro médico distinto.

–Hepatitis –le dijo el segundo médico–. Lávese muchas veces las manos, no querrá contagiar a nadie.

Jody llamó a su madre.

–Tú no tienes hepatitis –dijo esta.

Ella estaba de acuerdo, a pesar de lo cual continuó lavándose las manos con más frecuencia que de costumbre.

Había ido a hablar con uno de sus profesores, quien le dijo algo respecto a que el primer semestre era notoriamente difícil; precisó que algunos alumnos, principalmente mujeres jóvenes, renunciaban a continuar y nunca se volvía a saber de ellos.

–No se trata de eso –intentó explicar Jody.

–¿Alguna vez ha recurrido a la psicoterapia? –insinuó él.

Ahora ella permanecía inmóvil en el sofá, preguntándose cuánto tiempo llevaría sentada allí y confiando en que, si el teléfono llegaba a sonar, tendría la mente lo bastante clara para responder.

–Algo anda mal, realmente mal –dijo cuando, por fin, su madre llamó.

–Das la impresión de estar muy excitada. Descansa un poco. Ponte en la cara una toalla húmeda.

–Lo que estoy es enferma –insistió Jody–. ¿Cuántas veces me has

oído decir que estoy enferma? ¿Te diría que me siento a punto de morir si no fuera verdad?

–Bueno, hija, en este momento no puedo ir contigo.

–Nadie te pide que vengas.

Jody llamó a las líneas aéreas. Volar a casa sin previo aviso le costaría una enorme suma de dinero. Si podía esperar tres días sería más barato, y más aún si esperaba siete. La solución perfecta consistiría en esperar hasta Navidad, porque entonces no le costaría nada: sus padres habían pagado el billete tres meses antes.

Fue a clase con dolor de cabeza y el cuello rígido. Al cabo de media hora comenzó a temblar incontrolablemente y tuvieron que ayudarla a salir del aula.

–¿Quieres ir al hospital? –preguntó alguien.

–No –dijo Jody–. No. Sería suficiente con que alguien me llevase a casa. Suficiente. Solo necesito irme a casa.

Cuando la acompañaron a su apartamento, Jody pidió a uno de sus compañeros que entrase un minuto.

–Hazme un favor y marca el número de mi amiga... Yo todavía tiemblo.

Era la primera vez que llamaba a Claire de aquel modo, a su casa y sin haberlo acordado antes. Le atemorizaba hacerlo ella misma, temía que contestara el marido de Claire o uno de sus hijos, le asustaba descubrir algo que no quería saber. No se había atrevido a decirle a su acompañante que iba a llamar a su psicoanalista; con «mi amiga» creía haber salido del paso.

Él marcó el número, preguntó por Claire y entregó el teléfono a Jody.

–Espero que mejores pronto –dijo, y se marchó.

Jody necesitaba hablar con Claire, no con su madre; deseaba una respuesta basada en la realidad, no en la ansiedad.

–Hola –dijo Claire–. ¿Hola?

–He ido a clase, me he echado a temblar de pies a cabeza y han tenido que traerme a casa. Me siento horriblemente mal. Estoy alucinando, muerta de miedo. –Solo después de haber soltado todo aquello se dio cuenta de que todavía no había dicho quién era–. Soy Jody.

–Ya lo sé –respondió Claire a media voz–. Es posible que hayas pillado una gripe. ¿Tienes fiebre?

–No creo que sea la gripe. La he tenido otras veces y no se parecía a lo de ahora.

–Cada año hay virus nuevos.

Jody no hizo comentarios. Estaba buscando el termómetro.

–¿Tú qué supones que es? –preguntó Claire.

Jody oyó voces jóvenes al fondo.

–Lamento haber llamado.

–Qué dices. Mira, tómate un par de aspirinas, bebe zumo de fruta, métete en la cama, pon la tele y estate quieta allí. Te dormirás enseguida, y mañana las cosas serán distintas, ya lo verás. Te llamaré temprano.

–Gracias.

–Que duermas bien –dijo Claire antes de cortar.

La mañana siguiente fue uno de aquellos días de noviembre fríos y lluviosos que nadie anuncia. Jody tenía enormemente irritada la garganta, cubierta incluso de bultos que parecían ampollas. Si intentaba levantarse, el cuarto daba vueltas a su alrededor. Una especie de sarpullido rojizo y grumoso se estaba extendiendo por sus piernas y su vientre y sentía en el pecho un dolor mortecino pero insistente. Su temperatura rozaba los cuarenta grados.

Llamó a la oficina de Gary Marc para comunicar que no iría. La recepcionista rehusó tomar el mensaje y transfirió la llamada al teléfono del coche de Gary. Mientras ella describía sus síntomas, Gary quedó atrapado en un embotellamiento de tráfico debajo de un viaducto y la llamada se cortó.

–Una infusión de hierbas... –fue lo último que le oyó decir.

Otra llamada, ahora al dispensario, para poner al día al médico sobre su situación. El médico dijo que se trataba probablemente de una mononucleosis y que ella nada podía hacer que no hubiera hecho ya. Aturdida, unas veces temblando, otras sudando, no se movió de la cama, salvo para descubrir que había perdido siete kilos en dos días.

Claire llamó.

–Solo quería saber cómo sigues –dijo.

–¿Quieres oír algo misterioso? –preguntó Jody, con una voz que era un cuchicheo chillón.

–Por supuesto.

–Siempre he tenido dentro de mí un punto amarillo que es como otra personalidad secreta. Jamás he hablado de esto a nadie. Pero lo protejo. Mi obligación es evitar que al punto amarillo le causen nunca el menor daño. Y pasa que hoy está fuera. Está aquí, en el apartamento, en este mismo cuarto, corriendo solo por todas partes. ¿Me habré vuelto loca?

–No –dijo Claire–. Los humanos tenemos identidades profundas, y cada cual las describe a su propia manera. Te ha subido la fiebre, lo cual puede hacer que te experimentes a ti misma, es decir, te sientas a ti misma de forma diferente. Eso es todo. Quiero que llames al médico y que te visite esta tarde si puede ser.

–Adoro mi punto amarillo –declaró Jody. Oyó que sonaba el timbre del consultorio de Claire y añadió apresuradamente–: Será mejor que abras la puerta.

–Te llamaré más tarde si tengo ocasión.

A la una de la madrugada, Jody llamó a casa de sus padres.

–Mamá –graznó.

–Me has asustado –dijo su madre, medio dormida y sin aliento–. ¿Qué hora es?

Jody ignoró la pregunta. El dolor de su pecho había empeorado; se sentía incapaz de respirar, y mucho menos de hablar. La última vez que se había tomado la temperatura estaba ya por encima de los cuarenta grados.

–Es plena noche, tardísimo –se lamentó su madre.

–Te aseguro que me siento mal. Por favor, date prisa.

–¿Me estás diciendo que alguien, supuestamente yo, debería ir a ayudarte?

Jody no contestó.

–Ya te llamaré.

–Por favor, date prisa –repitió Jody en un susurro.

Media hora después sonó el teléfono. Pese a tener el aparato a su lado, Jody tardó cuatro timbrazos en cogerlo, y aun así intentó hablar y no emitió el menor sonido.

–¿Estás ahí? –preguntó su madre.

–Eh... Hum.

–Ya he hecho la reserva. Es un vuelo de las seis de la mañana. Estaré en tu casa hacia las tres. Quiero que te tomes unas aspirinas. A las nueve, pídele hora al médico, y piensa que ya no tardaré.

Jody se quedó en cama, esperando, soñando, dormitando, viendo cómo salía y se elevaba el sol, mirando los programas matinales de la televisión. Se sentía extrañamente tranquila, como si estuviera muy bien que muriese.

–¿Cuánto tiempo llevas así? –preguntó su madre cuando al fin llegó y se encontró cara a cara con ella.

–He tratado de decírtelo.

–Y aquí estoy, ¿no?

Oprimió con su fría mano la mejilla de Jody.

El apartamento parecía encogerse, se oscurecía.

–Necesito apoyar la cabeza –dijo Jody, volviéndole la espalda a su madre para dirigirse al dormitorio.

–¿Has estado a régimen?

Jody habría deseado estar a régimen, pero no era en absoluto así. Camino de su cama sufrió un vahído, chocó contra una pared y derribó una lámpara, y su madre tuvo que acudir corriendo.

Ya entrada la tarde fueron al hospital. La fiebre, el sarpullido, la garganta inflamada. ¿Cuánto hacía? ¿Qué temperatura? Jody apenas podía hablar, apenas podía mantener la cabeza levantada, y ahora le pedían detalles. La enviaron a una habitación al extremo de un largo

pasillo; le costó una eternidad llegar hasta allí, y en el trayecto vio numerosas personas que le parecieron conocidas: su difunta tía Sally, un vecino de la infancia; todas eran alguien. Se sentó sobre una camilla para que la examinasen mientras cuatro médicos hablaban de pie en un rincón. Una enfermera intentaba tomarle la presión sanguínea. Había algún problema. La enfermera colocó el brazal más apretado, oprimió la perilla con más fuerza, y por último preguntó:

–¿Existe algún motivo para que no pueda tomarle la presión?

–Me siento realmente mal –se limitó a decir Jody.

Los cuatro médicos se arremolinaron en torno a ella, y un instante después estaba tendida boca abajo, con los pies a mayor altura que la cabeza.

«Levántese.» «Respire hondo.» «Aguante.» El zumbido del aparato de rayos X. «Relájese.» «Siéntese.» Brazo extendido, algodón con alcohol, lavado con Betadine. Una larga y fina línea de sangre avanzaba por una cánula de plástico hacia un pequeño recipiente.

–Algo está pasando –dijo Jody.

–No pasa nada –murmuró el médico, con la mirada fija en la sangre.

–Definitivamente algo pasa –insistió Jody, y cayó desmayada al suelo.

Cuando despertó dijo:

–Traigan a mi madre.

Pero no le hicieron caso. Le colocaron una almohada bajo la cabeza y la abandonaron tendida sobre el duro y frío suelo de baldosas. Si no traían a su madre sería porque no estaba bien tenerla allí caída como un guiñapo mientras los médicos haraganeaban en su rincón en espera de que se recuperase sola. Luego le ofrecieron una soda con una cañita para sorberla, y finalmente la sentaron en una silla de ruedas y la llevaron a una habitación. Un brazalete de plástico le rodeaba la muñeca; estaba conectada a un goteador intravenoso.

En la habitación entraron unos tipos con máscaras en la cara, que le hicieron miles de preguntas. Indicaron a su madre que esperase fuera, y entonces una de las preguntas fue:

–¿Se ha inyectado alguna vez drogas?

–Denme un respiro –dijo Jody.

Mientras su madre estaba fuera de la habitación, ella atrajo a su lado al más amable de los internos y le habló de Peter Sears y de algunos otros.

–¿Quién sabe qué demonios estarían haciendo? –susurró–. ¿O debería decir a quién se lo hacían?

El interno se puso un par adicional de guantes y volvió a pincharle la vena. Ambos contemplaron cómo fluía la sangre hacia un tubo de ensayo (ella pensando que solo con mirar debería poderse hacer un

diagnóstico), y a continuación el interno retiró la aguja, secó una gota de sangre de la punta con una gasa, dejó caer la aguja en un recipiente marcado con el rótulo DESECHOS PELIGROSOS y guardó cuidadosamente el tubo en el bolsillo del pecho de su bata.

–Pronto –dijo, dando al bolsillo unos golpecitos–. Pronto sabremos algo.

–¿Algo va mal? –preguntó Sam.

Claire salía del cuarto de baño arrastrando los pies, con el teléfono en la mano, los ojos hinchados y enrojecidos. Sus zapatillas raspaban el suelo como papel de lija.

–¿Debo preocuparme? –insistió él.

Veinte minutos antes, cuando sonó el teléfono, Claire se había colocado el aparato debajo del mentón, extendió el cable hasta alcanzar el cuarto de baño y cerró la puerta.

Ahora lloriqueaba, aunque procuraba contenerse.

–Una de mis pacientes está muy enferma.

–¿Qué tiene?

–No lo sé. –Claire miró el Post-it que llevaba pegado en la palma de la mano y en el que había escrito el nombre del médico de Jody–. He de hacer una llamada.

–Me iré al cuarto de estar –dijo Sam, recogiendo los periódicos que había encima de la cama.

Claire marcó el número de Los Ángeles.

–¿Doctor Brandt?

–Un minuto, por favor. No se retire.

Los rumores característicos de una conexión a larga distancia, la conciencia de oír cómo pasaba el tiempo: el silencio era caro y los minutos volaban. Claire respiró profundamente.

–Le avisaré por el mensáfono y le diré que la llame –dijo al fin la telefonista.

Claire le dio su número y cortó, pensando que ya era hora de entrar en acción. Si algo le ocurría a Jody, si Jody moría sin llegar a saber quién era Claire, qué era, toda la culpa sería de Claire. Rebuscó en el armario y sacó una vieja maleta. Ante todo prepararía el equipaje, iría a avisar a Sam de que se marchaba, luego correría escaleras abajo, pasaría por el cajero automático y saldría hacia La Guardia.

Sam tocó con los nudillos la puerta del dormitorio.

–¿Estás bien?

–Espero que el médico me llame –dijo ella a través de la puerta.

–¿No tiene familia esa chica?

El teléfono sonó y Claire saltó a descolgarlo. Explicó que era la psicoterapeuta de Jody Goodman.

–No me es posible comentar la condición de una paciente. No sé quién es usted.

–Acabo de decírselo.

–Ya me entiende –replicó el doctor Brandt, como si precisamente

acabara de leer un memorándum sobre el respeto a la intimidad de los enfermos.

–También es paciente mía –dijo Claire. Había estado a punto de decir: «Primero es paciente mía», pero habría sonado demasiado posesivo. Agregó con voz firme–: Quiero que me diga cuál es la situación. ¿Se trata de algo grave?

–Podría ser un virus que desaparezca en pocos días. Podría haber una escalada hacia algo nuevo en cualquier momento. Todavía no lo sé. Ha ingresado hoy.

–¿Le han hecho pruebas?

–Tasa de leucocitos baja –dijo el doctor Brandt llanamente–. Hígado un poco afectado. Cultivo sanguíneo negativo a las doce horas.

–¿Qué le administran?

–¿Es usted psiquiatra o solo una psicóloga?

–¿Qué toma?

–Tylenol por vía bucal.

–¿Nada más? –dijo Claire, horrorizada.

–Suero intravenoso para evitar la deshidratación. Alguien de infecciosos le está echando una mirada. Oiga, podría salir de aquí por la tarde: todos los virus se comportan así. Lo más probable es que no sea nada.

–Tienen ustedes mi número de teléfono –dijo Claire–. Si hay alguna novedad, necesito que me lo comuniquen. Puedo estar en Los Ángeles mañana por la tarde.

–Sí, muy bien.

–Gracias. –Claire colgó con rudeza el teléfono–. Jodidos imbéciles –dijo en voz alta.

Miró la maleta vacía y trató de decidir rápidamente qué hacer. No podía simplemente precipitarse de cabeza, meter en la maleta cuatro cosas y despedirse: aquello significaría crearse problemas de imprevisible alcance. Coincidiendo con el momento en que Sam entraba en el cuarto, devolvió la maleta al armario y simuló estar reordenando sus vestidos.

–Jake se ha despertado. El teléfono, supongo –dijo Sam–. Está en la cocina, calentándose chocolate en el microondas.

En la playa habían bebido litros de chocolate caliente. Claire lo preparaba a la manera clásica: en un pote sobre los fogones, con leche y cacao marrón oscuro que extraía de una lata grande, más pródigas cucharadas de azúcar, bien revuelto todo y, flotando encima, unas esponjosas porciones de dulce de malvavisco. Nunca utilizaba los polvos de color beige que, con el correspondiente dosificador, se vertían del envase a la taza de agua que iba a rodar durante un minuto y medio dentro del consabido horno microondas. Ella pasaba amarrada a los fogones por lo menos diez o doce minutos.

Salió del cuarto por el lado de Sam y recorrió el pasillo hasta la cocina.

–Vuelve a la cama –le dijo a Jake.

–Estoy calentándome chocolate.

–No, nada de chocolate.

La taza describía ya círculos dentro del microondas. El paquete de mezcla de cacao se encontraba sobre el mármol, vacío, junto a una cuchara. Desde esta hasta el horno había un rastro bien visible de polvo beige.

–He dicho que vuelvas a la cama.

–¡Mamá! –gimió Jake.

–Olvídate. No vas a beberte esa mierda a medianoche. Toma un vaso de agua si tienes sed.

El avisador del microondas emitió su señal. En circunstancias normales, Claire habría dejado a su hijo beberse el chocolate. Le habría dicho simplemente: «De acuerdo, está bien, pero no vuelvas a hacerlo». En cambio, en un acceso de ira y delante de Jake y Sam, quien había acudido a defender al niño, tomó la taza de cacao y la vació en el fregadero. Fue la única alternativa al impulso de arrojar taza y contenido a la basura. Le habría gustado romper algo.

–No tenías que haber hecho eso –dijo Sam.

Ella miró a Jake, quien a su vez, parado a unos pasos, la miraba con expresión de congoja. Había crecido mucho, pensó; dentro de uno o dos años estaría al nivel de sus ojos. Y a partir de entonces todo pasaría a la historia: él se habría marchado.

–Te odio –dijo Jake, apartándose.

–El sentimiento es mutuo –refunfuñó Claire.

Sam levantó el dedo y lo agitó ante ella, un gesto recriminatorio.

–Se ha despertado porque sonaba el teléfono. Es tu problema, así que no se lo traspases a él.

–Doparse con azúcar, eso es lo que quería –replicó ella.

En el fregadero había quedado un charco de cacao. Cerca estaba la taza. Claire todavía anhelaba hacerla añicos.

–Jodido dramón –dijo Sam.

–Sí, jodido dramón –le respondió Claire agriamente.

Del piso de arriba llegaron sucesivamente los dos golpes sordos de los zapatos que el vecino se había quitado y dejado caer al suelo, seguidos de los crujidos y chasquidos de su cama plegable al extenderse. Debajo de la mesa de la cocina estaba tumbado el nuevo elefante de peluche de Adam, sucio de polvo y de migajas. Claire lo recogió y lo sacudió con vigor, luego lo depositó sobre la silla donde solía sentarse el chico. Era medianoche.

Durante las siguientes horas, en una extraña duermevela, Claire reflexionó. Si a Jody le era posible restablecerse, ella sería una

persona mejor. Haría más por las personas de su entorno, se esforzaría al límite en ser una buena terapeuta, una buena esposa, una buena madre para Jake, para Adam; y para Jody. Se entregaría a Jody de una forma en que nunca se había entregado a nadie. La compensaría por todo y más. Si Jody sobrevivía...

A las nueve de la mañana estaba en su consultorio, sentada ante su mesa y a punto para transcribir los mensajes de la última noche recogidos por el contestador.

–Hola, Claire, aquí Janet Fishman, su agente inmobiliaria en Stamford. Sé que habíamos convenido visitar algunas casas mañana, pero no podrá ser, no esta semana... Mi vida es un desastre, usted lo comprende. Llámeme y lo reprogramaremos.

–Soy Randy Hill. He de salir de viaje por cuestiones de trabajo. Nos veremos la semana próxima.

–Me volverá loca. La he mandado de vuelta al apartamento. No quería estar sola aquí, pero no aguanto más. Me asusta. –La voz de Jody sonaba distante, cargada de fiebre–. Me siento muy rara. Es plena noche. Mi madre me sorbe el seso. Mi habitación es ahora de color naranja... No es un color naranja de refresco con burbujas, un naranja de pronto–estarás–bien, sino un color oxidado, mohoso, un color de púdrete–en–el–infierno. –Jody hizo una pausa, como si tragase saliva–. ¿No es naranja el color de la locura? ¿No lo he leído en alguna parte? En la pared hay una especie de altavoz. A veces me habla, dice cosas sin tino. Hace un minuto decía: «María, María, ¿dónde estás, María?». He creído que me habían llevado a West Side Story. –Jody hizo una nueva pausa–. Lo siento, te habré invadido el contestador.

Claire llamó al hospital. En California serían apenas las seis de la mañana. La enfermera de turno fue amable, casi demasiado amable.

–Ha pasado la noche tranquila, sin problemas. No ha dormido mucho, y todavía tiene fiebre, pero del sarpullido parece estar mejor.

¿Qué sarpullido? Nadie había hablado antes de sarpullidos.

A lo largo del día, cada vez que sonaba el timbre abría la puerta del despacho y sus pacientes entraban, se sentaban y retomaban el hilo de sus problemas en el punto en que lo habían dejado en la sesión anterior. Finalizada su hora, el timbre volvía a sonar y Claire les acompañaba a la puerta sin la menor idea de lo que había pasado en el interludio. En cierto sentido, ella se había esfumado. De la noche a la mañana, la brecha entre Claire y el resto del mundo había aumentado hasta convertirse en una fisura tan ancha, tan profunda, que no había manera de salvarla.

A las dos, durante la media hora que se había reservado para almorzar y devolver llamadas, el teléfono sonó.

–Hola. Usted no me conoce –dijo una voz de mujer–, pero le llamo

a propósito de Jody Goodman. Soy su madre.

–Yo soy Claire Roth.

–Jody insiste en pedirme que la llame, no estoy segura del motivo. Además, no quiere marcar ella misma el número.

Claire sonrió. La negativa de Jody a llamar era encantadora. Se preguntó cómo se las habría ingeniado la noche anterior: ¿se lo pidió a la enfermera, o a otra paciente?

–No sé qué hacer –dijo la madre.

–¿Sobre qué?

–Jody parece tan trastornada... Quiere que consiga un avión para llevarla a casa.

–¿Un avión? –preguntó Claire–. ¿Es eso posible?

–¿Posible? Yo acabo de volar a California, pero esas cosas solo las hacen para personas que necesitan trasplantes, que han de cruzar medio país para encontrar un riñón o lo que sea. Jody tiene mucha imaginación. Cuando mejore volveremos en avión juntas, pero normalmente.

Claire se esforzaba en anotar todo lo que la mujer decía. Las manos le temblaban. Estaba hablando con la madre, la madre que únicamente había imaginado, la mujer que le robó a su hija, la persona cuya imagen había invocado en su imaginación durante veinticuatro años. La veía allá lejos, en Los Ángeles, sola, temerosa de perder un hijo por segunda vez, de malograr su última oportunidad. Claire debía conseguir que aquella mujer confiase en ella y al mismo tiempo cuidar de que no pareciese que estaba traspasando ciertos límites. Tenía que protegerse a sí misma, proteger a Jody, y por añadidura causar buena impresión.

–¿Hay algo que pueda hacer para ayudarla a usted? –preguntó.

–¿A mí? –dijo la mujer–. No.

–Bien, si surge algo o si usted necesita simplemente hablar, llámeme con toda libertad. Y permítame que le dé mi número de teléfono particular, el de mi casa.

–No tengo nada con que escribir –contestó la madre–. Pero gracias de todos modos. Aprecio mucho el ofrecimiento.

Claire colgó. Había esperado algo más.

–¿Recuerdas el punto amarillo? –dijo Jody la siguiente vez que habló con Claire–. Pues se ha ido. Se ha evaporado.

La pérdida del punto, por excéntrico que fuera el concepto, era indicio de que algo, lamentablemente, se había deteriorado, quizá de modo irrevocable. Jody no había conseguido proteger aquella parte de sí misma, la más frágil, y el punto amarillo había desaparecido. Sin alguien que montase guardia, la Jody auténtica no tenía capacidad para sobrevivir. Igual que su madre natural no tuvo manera de hacerse cargo de un bebé, ni su madre adoptiva competencia para atender a una niña enferma, Jody no podía cuidar de sí misma. Todas ellas eran entre sí inservibles, inútiles las unas para las otras. Aquella era la verdad de su infancia, la verdad de su vida; la verdad nunca expresada, bajo el temor a la cual había vivido. Siempre supo que esto ocurriría: tenía perfecto sentido. Solo se preguntaba por qué habría tardado tanto.

–Quiero irme a casa –dijo al especialista en enfermedades infecciosas.

Él se cernía sobre ella, con una máscara en el rostro, una blusa de papel sobre su bata blanca, polainas antisépticas cubriéndole los zapatos, finos guantes de látex en las manos. A través de los guantes veía Jody, aplastado, el vello de sus nudillos.

–¿Quiere curarse –preguntó el médico– o quiere marcharse a casa?

–No se me había ocurrido que las dos cosas fueran excluyentes entre sí –dijo Jody, aunque nadie pareció oírla.

Una caja de botellas de agua del manantial privado que abastecía a Gary Marc, situado en Suiza, llegó con una nota del mismo Gary advirtiendo que bajo ninguna circunstancia debía Jody beber de la jarra de plástico que sin duda tendría junto a la cabecera, fuente potencial de bacterias mortales.

Ellen le envió un ramillete de claveles de brillantes colores, en un jarroncito que por el camino se había agrietado y con una tarjeta en la que alguien desconocido había escrito con mala letra: «Que mejores pronto».

–No quiero morir en Los Ángeles –le dijo Jody a su madre.

Ilene, Bob y unos cuantos estudiantes de la escuela de cinematografía de la UCLA invadieron la habitación y se apiñaron junto a la cama de Jody. La madre de esta se había sentado cerca de la ventana y resolvía un crucigrama. Jody no lo había notado hasta entonces, pero había algo como intocable en su madre. Al verlo ahora se dio cuenta de que el corazón de su madre había estado siempre encerrado y sellado en una caja de Lucite, transparente pero

impenetrable.

–¿Experimentas con la segunda parte de Terms of Endearment? –preguntó uno de sus amigos, jugando con el conducto del frasco goteador.

–Teníamos que elegir entre El Zoo de Cristal y tú –dijo Ilene–. Hemos supuesto que las dos cosas serían lo mismo: deprimentes, aburridas, clásicas.

–Estás hecha una mierda –dijo otra chica.

–Gracias –respondió Jody.

–No... Quiero decir que la semana pasada tenías un aspecto estupendo.

–Es la luz.

Todos alzaron la mirada a los tubos fluorescentes del techo y movieron afirmativamente la cabeza.

Finalmente entró una enfermera y los echó de allí.

–¿Han venido a visitar a su amiga o a asfixiarla? –preguntó mientras les apartaba del lecho–. Ahora márchense, déjenla sola.

–Es cierto –dijo su madre, cuando ya habían abandonado la habitación–. No debían haberse quedado tanto rato.

–Y entonces, ¿por qué no has dicho nada? –inquirió Jody.

–Lo dejaba de tu cuenta. Son tus amigos. –Su madre se levantó, fue a mojar una toalla y se frotó con ella la cara y el cuello–. Siempre dices que yo no acepto a tus amigos. No quería interferir.

–Mamá, estoy en el hospital, me siento fatal, interfiere cuando quieras.

–¿Sabes? –dijo su madre, sirviéndose un vaso del agua de Gary Marc–. No tenía previsto venir por aquí dos veces este mismo año. Papá me necesita en casa. No está acostumbrado a que le deje solo. –Hizo una pausa–. Se entristece.

–No puedo creerlo.

–Estoy aquí, ¿no? No habría venido si no lo considerase importante. Me paso el día sentada en esta silla, pensando.

–¿Y en quién piensas, mamá? ¿En ti o en mí?

–Estás inquieta solo porque no te sientes bien –dijo su madre, volviendo a llenarse el vaso.

–Vete –dijo Jody–. Márchate. No tengo ánimos suficientes para discutir contigo.

Su madre volvió a sentarse en la silla y retomó su crucigrama. Ocasionalmente dirigía a Jody preguntas como: «¿Existe un actor que se apellide Stark?».

Jody retrocedió mentalmente en el tiempo. Recordaba haber levantado la mano, en tercer grado, para decirle a la profesora que estaba mareada. La habían sentado en el sofá tapizado de tartán a cuadros azules y verdes de la oficina del colegio mientras la secretaria

le tomaba la temperatura y llamaba a su madre.

–Dice que siente náuseas –explicó la secretaria por teléfono–, pero su temperatura parece normal, treinta y seis y medio... Bien, sí, puedo dejarla que descanse aquí un ratito y ver qué pasa...

Diez minutos después Jody vomitaba espectacularmente, y no hubo respuesta cuando la secretaria trató de llamar de nuevo a su madre. Finalmente, una vecina que colaboraba como voluntaria en las clases de arte se la llevó a su casa, y Jody permaneció acostada allí toda la tarde, sintiéndose como a dos millones de kilómetros de su hogar pese a que este estaba a menos de cien metros y era claramente visible desde la ventana de la vecina.

Durante la noche, alguien murió. Ella se dio perfecta cuenta por el movimiento y las voces apagadas del personal, las prisas, el rumor de ruedas metálicas y pisadas de suelas de crepé arriba y abajo del pasillo. Estaba en un piso con numerosos enfermos de sida. Lo sabía porque les había visto pasar ante su puerta y porque su madre circulaba por todas partes y la informaba.

–Es muy triste –le había dicho.

Jody no hizo ningún comentario. No quería saber nada de todo aquello. Cerró los ojos e imaginó que se moría sin saber quién era ni de dónde venía. Pensó que era un extraño momento para descubrir cuánta importancia tenía para ella su propia historia.

Cuando le bajó la fiebre, Jody se sintió peor, más cansada incluso, más deteriorada. Su voz no sonaba como una voz, sino como el roce de un papel de lija de grano fino sobre una superficie. Mientras su madre observaba, la enfermera la ayudó a ponerse en pie y la condujo al cuarto de baño. Ella se inclinó sobre el lavabo y por primera vez se vio reflejada en un espejo: una desconocida, flaca y de tez verdosa. La enfermera la acompañó de regreso al lecho. Se durmió.

Más tarde, aquella noche, el interno que se había guardado su sangre en el bolsillo entró con sigilo en la habitación, le estrechó la mano y dijo:

–Negativo.

Jody le miró pestañeando. Dudaba de si estaba o no despierta; ver al médico de pie junto a su cama podía ser pura imaginación.

–Negativo –repitió él, estrechándole ahora la mano con tanta fuerza que le dolió–. Un vulgar virus un poco incordiante.

Por la mañana, ella casi se lo contó a su madre. Pero se contuvo. No conducía a nada contárselo.

Dos días después entró uno de los médicos, la examinó rutinariamente y dijo:

–Se acabó. Está usted libre, le doy el alta. Emprenda el vuelo hacia el hogar.

Agitó los brazos imitando las alas de un ave.

–Perdóneme, pero no puedo andar. Ni casi hablar. No recuerdo nada. Todavía me siento como si estuviera agonizando.

–Un virus –replicó el médico–. Esas cosas ocurren. Concierte una visita en la clínica la semana próxima, o con el médico de familia. Haremos nuevos análisis de sangre y comprobaremos tres o cuatro cosas.

–¿Eso es todo?

–Que yo sepa.

Su madre metió sus cosas en una bolsa de plástico, y Jody recorrió el pasillo arrastrando los pies en dirección a la señal que indicaba «Salida».

–Supongo que saben lo que hacen –dijo su madre–. En alguien debe una confiar.

–No necesariamente.

Desde la cama de su apartamento, Jody reservó telefónicamente los pasajes aéreos mientras su madre limpiaba la cocina, descongelaba el frigorífico y profería quejas a media voz. Jody convino a continuación con una de sus compañeras de la UCLA que cuidaría de su coche y su apartamento hasta que ella regresara. Dispuso que le reenviaran el correo e interrumpió la suscripción al periódico. Rogó también que avisaran a sus profesores. A medida que pasaban las horas se sentía peor.

–Tienes más energía –le dijo su madre, ofreciéndole un vaso de zumo de fruta.

–No es energía –respondió Jody–. Es histeria.

Lo que Jody experimentaba era la sensación de que debía ponerse en camino cuanto antes, de que aquella ocasión de escapar era una cosa momentánea, una última oportunidad. Estaba resuelta, por lo menos, a salir de allí viva.

Llamó a Claire.

–El avión no se estrellará, ¿verdad? –preguntó.

–Estás demasiado enferma para que el avión se estrelle –dijo Claire, lo cual en cierto modo parecía confortante.

Una silla de ruedas y un acompañante recogieron a Jody en la acera del aeropuerto internacional de Los Ángeles. El empleado empujó a Jody hacia la puerta: manejaba la silla como si fuera un trineo. Su madre caminaba detrás, comportándose como si no tuviera con ellos ninguna relación. En la puerta de embarque Jody cambió su silla por otra más estrecha, más parecida a un carrito personal de equipajes, y fue empujada rampa arriba por dos hombres vestidos con monos de la American Airlines; se sintió como un baúl lleno de objetos de porcelana. En lo alto de la escalera entró por su pie en el avión y avanzó poco a poco por el pasillo hasta su asiento. Pese a que

el día era cálido, vestía un suéter de cuello alto, camiseta, calcetines de lana, más una chaqueta y un gorro también de lana, y sin embargo tiritaba de frío. Su madre se sentó en la misma fila, al otro lado del pasillo, e inmediatamente aparentó enfrascarse en la lectura de la revista informativa de la compañía aérea. Cuando Jody le indicó que pidiera una manta a la azafata, se limitó a mirarla sin expresión. Jody la odió. Odió a su madre por revelarse tan incompetente, tan incapaz o tan reacia a hacer cualquier cosa por ayudarla.

–¿Tienes algún plan para el Día de Acción de Gracias? –preguntó Claire con ocasión de una rápida llamada entre pacientes y entre salidas de compras por todo Manhattan, unas veces a Balducci's, a Dean & DeLuca, otras al Food Emporium, otras a establecimientos que apenas conocía.

–Bueno –dijo Jody–, había pensado cambiar de posición y acostarme sobre el lado derecho, pero no puedo. Cada vez que muevo la cabeza empieza a dar vueltas la habitación.

Durante casi tres semanas Jody había permanecido cautiva en casa de sus padres, en el angosto lecho de su infancia.

–Detesto estar aquí –declaró.

–El viernes, cuando vayas al médico, quiero que le digas que le llamaré. Necesito hablar con él.

Lo que Claire no alcanzaba a entender era por qué nadie hacía nada. ¿Por qué no recibía Jody ningún tratamiento?

–Ya tienes mi número de Long Island. Estaré allí todo el fin de semana.

–Estupendo –dijo Jody–. Diviértete.

–Mañana, en uno u otro momento, te llamaré; no sé cuándo.

–No tienes obligación...

–Conozco mis obligaciones –la interrumpió Claire.

La vigilia del Día de Acción de Gracias, envueltos en sus abrigos de invierno (Adam con el pijama de Spiderman debajo), los Roth emprendieron lo que prometía ser una fantástica aventura en mitad de la noche. Eran las diez.

–¿A ver el desfile? –preguntó el portero, con su fuerte acento hispano.

–Yo soy Spiderman –anunció Adam, alzando los brazos en un gesto teatral.

Claire había temido todo el día aquel espectáculo multitudinario: tropeles de gente dispuesta a disfrutar de una noche de emociones primarias, de diversión gratuita; personas que salían de casa solo para ver más personas, personas que salían a ver personas que veían a otras personas. Suponía que les sería imposible acercarse al desfile lo suficiente para ver otra cosa distinta de lo que veían prácticamente todos.

El tráfico era horrible, por lo cual se apearon del taxi en la calle Setenta y dos y continuaron a pie. La acera estaba atestada de ciudadanos ataviados con parkas de colores brillantes, gorros de punto, bufandas de variados diseños, un abrigo de pieles de vez en cuando, gruesos guantes; la mayoría sosteniendo vasos de chocolate

humeante comprados a los vendedores callejeros.

–¡Quiero chocolate! –gimió Jake enseguida.

–Ni hablar, te contagiará el cólera –dijo Claire, y Sam rió sin disentir.

–¿El color qué?

Toda la calle Setenta y ocho entre Central Park West y la avenida Columbus había sido cerrada al tránsito. Gigantescos faros portátiles expandían una luz extraterrenal, y a lo largo de Central Park West había una hilera de camiones cisterna blancos cargados de helio. Las figuras hinchables (Spiderman, las Tortugas Ninja, Snoopy y Betty Boop) yacían desplegadas en mitad de la calzada y empezaban lentamente a tomar forma, conectadas a los tubos que les suministraban el gas. Centenares de niños pequeños circulaban a hombros de sus padres; otros no tan pequeños, ebrios de cerveza barata y hormonas, habían escalado la verja de hierro forjado que protegía el Museo de Historia Natural.

–Vámonos a la playa esta noche –murmuró Sam a Claire una hora y media después, cuando atravesaban velozmente la ciudad en taxi. Adam se había dormido apoyado en su hombro–. Será más fácil. No hay tráfico. Llegaremos allí en menos de dos horas. –El taxi redujo la velocidad para detenerse–. Iré a buscar el coche –prosiguió Sam, extrayendo del bolsillo unos billetes arrugados para pagar al conductor–. Espérame en la puerta en diez minutos.

Claire asintió en silencio y le vio desaparecer calle abajo con Adam sobre el hombro, como un suéter viejo; a continuación ella y Jake subieron al apartamento y reunieron los comestibles que Claire había estado comprando toda la semana. Como parte de su reconciliación, ella había accedido a invitar a su casa a la aborrecible hermana de Sam, juntamente con su marido y sus dos retoños semilocos, uno anoréxico y el otro hiperactivo. A cambio, Sam le había propuesto invitar asimismo a Naomi, Roger y sus correspondientes hijos; pero Claire le había convencido de que todos ellos estarían más a gusto si por la noche se alojaban en la hostería de Easthampton. Dijo a cada uno que trajera algo, y la hermana de Sam se ofreció a preparar un postre de boniatos al horno, y añadió rápidamente: «Y también me ocuparé del relleno del pavo».

Con los chicos dormidos en el asiento trasero, Sam y Claire conversaban en voz baja. En los momentos de silencio, ella pensaba en Jody; habría querido contarle a Sam muchas cosas, pero no pudo.

–¿Vamos por buen camino? –preguntó.

En la oscuridad, la carretera de Amagansett parecía otra.

–El camino que seguimos siempre –dijo Sam. Tomó el desvío y con la cabeza señaló, a su derecha, lo que parecía una balsa de aceite–. Ahí está el estanque de Easthampton.

Simon's Lane estaba desierta: farolas apagadas, ninguna luz en las casas ni en los porches. Una nube ocultaba la luna. Claire no había visto nunca una noche tan negra.

–Deja encendidos los faros para iluminar la puerta –dijo.

Sam llevó a Adam a la casa; Claire le siguió con bolsas de comida. Dejó estas en el vestíbulo y volvió a salir en busca de Jake.

–Ya hemos llegado –dijo dándole unos tirones en el hombro–. Entra y sube directo a la cama.

–Yo me quedo –farfulló él.

Claire cogió el pavo y lo sostuvo apoyado en la cadera como si fuera un bebé. Con la mano libre empujó a su hijo.

–Vamos, te acompaño.

Minutos después Sam salía de la cocina para ir a apagar los faros del coche, pero apenas había dado un paso cuando giró en redondo y cogió de la mano a Claire. Ella se sobresaltó. El reloj de la pared señalaba las dos y treinta y nueve.

–Ven –susurró él, conduciéndola hacia la puerta que comunicaba la puerta con el jardín–. Chis.

Abrió cautelosamente la puerta y señaló a Claire el jardín trasero. En el límite del haz de luz de los faros estaba parado un ciervo joven.

–Si yo fuera un antiguo colono –murmuró Sam, rozando con los labios el cuello a su esposa–, mañana nos comeríamos a Bambi.

Por la mañana, Claire preparó chocolate caliente. Le llenó la taza a Jake y le dejó comer tantos dulces de malvavisco como quiso. Colocó la bolsa entera sobre la mesa y le observó mientras cogía un dulce tras otro, los sumergía en el chocolate y los devoraba emitiendo unos apagados chasquidos al masticarlos. Cuando él ya había engullido ocho dejó de contar y le volvió la espalda.

Tras despachar a Sam y a los chicos a que mataran el tiempo haciendo unos recados en Montauk, Claire se dedicó a pasar el aspirador y fregar suelos, baños, lavabos, retretes, detrás de los sofás, incluso los arrimaderos y tablas de la casa; luego comenzó a disponer en la cocina zanahorias y espárragos, todo el rato con la sensación de que estaba haciéndole un favor a otra persona. Aquella no era realmente su casa; los invitados no eran realmente su familia. Preparó el pavo para una lenta y prolongada cocción, reunió puré de patatas, guisantes y cebollitas en una cacerola, hizo una salsa de arándanos, primero con demasiado azúcar, después con una buena dosis de limón para compensar. Mondó manzanas para las tartas, y a mediodía, con el pavo ya en el asador, manchadas de harina la cara y las manos, se aprestó a amasar la pasta de las tartas guiándose por las instrucciones que recordaba vagamente de las clases de economía doméstica en séptimo grado. Luego, cuando ya introducía las tartas en el horno, alguien llamó con fuertes golpes a la puerta principal. Claire no pudo

encontrar las llaves donde suponía que debían estar.

–¡Ya voy! –gritó, revolviendo el contenido de una lata de llaves diversas que había en un cajón. Finalmente renunció, se apartó el cabello de la cara y llamó por la puerta de la cocina–: ¡Estoy aquí!

–¿Dónde? –gritó a su vez la hermana de Sam–. No te veo.

Claire salió al jardín y avanzó descalza por la grava del sendero lateral. Descubrió a su cuñada en el centro del jardín delantero, con los altos tacones de sus zapatos profundamente clavados en la tierra blanda.

–Ah, estás ahí –dijo Nora–. Bien, ya hemos llegado. Apuesto a que pensabas que nos perderíamos.

«Ojalá os hubierais perdido», se dijo Claire.

–Bienvenidos –añadió en voz alta–. Adelante, entrad.

–¡Trae la nevera! –chilló Nora.

Se dirigía a su marido, Manny, que estaba en la acera de la calle limpiando defecaciones de pájaros del capó de su Cadillac negro. Nora echó a andar por el jardín, y a cada paso sus tacones se hincaban en el suelo como cuñas. A los pocos instantes se le salió completamente un zapato y se vio obligada a hacer equilibrios sobre un solo pie, como un pelícano, para arrancarlo del mantillo.

–Mis Ferragamos nuevos –se lamentó al llegar al sendero lateral–. Mira, hechos un asco.

Manny avanzaba transportando una nevera portátil Coleman de tamaño medio.

–El relleno y los boniatos –dijo Nora, señalando la nevera con un ademán–. Los he puesto en hielo. –Claire la miró sin expresión–. Para que no se estropeen.

–Entra, estarás más cómoda –sugirió Claire, volviéndose hacia la casa.

–¡Oh! –exclamó su cuñada–. Andas descalza. ¿Es así como se circula por aquí?

–¿Habéis pasado ya por la hostería? –preguntó Claire cuando llegaron a la puerta.

–No, hemos venido directamente –dijo Manny, dando unas palmadas a la nevera como para avisar del riesgo inminente de putrefacción.

–Bien, quizá deberíamos llamar y avisar de que habéis llegado. –Claire se detuvo en seco–. ¿Dónde están los chicos?

–En el coche –dijo Manny–. No quieren salir.

–Les resulta difícil adaptarse –explicó Nora–. Son muy tímidos.

Claire movió la cabeza fingiendo comprensión.

–Sam y los nuestros volverán pronto, confío. –Entraron en la casa–. ¿Por qué no os sentáis por ahí mientras yo compruebo unas cosas en la cocina? ¿Queréis beber algo?

–Yo me he traído en la nevera unas colas de régimen, solo necesito un vaso –dijo Nora–. Manny, dame una de mis colas.

Manny se levantó del sofá donde acababa de acomodarse, abrió la nevera portátil y entregó a su mujer una botella de Coca-Cola. Claire se apresuró a ir en busca de un vaso. Sacó uno del lavaplatos, todavía tibio, y se lo llevó a Nora. Esta extrajo de su bolso un pañuelo y frotó con él el interior y los bordes.

–Polvo –explicó.

Claire se excusó, volvió a la cocina, abrió una botella de vino, se sirvió un gran vaso, recubrió de manteca el pavo, revolvió la salsa de arándanos, inspeccionó las tartas mirando por la ventana del horno, y finalmente se sentó ante la mesa confiando en que los invitados no notaran su ausencia.

–¿Por qué están Melanie y Jonathan viendo la televisión dentro del coche? –preguntó Sam cuando entró.

–Llegas tarde –dijo Claire–. Llevan allí más de media hora.

Las tartas de Claire, perfectas, se enfriaban sobre el mármol. Sam se inclinó sobre ellas para inhalar los vapores.

–¿Cómo es que solo has hecho dos?

En aquel momento llegaban Naomi y Roger con sus tres hijos, y pronto la casa se convirtió en un lugar tan bronco como cinco chicos eran capaces de conseguir jugando a guerras.

–Mi Watchman se ha quedado sin pilas –gimoteó Jonathan, el hijo de Nora, cuando finalmente él y su hermana entraron.

A la hora en que la cena quedó lista, Claire estaba borracha. A lo largo de la tarde se había excusado muchas veces para «comprobar cosas», y cada vez se había tomado rápidamente un vaso de vino. Sentada a la cabecera de la mesa, un poco aturdida, picoteó la comida que tenía en el plato y dejó que los elogios pasaran sobre ella como las olas sobre la arena del mar.

–¿Dónde has comprado esta tarta? –preguntó Nora.

–No la he comprado –dijo Claire. Al hablar se le trababa ligeramente la lengua–. La he hecho yo.

–¿De veras la has hecho tú? La masa es tan buena que parece de la que venden congelada.

–Nada de eso. –Claire se levantó para retirar algunos platos–. «Cacera.»

Sam y Jake rieron. En la heladería Snowflake había un rótulo escrito a mano que anunciaba: CHILE CACERO.

–¿Qué es eso tan divertido? –dijo Nora.

–Tú –respondió Claire en un susurro.

Tropezó en el único peldaño que había en la cocina, y los platos salieron volando, esparciendo por todas partes una rociada multicolor de manjares de Acción de Gracias.

–Mierda –gruñó Claire, y añadió con voz fuerte y cantarina–: Lo siento. ¿Querrá alguien un trozo de plato roto con el café?

Sam acudió a la cocina a inspeccionar los daños y, sonriendo, sugirió apaciblemente a su esposa que subiera a acostarse un rato.

–Quizá me convendría –dijo Claire, atusándose el cabello–. Tú tomas el mando, cariño.

Sam asintió, y sin una palabra a los invitados Claire se fue con paso inseguro escaleras arriba.

Unos minutos después subió Naomi y se tendió junto a ella en la amplia cama.

–Nora le ha dicho a Sam lo apenada que está. «Nunca imaginé que Claire fuera una alcohólica –dijo, imitando a la hermana de Sam–, pero debí haberlo supuesto. Los no judíos suelen serlo siempre.»

Claire se echó a reír. Cuanto más pensaba en ello, más se reía; luego se levantó de un salto, corrió al cuarto de baño y vomitó.

–Ahora te sentirás mejor –le dijo Naomi desde el dormitorio–. Nunca has resistido el alcohol, recuérdalo.

Claire reapareció oprimiéndose con una toalla mojada la cara y los labios.

–Me siento fatal –anunció.

–Pues si vieras el aspecto que tienes aún te sentirías peor –dijo Naomi–. Sin embargo, oye, la cena ha sido estupenda, no te engaño. Tu tarta de manzana merecía cuatro estrellas.

Claire se dejó caer en la cama.

–¿Es congelada? –se burló–. Es tan buena que lo parece.

–Voy a ayudar a Sam a limpiar. ¿Seguro que estás bien?

–Muy bien –dijo Claire–. Por cierto, ven a desayunar. Nosotras solas. Haré unas torrijas y luego podemos dar un paseo como Dios manda.

–De acuerdo. Que duermas bien –se despidió Naomi.

Claire se enderezó bruscamente en la cama.

–¡Oh! Por favor, asegúrate de que no olvida su nevera.

–Ni a sus jodidos hijos –dijo Naomi, saliendo y cerrando la puerta del dormitorio a su espalda.

Claire arregló las almohadas, se recostó sobre ellas y llamó a Jody.

–Hola –dijo suavemente cuando Jody respondió.

Oyó, al fondo, una voz áspera que preguntaba:

–¿Para quién es?

–Es para mí, tía Sylvia –dijo Jody.

–¿Alguien que conoces?

–¿Podrías cerrar la puerta, por favor? –preguntó Jody a su tía–. Lo siento –añadió para Claire–. Toda mi familia está aquí, y la única que se ha molestado en asomar la cabeza por mi cuarto ha sido mi tía, que tiene ochenta y siete años. Antes de que vinieran los demás mi madre

se ha adelantado y me ha cerrado la puerta; como se hace con un armario desordenado, ya sabes.

–Me gustaría que estuvieras aquí –dijo Claire–. Disfrutarías. Es muy bonito, y los chicos corren todo el día al aire libre, montan en bicicleta, hacen todo lo que no pueden hacer en la ciudad.

Era la primera vez que le mencionaba sus hijos a Jody. Lo había hecho deliberadamente, había reflexionado sobre ellos antes: ya no tenía sentido mantenerlos como en un mundo aparte; pronto se los presentaría en el mundo real.

Durante un minuto Jody no dijo nada.

–¿No deberías estar con otras cosas, envolviendo sobras de la comilona, dándoles Alka Seltzer a tus hijos, algo así?

–Prefiero hablar contigo. –Claire ajustó una almohada debajo de su cabeza, preocupada por la posibilidad de volver a vomitar–. Tienes que venirte a Nueva York.

–No puedo.

–No entraremos en el tema ahora, pero debes hacerlo. Te buscaré un médico. Anularemos el subarriendo de tu apartamento y contrataremos a alguien que vaya a hacerte la compra, en fin, que se ocupe de ese tipo de asuntos. Necesitas estar aquí.

–A mí no me hables de eso. Háblalo con mi madre.

–Lo haré.

Si Jody hubiera estado allí, Claire no se habría emborrachado. Las dos se habrían refugiado en la cocina para hacer comentarios sarcásticos y pérfidos acerca de los demás. Imaginó a Jody descansando en el porche, al sol, envuelta en una gruesa manta de lana, o derrumbada en el sofá, ante el fuego de la chimenea, mientras Claire les leía a ella, a Jake y a Adam fragmentos de las historias del Osito Winnie. Claire se vio a sí misma preparando a Jody grandes y humeantes boles de sopa casera. «¿Es congelada?», resonó en su cabeza la voz de Nora. Claire retornaría a Jody a su vida y la curaría de una vez por todas.

Cuando llegó a su despacho el lunes, Claire comenzó por redactar una lista de cosas que Jody podría necesitar: mitones, bufandas, un apartamento soleado con muebles confortables, un masajista–rehabilitador personal, un especialista en nutrición. Lo releyó todo, luego tiró la lista a la papelera y volvió a empezar, esta vez relacionando los médicos que conocía, aquellos de quienes había oído hablar o sobre quienes había leído artículos en revistas. A continuación escribió cuanto sabía del historial médico de Jody y tomó nota de pedirle a la señora Goodman más información. Según su línea de pensamiento, ella y la señora Goodman compartían la responsabilidad de los que Claire juzgaba deplorables errores, cuya

consecuencia era la condición actual de Jody. Desde su punto de vista, Jody estaba enferma porque había sido entregada, dada en adopción a una pareja agobiada por la desdicha que se había aferrado a la niña como un bebé a su chupete o como un náufrago al salvavidas. Parecía plausible que aquellos veinticuatro años de permanente ignorancia sobre quién era realmente ella hubiesen impuesto al organismo de Jody una onerosa gabela que culminaba con el brote patológico que ahora padecía.

Entre visitas, a primera hora de la mañana y a última de la tarde, Claire utilizó el teléfono.

–No es psicosomático, no es sida, y no hay nada que podamos hacer –dijo el especialista en inmunología que había examinado a Jody en Georgetown.

–Entonces, ¿qué es? ¿Cómo lo califica usted?

–Es un virus.

–¿Genético?

–Lo dudo.

–¿Qué tratamiento le aplican?

–No lo tratamos.

Llamaba a Jody por lo menos una vez al día.

–Una pesadilla hecha realidad –concluyó Jody–. Es permanente. No mejoro ni mejoraré. Todavía estaré viviendo aquí cuando cumpla cuarenta años.

–Yo te traeré –prometió Claire–. Pronto.

Marilyn Esterhaus. Tal era el nombre que una amiga había dejado en el contestador de Claire. Marilyn Esterhaus, del hospital de Nueva York.

Claire dejó a su vez cinco mensajes antes de que Esterhaus finalmente la llamase. El teléfono sonó justo cuando se marchaba un paciente. El contestador se puso automáticamente en funcionamiento, y Claire elevó el volumen.

–Aquí Marilyn Esterhaus. Lamento haber tardado tanto en ponerme en contacto, pero he tenido...

Claire tomó el teléfono:

–Hola, perdón, aquí estoy.

Acercó su cuaderno de notas y punto por punto comenzó a relatar la historia de Jody.

–¿Se le ha hecho extracción espinal?

–No.

–¿Exploración cerebral?

–No.

–¿Persiste la fiebre?

–Todo el día, con altibajos.

Esterhaus guardó silencio un momento.

–Puedo decirle lo siguiente. Durante un año he trabajado con personas que presentaban síntomas similares. En diversas ocasiones hemos aislado lo que creíamos era el virus, pero al final sin éxito. Yo no estoy convencida de que esto sea enteramente un episodio vírico. Podría tener otro origen, ser una respuesta sistémica profunda a un agente químico natural, o incluso una alergia. Y por supuesto su paciente puede no tener siquiera mi enfermedad. Podría ser fácilmente otra cosa. Necesitaría verla.

–Te he encontrado un médico –dijo Claire–. Una doctora. Es muy realista y muy inteligente. Esta noche voy a hablar con tu madre.

–Buena suerte –dijo Jody.

«Es imperativo que Jody regrese a Nueva York. Si usted no la deja volver yo misma iré a su casa y la traeré. No me obligue a una confrontación. Piense en lo que es mejor para ellas. Jody no es propiedad de usted; ni siquiera es su hija, si nos ponemos quisquillosas a este respecto.» Claire daba en su mente vueltas y vueltas a las ideas y a las palabras. No sabía qué decirle a la señora Goodman, si pedir, exigir o sugerir. No conseguía imaginar qué argumentos inducirían a la señora Goodman a meter a Jody en el coche y llevarla a Nueva York en pleno mes de diciembre.

–Considero que sería bueno para Jody volver a Nueva York –le dijo Claire a la señora Goodman aquella noche.

Al final había decidido empezar por abajo e ir subiendo. Su propia voz, patética y dolida en la calma nocturna, parecía despertar un eco al otro extremo del hilo telefónico que la agredía como una bofetada en el rostro.

–No sé cómo –dijo la señora Goodman–. Ni siquiera está en condiciones de cuidar de sí misma. Yo no puedo correr a Nueva York cada cinco minutos.

–Necesita recuperar su vida propia.

–Ahí todo es muy caro, seguro que ya lo sabe usted, y ella no trabaja. Cuando mejore, podrá volver si elige hacerlo; yo ciertamente no se lo impediré.

–He encontrado un médico que está investigando la enfermedad de Jody –dijo Claire con firmeza–. Comprendo que económicamente es difícil, pero una persona ha de sentir que tiene cierto control sobre su vida. Es muy importante para Jody que esté aquí, y me propongo hacer todo lo necesario para que eso sea posible.

Competencia entre dos bandos: el ganador se quedaba con Jody. Claire jugaba fuerte, ponía todo su peso en la balanza. Sin saber lo que tenía entre manos, había entrado en una pugna por demostrar quién era la mejor madre.

–He concertado una visita para el martes de la semana próxima –

mintió. No había concertado nada todavía, pero planeaba hacerlo–. Quizá le sería a usted posible traerla durante el fin de semana anterior. –Esperó unos segundos–. No hemos hablado mucho sobre lo que siente usted, pero mi impresión es que tener a Jody en otro sitio indudablemente aliviaría tensiones. Para usted debe de ser muy duro.

–Lo es –dijo la señora Goodman–. Yo creía que tenía la gripe.

–Yo también.

–Cuando me llamó desde la universidad no le presté atención. Llevaba semanas diciéndome que estaba enferma, y lo ignoré. ¿Cree usted que no estoy desesperada?

–Lo imagino.

–¿Lo imagina? Cada vez que voy a mi cuarto por el pasillo me paro ante su puerta. Ella está allí acostada, quieta, como si esperase algo. Me mira, y yo no sé qué hacer. Excepto, simplemente, llorar.

–Tráigala –dijo Claire–. Le prometo que la cuidaré bien.

Libro tercero

El matrimonio Goodman llevó a Jody en coche a Nueva York. Ella iba como una reina en el asiento trasero, recostada sobre unos almohadones y envuelta en una manta. Una cámara de vídeo, regalo en el que sus padres sumaban los deseos de que se curase, la celebración de su cumpleaños y la de la fiesta judía del Chanukah, descansaba en su regazo, transmitiendo a Jody la sensación de que, si no había ganado un concurso, por lo menos había obtenido el equivalente de un bonito premio de consolación.

Cuando se detuvieron ante el edificio de apartamentos, la señora Goodman tomó su bolsa de artículos de limpieza y se apresuró a subir para pulverizarlo todo con Lysol, Fantastik, 409, creando una especie de neblina química que simulaba un ambiente superlimpio y libre de gérmenes. Jody imaginó que su madre le ordenaba que dijese «Aaah» para pulverizarle el producto directamente garganta abajo.

Su padre acarreó las bolsas de comida que traían de casa. Cuando mostró intención de sentarse, su esposa le palmeó la espalda y le señaló la puerta.

–El coche –dijo–. Aquí has de prever que te lo pueden robar todo.

El apartamento parecía más pequeño y más lleno de cosas de lo que Jody recordaba. Aunque todavía era temprano, ya empezaba a oscurecer. La brisa se colaba por la ventana; las tuberías producían extraños ruidos. Regresar precisamente ahora acaso no fuese una idea tan buena; sin embargo, ya estaba hecho. Ella había llegado a su hogar e iba a quedarse. Además, Claire la llevaría al médico.

–He pedido hora –le había dicho–. Te acompañaré. La próxima semana.

–¿Me acompañarás?

–He reordenado mi agenda para poder ir contigo. ¿O preferirías ir sola?

–No –dijo Jody–. Preferirlo, no.

–También he pedido a tus padres que vengan cuando te hayan dejado en casa. He pensado que a los tres nos sería muy útil hablar. ¿Alguna objeción? –Claire hizo una pausa–. ¿Te gustaría estar presente?

–Creo que no.

–Entonces les veré a las cuatro.

Su madre hizo la cama con sábanas que olían a Clorox, colgó toallas limpias en el cuarto de baño, llenó el frigorífico de zumos y alimentos congelados, y a continuación se despidió.

Jody tomó la cámara de vídeo, aplicó un ojo al visor y filmó a su madre cuando salía.

–Esta noche te llamaremos desde casa –dijo ella, andando hacia atrás camino de la puerta.

–Podríais quedaros –sugirió Jody–. Tomar habitación en un hotel, ir a ver una obra de teatro, distraeros. Hacer el viaje dos veces el mismo día es muy pesado.

–Estoy cansada de las comedias de Neil Simon. Además, a tu padre le gusta dormir en su cama. Ya te llamaré.

Jody cerró la puerta y puso la cadena, intrigada porque ni su padre ni su madre se habían referido para nada a la reunión con Claire. ¿Creerían que era un secreto?

Sonó el teléfono.

–Hola –dijo Jody, esperando que fuera Ellen.

–Bienvenida. Soy Peter Sears.

«El tipo que se te corrió en la barriga», casi añadió Jody.

–Ahora no puedo hablar –dijo.

–Sí, ya lo sé. Alguien de la oficina de Gary Marces amigo de un amigo de mi padre contó que habías estado a punto de morirte o algo así. Pero, escucha, he pensado que quizá te apetecería ir al cine o... –hizo una pausa– quedarte en casa a jugar.

«Jugar a qué –se preguntó Jody–. Pom, pom, ¿quién está ahí? En este momento no hay nadie, pero más tarde me correré en tu espalda.»

–Estoy enferma –dijo Jody–. No puedo verte.

–No estarás... bueno, preñada, ¿verdad?

–No, no estoy nada –replicó bruscamente Jody, y cortó la comunicación de un manotazo.

–¿Sigues entre los vivos? –preguntó Michael cuando llamó, más entrada la tarde.

–Resulta difícil decirlo.

–Hablé con Harry la semana pasada. Su idea era que, o bien te suicidaste, o habías entrado en un convento. Deberías llamarle. –Michael se interrumpió–. Bueno, oye, ¿quieres un trabajo a tiempo parcial, venir un par de días por semana, recoger mi ropa sucia, lo de costumbre?

Jody lo deseaba. Ansiaba hacer algo. Pero ahora nunca sabía cuándo tendría que acostarse o caería redonda al suelo, en qué momento, sin previo aviso, la misteriosa fiebre que parecía flotar en el aire la atacaría súbitamente y haría que en su cabeza batiesen los profundos ritmos tribales del dolor. No quería que nadie la viese arrastrarse espasmódicamente yendo y viniendo a la fotocopiadora. No quería que nadie preguntase por qué Michael había contratado a una minusválida.

–Me gustaría mucho, pero no puedo –dijo Jody–. Todavía no.

–Bien, en cuanto te sientas con fuerzas...

–Gracias.

Para ser un gilipollas, Michael era absolutamente encantador.

–Hábleme de Jody –dijo Claire–. ¿Qué tal le ha sentado el viaje? ¿Cómo está?

–Calmándose –dijo la señora Goodman–. Procura adaptarse.

–Bien –asintió Claire–. Bien... Si pudieran ustedes facilitarme algunos antecedentes... Jody me contó que era hija adoptiva. ¿Podrían, por ejemplo, darme alguna información sobre este tema?

Claire miró a los Goodman, cruzó las piernas, tomó su bloc de notas y se dispuso a escribir. Los Goodman eran personas bajas y regordetas, que daban la impresión de haber sido más altas y de que algo, quizá un accidente, las había aplastado un poco.

–Cuando nació nuestro hijo hubo complicaciones –declaró la mujer–. Tener más hijos ya no era posible.

–Ben sufría del corazón –dijo el señor Goodman.

«Ben», el nombre perdido. Sam y Claire habían considerado la posibilidad de llamar Benjamín a Adam, pero cuando llegó el momento optaron por algo más breve.

–Con Ben las cosas no eran como son ahora. Me refiero a que ahora hay especialistas, aparatos, milagros. Solo contábamos con nosotros. Vivió nueve años. Muy bien cuidado. Los cuidados de su madre fueron lo que le mantenía vivo.

–¿Adoptaron a Jody antes o después de que su hijo muriese?

–Ben –siguió diciendo el señor Goodman–. Le pusimos el nombre de mi padre, que vivió ciento un años. Cuando nosotros nos casamos calculábamos tener cuatro o cinco hijos, era nuestro sueño. Siempre quisimos más.

–La adoptamos después –respondió entonces la señora Goodman–. Un abogado con quien estábamos en contacto llamó y nos dijo que tenía referencias de un bebé.

–¿Qué fue lo que le dijo el abogado? –inquirió Claire, con voz ligeramente demasiado alta; se sentía como si escuchase la cara B de la historia de su propia vida.

–Todo estaba rodeado de secreto –dijo la mujer, retorciendo los dedos como si pretendiera trenzárselos–. No es fácil perder un hijo. Nosotros deseábamos que Ben tuviese una hermana, y de pronto nos encontramos con aquella nena preciosa, y en cambio él se había ido. Ben la habría querido mucho. Si yo dejaba a Jody con alguien, me roía la inquietud. Estaba convencida de que bastaría con que volviese la espalda, y no digamos si salíamos una noche, para que la cuna estuviese vacía y la niña hubiera desaparecido.

–Para su matrimonio esto representaría una gran tensión.

Los Goodman no respondieron.

–Yo la quiero tanto como tú –dijo el marido al cabo de un instante, hablando a su esposa con voz suave–. Lo sabes bien. Quizá lo demuestro de otra manera, pero es verdad.

Sacó un reloj de bolsillo, le dio cuerda, se lo llevó a la oreja y escuchó durante unos segundos.

–Podría ser –sugirió Claire– que su ansiedad estuviera más relacionada con la muerte de su hijo que con la llegada de Jody.

Los Goodman la habían defraudado. Durante veinticuatro años había imaginado a la familia que adoptó a su hija como unas personas sofisticadas y de alto nivel a la manera europea: libros encuadernados en piel, alfombras orientales, viajes a Francia en verano. La señora Goodman se sentaba frente a ella ataviada con un vulgar vestido de punto de algodón, el cabello fijado con laca, una gruesa cadena de oro en torno al cuello. Nada indicaba que a aquella mujer se le hubiese confiado una tarea especial; podía haber sido la madre de cualquiera. Claire respiró profundamente y dio a los Goodman una oportunidad de aclararlo todo.

–Quizá sepa usted que ya estuvo enferma antes, cuando era muy pequeña –dijo la esposa–. Unas horribles infecciones del oído. Creí que me volvería loca. Sentada en las salas de espera con la niña en la falda... Recuerdo que pensaba que me desmayaría en cualquier momento. Era demasiado para mí; pero Jody mejoró, gracias a Dios. Y ahora otra vez. ¿Le parece que no hemos de sentirnos culpables? Nunca quisimos que se marchase a Los Ángeles. Tampoco quise yo que se fuera de casa.

–Hay ciertas cosas que Jody sí quiere –dijo Claire–. Tiene que luchar por conseguirlas.

–Verla en ese estado hace que todo me vuelva a la memoria –suspiró la señora Goodman.

–¿Qué se sabe de los padres biológicos de Jody? ¿Qué les contaron a ustedes sobre ellos?

–Que su salud era excelente... La salud tenía mucha importancia. La madre era soltera, de buena familia. Eso es todo. Todo lo que supimos.

–¿Y solo con esos datos llevaron adelante la adopción?

–No podíamos elegir. Queríamos un bebé.

–¿Cómo se llamaba el abogado? –preguntó Claire.

El señor Goodman se restregó un lado de la cara.

–Ha pasado tanto tiempo... No lo recuerdo, aunque sí recuerdo que murió hará unos quince años.

–En aquellas fechas la adopción no era lo que es ahora –intervino la señora Goodman–. Una no se iba a almorzar con la madre.

–Por supuesto. Cuénteme, entonces, cómo era Jody de niña.

La señora Goodman unió las manos, echó la cabeza atrás y cerró

los ojos como si fuera a caer en trance.

–Todas las niñas de la vecindad venían a casa con sus muñecas, pero especialmente con sus animales de peluche. Las dos grandes ilusiones de Jody eran los animales de peluche y las fiestas de cumpleaños. Ella y sus amigas disponían una mesa, sentaban a los animales a su alrededor y delante de cada uno colocaban un pastelito o un bizcocho. Después, ellas mismas rodeaban la mesa y se comían los dulces. Muchísimos bizcochos –dijo la señora Goodman, abriendo los ojos y riendo–. Del horno de mi cocina salieron muchos, muchísimos bizcochos.

Claire sonreía.

–¿Qué más puede contarme?

Aquellos momentos de placer arrancados del álbum de los recuerdos familiares le provocaban una especie de empacho de azúcar que se traducía en náuseas. Pero quería escuchar más detalles, todos los que aguantase su cuerpo.

–Su primer día en la escuela elemental –continuó la mujer–, llevaba uno de aquellos vestidos de Florence Eiseman, los que tenían adornitos sobrepuestos: le comprábamos unas cosas preciosas; y yo la acompañé. Bueno, pues me quedé. Quiero decir que su primer día de clase lo pasé entero allí, frente a la puerta, juntamente con otras madres. No podíamos irnos.

–¿Y más adelante?

–Gustaba a todo el mundo. Montones de amigos y amigas. Chicos que iban y venían. En casa se encontraban a gusto. Éramos muy tolerantes.

Cuando Jody tenía trece años, cuando los Goodman supervisaban sus primeras fiestas con amigos de ambos sexos, Claire tenía treinta y dos. Ella y Sam estaban casados, vivían en la calle Ochenta y tres. Claire todavía hacía turnos de noche en un centro público, llegaba a casa a las cinco de la mañana, fumaba un porro con Sam, salían a tomar unos huevos en la tasca de la esquina y luego dormían hasta la hora de reiniciar el círculo, o hasta que el sexo les despertaba.

Sonó el timbre de la puerta.

–¿Tolerantes? –preguntó Claire.

–No les obligábamos a bajar el volumen del estéreo –explicó la señora Goodman–. En el aparador encontraban patatas chips y Coca-Cola para todos.

–Hay tanto que hablar aún... –dijo Claire–. ¿Creen que podrían volver mañana por la mañana?

–No pensábamos quedarnos –respondió la mujer, mirando a su marido.

–¿Podrían?

–Temo que por ahora sea ya suficiente –decidió ella–. Realmente

necesitamos regresar a casa.

–Bien –dijo Claire–, si les viene a la mente algo no duden en llamarme. En todo lo que yo pueda hacer estoy a su disposición.

Ambos asintieron.

–Oh, casi lo olvidaba. Una última pregunta. –Claire tomó de nuevo su cuaderno de notas–. ¿Cuál es la fecha de nacimiento de Jody?

–El diez de diciembre de 1966.

La señora Goodman ya se ponía en pie, dejando que su esposo la ayudara con el abrigo.

–¿Es la fecha en que se la entregaron?

–No, la de su nacimiento. No sé la hora, pero de la fecha estoy segura.

«¿Cómo iba a saberla usted?», pensó Claire, y casi lo dijo.

–¿No es posible que naciera unos días antes, digamos, el seis?

Sumida en sus recuerdos, la mujer respondió enseguida:

–El abogado nos telefoneó y dijo: «Su paquete ha llegado y viene atado con cinta rosa». No lo olvidaré nunca. Convinimos que nuestro pediatra examinaría al bebé en el hospital.

–¿Qué hospital? –inquirió agresivamente Claire.

La señora Goodman se abrochaba el abrigo, una prenda larga y fea que parecía un saco de dormir.

–¿Dónde nació? –insistió Claire.

A la mujer se le ensombreció la cara. Se volvió a su marido.

–En el centro. En la parte comercial de la ciudad. Nosotros no fuimos.

–¿Centro Médico? ¿Columbia? ¿Capitol Hill?

–Sí, uno de esos.

–¿Cuál?

La señora Goodman se alzó de hombros y se puso los guantes.

–Ni que me empeñara podría recordarlo.

Desde la sala de espera, el paciente llamó a la puerta con los nudillos.

–¡Solo un minuto! –le dijo Claire elevando la voz.

–Me he alegrado mucho de conocerla –dijo la señora Goodman estrechando la mano de Claire–. Agradecemos su interés por Jody.

–Ya hablaremos –dijo Claire.

Y los Goodman se marcharon.

Claire estaba aturdida. La entrevista había durado quince minutos más de lo que era normal para una sesión de terapia. Bea esperaba en la sala contigua, y a Claire se le había retrasado el horario. La fecha era errónea. Todo era un cúmulo de equivocaciones. La única explicación posible era que hubiese un error. Un error, algún fallo no detectado en medio del revoltijo de papeles. Cosas peores pasaban. En ocasiones la gente se llevaba a casa el bebé que no correspondía.

29

El martes por la mañana Jody atravesaba la ciudad en taxi, empapada en sudor y pegada al asiento como si en lugar de en un automóvil se encontrase a bordo del Cyclone, el maligno artilugio del parque de atracciones donde el suelo desaparecía y los arriscados pasajeros se aferraban a los flancos desafiando la gravedad.

Ver a Claire la había puesto nerviosa. Todo cuanto ocurrió entre ambas con anterioridad fue vigorizante, pero también fue un alivio que terminara. Algo en la manera que tenía Claire de acercarse demasiado, de centrarse en Jody como si esta fuera lo más importante del mundo, resultaba raro. Sin embargo, lo hacía con tal naturalidad que Jody se avergonzaba de sí misma, persuadida de que su sensación de incomodidad era solo una reacción personal, un reflejo de su desconfianza.

–Me falta ánimo para ser alguien –farfulló, cerca ya del hospital de Nueva York.

–Eso solo les pasa a los críos –dijo Claire.

Tenía un aspecto diferente: más natural, más fatigada, con menos aire de diosa.

–Yo soy una cría. Sabía que ocurriría esto. El hecho de que nunca te lo haya mencionado no significa que no lo supiera. Yo soy mi hermano. Yo soy mi madre. Y esto es la plena autocomprensión.

–Admisión de la realidad –rectificó Claire.

–Lo que sea.

–Fue un placer conocer a tus padres. –Jody acogió la declaración con un encogimiento de hombros–. Significas mucho para ellos.

–No soy yo personalmente quien significa mucho. Es un hijo. Un hijo o hija, a estos efectos no importa. Un hijo significa mucho, quizá demasiado.

–Cuando seas madre lo entenderás –dijo Claire.

El taxi se detuvo ante la entrada del hospital. Jody le dio una propina excesiva al conductor y tropezó con el bordillo al apearse.

–¿Estás bien? –preguntó Claire.

La única razón de que permitiese a Claire acompañarla, aparte del hecho de que se sentía demasiado vulnerable para ir sola, era que suponía que, dado que Claire tenía hijos pequeños, estaba acostumbrada a llevar a otras personas al médico y explicarle lo que les pasaba. Jody, por otra parte, ya no era capaz de explicar nada.

Una enfermera las condujo a las dos a lo largo de un pasillo de puertas cerradas y rótulos amonestadores: PELIGRO, RADIACIONES, OXÍGENO. Luego entregó a Jody lo que parecía un formulario de ingreso sujeto a una tablilla y las dejó sentadas en el exterior de una

habitación señalada como PRIMER EXAMEN.

Jody miró fijamente el formulario. Estaba a punto de vomitar.

–¿Te ayudo? –preguntó Claire, tomando de sus manos la tablilla–. Veamos, yo haré las preguntas y tú me dictas las respuestas.

Solo levantarse y vestirse había sido más duro que un día entero de trabajo; el hospital sería el remate.

–¿Quieres que entre contigo? –propuso Claire cuando la enfermera acudió a buscarlas.

–No, gracias.

Apoyada en la fría pared blanca del cuarto, Jody tuvo la sensación de que la envolvía la niebla.

La doctora Marilyn Esterhaus entró, hizo las preguntas que todos habían hecho y, tras ponerse unos gruesos guantes de goma, palpó el estómago de Jody, el hígado y el bazo, y finalmente preguntó si habían aumentado de tamaño antes de que enfermase. Jody dijo que no. Esterhaus le auscultó el pecho, haciéndola respirar profundamente tantas veces que Jody empezó a marearse y tuvo que colocar la cabeza entre sus rodillas.

–Aquí dice –leyó la doctora Esterhaus en el formulario– que le aplicaron tratamientos de radio en los oídos. ¿Cuántos tratamientos?

–Cinco o seis. La verdad, no recuerdo el número exacto.

–Bien, ya veremos. –La doctora se quitó los guantes rápidamente, produciendo un chasquido–. Voy a tomarle unas muestras de sangre. Puede vestirse, y luego venga a mi despacho. A propósito, ¿le han hecho algún test del sida?

–Negativo.

–¿Negativo significa que no se lo han hecho?

–Significa que el resultado fue negativo.

–¿Y por lo tanto no hay razón para hacerle otro?

–Supongo que no.

La doctora Esterhaus salió discretamente del cuarto. Un minuto después Claire llamó a la puerta y dijo:

–¿Puedo entrar?

–¿Por qué no?

Jody estaba vestida, pero todavía sentada en la mesa. Tenía los zapatos en el suelo.

–¿Esperamos algo? –preguntó Claire.

–Que me chupen sangre.

El despacho de Marilyn Esterhaus era un recinto cuadrangular, oscuro y atestado de libros científicos, números atrasados de Immunology Today y recipientes de poliestireno marcados como PERECEDERO, MANEJAR CON CUIDADO o TEJIDO HUMANO.

–¿Tiene siempre ese soplo cardíaco?

–No tengo ningún soplo cardíaco –dijo Jody.

–A veces se observa en personas que padecen enfermedades víricas; no es preocupante. –Marilyn Esterhaus hizo una pausa y anotó algo–. Quiero que le hagan una resonancia magnética, o sea, una exploración cerebral. Si no otra cosa, nos dará una línea de referencia. Y las fotos son muy notables.

–Las Polaroids también son bonitas –dijo Jody–. Y puedo hacerlas yo misma en casa.

–¿Es necesaria la exploración? –preguntó Claire.

–Seguro que lo que me pasa es solo algo que imagino –apuntó Jody.

–No –dijo inmediatamente Esterhaus–. Es real.

–¿Irá a peor?

–Es importante relajarse. La tensión agrava los virus, deprime el sistema inmunitario del organismo.

–¿Qué podemos hacer? –inquirió Claire.

–Nada, en realidad. La sangre nos ocupará un par de semanas; haremos el examen cerebral, comprobaremos los resultados. Existen algunas drogas todavía en fase experimental que se usan en otros casos de inmunodeficiencia, pero dudo en recomendarlas. Pueden ser tóxicas. Nosotras tenemos la ventaja del tiempo, así que aprovechémosla.

–¿Puedo quedar embarazada? –preguntó Jody, sorprendiéndose a sí misma–. Quiero decir, ¿qué pasaría si me quedase embarazada?

–Probablemente el embarazo no llegaría a su término –dijo Esterhaus.

Aquello era algo que había necesitado preguntar. No porque entrara en sus planes, pero suponía que podía ser una manera de echar raíces en este mundo. Si una no tenía estirpe propia, la creaba.

–¿Tiene algún nombre? –preguntó.

–¿Qué? –dijo la doctora.

–El virus.

–Esperemos los resultados –le replicó Marilyn Esterhaus, poniéndose en pie para despedirlas.

–¿Estás disgustada? –preguntó Claire en el taxi, de regreso a casa.

–No ha habido sorpresas.

Jody miraba por la ventanilla el constante desfile de edificios, y el movimiento le provocaba náuseas.

–Nunca hemos hablado de que quieras tener un hijo. ¿Es algo importante?

Jody tuvo la desagradable impresión de que Claire intentaba deslizarse en su interior, invadirla a través de las preguntas, y no contestó.

–Oye –prosiguió Claire–, es evidente que de estas cosas todavía no saben mucho.

Jody asintió con la cabeza, mientras el taxi descendía por la Segunda Avenida.

–Iré contigo a la prueba de resonancia.

–No tienes por qué.

–Cariño, no necesitas decirme lo que debo hacer –respondió Claire, dándole a Jody unas palmaditas en la rodilla–. Puedo decidirlo sola.

–Me llevará a que me hagan una exploración –le contó Jody a su madre–. Consiste en que una especie de imán te fotografía el cerebro a rebanadas. No sé por qué, pero me recuerda Green Eggs and Ham.

–Me alegro –dijo su madre, que no sabía nada del doctor Seuss–. Si quiere organizar las cosas, deja que lo haga. Créeme, no trabajará gratis. Recibiremos una bonita factura.

–Y tú, ¿por qué no haces nada? Eres mi madre.

–¿Cómo puedes decir que no hago cosas por ti? –exclamó su madre–. ¿Quién cogió el coche y te llevó a Los Ángeles?

–Tú –dijo Jody.

– Y lo pasamos estupendamente, ¿no es cierto?

Jody calló. Sí, era cierto, lo habían pasado estupendamente. Fue el último período bueno de su vida. No se arrepentía, pero no tenía nada que ver con lo que ahora estaba ocurriendo.

–Mira –dijo su madre–. Soy como una amiga para ti.

–Amigas ya tengo –replicó Jody–. Sé mi madre.

Las instalaciones del aparatoso mecanismo de exploración por resonancia magnética se encontraban en los sótanos de una mansión del Upper East Side. Aunque estaban bien iluminadas y decoradas con gusto, podrían haber sido el laboratorio de Frankenstein, oculto en las catacumbas de una linda y apacible calle. Ella no quería admitirlo, pero Jody celebraba que Claire estuviera a su lado: el aspecto del lugar sugería que la gente entraba, pero no necesariamente volvía a salir.

–¿Forma de pago? –fue lo primero que, escuetamente, preguntó la recepcionista.

–A mi cargo–dijo Jody.

La recepcionista sacudió la cabeza.

–El pago es por anticipado. Aceptamos MasterCard o Visa.

–Visa.

–Serán novecientos cincuenta dólares.

Jody contuvo la tentación de preguntar si había descuento pagando en efectivo. De cualquier modo, firmó el boleto de cargo, y la recepcionista la acompañó hasta el rellano de una escalera. Los

tacones de Claire resonaron a sus espaldas mientras descendían los peldaños de mármol.

El sótano era de un blanco inmaculado y lustroso. Su perfecto diseño, posmoderno, postindustrial, no se diferenciaba mucho de lo que hubiera sido el interior de una nave espacial tan nueva que aún no hubiese volado nunca.

–¿Cuánto dura esto? –preguntó Jody.

–Tendrá que preguntárselo al técnico –respondió la mujer, invitándolas a entrar en una fría antesala. Allí señaló una cesta de plástico–. Deje aquí el bolso, las monedas, las tarjetas de crédito, las prótesis dentales, cualquier cosa magnética o metálica que lleve encima.

Claire depositó su bolso, y ambas se vaciaron los bolsillos. Jody pensó que la escena era como un atraco: dejó caer en la cesta un rollo de billetes.

–El papel no afecta a la maquinaria –dijo la mujer, devolviéndole el rollo.

–¿Emite radiaciones el aparato? –preguntó Claire.

–Tendrá que preguntárselo al técnico –repitió la recepcionista–. Piénsenlo bien, ¿horquillas, prótesis dentales, algo?

–No sabía que todavía se usaran horquillas –dijo Jody.

–Firme esto.

La mujer tendía a Jody un formulario de consentimiento, sujeto como de costumbre a una tablilla. Ella examinó el impreso y se volvió a Claire.

–Básicamente, incluso aunque me maten, habré de comprometerme a no demandarles por daños y perjuicios.

–Mi marido es abogado –le dijo Claire a la mujer–. No estoy segura de que un documento así sea exigible legalmente.

La mujer no pestañeó.

–Hay que firmarlo.

Jody firmó.

–El técnico vendrá enseguida. En todo caso, no abran esta puerta.

La mujer señalaba la puerta que tenían delante.

–¿Qué pasará, escapará Igor?

Tras retomar la tablilla y el formulario de manos de Jody, la recepcionista se marchó sin añadir palabra. Ellas se sentaron.

Claire cruzó, descruzó y volvió a cruzar las piernas.

Un técnico salió por la puerta que les habían prohibido abrir.

–¿Goodman?

Jody levantó una mano.

–¿Hay algún lavabo por aquí?

–¿Emite el aparato alguna clase de radiaciones? –preguntó Claire.

–¿Cuánto durará? –dijo Jody–. ¿Puede ella venir conmigo?

–¿Lleva usted horquillas en el pelo, prótesis dentales o algún metal en la cabeza? –preguntó a su vez el técnico.

–¿Metal en la cabeza?

–Placas de acero, clavijas, etcétera.

Claire miró a Jody. Esta dijo, perpleja:

–Creo que no.

–El baño está allí –dijo el técnico, señalando algo que solo comenzó a parecer una puerta cuando Jody lo examinó con mayor atención.

Invirtió dos segundos en orinar, y luego pasó cinco minutos ante el espejo, explorándose la cabeza y preguntándose si era posible que en ella hubiese algún metal sepultado del que no tuviera noticia. Clavos. Piezas de oro. Algo que un aparato magnético pudiera extraer a través del cráneo, perforando este para arrancárselo con un fogonazo dolorosísimo. Claire, hasta entonces, nunca había mencionado a su marido. ¿Un abogado? Jody imaginó un personaje del estilo de Raymond Burr.

La temida máquina tenía el tamaño de un reactor nuclear pequeño. En su centro había un orificio, como el ojo de un huracán. El técnico hizo tenderse a Jody sobre una estrecha cama metálica que sobresalía del orificio, luego la cubrió con una manta.

–No se mueva –dijo.

Oprimió un botón y la cama penetró en el interior de la máquina. Jody se encontró como metida en un cañón, reinsertada en el útero, encerrada en un féretro. Las paredes interiores distaban menos de cinco centímetros de su nariz.

–Incluso mi apartamento es más grande que esta cueva –dijo Jody con voz fuerte.

–No hay problema –dijo el técnico.

–Para usted quizá no.

–Tendrá que permanecer un rato callada.

–¿Cuánto rato?

–Cuarenta y cinco minutos.

–No creo que sea posible.

El técnico se dirigió a Claire:

–Podría usted situarse ahí cerca y hablarle.

–¿Está seguro de que no me expondré a radiaciones peligrosas? –preguntó ella.

Desde el interior de la máquina, Jody estuvo a punto de gritar: «¿Por qué no dejas de ser tan jodidamente egocéntrica?».

–Completamente seguro –dijo el hombre. Tomó la mano de Claire y la bajó hacia la pierna de Jody–. Tóquele la pierna y háblele.

Claire oprimió la pierna entre sus dedos.

–¿Quieres que te lea algo?

–¿Leerme qué?

–Algo de Family Circle, por ejemplo –dijo Claire, cogiendo la única revista que había en el recinto.

–Esto ya funciona –anunció el técnico a través de un altavoz, desde la oscuridad de la cabina de control–. Volveremos a hablar dentro de cuarenta y cinco minutos.

–«Tarta de manzana con pasas. Un postre delicioso y saludable, útil también para la merienda y muy adecuado para llevarlo al colegio. Tres tazas de harina, una caja de pasas...»

Inmediatamente después de iniciado el nuevo año, Claire inició a su vez, y ahora en serio, la búsqueda de casa.

Reajustó sus horarios y compromisos para crear bloques de horas libres; y luego, como en un sueño o en una fuga de memoria, sin decir una palabra a nadie, salía de su consultorio, bajaba a la humedad y el frío del garaje y partía al volante del coche. Cada vez se adentraba más en el paisaje suburbano. Cuando el coche avanzaba por la arbolada avenida y cruzaba el río Hudson, para ella significaba penetrar en un mundo más fantástico que real: viajando sola, no había otra realidad que ella misma, la auténtica Claire.

Recorrió de un extremo a otro calles con nombres como avenida de los Arces, calle de Correos, paseo de los Nogales; vagó entre grandes mansiones, pero también dedicó su atención a los bien cortados setos de aligustre y a las verjas cuidadosamente repintadas. Todo ello tenía tanto en común que prácticamente nada parecía incongruente o fuera de lugar. Había confort en la familiaridad y en el hecho de que aquello no eran urbanizaciones, pesadillas preplanificadas, fabricadas de acuerdo con un molde y plantadas por las buenas sobre el terreno. Aquellos lugares habían crecido, aunque de manera espontánea, en respuesta a una idea sobre cómo deberían ser las cosas. Una especie de promesa.

Lo que Claire quería era serenidad e identidad. Una fortaleza privada, un blindaje aparentemente impenetrable. Un lugar donde nadie supiera ni le importase nada de nada, con tal de que las cosas pareciesen correctas vistas desde fuera; un sitio que por lo menos transpirase seguridad.

Dio vueltas y vueltas, proyectando sus fantasías sobre las casas en apariencia vacías y las calles desiertas, pensando en todo momento en su familia: Sam y los chicos, y Jody.

¿Por qué no se daban ellos cuenta del efecto que tenía en Claire una confrontación, cómo socavaba sus esfuerzos?

Se inscribió en los registros de los agentes inmobiliarios, preponderantemente mujeres sentadas detrás de escritorios de acero pavonado, bien provistas de libros con nombres y direcciones, mapas y fotos. Aparcaba el coche en el centro de aquellas pequeñas poblaciones suburbanas, inclinaba hacia abajo el espejo retrovisor, se retocaba el rojo de labios y en ocasiones el resto del maquillaje, asegurándose de que tenía un aspecto decente y buena apariencia, de que se presentaría con la imagen adecuada; luego iba directa a la agencia y se sentaba.

En las casas de desconocidos, Claire podía soñar. Todo era

exactamente como deseaba que fuera. Se veía a sí misma como una persona distinta en una vida diferente. Las casas, en cierto modo, se las probaba, como si realmente pudiera levantarlas desde los cimientos y metérselas por los hombros, cerrar las paredes en torno a su cuello, abrochárselas y describir círculos frente a un espejo. Se vestía con ellas. Las habitaciones eran como capas de paño; los cuartos de baño, como ropa interior, funcionales, básicos; los dormitorios eran jeans y camisetas, prendas informales, cómodas, para el tiempo libre. Las salas de estar y los comedores, como blusas de seda y faldas de calidad, tenían que ser estrictos, coordinar entre sí perfectamente y dar coherencia a la figura. La cocina era como los zapatos, esencial.

«Demasiado grande» o «demasiado pequeña», «no es para mí», concluía siempre Claire, y continuaba la búsqueda. Cada pocos kilómetros había otra población, otro núcleo residencial, y en todos había agentes inmobiliarios, y cada agente disponía de un libro de fotos y de las llaves de todas las casas.

Últimamente, Claire tenía la sensación de que sus pacientes estaban en mejor forma que ella. Una tarde de enero le llegó un sobre grande remitido por su ex, y no precisamente favorita, paciente, Polly. Protegidas con sumo cuidado por unos cartones había dos fotografías de boda. «He pensado que te gustaría tener las fotos adjuntas, aunque solo sea para completar tus archivos. La boda fue estupenda, realmente el día más feliz de mi vida. Mi esposo, Phil, trabaja temporalmente para mi padre y seguirá buscando algo por su cuenta. Entretanto quiero disculparme por mi actitud hacia ti. Me doy cuenta de que solo tratabas de ayudarme y que de vez en cuando yo descargué sobre ti mis propias frustraciones. Confío en que te complacerá saber que ahora me van muy bien las cosas y que te agradezco tus esfuerzos.»

Claire contempló las fotografías: banales y estereotipados retratos de boda. El novio, de ojos vidriosos, en pie detrás de la novia, rodeándola con los brazos, marcándola como propiedad suya, como si testimoniarlo ante la cámara autentificase la posesión. Luego rompió las fotos por la mitad para que entrasen sin dificultad en la papelera que tenía bajo el escritorio.

Mientras esperaba al paciente de las dos y cuarto, Claire hojeó catálogos. Había querido hacerle a Jody algún regalo sencillo por Navidad o Año Nuevo, pero no supo cómo arreglárselas. Ahora había decidido simplemente cursar la orden de envío, sin preguntas, sin incluir tarjeta; pequeños misterios, maná del cielo. Del catálogo de Lillian Vernon eligió un coche de juguete para Adam y tazas con la inicial del nombre para sí misma, Sam, ambos chicos y Jody, rellenando para Jody un boletín aparte a fin de que recibiese el

obsequio directamente. El paciente de Claire no se presentó, y ella pasó la hora entera comprando por correo: prendas interiores de Victoria's Secret, un conjunto de Tweeds, una brújula de coche computerizada de The Sharper Image.

Cuando abrió la puerta a las tres, Claire era quinientos dólares más pobre y los Owens ya estaban riñendo en la sala de espera.

–Yo trabajo como un condenado –decía Jim Owenspara que tú y tu hijo podáis compraros cuanto se os ocurra.

–¿Quieren pasar, por favor? –preguntó Claire.

Los Owens eran agobiantes. No necesitaban a Claire; necesitaban un árbitro y un campeonato de cualquier deporte violento donde competir.

–Precisamente hablábamos de nuestro hijo –dijo Jim.

–Tu hijo. Se comporta exactamente igual que tú.

–Tú no tienes la menor idea de cómo era yo a su edad. Si quería algo, tenía que pedirlo.

–«Nadie me dio nunca nada» –gimoteó Gloria imitando a su esposo.

–Zorra –gruñó él.

–Quizá podríamos centrar un poco más esta conversación –dijo Claire.

–Mire –dijo Jim–, a mí lo único que me importa es que el chico aprenda buenas normas. Creo que usted misma lo dijo: los chicos deben respetar ciertos límites.

–¿Ha ocurrido algo en particular?

Gloria levantó la mano.

–Le compré un par de bambas nuevas.

–Ciento diez dólares.

–Eran las que él quería, le sentaban bien y todos sus amigos las usan. No tolero que mi hijo se sienta marginado. Los chicos son muy sensibles.

–Como ya le he dicho a mi mujer –continuó Jim, sin prestar atención a su esposa–, no es el dinero lo que me indigna, es que dos días después resultó que necesitaba que le pagáramos el taxi para ir a la escuela porque a otro alumno le asaltaron en el autobús, ¿y qué le robaron? Las bambas.

Gloria sacudió la cabeza.

–¿Por qué cualquier cosa tiene que convertirse en problema?

–En lo que a mí concierne, esas malditas bambas me cuestan quince dólares al día. Es ridículo. Que el chico lleve zapatos como Dios manda, y en paz.

–¿Por qué no se los compras tú? –preguntó Gloria.

–Porque yo estoy demasiado ocupado trabajando todo el día para ganar el jodido dinero.

Después de cuarenta minutos de porfía implacable, Claire les interrumpió:

–Hemos de procurar que ustedes, los dos, tomen las decisiones juntos, en lugar de que uno decida y luego recrimine al otro el no haberse implicado. Deberíamos trabajar sobre esto.

Los Owens asintieron, recuperaron el aliento y reanudaron su discusión.

Claire miró el reloj.

–Sugiero que la semana próxima hablemos de técnicas de negociación en lugar de reñir inútilmente.

–Gracias –dijo Gloria, poniéndose en pie.

–Sí, gracias –refunfuñó Jim. Dio un tirón hacia arriba a sus pantalones antes de marcharse–. ¿Sabes? –le dijo a su esposa–. La semana próxima podríamos, simplemente, discutir en casa, ahorrarnos el dinero y luego salir a cenar a un buen restaurante.

Claire se sentó a su mesa para tomar notas de la sesión y escribir unas facturas. «Diez sesiones, mil doscientos cincuenta dólares, pero para usted solo ochocientos cincuenta.» Se preguntó qué sería lo que la impulsaba a modificar la tarifa: ¿una cara bonita, un caso interesante? A continuación recogió de la papelera las fotos de la boda de Polly, tomó una de sus tarjetas impresas en relieve y con su más florida caligrafía escribió: «Felicidades. Hermosas fotos. Me alegro mucho de que las cosas vayan por buen camino. Que todo siga así. Tuya, Claire Roth». Devolvió las fotos a la papelera, cerró y selló el sobre de la tarjeta. «Manipulación culpable», pensó.

A las cinco y diez, con retraso, Jody entró caminando lentamente, como una vieja a la que fallaran los músculos.

–Me parece que no te lo he mencionado –dijo–, pero no volveré a la UCLA. Se acabó. Finis. Se ha ido a la mierda. –Jody hizo una pausa y se miró los zapatos–. Uno de mis amigos facturará mis cosas. A cambio de quedarse los trastos que dejé, el propietario cancelará el alquiler. Y por quinientos dólares hay un servicio que trasladará el coche que había sido de mi madre a Bethesda. –Volvió a interrumpirse–. Trato de pensar si dar por cerrada una vida comporta algo más, porque tengo la sensación de que efectivamente olvido algo. Quizá se trate de mí. Quizá este sea el problema: yo todavía estoy aquí.

Claire quería acercarse a Jody, abrazarla y decirle que todo iría bien, que meramente pasaba un mal momento, unos días malos. Le habría gustado entretenerse peinando el cabello de Jody en múltiples trencitas. Cruzó los brazos sobre el pecho y se forzó a no moverse de la silla.

–Al parecer has hecho un magnífico trabajo organizando las cosas

–dijo.

–Se suponía que iba a ser directora, ¿recuerdas? Eso es lo que hacen los directores: dirigir.

–Debería encargarte que organizaras mi vida.

–Ya me he retirado.

Jody se sentó y no dijo nada más. Era frustrante. En ocasiones se mostraba sarcástica, inalcanzable, muy distinta de como Claire deseaba que fuera.

–Me gustaría que conocieras a mi marido, Sam, y a los chicos. –Jody le dirigió una mirada interrogativa–. Quiero ayudarte, ocuparme de ti. Te estoy ofreciendo cosas que nunca había ofrecido a nadie. –La voz de Claire se quebró–. Me importas más tú que cualquier otra persona, excepto mis otros hijos.

Un desliz: ¿por qué había dicho otros? ¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿Iba ahora a extraviarse? Patético. Habría sido perfectamente lógico que Jody se levantara, le escupiera y se marchase para siempre. Claire incluso la habría admirado por ello. Pero Jody solo se encogió de hombros. Y enseguida fueron las seis.

–Se ha acabado el tiempo por ahora, pero quizá en cualquier momento podamos llegarnos juntas a Bloomingdale's. Una excursión a los grandes almacenes suele tener efectos curativos. Te llamaré esta noche.

Cuando Jody se hubo marchado Claire descubrió un suéter caído en el suelo junto a la silla. Lo levantó, se acarició con él la cara y rápidamente se lo puso.

Fuera, algunos copos blancos indicaban que comenzaba a nevar. Claire llamó a su agente inmobiliario, preguntó a qué hora quería examinar su apartamento, y se apresuró a regresar a casa para encontrarle allí. Si quería venderlo tendría que hacerlo ella misma. Exhausta, todavía con el suéter de Jody puesto, se paró en el pasillo de entrada contemplando el apartamento con el talante menos apasionado posible, curiosa por saber cómo lo calificarían los dos jóvenes arquitectos que acompañarían al agente: ¿decepcionante, pequeño, falto de estilo? Los arquitectos lo detestarían, comentarían cuán insólito era que un apartamento situado en una zona tan buena de la ciudad tuviese tan pocas cualidades. Jody probablemente lo habría detestado igual que ellos.

Sonó el timbre de la puerta y Claire franqueó la entrada al agente inmobiliario y a dos hombres jóvenes.

–Hola, bienvenidos. Soy Claire Roth.

Los arquitectos se presentaron a sí mismos, Tom y Bill, y estrecharon la mano de Claire. Ambos vestían clásicos y caros trajes de lana.

La falda de Claire era totalmente inadecuada, y con el suéter de

Jody encima de la blusa resultaba todavía peor. Ella tuvo súbita conciencia de su mal aspecto y comprendió que no había posibilidad de que el apartamento despertase en los recién llegados el menor interés.

Cuando el agente les condujo de habitación en habitación, Claire, en la retaguardia, iba respondiendo a preguntas que no le habían hecho sobre el apartamento en sí, el edificio en general, la junta de copropietarios, o señalaba detalles que creía podían ser importantes: las molduras, los marcos de las ventanas, la grifería nueva del cuarto de baño. Mientras examinaban el dormitorio principal, Frecia entró con los chicos.

–¡Mira lo que he hecho! –gritó Adam.

Se acercó a Claire dejando en el suelo un rastro de humedad. Entre las manos, enfundadas en mitones, sostenía una bola de nieve.

Antes de corresponder al entusiasmo de su hijo, sin embargo, Claire descubrió en la bola una mancha roja: sangre, supuso, o el tapón de un frasquito. Arrancó la bola de manos de Adam y hurgó en la mancha roja con la uña. Era solo borra desprendida de los mitones. Suspiró y devolvió a su hijo la bola de nieve.

–Perdona, cariño –dijo–. ¿Por qué no guardamos esta maravilla en el congelador para que no se derrita? ¿Os parece buena idea?

Claire condujo a la cocina a Adam y su bola de nieve. En ese momento salían del dormitorio el agente y los arquitectos.

–Muchísimas gracias –dijo Tom, dando un paso hacia la puerta.

Claire se adelantó para despedirles.

–¿Cuál ha sido su primera impresión?

–Estoy seguro de que una persona como usted sacaría de él excelente provecho –dijo Bill–. Pero para nosotros sería imposible.

–¿Por qué? –preguntó Claire, como si a través del diagnóstico del apartamento el hombre fuera a revelar en realidad cuáles eran los defectos de ella.

–Las habitaciones tienen unas dimensiones demasiado dispares –respondió simplemente él.

Su compañero ya abría la puerta.

–Mañana hablaremos –dijo el agente–. La llamaré.

–¿Quiénes eran esos tipos? –preguntó Jake poco después.

–Pelmazos –dijo Claire–. Pelmazos cargados de pretensiones.

Aquella noche, cuando terminaron de cenar y Claire hubo bañado y metido en la cama a Adam, ella y Sam descansaron un rato en su dormitorio con la puerta cerrada. Sam, con la yema del dedo índice y por encima del suéter, seguía el perfil del seno de Claire.

–¿Es mío este suéter? –preguntó. Ella negó con la cabeza.

–Tengo que llamar por teléfono –dijo sin moverse.

–Qué ridiculez.

–¿Qué?

–Pasas más tiempo hablando con esa chica que conmigo.

–Es mi paciente.

Sam ahogó descaradamente una carcajada.

–Vamos, te he oído, Claire. He oído tus risitas tontas, vuestro intercambio de cotilleos sobre famosos del cine. Si eso es terapéutico yo soy Sigmund Freud.

–Pues estaba pensando en invitarla –dijo ella.

–Es tu cliente.

–Es uno de nosotros, como uno de los chicos.

–Excepto que yo no la conozco.

–No te he pedido un análisis –dijo Claire, apartándose de él–. Solo quiero saber si te parece bien que venga a casa.

–La psicoanalista eres tú, yo solo soy un abogado –dijo Sam, rascándose el estómago–. Si decide demandarte, ya me avisarás.

–No sé cómo puedes ser tan imbécil –replicó ella.

Él se volvió hacia su lado de la cama y apuntó al televisor con el mando a distancia.

–Jodidas mujeres –masculló.

–Vete a la mierda –dijo ella–. Apestas.

Jake entró repentinamente, sin llamar.

–¿No podríais dejar de pelearos? Menuda lata.

Dio media vuelta y volvió a salir, dejando la puerta abierta.

–Algún día le estrangularé –murmuró Claire–. No puedo seguir viviendo así. No tenemos la menor intimidad.

–Ya que sacas el tema –dijo Sam–, sé que estás enseñando el apartamento.

Claire no contestó. Él añadió al cabo de un instante:

–¿Eso es algo de lo que deberíamos hablar, o te propones sencillamente embalarlo todo, escabullirte y dejarme sin hogar?

–Lo estoy estudiando –dijo Claire.

–A mí me parece una de esas decisiones que las parejas toman juntas. No estoy seguro de querer mudarme.

–Muy bien, entonces podemos divorciarnos. Tú te quedas el apartamento, pero a fin de cuentas tendrás que comprarnos una casa a los chicos y a mí.

–No necesariamente.

–¿Han de ser siempre las cosas tan horriblemente difíciles? –dijo ella, levantándose de la cama. Recogió apresuradamente prendas de ropa, las plegó, las apartó, abrió y cerró a manotazos los cajones de la cómoda–. ¿Por qué para cualquier tontería se necesita tanto forcejeo? ¿Por qué no...?

–¿Por qué no me limito yo a hacer siempre lo que tú quieres? –la interrumpió Sam–. Pues porque soy una persona, Claire. Porque tengo

ideas que no te pertenecen. Lo nuestro es un matrimonio, no una monarquía.

El teléfono sonó y Claire corrió a descolgarlo.

–¿Hola?

–¿Señora Roth?

–¿Sí?

–Soy Bea. –La paciente que había escapado de las vidas de sus hijos, de las quejas de su marido, y de su apartamento–. Una vez me dio usted el número de su casa y dijo que podía llamarla.

–Lo recuerdo –dijo Claire–. ¿Está usted bien?

–Esta noche, al volver de mi clase, había una carta en la mesa de la cocina, apoyada contra el salero.

–¿Sí?

–Era de Herbert. Se ha marchado. Decía que estaba cansado de llegar a casa y encontrar el apartamento vacío, cansado de que yo no cocine y de que ya no me ocupe de él. De modo que se ha marchado. Después de treinta y seis años. Yo volvía de una conferencia sobre historia del arte, ¿y qué es lo que me esperaba? Herbert tiene cincuenta y siete años. ¿Acaso se figura que puede salir de aquí por las buenas y entrar como si nada en otro apartamento donde otra vieja le hará la comida y le lavará la ropa?

Durante un minuto largo Claire no dijo nada. Miraba a Sam, tendido descuidadamente en la cama con el control remoto en la mano y el entrecejo fruncido.

–¿Le apetecería venir a verme por la mañana? –preguntó después.

–En principio tengo que ir al Met con una de las chicas de mi clase. No estoy dispuesta a cancelar la cita solo por causa de Herbert; le daría una satisfacción demasiado grande, esté donde esté.

–Bien, pues llámeme mañana si desea hablar.

–Gracias –dijo Bea–. Lamento haberla molestado en su casa y a estas horas. Solo quería informarla.

–Está bien –dijo Claire.

Bea rió.

–Lo divertido de la cosa es que la he llamado pero en realidad no tengo nada que decirle… Estoy sin habla.

–No tiene importancia. Puede volver a llamarme si lo necesita. ¿Está segura de sentirse bien?

–Segura no, ¿cómo voy a estarlo? –dijo Bea–. No lo sé. En fin, buenas noches.

Claire miró fijamente el receptor por unos momentos, y luego cortó la comunicación, salió del cuarto y cerró la puerta a sus espaldas.

–Estás perdiendo la chaveta, nena –dijo Ellen cuando Jody le contó los planes de conocer a la familia de Claire–. Tú ni siquiera sabes patinar.

–Por lo menos Claire me necesita. Eso debería alegrarme.

–¿De veras sabes lo que dices?

–Es horroroso. Nunca imaginé que ocurriría, pero estoy en la miseria, Ellen. Desamparada. Es terrible.

–Yo en tu lugar estaría furiosa con ella por haberte reducido a ese babeo infantil. Has perdido la confianza en ti misma. De esto se trata y de nada más: la destrucción de la autoestima. Una vez leí algo sobre ello.

–Castración vírica –dijo Jody–. Es fluida y uniforme, es rápida y terminal.

Saber que gustaba a Claire era halagador; siempre que gustas a una persona, el instinto te empuja a sentir que ella te gusta a ti. Cierto, aquella relación era fuera de lo común, varios grados más intensa de lo que Jody habría esperado y para lo que estaba preparada, pero así fueron las cosas. Cuando Jody inició aquello, ni remotamente se le ocurrió que Claire significaría algo para ella. Al principio había sido sumamente simple, pero ciertos elementos cambiaron y Jody descubrió que no todo era como parecía. Su fe en el poder de la familia había sido una ilusión, y su concepto de sí misma se configuraba en torno al mito de ser literalmente hija de la familia. Ella no era de ellos, no era de nadie. El significado de todo aquello no estaba claro, pero Claire la ayudó, casi la acunó mientras ella lo deducía, calculaba y resolvía todo. Y no era la primera vez que alguien trataba a Jody como si fuera una persona especial. A lo largo de sus años escolares los profesores la habían idolatrado, y más tarde con Michael y Harry ocurrió lo mismo. Jody agradaba a la gente, y en consecuencia las reglas cambiaban en su favor. Y no porque ella lo buscase; sencillamente ocurría, y ella estaba de acuerdo.

Terminada su conversación con Ellen, quien hablaba desde Dallas, Jody se puso el abrigo, tomó el ascensor y paró un taxi en la calle Hudson. No debía reunirse con Claire y su familia hasta una hora y media más tarde.

–Al Museo de Historia Natural –ordenó al conductor.

El lugar más seguro del mundo, parado en el tiempo, reminiscencia de tardes infantiles de domingo en la Smithsonian de Washington: el mamut del inmenso vestíbulo, los esquimales mascando pedazos de grasa en sus dioramas.

Una persona haría cualquier cosa por sobrevivir. Instinto animal, o

lo que fuera. Jody fue al museo convencida de que si podía pasar una hora sin pensar (en el fracaso, en Claire, en Ellen, en nada), si podía abandonarse al silencio y a la oscuridad sepulcral de la historia preservada, al salir habría recobrado la salud.

A la entrada de la sala de los grandes mamíferos se detuvo para cobrar aliento. Estaba en compañía del caribú, del oso pardo, del wapiti.

–No se escaparán, ¿verdad? –preguntó a su madre, detrás de ella, un niño pequeño.

Jody pensaba que esta vez, y sin saber cómo, todo podía hacerse pedazos. Claire había empezado tiempo atrás a introducir nombres de su familia en la conversación, Sam esto, Jake y Adam aquello, y Jody trató de fingir que aquellas personas no existían. Se suponía que los psicoanalistas y similares no tenían familia, no tenían a nadie más que a su paciente, como si también ellos vivieran solo los cincuenta minutos que duraba la sesión. Así debía ser y convenía que fuera. Ahora Claire insistía en que conociese a su marido y sus hijos y se emperraba en la idea. Un año antes a Jody no le hubiera importado; pero ahora, cuando todo lo que a ella le había parecido siempre próximo, bueno y familiar se había avinagrado irremisiblemente, Claire parecía hacer gala de su éxito, su hogar y su entorno.

Jody miró en derredor. El oso pardo de Alaska se mantenía erguido sobre sus patas traseras y alcanzaba la altura de dos pisos. El wapiti macho tenía la cabeza echada atrás, la boca abierta, los negros ojos como desorbitados. Todos los animales, de hecho, parecían haber visto el fantasma de algo terrible. El silencio estaba allí como atrapado, reinaba una quietud disecada y recosida. Todos tenían su familia, todos pertenecían a alguien y le imitaban sin darse ni siquiera cuenta y sin necesidad de reconocerlo explícitamente. Jody había sido simplemente facturada y entregada en el domicilio de sus padres como cualquier otro artículo que estos hubiesen adquirido una tarde de compras. Reflexionó sobre lo que ocurriría si daba esquinazo a la familia de Claire, si optaba por tomar otro taxi y regresar a la calle Perry. ¿Pasaría el resto de la tarde sintiéndose un completo fiasco por haber dejado escapar otra ocasión maravillosa, perpleja al ver la forma en que su vida se había detenido ante aquel infranqueable tope?

La ardilla voladora era perfecta: encerrada en una jaula de un negro intenso, como en un sueño enigmático, sobre un fondo de grandes árboles, luz de luna, un bosque lejano y, más allá, las cumbres nevadas de unos montes. Con los miembros extendidos, la ardilla nórdica estaba allá fuera, allá arriba, colgada en el aire. Jody se recuperaría, dominaría su aprensión. Iría al parque y se reuniría con la familia de Claire. ¿Qué daño podía hacerle aquello? Se dirigió apresuradamente a la salida, deseosa de que hubiera alguien que la

guiase hasta el exterior sin que tuviera que abrir los ojos, ciega. Caminó deprisa, procurando no prestar atención, a pesar de lo cual lo último que vio del museo fue el dodo, un ave extinguida.

A las tres y media, la hora convenida, estaba en la loma cubierta de césped que dominaba la Wollman Rink, la pista de patinaje. La luz del día comenzaba a menguar, el frío nocturno se infiltraba lentamente en el aire. Cerniéndose sobre el parque, a contraluz, se alzaban los grandes edificios de apartamentos de Central Park South. Las gruesas letras rojas del rótulo de la Essex House parecían ensamblar el cielo y el perfil urbano de igual manera que las célebres letras de la palabra «Hollywood» pegaban al cielo la colina de Los Ángeles. El día había sido engañosamente cálido para finales de enero: se veían caras congestionadas; a derecha e izquierda la gente se había quitado abrigos y chaquetones, la mayoría quedándose en jersey de cuello alto. Una tarde esperanzadora. Jody conocería a la familia de Claire, intercambiarían saludos y cumplidos y luego, tan pronto y tan educadamente como fuera posible, se separarían.

Una larga cola de aspirantes a patinadores se ondulaba en el camino que conducía a la pista. Desde arriba, el hielo se veía atestado, como si todo Nueva York hubiera salido a patinar aquella particular tarde de domingo. Jody trepó a una roca e intentó localizar a Claire examinando la hilera de personas desde el final hasta el comienzo. Allí estaba, hacia la mitad, también buscando. No había prisa. Entre Claire y la entrada Jody contó a ojo unas treinta personas. Cuando fueran quince empezaría a bajar por el camino, abriéndose paso entre los componentes de la cola. «Perdone... discúlpeme... me esperan ahí enfrente...»

En aquel momento Claire la descubrió y agitó los brazos con energía. Por instinto, Jody hizo lo mismo y se acercó.

–Pensaba que quizá nos guardarías turno –dijo Claire.

–Me he retrasado –explicó Jody, preguntándose cuáles entre aquellas personas desconocidas serían los Roth.

Claire palmeó las espaldas de un hombre y dos niños que tenía delante. Jody esperaba que dijese: «Por favor, permitidme que os presente a la recalcitrante, resistente, profundamente neurótica señorita Goodman». En lugar de ello acarició el cabello del menor de los chicos y con voz clara y alegre anunció:

–Chicos, esta es Jody.

Sam se volvió a mirarla. No era un vampiro, tampoco un gorila: un hombre corriente.

–Es un placer conocerla –saludó.

–Hola –dijo el chico mayor.

El otro, Adam, se miró los pies.

–No quiero ponerme patines. Podría probar con zapatos, ¿no?

La cola avanzaba. En la taquilla de entrada, Jody sacó su cartera, pero Claire la detuvo y dejó que Sam pagara por todos.

–Estás invitada. Todo el día.

En el vestuario reinaba un gran estrépito, estaba lleno de niños vociferantes, la megafonía difundía canciones pop pasadas de moda, la gente se apresuraba. Jody se concentró en la tarea de ponerse los patines. Notaba que se estaba difuminando en la confusión.

–Aprieta bien los cordones –le dijo Claire.

Ella la miró desconcertada.

–Aprieta bien los cordones –repitió Claire, esta vez inclinándose hacia su lado para ayudarla–. Te aguantarán el tobillo.

Sam, Claire, Jake y Adam. Personas auténticas, quizá por encima de lo corriente, como las familias de los anuncios de la televisión. Guapos, tranquilos y actuales comparados con el señor y la señora Goodman, que estaban cerca ya de solicitar la ayuda de la Seguridad Social. Claire con sus ropas de ocio: jeans descoloridos, jersey de cuello alto, el cabello claro sujeto por un grueso broche. Sam con pantalones de pana, un suéter hecho a mano, el cabello apenas un poco largo, un poco gris. Por contraste, Jody se sentía tosca, negra, desajustada. No era culpa de ellos. La familia de Claire no la miraba con extrañeza, no la trataba como si fuera una criatura peculiar o un elemento contaminante. Nada en su comportamiento proclamaba: «¡Oh, Dios mío, es una paciente, cuidado!».

–No sé si sabré hacerlo –dijo Jody.

Le había venido a la memoria que un año, por la fiesta de Chanukah, su madre compró tres pares de patines, preparó una bolsa de sándwiches de carne y termos de cacao, metió a Jody y a su padre en el coche y los llevó al C&O Canal. Durante la primera hora aquello fue maravilloso, como salido directamente de una pintura de Norman Rockwell: papá, mamá y Jody con mitones y largas bufandas, deslizándose graciosamente de un lado a otro de la pista de hielo. Después su padre perdió el equilibrio, aterrizó sobre el coxis, volvió a casa tendido boca abajo en el asiento trasero del coche, y pasó el mes siguiente sentado en flotadores hinchables destinados en teoría al uso infantil en las piscinas.

–Naturalmente que puedes –dijo Claire, tirando de ella hacia la pista–. Avísame cuando te canses y haremos una pausa.

Jody y Claire salieron tambaleantes del vestuario y avanzaron sobre las angostas cuchillas como patos enloquecidos. Los patinadores pasaban describiendo veloces círculos, y la única manera de adentrarse en el hielo era emprender la carrera, quizá echarse a volar de un salto. Si titubeabas te aplastarían.

–¿Has jugado a la comba? –preguntó Claire.

–Digamos que no recientemente.

–Bien, pues viene a ser lo mismo, se entra igual.

Jody estaba atenta a los patinadores, calculando cómo ajustarse a sus desplazamientos, cuando Claire la asió de la mano y de un tirón enérgico la introdujo en la pista. Sin proponérselo, Jody opuso resistencia. Tres personas cayeron a su alrededor.

–Patina, vamos –ordenó Claire.

Y Jody obedeció, al principio con movimientos torpes, inseguros e irregulares, poco después con mayor armonía, balanceando los brazos para darse impulso.

–¡Ody! –la llamó Adam–. Ody, vamos a dar una vuelta. Despacio – añadió enseguida–. Me gusta despacio. –Un seductor de un metro de altura, ojos azules y cabello castaño. Jody dio con él unas cuantas vueltas a la pista, hasta que dijo–: Muchas gracias, Ody... Ahora mamá.

Claire le había abierto las puertas y ahora estaba dentro, formaba parte del clan. Sin necesidad de que ellos la abrumaran con su efusividad o se excedieran en amabilidades. De hecho, ocurría casi lo contrario: ella no era una persona especial, sino una chica como tantas.

Jody traspasó a Adam a su madre y se tomó un descanso a un lado de la pista. Les vio patinar como una familia, Claire con Jake, Adam con Sam. Todo encajaba: la música, el final de una tarde de invierno, la familia perfecta. Cuanto hacían no parecía requerir esfuerzo, era sencillo y natural. Se limitaban a hacerlo, y salía bien. Jody deseó que la vida fuera siempre así; deseó ser como ellos, y si no podía serlo, por lo menos que algo de ellos se le pegase. Por primera vez quería todo lo que Claire le había estado ofreciendo, todo y más.

–Continúa con Sam –dijo Claire, empujándola hacia donde su marido esperaba con el brazo ya extendido–. Adelante, sigue.

Jody deslizó su mano en la de Sam y ambos emprendieron el vuelo. Patinaban, navegaban gobernados por la energía de sus brazos y la agilidad de sus piernas. Jody se entregó de lleno a la carrera, absorta en el uniforme deslizamiento de los patines aunque sin perder de vista, en otro plano, las ramas desnudas de los árboles dibujadas contra el cielo, los coches de caballos que desfilaban por las sendas del parque, la ciudad tocada por el crepúsculo invernal. La sensación de movimiento, vuelta tras vuelta, insuflaba en ella nueva vida. Vuelta tras vuelta, patinando en amplios círculos, parejos en el ritmo y la zancada. Pasaban ante Claire y Adam, les saludaban agitando la mano y aceleraban la marcha, patinaban cada vez más deprisa, con más fuerza en las piernas, firmes, seguros. Jody imaginó que la gente les admiraba y que, por supuesto, iban juntos. Impulsó su mano más hacia el interior del puño de Sam, un puño grande y áspero al tacto. La forma en que él envolvía con sus dedos la mano que ella le cedía,

sin apretarla, sin exprimirla, hacía que Jody se sintiera bien.
–¿Puedo contarte un secreto? –le preguntó en el curso de una de las vueltas–. No sé por qué ni cómo he venido. No quería venir. Me daba pavor.
–¿Precisamente pavor?
–Me asustaba conocerte.
Sam sonrió.
–¿Y soy tan temible como esperabas? ¿O más?
–No estoy segura. ¿Tienes doce dedos en los pies, piel de sapo, lepra deformante y usas gafas de montura de concha?
–¿Cómo lo has sabido? –preguntó Sam.
–¡Uau! –exclamó Claire cuando ellos salieron finalmente de la pista, obligados a detenerse solo porque los empleados retiraban al público para volver a alisar la superficie del hielo–. ¡Fantástico! ¡Como si llevarais veinte años patinando juntos!
Jody se ruborizó.
Jake levantó la nariz para olfatear el aire.
–Salchichas –dijo–. Huelo a salchichas.
–No, aquí no –objetó su madre–. Vamos a por algo mejor.
Se quitaron los patines, volvieron a calzarse los zapatos y emprendieron el ascenso por el camino en dirección a la Quinta Avenida. Cuesta arriba y entre el arbolado, Jody apenas podía andar. Más tarde le dolería todo, le dolería de verdad. Los efectos del virus eran evidentes. Su visión era desigual, su corazón latía desmañadamente; pero ella, en aquellos momentos, antes habría caído muerta que abandonado a los Roth.
–¿Por qué se reúnen todos los patos solo en aquella parte? –preguntó Jake cuando pasaban junto al estanque.
Quedaba ya muy poca luz diurna y el lugar habría sido inquietante si alguno de ellos se hubiese encontrado allí solo.
–El resto del estanque está helado –dijo Claire.
–Pues, ¿por qué no se van a otro sitio cuando es invierno, como hace tía Shirley? –insistió el chico.
–Porque aquí está su hogar.
En la Quinta Avenida las farolas emitían un resplandor anaranjado, y Jody recordó los planos nocturnos rodados con Harry en aquella misma esquina, especialmente las quince veces que Carol Heberton tuvo que interpretar la misma escena en la fuente. Toda una vida parecía haber transcurrido desde entonces.
Sam agitaba la mano para parar un taxi.
–Adoro esto –dijo Claire, rodeando a Jody con un brazo–. ¿No es magnífico?
Lo era. El dolor que partía de la base del cráneo de Jody y descendía sin solución de continuidad por su corazón y sus pulmones

hasta la ampolla que tenía en un dedo del pie era absolutamente real. Un dolor activo, que exhalaba salud y testimoniaba la existencia material de una persona. Un dolor que ella agradecía porque iba unido al sentimiento de familia, porque le recordaba cuán inevitablemente llenos de vida estaban los niños.

Fueron a Serendipity a beber auténticas cubas de chocolate caliente. Y cuando la camarera preguntó a Jody qué quería comer, ella señaló con la cabeza en dirección a Claire y dijo:

–Lo mismo que tome ella.

Luego, con un plato de chile delante, se dio cuenta de que no le gustaba el chile. Observó que Claire removía la crema agria, añadía más cebolla, y se decidió a probarlo. Como chile, había que reconocer que era bastante bueno. Más allá del punto en que una todavía pensaba por sí misma, más allá de la tensión, la inundaba la satisfacción embriagante que provoca estar completamente exhausta. Pero su propia alegría, ascendente y vivaz, la asustó. Era como si se hubiese forzado a sí misma a sentarse al borde de una piscina, pero sin osar siquiera mojarse la punta de los pies, y de repente se lanzara a subir de dos en dos los peldaños del trampolín más alto para correr hasta el extremo de la tabla y arrojarse al agua de cabeza.

–¿Estás bien? –preguntó Claire.

Jody asintió en silencio.

–¿En qué piensas?

Jody se encogió de hombros.

–En nada.

–Sonríes.

Jody repitió su gesto. Se sentía como embriagada por una mezcla de alivio, solaz y compensación. Lo peor había quedado atrás.

–¿Qué le has hecho a tu cabello? –preguntó Claire, tendiendo la mano y peinándoselo ligeramente con los dedos.

–Cepillarlo –dijo Jody.

–Estarías estupenda con pendientes. ¿Tienes perforadas las orejas?

–Desde que cumplí doce años. Me lo hicieron en Spencer Gifts, en aquellas galerías, ¿las Montgomery? Me aplicaron al lóbulo una especie de pistola.

–No lo había notado. Tendré que recordarlo. Un día buscaremos unos pendientes que valgan la pena.

Jody se encogió nuevamente de hombros y dirigió una mirada a Adam, ocupado en trinchar aros de cebolla mientras Jake y Sam, con callada avidez, engullían hamburguesas gigantes.

En el taxi, camino de casa, acalorada, saciada, oprimida entre Adam y Claire, Jody casi se quedó dormida.

–¿Por qué no subes a nuestro apartamento? –le susurró Claire–. Puedes quedarte a dormir, si quieres.

Jody negó con la cabeza.

–Tengo que irme a casa. Estoy más cansada de lo que nadie podría imaginar. Me gustaría saber dónde he puesto la llave. –Se metió la mano en el bolsillo–. Soy capaz de perderla.

–Pues convendría que me dieras un duplicado –dijo Claire–. No estaría de más.

–Aquí sale –anunció Jody, mostrando la llave.

–Bien, quizá puedas venir mañana.

El taxi se detuvo junto al bordillo, y detrás de ellos sonó un bocinazo mientras los Roth se apeaban sin prisa uno tras otro y uno tras otro se despedían. Sam pretendió entregar a Jody un billete de diez dólares, pero ella lo rechazó con un ademán y cerró la puerta.

–Perry y la Cuarta Oeste –indicó al conductor, y el taxi arrancó.

Jody hizo una profunda inspiración. No había sobrado absolutamente nada; todo había sido derramado, drenado, exprimido hasta la última gota. Lo único en que podía pensar era en lo estupendos que eran los Roth y en cuánto anhelaba darse una ducha caliente, abrigarse entre mantas y descansar la cabeza sobre una almohada bien grande y mullida.

A mediados de una cálida semana de marzo, prematuramente insertada en una ola de calor que anticipó la aparición de las flores e hizo a la gente maldecir el verano que venía y el invierno que no había llegado del todo, Claire encontró la casa que deseaba.

A las diez de la mañana, metida en una furgoneta en ruta hacia una finca que la agente inmobiliaria no supo describir de manera convincente, de la que no tenía fotos, pero que aseguraba que a Claire le gustaría, esta vio lo que había estado buscando. Señalada con un rótulo amarillo de EN VENTA y situada al fondo de una larga extensión de césped había una granja pequeña y sencilla, blanca con contraventanas verdes y un porche que la envolvía en sus tres cuartas partes.

–Alto –dijo Claire–. Pasa usted de largo.

–Oh, esa no le interesará –replicó la agente–. Además, está en trámite de contratación. Tengo que acordarme de hacer retirar el rótulo.

–Pare –insistió Claire.

La agente pisó el freno, puso la marcha atrás y retrocedió. Como los camiones de basura, la furgoneta emitió un alarmante bip-bip de aviso.

–Conozco muy bien esta casa –dijo la mujer–. La enseñé miles de veces antes de encontrar comprador. Es demasiado pequeña. Cuatro dormitorios, solo uno de dimensiones decentes. No hay sitio para nada. Dos baños y medio; la mayoría de mis clientes piden tres o tres y medio como mínimo. A mí me recuerda el lugar donde vivió mi abuela cuando era niña. Y toda esa hierba... Nadie quiere un césped tan grande con una casa tan pequeña. Arbustos, algún árbol de hoja perenne, unos arriates de flores, sí, pero un césped que continuamente hay que estar cuidando y recortando, ¿quién va a quererlo? Y puede usted dar por seguro que quien viva aquí no tendrá jardinero.

«Pero quizá tenga dos hijos fortachones y un marido en buena forma –pensó Claire–, capaces los tres de trabajar un poco.»

–¿Podemos entrar? –preguntó Claire, soltándose ya el cinturón de seguridad y quitando el seguro de la puerta como un animal que abriese su propia jaula.

La agente la siguió hasta la parte delantera del porche, donde Claire apretaba la nariz contra el vidrio de una ventana.

–No tengo la llave –declaró con desaliento la mujer.

–¿Cuándo fue construida?

–Debió de ser en los años cuarenta. En los cincuenta nadie hubiera hecho algo así.

Claire continuaba apretando la nariz contra el vidrio. Observó que el cuarto de estar tenía una chimenea de campana grande y larga repisa. El suelo era de madera. A la derecha se veía una escalera con una gruesa baranda.

–Decoración típica –dijo la agente–. La cocina es de un horrible azul verdoso, los accesorios, todo... Una tiene la impresión de vivir una pesadilla de Jacques Cousteau. Sótano sin acabados. Uno de los cuartos de baño necesita reparaciones.

Para Claire, lo que veía y oía sugería una imagen intemporal de familia y hogar. Cuatro dormitorios eran dos más de los que ahora tenían. Sacó su cámara y tomó unas cuantas fotos.

–¿Cuánto piden? –preguntó.

–Es confidencial. –La agente golpeaba con la punta del pie las tablas del porche cada vez que sonaba el clic de la cámara–. Esperaré en la furgoneta –dijo finalmente.

Claire rodeó la casa, dio una vuelta completa tomando una foto cada pocos pasos. Quería recoger todos los detalles. Cuando terminó, regresó al vehículo, se volvió a la agente y dijo:

–Ahora enséñeme la casa que usted quería que viese.

De la otra casa, la que se suponía que era adecuada para ella, lo poco que más tarde pudo recordar fue un gran vitral en el cuarto de estar que filtraba la luz de la mañana de tal modo que dibujaba en el suelo lo que parecía una mancha de sangre, así como las reiteradas preguntas de la agente sobre el motivo de que allí no hiciera fotos.

–Infórmeme, por favor –dijo Claire cuando ya se encontraban de vuelta en la agencia–, en caso de que el trato que ha mencionado no llegue a cerrarse.

Estrechó la mano de la mujer.

De regreso a la ciudad, Claire dejó el coche en el garaje y cruzó la calle para entrar en la tienda donde revelaban fotos en una hora. Entregó el carrete de fotografías, se metió el comprobante en el bolsillo y se apresuró a dirigirse al consultorio. Allí, en espera de que llegase Bea, pensó en aquella granjita blanca con tal intensidad que imaginó que oía a los invitados llamar a la puerta y preguntar: «¡Hola! ¿Hay alguien en casa?».

Sonó el timbre, e instantes después Bea estaba sentada frente a ella.

–No entiendo lo que me pasa –dijo–. Debería estar deprimida. Debería sentirme desgraciada, y no, todo lo contrario.

–¿Toma alguna medicación?

–No, no, es cosa mía. Exclusivamente mía. Soy feliz.

¿Qué tenía Claire que objetar a aquello? ¿Cómo podía decirle: «No, no lo es»? Si una persona afirma que es feliz, ¿tienes que certificar que padece demencia y hacerla encerrar, o bien darla por curada y

despacharla? La ocurrencia era tan insólita que la desconcertó.

–Es algo muy peculiar –prosiguió la mujer–. Me despierto sola en mi cama y me siento de maravilla. Antes nunca me había ocurrido. Por la noche ceno todo lo que me apetece, miro todos los programas de televisión que me gustan… No imaginaba que llegaría a disfrutar tanto.

Claire la escuchaba con atención. Había quien proclamaba que era feliz como defensa contra la tristeza, quien decía y repetía que era feliz como si, a base de decirlo, aquello se hiciera realidad.

–Pues eso suena muy bien –dijo cuando Bea hizo una pausa y la miró, esperando evidentemente un comentario–. Suena como si de verdad estuviera usted contenta.

–De haber sabido que me sentiría así lo habría echado a patadas hace años.

–¿Y no se siente sola?

–No, en absoluto. Creo que estaba más sola antes.

Bea no mentía. Claire sonrió.

–Me alegro por usted.

Cuando Bea se hubo marchado, Claire salió corriendo, recogió las fotos en la tienda, volvió al despacho y las extendió sobre el escritorio. En el curso de la semana siguiente, siempre que algo la enojaba sacaba las fotos, dejaba volar la fantasía y se veía a sí misma en aquella casa, rodeada de toda su familia, incluida Jody.

Unos diez días después, la agente inmobiliaria dejó un mensaje en su contestador. «Tengo noticias. La venta de aquella granja –decía "granja" como si la mera palabra le provocase náuseas– no se ha hecho. Es demasiado complicado para explicarlo ahora, pero vuelve a estar en oferta. Y le diré un secreto: los dueños tienen prisa por venderla. Quieren instalarse enseguida en otro sitio. Y un segundo secreto, aunque no sé si esto debería decírselo. La licitación que han aceptado son tres limpios, pero si el trato se cerrase pronto creo que incluso rebajarían el precio. Llámeme.»

Claire se marchó a toda prisa al despacho de Sam.

–Hay algo que debería haberte contado –dijo, deslizando las manos en sus bolsillos y acariciando con los dedos las fotos.

–¿Algo que yo quiera oír? –preguntó Sam.

–La he encontrado –dijo ella, exponiendo las fotos encima de los papeles que Sam tenía en la mesa–. Hasta este momento no estaba disponible, pero ha ocurrido algo. Si actuamos sin perder tiempo podemos conseguirla barata.

Sam se recostó en el asiento, se puso las manos detrás de la cabeza y se balanceó adelante y atrás.

–No lo sé, Claire. Comprar casas no es precisamente nuestra especialidad; ni tuya ni mía. Los chicos están a mitad de curso.

Tendremos que vender el apartamento. Estas cuestiones hay que planificarlas bien.

–Yo las he planificado, Sam. Quiero esta casa. Echa una mirada a las fotos.

–Tú siempre quieres algo –dijo él, inclinándose para examinar las fotografías.

–No, esta casa realmente la quiero. Por ello no la había mencionado. Representa demasiado para mí.

–Eso no tiene sentido –murmuró Sam.

Tomó una antigua lupa que había sido de su abuelo y revisó las fotos atentamente, como si confiase en que aquel viejo trozo de vidrio le ayudaría a descubrir en ellas algo especial.

Claire registró su bolso de mano, extrajo sus dos fotografías predilectas y se las entregó a su marido.

–Es bonita –dijo él, mirándolas un segundo y depositándolas sobre la mesa con las demás.

–Fíjate, el cuarto de estar, aquí. Hay una chimenea con una campana preciosa. –Sam había apartado la vista y miraba ahora por la ventana. No respondió–. Ven a verla conmigo –añadió Claire–. Tengo tiempo libre hasta última hora de la tarde –mintió.

–¿Ahora?

–Sí, ahora. Podemos hablar en el coche.

–Me quedan cosas que hacer. Aún tengo trabajo –dijo él. Recogió las fotos y se las devolvió a Claire–. Quizá mañana; o mejor el fin de semana.

–Sam, esta casa es el principio de una nueva vida. –Ella mostraba en aquel momento mayor empeño del que había mostrado en años–. Está a menos de una hora.

–¿Dónde? ¿En qué ciudad? ¿En qué estado?

–En Connecticut... En las afueras de Greenwich, por el amor de Dios. Creo que el lugar se llama Glenville.

Claire se tironeaba repetidamente el cabello, un antiguo tic nervioso.

–Muy bien, de acuerdo. Liquidemos este asunto de una vez. –Sam se alzó de su asiento y fue a descolgar su abrigo del perchero contiguo a la puerta–. En marcha.

–Tengo que hacer un par de llamadas –dijo ella entonces, sacando del bolso su agenda.

Sam ya se ponía el abrigo.

–¿No puedes hacerlas desde el coche?

Claire sacudió la cabeza. Él recogió de la mesa una pila de libros y se encaminó a la puerta.

–He de llevar esto al final del pasillo. Vuelvo enseguida.

Desde el escritorio de Sam, Claire llamó a su paciente de las dos y

media y dejó un mensaje en su contestador. A continuación llamó al psicoanalista que tenía el consultorio frente al suyo y le pidió que, por si acaso, prendiese una nota en su puerta. Marcó todavía un tercer número.

–Hola, ricura –dijo cuando Jody contestó.

–Lo siento, se equivoca –dijo Jody.

–Esta tarde tengo un imprevisto. Necesito que anulemos nuestra cita.

–Eso es porque te has cansado de mí. Me he vuelto aburrida. Está bien, adelante, búscate otra. Por mí puedes buscarte una buena anoréxica; intenta invitarla a almorzar.

–No he podido arreglarlo –dijo Claire–. Te llamaré esta noche en cuanto llegue a casa.

–No te molestes.

–Jody, termina con eso. Anímate, cariño. Ya no soporto esas actitudes depresivas.

–¿Me estás diciendo que cambie de humor? ¿Tú, una analista?

–La primavera está a la vuelta de la esquina. Es el momento de agarrar cada cual su vida y darle un buen empellón.

–Yo no tengo vida propia, ¿recuerdas? ¿Y de dónde has sacado esa sentencia? No parece que lleve del todo tu sello.

–He de marcharme –dijo Claire–. Te llamaré después.

En el coche, habló sin parar.

–Siempre, que yo recuerde, he querido vivir en Connecticut. De niña era mi fantasía predilecta. Se decía que las mejores estrellas de cine vivían allí, Katharine Hepburn y no sé quién más. Connecticut –repitió pensativa–. Connecticut. Próspero, refinado, culto, rico.

–Puritano, conservador, anglosajón –opuso Sam–. Detesto darle realismo a esta conversación, pero, ¿qué pasa con nuestro apartamento? ¿Se ha interesado alguien por él? ¿Y qué hay de nuestros hijos y, por ejemplo, sus amigos?

–Terminarán este curso en Nueva York y comenzarán en Connecticut en otoño.

Claire estiró la palabra «Connecticut» hasta que tuvo alrededor de un centenar de sílabas.

–¿No es demasiado tarde para que ingresen en un colegio?

–Escuela pública, Sam. En los suburbios todo el mundo va a la escuela pública. Ahorraremos una fortuna.

–Yo creía que precisamente en Connecticut los chicos iban a escuelas privadas.

–Solo los indisciplinados, los difíciles de manejar.

–De manera que tenemos por delante unos cuantos años –dijo Sam–. Bien, veamos, ¿cómo he de trabajar yo? ¿O se supone que dejaré de trabajar y me limitaré a quedarme en casa y cortar el césped

todo el día? Ya he visto en las fotos que hay kilómetros de césped que cuidar.

–Tenemos coche, y hay tren, y compraremos uno de esos cortacéspedes autopropulsados.

–Querida, actualmente mi despacho está a ocho minutos a pie de nuestro apartamento, a seis si tengo prisa. Tendré que levantarme en mitad de la noche para llegar a una hora razonable, y volveré muy tarde a casa.

–Son cincuenta y tres minutos en tren, muy aprovechables. Durante el trayecto puedes relajarte, leer, trabajar, dormir, lo que sea. Miles de personas lo hacen cada día.

–Gentiles. Yo soy judío, ¿tengo que recordártelo? Los judíos enferman si leen cuando están en movimiento. Es genético, algo relacionado con la salida de Egipto, los accidentes del viaje. A propósito, ¿admiten judíos en Connecticut?

–Compraremos un perro bien grande y peludo y cada noche podrás sacarlo a pasear por la vecindad. Impondrá respeto.

–¿Y cuántos millones de dólares nos costará todo eso? Ahí está el meollo de la cuestión.

–Menos que mudarnos a un apartamento más grande.

–¿Cuánto?

–Piden tres treinta, aunque la agente dice que aceptarán menos. He pensado que podríamos ofrecer dos noventa.

–¿Y cuánto podemos sacar del apartamento?

–Tres, quizá tres quince. Pero si rebajamos un poco el precio seguramente encontraremos enseguida comprador.

–¿Cuánto tenemos en el banco?

–Sam, no vamos a pagar en efectivo.

–Si quieres que me tome la idea en serio, tenemos que hablar en serio.

–Pretendes intimidarme.

Claire detuvo el coche al borde de la carretera. De repente, su deseo de que Sam viera la casa se había esfumado; tenía la sensación de que él quería arrebatársela.

–¿Es aquí? –preguntó Sam. Claire comenzó a llorar–. Vamos, adelante. –Ella condujo el coche un poco más allá y volvió a detenerlo frente al camino privado de la granja. Sam añadió–: Cariño, entra ahí y echemos una mirada. Ahora ya estamos. Me parece bien que hayas cambiado de idea, pero, puesto que hemos venido, aprovechemos el viaje, ¿no crees?

Claire lloraba ya sin contenerse: por Sam, por la casa, por Jody, por todo. Deseaba que junto a ella no hubiera nadie ni nada.

–¿Se puede entrar? –preguntó Sam, abriendo la puerta del coche–. ¿Vienes conmigo?

Claire movió negativamente la cabeza, y él se apeó y echó a andar por el largo camino de acceso. Ella le vio probar la puerta delantera, luego sacar de su cartera una tarjeta de crédito y forzar con ella la cerradura. Una vez dentro, Sam se volvió, agitó el brazo para llamar a Claire, le hizo una seña levantando el pulgar y desapareció en el interior. Claire continuaba sentada en el coche, atrapada por el cinturón de seguridad, pensando de qué manera podría recuperar el control de su vida. Deshacerse de Sam, de los chicos, del apartamento. Abandonar a Jody. Tener un hogar propio y exclusivamente suyo, en la ciudad o fuera de ella, no importaba.

Cuando Sam llevaba ya veinte minutos dentro de la casa, Claire empezó a preocuparse. Algún fugitivo de la justicia podía haberse refugiado entre aquellas paredes, o quién sabe si Sam habría caído por las escaleras que conducían a aquel sótano sin acabados y se habría partido la cabeza contra el suelo de cemento.

Bajó del coche, se dirigió a la granja y llamó a la puerta.

–¿Sam? –No obtuvo respuesta. Se decidió entonces a empujar la puerta, abrirla y entrar en la casa por primera vez–. Sam, ¿estás ahí?

–¡Arriba! –gritó él.

–¿Pasa algo?

–¡Nada!

Liberada de sus temores, Claire penetró hasta el comedor y pasó luego a la cocina. Esta era de color azul verdoso, en efecto, pero bonita; por su original aspecto, un decorador de Manhattan habría cobrado una fortuna.

–¡Sube! –llamó Sam.

Claire ascendió por la oscura escalera.

–¿Dónde estás?

–En nuestro dormitorio.

Ella se adentró por el pasillo hacia la parte trasera de la casa.

–Dirección equivocada –dijo él, surgiendo súbitamente a su espalda–. Este cuarto me gusta más. Da al jardín delantero.

Claire se volvió para seguirle, pero se detuvo para asomar la cabeza al cuarto de baño: la bañera estaba partida por la mitad.

En el pequeño dormitorio delantero, Sam atrajo a Claire hacia sí.

–¿Es esto lo que quieres? ¿Es lo que corresponde a tu fantasía? –Ella asintió en silencio–. ¿Y existe algún motivo para que no consigas todo lo que deseas?

Claire no contestó.

Él le acarició las piernas, metiendo la mano por debajo de la falda.

–Se me ocurre que deberíamos ponerlo a prueba...

Sus dedos se introdujeron por la banda elástica de las bragas. Ella le apartó, aunque sin convicción.

–Sam, no sé...

–¿Lo has pensado mejor? –preguntó él, abriéndose la cremallera de los pantalones.

–No hay muebles.

Claire cruzó los brazos, de pie en el centro del cuarto, desgarbada e indecisa. Las bragas le habían quedado a medio muslo y el forro de la falda le rozaba las nalgas desnudas.

Pero cuando Sam le descruzó los brazos y comenzó a desabrocharle la blusa, no opuso resistencia.

–Necesitaremos instalar una bañera nueva –dijo–. La que hay está rota.

–Pero quizá se pueda joder dentro –sugirió él. Le soltó el sujetador y restregó la cara contra sus pechos, al tiempo que metía otra vez la mano por debajo de su falda para terminar de quitarle las bragas–. Y pondremos un pestillo en esta puerta.

Ya desnudos, sus cuerpos se pegaron a las tablas barnizadas del suelo, se agitaron uno contra otro, intercambiaron posiciones, ondularon rítmicamente. La madera raspaba con rudeza su piel. Más tarde, en el coche, camino de casa, comprobarían que tenían parte del cuerpo en carne viva, las caderas y las nalgas cubiertas de abrasiones parecidas a quemaduras; en todo el trayecto les fue imposible encontrar una posición cómoda en sus asientos. Pero en el momento crítico, cuando ocurrió, ni se habían enterado.

Entraron en su apartamento a las cinco y encontraron a Frecia furiosa.

–No sé dónde habrán estado –dijo con un acento cargado de ira–, pero por mucho que yo quiera a estos niños también tengo una vida propia.

–Lo siento –dijo Claire–. Ha habido una emergencia.

–Emergencia, narices –replicó Frecia, escudriñando sus rostros satisfechos.

Claire sacó de su billetero todo el dinero que contenía y se lo entregó sin molestarse en contarlo.

–Para el taxi –dijo–. ¿Ha llamado alguien?

–Una chica, de nombre Jody. A lo mejor le habrá afectado la emergencia.

–¿Alguien más?

–Su amiga Naomi. Quería saber si vender al marido y a los hijos es ilegal. –Frecia se volvió a Sam–. Y de su oficina, señor.

Claire se dirigió al dormitorio para llamar a Jody. El contestador emitió su señal, pero ella colgó sin dejar ningún mensaje.

Sam se le acercó por detrás y le cosquilleó la nuca.

–Supongo que debería llamar al despacho –dijo.

Claire le entregó el teléfono.

–Yo saldré a dar un paseo. No tardaré en volver. ¿Por qué no

encargas comida china para la cena? A Adam le gusta el pollo al limón.

Sam asintió, hablando al mismo tiempo con su secretaria.

–Hasta luego –se despidió Claire.

Se puso el abrigo y se colgó del hombro la bolsa grande de tela donde, entre otras varias cosas, transportaba el bolso de mano y la cámara de fotografiar. En el ascensor, cuando bajaba, decidió que era demasiado engorroso, sacó el bolso de mano y la cámara y dejó el resto al portero.

Se abrochó el abrigo al salir y por la calle Octava se dirigió al oeste, atravesó la Sexta Avenida, bajó por Christopher y la Cuarta Oeste, luego giró a la izquierda por Perry. Se ajustó la bufanda. Comprobando los números de los edificios, avanzó hasta el 63. Lo sabía de memoria: Jody Goodman, calle Perry 63, Nueva York, Nueva York 10014. La casa era una vieja fortaleza de ladrillo y piedra caliza; se entraba por una doble puerta de madera, tres escalones, columnas a cada lado. La puerta se abrió inesperadamente y salió una mujer joven, que le causó un ligero sobresalto.

–¿Busca usted algo?

–No –dijo Claire, retrocediendo un paso.

La mujer se alejó, y Claire atrapó la puerta justo antes de que se cerrase. Entró en el vestíbulo, donde examinó los nombres y números de los buzones. 4B GOODMAN. La cerradura estaba rota, la tapa colgaba, abierta, y el correo depositado corría riesgo de caerse. ¿Qué estaba ella haciendo allí? ¿Quería mostrarle a Jody las fotos de la casa? ¿Explicarle que ahora, por fin, iban a ser una familia? Alguien estaba abriendo la puerta y Claire, sin esperar, se deslizó en el ascensor. Subió al cuarto piso y se quedó ante el apartamento como si esperase que Jody apareciera y le preguntase por qué había tardado tanto en llegar hasta allí. El pasillo estaba desierto. Se llevó la mano al bolsillo y se confortó rozando con las yemas de los dedos la lisa superficie de las fotografías. Permaneció delante del apartamento mucho más tiempo del que nadie permanecería en parte alguna. ¿Era así como operaban los ladrones y los violadores? Pegó la oreja a la puerta, no oyó nada y oprimió el timbre. Pensaba que quizá Jody estaba dentro, había advertido su presencia y la ignoraba deliberadamente.

–Jody –llamó. Golpeó la puerta con los nudillos–. Soy yo, Claire. Abre.

Se le ocurrió que podía lanzarse contra aquella puerta cerrada, lanzarse una y otra vez, gritar y gritar, exigir que le franqueasen la entrada. «¿Sabes quién soy yo?» Y si se encolerizaba y armaba el escándalo y a base de porrazos estruendosos conseguía entrar, ¿qué haría después?

Regresó al ascensor, volvió a bajar y de nuevo se paró un momento ante los buzones antes de salir a la calle, sintiéndose cansada y vagamente desorientada.

Era una tarde luminosa de finales de marzo, un día, sin embargo, marcado por la extraña y frágil sensación de que en cualquier momento toda aquella claridad desaparecería y la sustituiría una lluvia oscura y densa. Jody recorría la calle, enfocando con la cámara de vídeo todo cuanto parecía interesante: un gato que cruzaba la calzada en el momento en que un taxi se acercaba a toda velocidad, el eterno juego de arriesgar la vida por ser el más rápido.

En la esquina de Perry y la Cuarta Oeste, cerca ya de casa, vio algo que la indujo a esconderse instintivamente tras un saliente de un caserón particular. Claire Roth salía por la puerta y descendía los peldaños del edificio donde Jody tenía su apartamento. Jody ajustó en aproximación el zoom de la cámara, oprimió el mando de grabación y enfocó a Claire. Permaneciendo a la que consideró prudente distancia, la siguió. Claire abrió la puerta de la Patisserie Lanciani, el café habitual de Jody, y una vez dentro se quitó el abrigo y se sentó tras uno de los ventanales. La camarera acudió y se retiró. Compareció de nuevo con una taza de café. Claire le añadió azúcar, no leche, y miró afuera por el ventanal con aire distraído. La cinta rodaba: Jody captaba a Claire en todos sus detalles y actitudes más personales, un gran trabajo testimonial como los que a veces se mostraban en televisión. Claire había sacado del bolsillo un manojo de algo que Jody no conseguía identificar. ¿Cartas? El zoom estaba al máximo; necesitaría acercarse más para captar más detalles. Escabulléndose a lo largo de la manzana, por el lado contrario de la calle, Jody se situó de modo que una furgoneta de reparto le sirviera de escudo. Fotografías. Claire se había sacado del bolsillo un manojo de fotos. Ahora las extendía sobre la mesa del café y las distribuía según un orden específico, como si juntase las piezas de un rompecabezas. Jody tuvo la certeza de que las fotos eran de su apartamento. Claire había forzado la entrada, registrado sus cajones, su armario, las cajas que tenía debajo de la cama, y tomado de todo instantáneas Polaroid. Había reunido todos los secretos de Jody y se los había robado. Claire le quitaría a Jody cuanto pudiese: aquello, de pronto y por sorpresa, quedaba absolutamente claro.

Con el vídeo todavía en marcha y el ojo fijo en Claire, Jody se acercó al café y bajó a la calzada en busca de una posición mejor. Apenas estuvo en medio de la calle, al descubierto, Claire alzó la mirada y la vio. A su rostro asomó fugazmente una expresión como de haber sido pillada en falta, pero fue Jody quien se sintió invadida por una oleada casi mortal de confusión y remordimiento. No pudo moverse. Sonó un claxon.

–¡Apártate, idiota! –gritó alguien.

Como si levantara plomo, Jody adelantó un pie, luego el otro, y alcanzó el bordillo de la acera con la cámara todavía pegada al ojo. Claire golpeó el cristal y le hizo señas de que entrase. Jody se quedó frente al ventanal, perpleja. Claire volvió a golpear el cristal con la mano, y Jody continuó sin reaccionar. Por último, Claire se levantó de la mesa, se asomó a la puerta y dijo:

–Ahí fuera hace frío. Entra, tómate una taza de chocolate o lo que sea.

Jody entró en el café y se sentó. De las fotos no había ni rastro, como si solo hubieran existido en el visor del vídeo.

–¿Cómo estás? –preguntó Claire–. Se te ve un poco pálida.

¿Las habría guardado Claire en algún bolsillo de su abrigo? Jody se movió ligeramente hacia un lado, hacia el otro, mirando la prenda de lana negra doblada sobre una de las sillas, con la esperanza de percibir el borde blanco de una fotografía asomando de un bolsillo. Nada. La cámara fotográfica sí estaba allí, colgada del respaldo de la misma silla, pero, ¿dónde estaban las fotos? Debió de haberlas metido en su bolso de mano. Este estaba encima de la mesa, delante de Claire, invitando a ser abierto.

–¿Has comido algo ya? –dijo Claire–. Quizá te vendrían bien un cruasán y un cacao caliente.

–Un expreso doble –pidió Jody a la camarera.

–Toma algo más. Un expreso no alimenta mucho.

Jody no añadió una palabra.

–Bien, cuéntame cómo te ha ido el día –prosiguió Claire–. ¿Has estado por ahí haciendo películas? Precisamente se me ocurrió la semana pasada que tú y yo deberíamos montar una juntas, escribir un guión sobre psicoterapia. Tú escribirías la parte de la chica y yo la de la terapeuta.

–Me parece que no –dijo Jody.

–Podría ser muy divertido, y hay tanto que contar... –Claire parecía no haber oído la respuesta de Jody–. Siempre he querido ser escritora.

–Qué raro –dijo Jody–. Yo habría creído que lo que querías ser era fotógrafa.

Claire se quedó un poco desconcertada. Dijo:

–No soy una persona muy visual. –Se tocó la sien con la punta de los dedos–. Lo mío es la mente.

Jody inclinó la cabeza en dirección a la cámara colgada de la silla.

–Oh, es de Sam –dijo Claire–. Al salir de casa no he querido dejársela al portero.

El expreso llegó, y Jody lo llenó de azúcar hasta darle la consistencia de un barro granuloso.

–Necesitas cuidarte mejor; no me extraña que no estés bien. –Claire

llamó nuevamente a la camarera–. Tráiganos un cruasán, por favor.

–Yo no necesito nada.

–¿Lo quieren o no? –preguntó la camarera.

–No –dijo Jody.

–Entonces lo tomaré yo, y tú puedes probar un bocado.

–La camarera se alejó y Claire se inclinó hacia Jody–. Ese suéter es de mi color favorito. ¿Sabes lo que representa para mí verte llevar ese color? –Jody se encogió de hombros–. Significa que tenemos mucho en común. Como dos gotas de agua. Me gustaría que vinieras a cenar algún día de esta semana, y el miércoles representan una obra de teatro en la escuela de Adam. Te encantará.

Si Claire hubiera estado más cerca de la normalidad, habría explicado lo que recientemente había hecho. Habría dicho: «Oh, aquí estás, qué coincidencia. Acabo de pasar por tu apartamento y no estabas». Pero nada, ni una palabra, ni un gesto.

–Mira –dijo Claire–, he pensado que si puedo convencer a Sam de que se haga cargo de los niños un fin de semana, tú y yo podríamos escaparnos juntas. Las dos solas. Irnos a la playa, o quizá a los Berkshires, un sitio tranquilo. Sería estupendo disponer de un poco de tiempo para disfrutarlo mano a mano.

Jody terminó su café, tomó la cámara de vídeo y dirigió el objetivo hacia Claire.

–¿Por qué no me cuentas tú cómo te ha ido el día? –dijo, accionando de nuevo el mando de grabación–. Esto es un documental. Tenemos en imagen a Claire Roth en la Patisserie Lanciani. Claire, ¿qué has hecho hoy? ¿Has atendido a muchos pacientes? –Jody intercaló una breve pausa–. ¿Y por qué les llamas pacientes? Tú no eres médico. ¿Qué puedes decirnos de tu experiencia profesional, de tu preparación? ¿De tu filosofía, de tu concepto de la terapia? ¿Sabes lo que estás haciendo?

–Aparta la cámara –murmuró Claire–. La gente nos mira.

–Sí, nos encontramos en la Patisserie Lanciani, con público en directo, una sala llena de clientes. –Jody tomó una panorámica del local y enseguida retornó a Claire y cambió el enfoque a un plano más próximo hasta que el rostro de ella ocupó todo el encuadre–. Personas que también ansían conocer las respuestas. El mito del procedimiento terapéutico, el gran vacío desconocido; no toca la realidad, ¿es así? No, todo ocurre aquí dentro. –Jody se palpó la sien igual que Claire había hecho minutos antes–. Lo que una ve, cómo lo percibe, lo que la impulsa. Quizá tú puedas explicárnoslo.

–Basta. Para ya.

Claire la miraba como diciendo: «¿Es posible que seas tan perversa?». Jody sostuvo su mirada, tranquila y resuelta.

–¿Parar? ¿Por qué? Has dicho hace poco que te gustaría intervenir

en una película. Bien, pues así es como se hace. Vamos, suéltate. ¿A qué te has dedicado hoy?

Claire se levantó bruscamente y se alejó con precipitación hacia los lavabos.

Jody continuó sentada a la mesa. Quizá se había equivocado. Era posible que lo que presenció, Claire bajando los peldaños del 63 de Perry, no fuera el claro y desgarrador sesgo de traición que al principio había creído que era. Estaba distorsionando el interés de Claire, transformándolo en algo más turbio y peligroso de lo que era en realidad. Claire probablemente había ido a depositar un paquete delante de su puerta, un pequeño regalo, una nota afectuosa escrita sobre un papel de cartas bello y elegante. Jody lo encontraría allí y, humillada, tendría que llamar a Claire inmediatamente para pedirle perdón. «Una y otra vez –le replicaría Claire–. Te he pedido que confiaras en mí, pero no quieres.» Y Jody terminaría disculpándose, no solo por su torpeza de aquella tarde, sino por toda una vida de dudas.

El bolso de mano de Claire había quedado sobre la mesa, como muda evidencia del error. Jody echó una mirada a la sala. Todas las personas que momentos antes estuvieron pendientes de ella habían devuelto su atención a los capuccinos, los éclairs y a sus propias y patéticas conversaciones. Cogió el bolso y descorrió el cierre de cremallera, esperando encontrar las fotos pulcramente colocadas entre el billetero y el estuche de maquillaje. Allí no había nada excepto correo; tantas cartas, de hecho, que varios sobres escaparon y Jody no pudo en principio volver a cerrar el bolso. Temerosa de que Claire saliera de los lavabos y la sorprendiese rebuscando, procuraba encajar los sobres fugitivos cuando en el dorso de uno vio algo escrito que conocía: las señas del remitente eran las de una de sus excondiscípulas de la UCLA. Terminó de sacar el sobre del bolso y comprobó que estaba dirigido a Jody Goodman, calle Perry 63, 4 B, NY NY 10014. Sacó otro: su factura del teléfono... Una postal de Carol Heberton... un programa de proyecciones cinematográficas del Museo de Arte Moderno... Claire le había robado la correspondencia. Había registrado el buzón y se lo había llevado todo. Un delito federal. En los muchos meses que la cerradura estuvo rota, ninguno de los incontables extraños que entraron y salieron del edificio se había llevado nada. Entonces oyó Jody el clic de la puerta de los lavabos a punto de abrirse, lo apretujó todo en el bolso, excepto la postal, y cerró la cremallera. El bolso había recobrado su anterior posición en la mesa antes de que la puerta se abriese. Jody se guardó en el bolsillo la postal de la Heberton, tomó la cámara de vídeo, miró a la calle por el ventanal y simuló filmar algo a distancia.

–No me había dado cuenta de lo tarde que es –dijo Claire, en pie

junto a la mesa–. Tengo que marcharme. Luego te llamaré. –Oprimió el brazo de Jody y esta miró hacia arriba con ojos enrojecidos–. Todo va bien –añadió Claire–. Todo seguirá yendo bien. No te preocupes.

Sacó algún dinero del bolso, dejó un billete sobre la mesa, dio media vuelta y se marchó sin más. Jody pidió un segundo expreso, lo llenó de azúcar y se tomó a cucharaditas el negro y espeso jarabe como si se tratara de un medicamento. Intentaba comprender, considerar posibles explicaciones, ver con más claridad. Estaba en una trampa. Fuera lo que fuese lo que existió entre ella y Claire, no podía sostenerse; y pese a todo, había estado viviendo de ello y de ello no podría prescindir. Incluso ahora no odiaba a Claire: se odiaba a sí misma por haber anhelado tanto saborear el cebo y haber acabado tragando el anzuelo. Terminó el expreso y pagó la cuenta, pensando que salir de un pozo era mucho más difícil que caer en él.

Una racha perdedora. Intoxicada por el café, la paranoia y el sentimiento de culpabilidad, anduvo hasta su casa tan deprisa como pudo y encontró a Peter Sears esperando en el vestíbulo.

–Hola –dijo él–. He pensado en dejarme caer por aquí y ver cómo te va.

El buzón de Jody estaba vacío; la tapa colgaba, abierta como antes. Otros tres buzones tenían rota la cerradura, pero había correo en su interior.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –preguntó Jody.

–Apenas un minuto. Pero estaba a punto de largarme.

–Es mi día de suerte.

–¿Cómo te sientes? ¿Mejor?

Jody se encogió de hombros. Según las estimaciones de la doctora Esterhaus, terminaría por mejorar, aunque quizá tardaría un par de años. Según lo que la madre de Jody había leído, se trataba de una infección sistémica consecuencia de la fermentación del exceso de azúcar que consumía; según su padre, era un envenenamiento medioambiental. La propia Jody había leído informes que lo llamaban «virus celular B», síndrome de disfunción inmunitaria crónica, un herpe nuevo; una rara combinación: un virus tipo granada con un detonador no identificado. Si no te mataba, podía durar indefinidamente con imprevisibles altibajos.

–Francamente –dijo–, me siento hecha una mierda.

–¿Puedo subir? –preguntó Peter.

–Sí, por qué no.

Jody calculaba que no tenía nada que perder.

–Realmente te echaba de menos –dijo él en el ascensor. Jody examinó la puerta de su apartamento antes de abrirla y no vio señales de que hubiera sido manipulada. En el suelo, justo en el interior, estaba el menú de un restaurante mexicano que servía a domicilio.

Ninguna nota escrita sobre elegante papel de cartas, ninguna explicación maravillosa.

–¿Quieres que nos desnudemos ahora mismo? –le dijo a Peter–. ¿O puedo escuchar primero los mensajes que tenga en el contestador?

–Mujer, las cosas no son así –dijo él.

Jody rebobinó el aparato con la esperanza de encontrar alguna pista. Había un solo mensaje: de Ilene, la estudiante de la UCLA procedente del East Village: «Quería que tú fueras la primera en saberlo... bueno, casi la primera en saberlo. ¿Recuerdas aquella idea en que trabajamos como ejercicio de argumento? Pues la desarrollé y la escribí. He vendido el guión por ciento cincuenta mil dólares. ¿Te lo imaginas? Yo no podía creerlo. ¡Dios! Bien, espero que estés más repuesta. Lo siento, yo querría...».

Jody paró el aparato. No necesitaba oír el resto.

–Suena fantástico –dijo Peter.

–Cierra el pico –replicó ella, desapareciendo en el cuarto de baño. Regresó a los pocos segundos con las manos llenas de paquetitos–. Mira –dijo, y los esparció sobre el sofá–. Tengo condones. De todas clases.

–Es diferente –dijo él–. O yo soy diferente.

–Ahora eres cobarde.

Peter, despacio, movió negativamente la cabeza.

–No he dicho que me haya echado atrás, solo que las cosas son diferentes. Tú pareces tensa, inquieta, disgustada. Seguí un curso de masaje, ¿quieres que te dé uno? Lo hago bien.

En la menguante luz del atardecer, con todas las cortinas de las ventanas descorridas, Jody se desnudó. Ahora estaba tan delgada que no le importaba quién la viese. No había nada que ocultar. Sus muslos quizá demasiado rollizos, su trasero quizá abultado, todo se había desvanecido. Se tendió en la cama y dejó que Peter hiciera trabajar sus manos aplicando presión en las zonas donde parecían haberse formado nudos.

–Dime dónde notas molestias y las eliminaremos –dijo él.

Encontró puntos sensibles que eran secuelas de la tarde de patinaje, nudos que súbitamente se habían convertido en una especie de cicatrices. Oprimió con los dedos lugares tan dolorosos que Jody tuvo que morderse el interior de las mejillas para no chillar. Era cierto que lo hacía bien, sus manos eran fuertes, gratas, suaves. Ahondó profundamente en ella, extrayendo la tensión, escurriéndola, como si fuera posible tomar uno por uno sus músculos y exprimirlos como trapos mojados. Ella giró para tenderse boca arriba, y cuando sus palmas recorrieron la cara interior de sus muslos fue a su encuentro con ambas manos y las guió más allá. Luego le desabrochó la camisa y deslizó la lengua por su pecho. Él suspiró. Pasó a trabajarle los

músculos del cuello y los hombros, continuó por sus brazos. Ella le mordisqueó los pezones. Peter apretó entonces su cuerpo contra el de ella e inició un movimiento de fricción, azuzándola. Pero sin violencia, sin prisa. Jody le abrió la cremallera de los pantalones y pegó la cara a la parte delantera de sus calzoncillos, lamiéndole a través de la tela de algodón. Le empujó para colocarle encima de su cuerpo. Peter alcanzó a coger un condón. Tres veces sonó el teléfono, y cada vez funcionó el contestador y la persona que llamaba, Claire, cortó la comunicación. Peter y Jody pasaron el resto de la tarde y casi toda la noche jodiendo y descansando, jodiendo y descansando.

–Y bien, ¿qué fue lo que pasó? –preguntó finalmente Jody, después de que el repartidor del restaurante chino hubiera llegado y partido, después de que ellos se hubieran duchado, hubiesen comido opíparamente y vuelto a joder.

Peter se encogió de hombros. Se puso los calzoncillos, pescó los pantalones entre el revoltillo de sábanas y se abotonó la camisa.

–Anda, vamos –dijo Jody–. La gente no cambia así como así.

–He estado viendo a alguien que me ha ayudado muchísimo –dijo él, introduciendo un pie en un mocasín.

–¿Un terapeuta?

–No, una mujer. Esta semana está fuera de la ciudad, haciendo localizaciones. Es una productora de televisión.

Jody lo llevó a empellones hasta la puerta de salida. Prácticamente lo arrojó fuera del apartamento. Se quedó un momento en el umbral, lo vio tropezar y tambalearse, y después cerró violentamente la puerta y echó la llave.

–¡Mi zapato! –gritó él–. ¡Mi otro mocasín! –Sus puños golpearon con gran ruido la madera–. ¡Eh, vamos, oye! ¡Es un Banfi! ¡Cuestan cuatrocientos cincuenta dólares!

Claire no conseguía dormir. Despierta en la cama, escuchaba la respiración regular de Sam, atormentándose con la idea de perderlo todo. Desde aquella tarde en el café, Jody se había mostrado reservada, paranoide, aunque por lo menos no había vuelto a llevar consigo la maldita videocámara. Y luego, hacía unos días, habían reñido en Bloomingdale's por culpa de una blusa.

–Fíjate en esta –había dicho Claire, sosteniendo la prenda en su percha.

La blusa era más atrevida y entallada de lo que Jody solía usar, pero indudablemente habría realzado su belleza.

Jody arrugó la nariz.

–No es mi estilo.

–Adelante, pruébatela.

–No –dijo secamente Jody.

Claire seguía sosteniendo la blusa en alto, balanceándola adelante y atrás para tentarla; fastidiada, Jody se la quitó de las manos y la devolvió con brusquedad a su perchero. Una mujer que pasaba sonrió, posó una mano en el hombro de Claire, y dijo:

–Mi hija y yo discutimos así a cada momento.

–Ella no es mi madre –anunció Jody–. Es mi psicoanalista.

La mujer desvió la vista y rápidamente se escabulló.

Aquella tarde Claire había llegado tarde a casa y se encontró a Sam en medio del pasillo, furioso.

–¿Por qué estás ya de vuelta? –le preguntó ella.

–¡Tu hijo tenía hora en el médico! –vociferó él.

Claire no supo de qué hablaba.

–Jake debía ir al pediatra a las tres y media –prosiguió Sam, indignado–. Me han llamado al despacho. Te habías olvidado, por lo visto. No intentes siquiera decirme dónde estabas. Estabas con ella. Lo sé, Claire. No soy idiota. Esto ha ido demasiado lejos, has perdido el control. ¿Por qué le permites...?

–Ella no hace nada, Sam... Soy yo. –Claire titubeó–. Debo haberme olvidado de lo de Jake, sí, aunque probablemente solo sería alguna inyección. Le llevaré mañana. Llamaré ahora mismo y pediré hora.

Cuando se dirigía al teléfono, Sam le cerró el paso.

–Eran unas inyecciones –dijo, acercando su cara a la de ella–. Le he llevado yo. Me han dicho que puede tener una reacción, un poco de fiebre, y que le dé Tylenol. Lo he buscado y no hay ni rastro en toda la casa. ¡En esta casa no hay ni siquiera un puñetero Tylenol, Claire! Esto se cae a pedazos. Tú nos ignoras, y no voy a consentir que destroces nuestra familia. No te voy a dejar.

Adam, Jake y Frecia, a corta distancia, se habían quedado con la boca abierta. Jake tenía subida una manga, y Claire observó que inconscientemente se friccionaba con los dedos el punto de la inyección.

El teléfono campanilleó, y lo mismo Sam que Claire intentaron coger el receptor.

–Hola –dijo Sam, anticipándose a ella.

Claire oprimió el botón del amplificador de sonido.

–Hola, soy Tom Miller, el arquitecto. Hace unas semanas vine a examinar su apartamento.

–Sí.

–Resulta que mi hermana se traslada a Nueva York, y me gustaría que lo viera, siempre que ustedes sigan interesados en venderlo.

–Consideramos la posibilidad –dijo Sam.

–Ella llegará de Boston a primera hora de la mañana, así que podría acompañarla, ¿digamos a las ocho? Comprendo que es muy temprano, pero estará aquí solo un día y tiene reuniones y compromisos uno tras otro.

–A las ocho está bien. Nos veremos entonces.

Colgó el teléfono.

–Esto es ridículo –dijo Claire.

–No, no lo es –replicó Sam–, pero esto otro sí. Ha llegado hoy para ti. –Tomó dos cajas, una grande y otra pequeña, de la mesa de la sala de estar, y las lanzó hacia ella. Las cajas cayeron al suelo y por este se desparramaron unas tazas: SAM, JAKE, ADAM y JODY se leía en brillantes letras rojas estampadas sobre la cerámica blanca. En Lillian Vernon se habían confundido y enviado todo el pedido directamente a Claire. La taza de Sam se había partido en dos, la de Adam había perdido el asa, la de Jody se había roto en tres pedazos, y solo la de Jake estaba intacta–. ¿Qué demonios pretendes comprando una taza con su nombre?

–Navidades atrasadas –dijo Claire.

Frecia empujó a los chicos fuera de la habitación y volvió a entrar para recoger los pedazos.

–Este fin de semana iremos a la playa –dijo Sam–. Tú, yo y los chicos. Ninguna chica. Nadie más. Nosotros, eso es todo. Alquilamos la jodida casa y vamos a aprovecharla. Ha pasado casi un mes desde que estuvimos allí.

–Bien –murmuró Claire.

–Mañana por la mañana a las ocho hablaré con ese tipo. –Sam, mientras hablaba, recogió su portafolios–. Venderé este apartamento tan jodidamente deprisa que ni te enterarás de lo que ha pasado.

Luego dio media vuelta y se marchó furioso del piso.

Pocos minutos después llamó Gloria Owens.

–Lamento molestarla en su casa –dijo–, pero he pensado que no le importaría. Jim y yo estamos en apuros. Discutimos constantemente. Tenía la esperanza de que pudiéramos venir para una sesión extra esta semana...

–No se retire –dijo Claire–. Déjeme comprobar mi agenda. –Depositó el receptor sobre la mesa, produjo ruido de papeles con las hojas del periódico que había al lado y cogió de nuevo el teléfono–. Un momento, lo busco. –Agitó y arrugó unas páginas–. Pues tengo todas las horas comprometidas hasta el miércoles, que de todos modos es el día que normalmente les corresponde.

–Está bien. He pensado que no perdía nada por intentarlo.

–Me alegro de que haya llamado. Si tengo alguna anulación, se lo haré saber. O si ocurre alguna emergencia, siempre puede usted dejar un mensaje en el contestador y nos pondremos en contacto lo antes posible.

–Gracias.

–A su disposición –dijo Claire, cortando la línea para marcar inmediatamente el número de Bea.

No se lo había dicho a nadie, pero la semana anterior, tras haberle contado a Claire lo feliz que era, Bea se había tragado todas las píldoras de dormir de Herbert y a continuación tomó un taxi, fue al hospital y confesó lo que había hecho. Allí le practicaron un lavado de estómago, la retuvieron un par de días y, en colaboración con Claire, obtuvieron de un psiquiatra una prescripción de antidepresivos. Claire pasó un pequeño calvario de remordimientos.

–¿Bea? –dijo cuando se conectó el contestador–. Soy Claire Roth, y llamo solo para saber cómo sigue. Si quiere llamarme usted, estaré en casa el resto de la tarde y probablemente por la noche; si no, nos veremos mañana por la mañana.

–Te has metido en un lío –dijo Sam aquella noche, cuando se fueron a la cama–. Y grande.

Como si ella no lo supiera. En cuanto Sam hubo reconocido que le gustaba la casa, en el instante en que se había separado de ella después de hacer el amor en el que sería su futuro dormitorio y dicho «De acuerdo, la quiero», Claire había empezado a sospechar que las cosas no saldrían bien. No podía trasladarse, no ahora. Era excesivo, se había acumulado todo; todo aquello por lo que tanto se había esforzado parecía de pronto al borde de la destrucción. Ella misma había echado a perder su carrera, su matrimonio, su vida. En adelante ya no podría ejercer de psicoanalista, lo sabía. Bastaba con recordar a Bea: gracias a Claire había terminado en la sala de urgencias de un hospital. Claire debió haberse percatado de lo que realmente ocurría cuando la mujer dijo que era feliz. ¿Cómo podía nadie ser feliz?

Transcurridas unas pocas horas de sueño intermitente, Sam estaba ya sacudiéndola para que despertase.

–El arquitecto y su hermana –dijo–. En el momento menos pensado se presentarán aquí.

–¿Qué hora es?

–Las siete menos cuarto. Si queremos vender, hemos de limpiar. Tú empieza por hacer la cama.

Claire rodó sobre el lecho y se tapó la cabeza con la sábana.

Sam salió del cuarto y regresó con el aspirador.

–Levántate –dijo, conectando el aparato–. Y llévate las sábanas contigo.

–No puedo retrasarme –dijo Claire, saliendo de la cama a gatas–. Tengo un paciente a las ocho y cuarto.

–Cancela la cita –respondió él secamente. Tambaleante y confusa, ella se quedó de pie y observó cómo Sam utilizaba un calcetín a manera de paño para quitar el polvo de la cómoda.

–Cancela esa jodida sesión –repitió él.

–Imposible.

–No verás más a esa tal Jody. Eso debe acabar.

–Sam –dijo Claire.

–Sé exactamente lo que estás pensando, Claire, y es un error. Te equivocas. Déjalo correr. Ella no es tuya. No puedes hacerle ningún bien comportándote como te comportas. Piensa por un minuto en los demás.

–Quieres decir que piense en ti.

–Cancela la cita.

–No. –Claire hizo una pausa–. Ella es especial. No sabes de qué hablas.

–Me tiene sin cuidado. Hablo de ti, Claire, de nosotros. A ella ni siquiera la conozco.

–Bueno, en la pista de patinaje actuabas como si realmente la conocieras.

Sam movió la cabeza en un gesto de disgusto.

–Nos marchamos, Claire. Nos marchamos de aquí para no volver.

–No quiero hablar más de esto.

–Hablaremos todo lo necesario. La historia ha ido demasiado lejos.

–Tú no eres mi jefe. La terapeuta soy yo. Sé lo que hago sin necesidad de tu ayuda.

–¿Lo sabes, Claire? ¿Tienes ni siquiera un pequeño indicio?

Ella se encerró en el cuarto de baño con un portazo. Se cepilló los dientes, se enjuagó la boca, luego abrió la puerta y agitó un dedo ante Sam.

–La veré y seguiré viéndola hasta que ella o yo decidamos que ya no es necesario. A ti lo que te pasa –dijo, señalándole– es que los celos

se te comen las tripas.

Volvió a encerrarse con un portazo y se metió en la ducha.

–Posdata –dijo más tarde, cuando ya había salido del baño y estaba sentada en el borde de la cama poniéndose las medias–. Mi paciente de las ocho y cuarto es una mujer de cincuenta y cinco años que la semana pasada intentó suicidarse.

En el vestíbulo del edificio, abajo, a las ocho y diez, Claire coincidió con el arquitecto y su hermana.

–Mi hermana Joan –dijo él, presentándolas–. Es asistente social, no tiene sentido de la geometría, de cómo deberían ser las cosas. Por eso he pensado que el apartamento podía gustarle.

Claire asintió. Joan se echó a reír.

–Mi marido está arriba, él se lo enseñará. A mí me espera una paciente.

–¿Es usted médico?

–Psicoanalista –contestó Claire, dirigiéndose ya hacia la puerta.

–Qué interesante –comentó Joan.

Claire se despidió agitando la mano y salió a la calle. Bea llegaba siempre temprano y estaría esperándola en el pasillo, frente al consultorio. En una esquina, ante un semáforo en rojo, Claire trató de ordenarse el cabello; lo tenía todavía húmedo, los rizos le rozaban desagradablemente el cuello. Sin un espejo no podía formarse una idea de cuál era su aspecto, cosa que aumentaba su nerviosismo.

–Buenos días, Bea –dijo al salir del ascensor. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta del consultorio–. ¿Cómo se siente?

Bea entró y cerró la puerta tras ellas.

–Estoy bien.

–¿Nota algún efecto secundario de los antidepresivos?

Claire hizo la pregunta mientras examinaba el contestador. El indicador señalaba que había dos mensajes: sintió curiosidad por saber de quién.

–Tengo la boca seca –dijo Bea. Chasqueó los labios con el suave sonido que se atribuye a las personas bajo fuerte medicación–. Pero el doctor me asegura que es normal. El cuerpo se adapta. Herbert me llamó ayer noche. Quiere que salgamos juntos por ahí. Yo hago una estupidez y, de pronto, él lo lamenta.

–¿Irá usted a la cita?

–No lo sé. He estado en un centro psiquiátrico por su culpa. Una cena en un restaurante no lo arreglará.

La mujer parecía menos segura de sí misma que antes. Cuando hablaba de Herbert, Claire se preguntaba si sería la pérdida de confianza lo que la hacía parecer emocionalmente ausente o si ello era consecuencia de la medicación. Aquello ocurría a veces con los psicotrópicos: las personas, simplemente, desaparecían. Pensó si no

debería tomar alguno ella misma.

Cuando la sesión casi había terminado, Claire preguntó:

–¿Qué le parecería si usted y Herbert vinieran a verme juntos, al margen de nuestras sesiones normales?

–¿Haría usted eso? –Claire movió afirmativamente la cabeza. Bea añadió–: Ya sé que según las normas yo no debería hablarle en términos personales, pero estoy segura de que su familia se enorgullece de usted. Qué daría yo por tener una hija tan comprensiva y con un talento como el suyo.

«Jodida idiota», pensó Claire. De haber tenido un dedo de sentido común, Bea estaría indignada con ella, la culparía de su intento de suicidio e iría a buscar un nuevo analista. En cambio, tomaba la vía de la pasividad, ensalzaba al diablo.

–El martes a las seis de la tarde –dijo Claire, ignorando los elogios.

Sonó el timbre, y ella oprimió el botón para dar entrada a Jody en la sala de espera.

–Aquí estaremos. –Ya de pie, Bea se bamboleaba ligeramente–. Un pequeño mareo –se disculpó–. Las drogas.

–Nos veremos el martes –dijo Claire acompañándola a la puerta.

–No sabía que tocaras también el tema geriátrico –dijo Jody después de que se hubo marchado Bea–. ¿Qué le ha pasado a tu pelo? ¿Te aplican radiaciones, o qué?

Claire se llevó una mano a la maltrecha cabellera e intentó sin convicción poner un poco de orden en sus rizos.

–No te burles –ordenó, con ánimo de devolver las cosas a su sitio.

Cerró la puerta del despacho y ocupó su silla habitual. Jody parecía más enferma y más flaca; los jeans le boqueaban en la cintura, mal sujetos por un ancho cinturón de cuero oscuro. En sus antebrazos se veía lo que podía ser un espeso e irritado sarpullido.

–Tenemos que hablar muy en serio –dijo Claire–. Llevo algún tiempo pensando que podría ser mejor que te atendiese otro analista. Mi impresión es que ya no te sirvo de ninguna ayuda. –Claire, al pronunciar aquellas frases, había bajado la mirada a la alfombra–. La situación ha rebasado un punto a partir del cual dejo de serte útil.

Cuando Claire volvió a levantar la vista, Jody estaba pálida, sin habla, haciendo rechinar los dientes.

–Podemos seguir relacionándonos de una manera u otra. Que debamos resolver nuestros problemas no significa que yo te abandone. –Claire dominó el impulso de confesar que la culpa era suya, que había cometido un horrible disparate–. De verdad creo, sin embargo, que te convendría estudiar la situación con otra persona experta. –Y concluyó, aunque era mentira–: He hecho incluso algunas llamadas.

–Cómo te has atrevido... –farfulló Jody.

–Trato de ayudar. Tú necesitas ayuda.

–La necesitas tú.

Claire no contestó. Se esforzaba en silencio por retirarse a posiciones más firmes, por no perder, sobre todo, la compostura.

En aquel momento Jody sacó de una bolsa su cámara de vídeo, enfocó a Claire y comenzó a grabar.

–Baja la cámara –dijo Claire.

Jody continuó grabando.

–Por favor, baja la cámara. Esto es una intrusión. No entiendo por qué lo haces. A ver, ¿por qué? –Claire dio unos manotazos al aire delante del objetivo–. ¿Es un intento de situarte en una posición de dominio?

Jody siguió sin responder. Claire se echó atrás en su silla, cruzó la rodilla izquierda sobre la derecha y los brazos ante el pecho.

–Será imposible que continuemos hablando si no retiras de una vez la cámara –insistió todavía, e inmediatamente después guardó silencio y se limitó a mirar fijamente al objetivo.

Jody prosiguió la grabación unos minutos, sin alterar el enfoque. Aunque frenéticamente incómoda, Claire procuró permanecer impasible y no dar la menor muestra de sufrimiento.

Por último, Jody bajó la cámara. Dijo:

–No puedo creer que estés haciéndome esto.

–Quiero hacer lo que para ti sea mejor, Jody. Ya no te sirvo de ayuda. Otro terapeuta quizá disponga de mejores armas.

–No, algo está mal –dijo Jody sacudiendo la cabeza–. En alguna parte hay una terrible equivocación. No sé cómo ni por qué, pero tú me empujas a la locura. Me estás matando. ¿Por qué no coges de una vez una jodida pistola, me pegas un tiro, y a la mierda todo?

En el curso de sus reflexiones, en todas sus fantasías, jamás se le había ocurrido a Claire que una hija pudiese volverse contra su madre, que la hija llegara a convertirse en el peor enemigo de una mujer.

Sonó el teléfono y Claire lo cogió maquinalmente.

–¿Hola?

–Soy yo –dijo Sam, excitado–. Vendemos el apartamento. Han ofrecido dos noventa y cinco y he dicho que sí. No interviene agencia en el trato, así que es todo para nosotros. Llama enseguida a la agente de Connecticut y ofrécele dos ochenta y cinco y llámame a mí después.

–Estoy con una paciente –dijo Claire con voz monótona, dispuesta a no traicionarse ni ante Sam ni ante Jody.

–No me moveré de casa –respondió Sam–. Llámame cuando hayas terminado.

–Lo haré –asintió ella, y colgó.

Jody se había puesto en pie.

–Todavía no hemos consumido el tiempo –dijo Claire–. La sesión

no ha acabado.

–Yo sí he acabado –replicó Jody.

–Por favor, siéntate. Fijemos una hora para mañana.

Jody permaneció muda.

–A las doce. Tengo algún tiempo libre después, así que podremos salir a almorzar juntas.

–Adiós –dijo Jody, abriendo la puerta.

–Nos veremos mañana.

Claire esperó a que Jody se hubiera marchado, y entonces hojeó frenéticamente su agenda de direcciones en busca del número de teléfono de la agente inmobiliaria.

Cacharros de cocina. En enero Jody había hecho un viaje a Macy's, expedición rara en ella, y en los grandes almacenes compró una batería de cocina con la idea de que comer adecuadamente contribuiría a mejorar su salud. Durante meses, sartenes y cazuelas habían permanecido sin usar en una repisa de la cocina. Ahora Jody, de pie en medio de su apartamento, se golpeaba el cuerpo con una sartén de dos palmos de diámetro, poniendo en la tarea el brío y el vigor de un campanero. Blam por desearlo y blam por esperar ahora, blam, que Claire la ayudase; por haber sido lo bastante estúpida para bajar su defensa, el castigo sería severo; tendría que sufrir. Estrelló la sartén contra sus costillas, poniendo a prueba la violencia de su rabia. Fijó la cámara de vídeo a un trípode, la orientó hacia su propia persona y grabó los lamentos y sollozos, los impactos del aluminio y el cobre contra su piel y sus huesos. Solo cuando su pecho emitía un débil y extraño silbido al respirar y la piel estaba demasiado tierna para tocarla, solo cuando el dolor la había atontado, dejó de golpearse. Rebobinó la cinta y miró lo que había en ella: el resultado era como un documental sobre las danzas tribales de las mujeres blancas de clase media alta. Se vio a sí misma disciplinándose implacablemente, y sintió asco. Los cacharros de cocina le habían producido importantes magulladuras, lesiones varias, pero no marcas identificables. Aquello la satisfizo. Nadie podría reprocharle que lo había hecho para llamar la atención.

–Está adueñándose de mi vida –le contó Jody a su madre–. Invade mi intimidad, se salta todas las barreras.

–Lo que ocurre es que tienes miedo de que te conozca demasiado a fondo –replicó su madre–. No te gusta que nadie sepa nada de ti. Tu padre y yo siempre nos hemos preguntado, al mirarte, qué estarías pensando.

–¡Mamá! –exclamó Jody.

–Siempre has sido muy reservada. ¿Recuerdas lo nerviosa que te ponías cuando yo iba a las reuniones de padres y profesores? Odiabas que se hablase de ti.

–La sorprendí saliendo del edificio donde vivo. La tengo grabada en vídeo.

–Probablemente fue alguien que se le parecía. Tú siempre crees haber visto a personas. En el hospital decías que la tía Sally estaba en la habitación de al lado, y había muerto siete años antes.

–Entonces estaba a cuarenta de fiebre, mamá. Ahora estoy aquí, sin fiebre, en Nueva York, y te digo que Claire Roth salía de hacer cosas

raras en mi casa. Repito, ¡la grabé en vídeo!

Jody rompió a llorar. No quería, pero no pudo evitarlo.

–¿Sabes? –dijo su madre–. A veces, cuando alguien no se siente bien, se vuelve un poco gruñón, un poco receloso.

–Oh, no, no estoy paranoica, ¡esto es real! –gritó Jody, segura de que los vecinos iban a oírla.

–Bien, nadie te dijo que fueras a su consulta. Tú sola lo decidiste, Jody.

–No me escuchas. Terminará por matarme. De una manera u otra acabaré muerta.

–Vamos, nenita, yo verdaderamente no...

Jody colgó violentamente el teléfono y trató de recordar el número de Harry Birenbaum. Harry lo entendería. Marcó su número y le respondió el contestador automático.

–Soy Jody, Jody Goodman. –Hizo una pausa–. ¿Estás ahí? –Otra pausa–. Hay algo de lo que necesito hablar contigo. Llámame.

En el puesto de periódicos de la esquina un titular anunciaba: «Líbrese de su psicoanalista: dieciséis pasos para escapar con vida». Compró la revista, se fue corriendo a casa y leyó el artículo; luego observó que la referencia al autor indicaba que era un «destacado psicoterapeuta y profesor de la Universidad de Nueva York».

Acudir a un terapeuta para hablar de terapia. Nadie lo creería.

–Adelante, adelante –dijo el psicoanalista la tarde siguiente, cuando Jody entraba en su despacho.

Llevaba barba, gafas con montura metálica y tenía la nariz aguileña. Su despacho era frío, oscuro y pequeño, con una única butaca, la del analista, y un diván que olía a humedad. Jody se sentó ansiosa en el borde.

–Por teléfono –dijo él– mencionó usted que deseaba hacerme ciertas preguntas sobre psicoterapia.

–He estado... viendo a una mujer. Antes era maravillosa, pero ahora me va a volver loca. Hace que quiera suicidarme.

–Ah, es usted lesbiana.

–No. Se trata de mi psicoanalista. Hablo de mi psicoanalista.

–De modo que ve a otro terapeuta. ¿Sabe él que está usted aquí?

–Es ella, no él, y no lo sabe.

–Bueno, tendrá que decírselo.

–La razón de que haya venido a verle es que necesito distanciarme un poco, ganar perspectiva. Como le dije por teléfono, leí su artículo y pensé que quizá usted podría ayudarme. La mujer a quien veo, mi analista, me llama constantemente, me invita a comer, me hace ir a patinar con su familia. –Jody se interrumpió para tomar aliento–. Entró en la casa donde vivo y me robó el correo.

–Entonces, su fantasía consiste en que ella la invita... ¿y qué pasa después?

–No es ninguna fantasía. Esto es real.

–Puedo asegurarle que yo no la invitaré nunca a ninguna parte ni la llamaré a casa excepto para cambiar una cita.

La sesión apenas había empezado, y Jody ya deseaba marcharse. Claire era un genio comparada con aquel tipo, y por lo tanto, ¿qué más daba si estaba torturándola? Por lo menos no era como participar en una mala película de psicópatas.

–Se ha convertido en un factor muy destructivo. Me siento como si me forzara a hacer algo drástico.

–¿Sueña usted con ella?

Como Jody no contestó, él se lanzó a una larga disertación, más parecida a la defensa de una tesis, sobre las peculiares y a veces perversas formas en que se relacionaban las mujeres. El tema, aparentemente, le fascinaba; podía servirle para un gran artículo de revista, quién sabe si incluso para un libro. A medida que pasaba el tiempo, Jody sentía crecer su alarma, convencida de que se estaba hundiendo en algo de lo que nunca sería capaz de escapar; como encerrada en una celda donde la demencia se multiplicaba a velocidad de vértigo hasta que, de súbito, lo llenaba todo.

El repiqueteo de una campanilla la sobresaltó. El psicoanalista señaló un cronómetro que tenía sobre el escritorio y Jody se dio cuenta de que en los últimos veinticinco minutos ella no había hecho otra cosa que permanecer sentada allí, soñando despierta.

–Se acabó el tiempo –dijo el analista–. Sugiero que vuelva usted el jueves.

–Tengo que consultar mi agenda –respondió Jody, camino de la puerta–. Le llamaré.

–Muy bien, ¿de veras quieres saber por qué no puedes ayudarte a ti misma? –preguntó Ellen–. Pues porque consideras que no lo mereces. Crees que eres una mierda porque algunas personas te han fallado. Buscas lo perfecto aquí, lo perfecto allá: familia, madre, lo que sea. Y el hecho es que nunca lo encontrarás. La perfección no existe.

Jody no contestó. Miró distraídamente por la ventana, pensando en colgar el teléfono.

–Eres poco práctica. En lugar de contentarte con lo que tienes, te lanzas en busca de alguien, un sustituto, un psicoanalista. No sería mala idea, salvo que en tu caso el analista es una mujer y la mujer está loca. –Ellen hizo una pausa–. Debes aprender a ser lo que necesitas, a amarte a ti misma más de lo que cualquier otra persona te amaría. Tú eres la única que sabe realmente lo que quieres.

–Y tú has leído demasiados libros New Age. Descubre tu naturaleza

más profunda, saca a la luz tu verdadera identidad, bla, bla, bla.

–Te digo la verdad y no te gusta.

–¿Y qué pasa si tienes razón?

–Oye, espera un momento –dijo Ellen–. No cuelgues. Vuelvo enseguida.

Jody oyó al otro extremo de la línea la información del tiempo, incluida la previsión para Dallas y Forth Worth, luego la canción de los Eagles «Hotel California». Tamborileó con los dedos sobre el estuche de cerillas que tenía encima de la mesa. Autocastigo. Como si todo aquello hubiera sido culpa suya de principio a fin. Cada vez que Jody iba al consultorio de Claire mostraba señales de una nueva lesión que se había infligido a sí misma. Claire empleó una increíble cantidad de tiempo en captar el significado. El último día, cuando Jody entró con la cara, los brazos y el cuello cubiertos de finos cortes de navaja ensangrentados, Claire preguntó inocentemente qué había pasado.

–Nada –dijo Jody en tono de aburrimiento.

Sabía que era una locura. No tenía sentido, y sin embargo lo hacía. Lo hizo una y otra vez, como si exteriorizar su dolor, pintándolo literalmente por todo su cuerpo, pudiera hacer que desapareciera o bien que alguien se diera cuenta.

–No entiendo –dijo Claire.

–Evidentemente.

La única forma que a Jody se le ocurría de transmitir su necesidad de manera más contundente era serrarse el cuerpo por la mitad.

–Eres idiota –le había dicho a Claire hacia el final de la sesión–. Una jodida y total idiota. –Se arrolló una manga de la blusa y dejó a la vista una gruesa y carnosa quemadura–. ¿Cómo supones que ha pasado esto? Lo hiciste tú. Tú me lo hiciste a mí y yo me lo he hecho a mí misma. Ojalá no te hubiese conocido.

Luego había sacado un estuche de fósforos del bolsillo, encendido uno y oprimido la cabeza del fósforo contra su brazo, extinguiendo la llama en su carne. Se sintió como una mala actriz en una mala película.

–Basta –había dicho Claire, dando un manotazo a los fósforos–, ¡basta ya!

«Hay millones de fósforos en este mundo, millones de fuegos que encender», pensó Jody deslizando el estuche en su bolsillo.

–Lo que necesitas –dijo Ellen, de nuevo al otro extremo de la línea– es alejarte de ella, desenredarte. Tú no has llegado donde has llegado simplemente para suicidarte, eso seguro. Tengo que irme. Hablaremos luego.

La guerra se intensificó por teléfono, en el despacho de Claire, en

las calles de Nueva York.

–¿Cómo puedes comportarte así después de todo cuanto he hecho? –le chilló Claire a Jody–. ¿Cómo puedes ni siquiera pensar en causarte daño a ti misma cuando alguien se preocupa por ti tanto como yo?

Elevó las manos al aire como si trasladara la pregunta a los dioses.

Era tan simple y tan complicado como enamorarse y desenamorarse. Era como el momento, tras diez años de matrimonio, en que te das cuenta de que se ha acabado; pero en el matrimonio puedes quedarte, puedes desarrollar intereses externos, hacerte adicta a la casa, emprender un viaje de recreo alrededor del mundo, mantener una relación adúltera. En psicoterapia no había nada excepto cincuenta minutos en un despacho.

–¿Qué quieres de mí? A ver, explícamelo –dijo Jody cuando Claire la llamó por tercera vez en una mañana–. ¿Qué quieres? ¿Sangre?

Antes de que Claire tuviera tiempo de responder, Jody arrojó un vaso contra la pared y miró cómo se esparcían los trozos de cristal por la habitación. Sintió el impulso de bailar sobre los fragmentos de vidrio, de revolcarse en los cortantes pedazos.

–Tú necesitas algo que yo no puedo darte –dijo Claire.

–Tú has hecho que lo necesite; me he entregado a ti.

–Y yo a ti.

–Pero yo te pago por ello –dijo Jody–. Me cuesta mis buenos dólares.

–Ha llegado mi paciente de las doce –dijo Claire–. Hablaremos más tarde.

–Sí, será el momento culminante de mi jodido día.

Jody tomó el autobús y atravesó la ciudad para dirigirse a Radio Shack. Allí compró un magnetófono, una docena de casetes y un pequeño dispositivo que se conectaba al teléfono y grababa las conversaciones. El vídeo no bastaba. Tenía que comenzar a documentar todo lo que Claire le hacía y decía. De este modo, si llegaba a ocurrir algo terrible, habría pruebas de que había sido empujada al abismo.

–Dices que te sigue por todas partes, que te seduce mientras patináis, que te telefonea incesantemente, ¿y que te hace sentir como si perdieses la cabeza? –preguntó Harry cuando terminó el turno de piropos telefónicos.

Detrás de su voz se oía la música sincopada de un conjunto zydeco e intermitentemente el tintineo de cubitos de hielo contra vidrio.

–Sí –dijo Jody.

Le excitaba que por una vez alguien fuera a entenderla. Aunque borracho, Harry había escuchado pacientemente mientras ella contaba toda la historia.

–¿Te tiene presa y te hace luz de gas? –preguntó cuando Jody terminó–. ¿O te chupa la sangre cuando duermes?

–Digamos que sí, un poco de todo.

–Ten compasión, querida. No seas tan crítica con tus mayores. Todo lo que ella quiere es lo que querría cualquiera: encajarse entre dos adorables muslos jóvenes.

Harry suspiró, luego eructó.

De haber tenido más energía, o de habérselo oído a alguien que no fuera Harry, Jody habría colgado el teléfono enseguida. La respiración de él le llegaba desde el otro extremo de la línea como un trabajoso resuello.

–Soy demasiado viejo para estar tan borracho –agregó Harry–. Perdóname, jovencita, perdóname. Has dicho que tenías una historia que contar. Pues estoy en perfecta disposición mental para escucharla.

–Acabo de contártela –replicó Jody, deprimida–. La psicoanalista y la chica. Mi vida, vamos.

–¿Tienes alguna historia más?

–No –dijo Jody–. Estás hecho polvo, Harry. No es propio de ti mostrarte completamente incoherente.

–Échale la culpa a la ginebra. Bombay. Y al calor. Me he muerto y he ido al infierno.

–Llámame si vienes a Nueva York –dijo Jody, y colgó.

Ya muy entrada la noche, cuando estaba durmiendo, sonó el teléfono. Jody lo oyó entre sueños sin identificarlo. Continuó sonando, y finalmente Jody despertó, con el corazón desbocado. Apenas levantó el receptor se activó el nuevo dispositivo de grabación, y en cierto modo el susurro uniforme de la cinta que giraba le despejó la mente al instante.

–Hola –dijo.

–Pensaba en ti –anunció Claire.

Los números fosforescentes del reloj que había sobre la mesa indicaban que era la una y media de la madrugada.

–No me parece una hora oportuna.

–Me inquieta mucho lo que está ocurriendo.

–Conseguirás volverme loca.

–Por favor, solo quiero ayudarte. ¿Puedes venir mañana por la mañana? Hay algo que quiero comentar contigo, algo que he de contarte.

–¿Qué es?

–Te lo diré por la mañana. A las nueve y media. Te veré entonces.

Jody volvió a dormirse y soñó que Claire la secuestraba y la llevaba a un manicomio de alta categoría situado en alguna parte de los Berkshires. En el último minuto, ya en la puerta de entrada, la situación daba un giro imprevisto y al final era a Claire a quien

encerraban y Jody quien conducía el coche de regreso a Nueva York, llena de regocijo. A las nueve y veinticinco estaba en el consultorio de Claire.

–Me traslado, me voy a vivir a otra parte –dijo Claire tan pronto como Jody se sentó–. He pensado que debías saberlo. Compro una casa en Connecticut. Conservaré este despacho, pero estaré menos disponible. No me alejo de ti, solo de la ciudad. Debí haberte dicho algo antes, pero todo ha ocurrido muy deprisa. Lo siento. –Respiró profundamente–. Espero que no me lo pongas difícil.

En sus más oscuros, más disparatados y más deprimentes sueños, aquello era algo que Jody no había imaginado nunca. Notó que le cambiaba la cara. No sabía si se le volvía roja, blanca o azul, no había modo de averiguarlo. Simplemente, notaba que le cambiaba; que los rasgos se hundían en sí mismos, que se le tensaba la boca, que se estrechaban sus ojos.

«Espero que no me lo pongas difícil», había dicho Claire. ¿Qué temía que hiciera ella? ¿Bloquear las salidas del edificio donde Claire vivía? ¿Impedir a los operarios de mudanzas que cargaran sus camiones? ¿Retener a la familia como rehén hasta que Claire renunciara a marcharse?

–Todo irá bien. Vendré al consultorio tres días por semana. Hablaremos por teléfono. De hecho, será mucho mejor; yo estaré más relajada, más capacitada para ayudar.

Jody continuaba contrayéndose, todo su cuerpo se replegaba sobre sí mismo.

–¿Estás bien? –preguntó Claire–. Háblame. Quiero que digas algo.

Jody levantó su consumida cara, cohibida por la sensación de que los pensamientos que no expresaba le habían sellado los labios, y miró a Claire. No había absolutamente nada que decir.

–Ahora –suspiró Claire–, desgraciadamente, tengo que ver a alguien más, pero confío en que mañana podamos volver a reunirnos. Y en que quizá entonces estés un poco más comunicativa.

Como en trance, Jody se levantó de la silla y se marchó a casa. Imaginaba que entraba en un drugstore y preguntaba dónde encontraría las hojas de afeitar, con la misma candidez que pediría un dentífrico. Se vio a sí misma examinando las hojas, seleccionando un paquete de cada clase para ver dónde estaban fabricadas, qué tenían de particular, cuánto costaban. ¿Qué importaba? ¿Qué diferencia había entre matarse con unas hojas de afeitar baratas o hacerlo con unas de marca acreditada? De cualquier modo sería el fin.

«Voy a matarme, voy a matarme...» Era como tener invitados a cenar: primero había que ir de compras. Jody se encaminó a una ferretería.

–¿Alguno de ustedes puede atenderme? –preguntó al grupo de

vendedores que charlaban al fondo del local–. Necesito una cuerda.

Uno de ellos se adelantó y la guió por un pasillo entre estanterías. Le entregó un pequeño rollo.

–No entiendo de cuerdas –dijo–. ¿Qué me dice de esta?

El hombre no contestó. Debía de trabajar para la competencia, pensó Jody.

–¿Es resistente?

–¿Qué quiere usted atar?

«He de colgar un cuerpo», se dijo Jody. Respondió en voz alta:

–Habrá de sostener unos sesenta kilos.

Se calló, evidentemente, que llevaba meses sin hacer una buena comida, que ya no pesaba ni cincuenta y cinco kilos, que debía de estar por los cuarenta y ocho.

–Esta servirá –dijo el vendedor, cogiendo un paquete que parecía de bramante.

–Me llevaré diez metros de esta otra –indicó ella, refiriéndose a una soga lo bastante gruesa como para levantar un piano–. Más vale asegurarse.

Ante la caja, se le ocurrió que el tipo consultaría una lista secreta de las personas no autorizadas a comprar cuerda.

Esperaba que de un momento a otro le pidiera que enseñase el permiso correspondiente.

–Cuatro cincuenta –dijo él, metiendo la cuerda en una bolsa.

Camino de casa, Jody se detuvo en el sex shop del barrio y compró unas esposas. Podía introducir la cabeza en una de las bolsas de plástico del supermercado y cerrar la bolsa en torno a su cuello con toda la cinta adhesiva necesaria. Podía verter una lata de gasolina en la bañera, atar la cuerda a la boquilla de la ducha y a su cuello, cubrirse la cabeza con la bolsa y encender un fósforo. Imaginó una violenta exhalación, un ardiente destello, una asfixia súbita, y luego nada.

¿Por qué? Todos lo preguntarían. A aquel final debía corresponder un principio. Los Ángeles, cuando Claire llamó sin un motivo razonable. Aquello fue la primera señal, el inicio de la travesía. Pero ahora era como despertar y encontrarse tendida sobre una mesa de operaciones, con tus tripas calentando las manos del cirujano.

–A propósito –murmuraría este mientras le palpaba el hígado, los riñones–, ¿sabe usted?, yo ni siquiera soy médico.

–¿Quieres que vayamos? –preguntó su madre–. Por un día podría dejar el trabajo. A tu padre y a mí nos alegraría mucho ir a buscarte. Podrías vivir aquí. Arreglaremos tu antiguo cuarto. De todos modos, ¡pareces tan desdichada ahí! ¿Por qué no vienes a casa?

–No, gracias –dijo Jody.

–Ya sabes cuánto te queremos. ¿No es suficiente?

Ella no contestó.

–Nos llamó Claire Roth. Le asusta, dice, que puedas causarte algún daño a ti misma. ¿También hemos de preocuparnos por eso?

–No deberíais siquiera hablar con ella. Tendríais que protegerme de ella, no actuar como si estuvierais de su parte.

–No hay tales partes.

–Ahora sí.

–Queremos ayudarte. Te comportas como si no fueras tú. –Su madre guardó silencio un minuto–. Sospecho que todavía estás enfadada conmigo porque no salí corriendo hacia California en el instante en que dijiste que no te sentías bien. Tienes que comprender que he hecho las cosas lo mejor que he podido y de la mejor manera que he sabido.

–No puedo hablar contigo –dijo Jody.

–Está bien, entonces; llámame cuando tengas más ánimo.

«Madre», vaya palabra, vaya concepto. Existían secretarias, doctoras, enfermeras, amas de casa, pero Jody no estaba del todo segura de que existiese algo llamado madre. Introdujo en el vídeo la cinta de Claire en la Patisserie Lanciani, con el propósito de dilucidar qué había ocurrido exactamente aquella tarde. Un primer plano de Claire llenó la pantalla: podían verse hasta sus poros, los rasgos distorsionados por la proximidad. Se fijó en sus ojos, alerta, siempre atentos, en la cara que en ocasiones le parecía más que familiar, como si fuese la suya propia.

Jody pero no Jody. Una extraña y, sin embargo, tan próxima como nadie lo había estado nunca. Ellen tenía razón: era incumbencia de Jody; su vida era responsabilidad suya y de nadie más. Oprimió el mando de avance rápido de la cinta. Claire pasó trazando líneas azules a través de la pantalla del televisor.

El teléfono volvió a sonar y se oyó el clic del aparato al conectarse.

–¿Jody? –dijo su madre con voz suave–. ¿Estás ahí? Soy mamá, ¿puedes coger el teléfono? –La voz que le había enseñado el sonido de su propio nombre, que la había llamado cada noche de su vida–. He reflexionado. Si no quieres venir a casa, quizá te guste que yo vaya a pasar ahí unos días. Podríamos hacer unas cuantas cosas, comprarte ropa nueva, por ejemplo. Has perdido tanto peso que juraría que nada te sienta bien. Di, ¿te gustaría? Estoy aquí. Estoy en casa. Papá y yo solo queremos lo que quieras tú.

Aquella era la mujer que la había amado hasta el límite de sus capacidades, por limitadas que estas fuesen. Hasta el límite de su miedo, sobre todo. Había recogido a la hija de una desconocida y la había cuidado y protegido como propia. ¿Cómo podía esperar Jody que su madre se transformase por arte de magia en otra persona? Si

Jody necesitaba de alguien distinto, la otra persona tenía que ser ella misma. Pensó en lo que el médico le había dicho cuando estaba enferma: que no podría aguantar un embarazo hasta el final. Ahora estaba al final. Ya no contaba con nadie.

Cogió el teléfono.

–Hola, mamá, soy yo. Aquí estoy.

–Cariño, ya me subía por las paredes. Tú sabes lo mucho que significas para nosotros, lo importante que eres. Estamos desolados. ¿Has cenado? ¿Tienes en casa algo que comer?

–Tengo comida china –mintió Jody–. Pollo con brécol y arroz integral. Sanísimo. La salsa aparte.

–¿Qué se supone que debo pensar? ¿Qué me dices de Claire?

–Exagera sus reacciones. Solo necesito descansar un poco. Estoy muy cansada, eso es verdad. Te llamaré mañana.

–Bien, tómate un par de aspirinas y acuéstate.

–¿Por qué?

–Porque será bueno para ti.

–Mamá, no me pasa nada ni necesito tomar nada. Mira un rato la tele. ¿No dan ya las noticias de las diez?

–¿Nos llamarás si nos necesitas?

–Mañana, os necesite o no. Que duermas bien. Dulces sueños –dijo Jody, y colgó.

Era hora de ser razonable. Perdona y olvida. Jody lo hizo mentalmente: dijo gracias y adiós. Había escuchado la voz de su madre, visto la imagen de Claire en la pantalla del televisor, y notado sin lugar a dudas que se situaba más allá de ambas. Asunto liquidado. Jody bajó el volumen del contestador automático, apuntó el mando a distancia hacia la televisión y la desconectó. El cuarto se sumió en la oscuridad y el silencio.

Comenzó en Balducci's. Claire compró crackers y queso, lonchas de carne asada, ensaladas varias, éclairs en miniatura y tartas de frambuesa. Imaginaba un pícnic, romántico y espléndido. Se veía a sí misma desplegando un mantel de cuadros sobre el suelo de su nueva sala de estar, sacando las bolsas verdes y blancas de la tienda de comestibles, pasando a Jody una botella de buen vino y un sacacorchos, luego recostándose en la pared para dejar que ocurriese lo que hubiera de ocurrir.

Hasta entonces todo había salido mal. Las cosas que según sus cálculos aproximarían a Jody en realidad la habían alejado más. Aquello iba a arreglarlo de una vez por todas. Iba a enderezar cuanto se había torcido. Sería un momento maravilloso, el momento que tanto había esperado.

Claire recogería a Jody en su apartamento y saldrían hacia Connecticut con las últimas luces de un atardecer de primavera. No hablarían mucho. La estabilidad y la calma de su silencio disolverían lo mismo su ansiedad que el enojo de Jody. Cuando llegaran a la casa se sentirían a gusto, cómodas cada una consigo misma y complacidas una con otra. Jody pensaría que la casa era estupenda. Se daría cuenta inmediatamente de que todavía existía un lugar que era suyo, bien suyo, y que para Claire, Sam y los chicos el traslado era necesario. Pronto comprendería que también lo era para ella.

Claire entraría las provisiones justo antes de oscurecer. La electricidad ya había sido conectada, pero aún había pocas bombillas, de modo que Claire le mostraría la casa a Jody a la luz de las velas. Luego, mientras conversaban, dispondría el pícnic; una conversación que no derivaría hacia la frustración y los reproches. La noche descendería sobre Connecticut. Ambas estarían solas en la casa. No habría nada fuera de aquel momento; nada, ni vida ni historia.

Cuando Claire paró frente al 63 de la calle Perry, Jody estaba sentada en los peldaños de la entrada con la cámara de vídeo en la mano.

–¿Estaré loca subiendo a un coche contigo? –preguntó al cerrar la puerta–. ¿Por qué vas tan elegante?

–Porque es una ocasión especial –dijo Claire–. Te llevo a ver la casa.

–De modo que se trata de un número sado-maso.

En la fantasía de Claire, Jody era ahora menos resistente, estaba más dispuesta a seguir el rumbo que tomaran las cosas.

–He preparado un pícnic –dijo, mirándola de reojo–. Ponte el cinturón de seguridad.

–No sabía que llevaras teléfono en el coche.

–Idea de Sam. Ya sabes, los hombres se encaprichan de estos juguetes.

Una lluvia continua comenzó a caer cuando tomaron la West Side Highway. Sonaba música en el radiocasete del coche y ellas guardaban casi siempre silencio. A lo largo de la carretera los árboles exhibían un verde espléndido, sobrecargados de hojas nuevas. Claire, todavía no familiarizada con la ruta, encendió los faros largos y condujo lentamente, un poco inclinada hacia adelante en el asiento.

–¿Cómo se llamaba la calle que acabamos de pasar? –preguntó.

–Thorn algo –dijo Jody–. Mira, por lo que se refiere a mí sería perfecto que diéramos media vuelta. Esto no me emociona especialmente.

–Ya estamos –anunció Claire veinte minutos después, haciendo un giro a la derecha y luego otro. Se detuvo cerca de la casa y apagó el motor–. ¿Te importa coger las bolsas de ahí atrás?

Claire introdujo su llave en la cerradura. Aparte de la electricidad, aquello era lo único que hasta entonces habían hecho: cambiar las cerraduras. El cerrajero había insistido en colocar cerraduras sin tirador, que tanto desde fuera como desde dentro se accionaran únicamente con la correspondiente llave.

–Es mejor si hay niños –dijo–. Resulta más fácil el control de entradas y salidas.

Dentro, Claire volvió a utilizar la llave y cerró la puerta tras ellas.

–¿Linternas? –preguntó Jody.

–Velas.

Claire registró las bolsas y dejó aparte las velas y los candelabros de plata que en su momento fueron el regalo de boda de la tía de Sam.

Jody levantó su cámara y aplicó el ojo al visor.

–No puedes esconderte –dijo Claire–. Te veo, sé que estás aquí. Sal, sal, estés donde estés.

–No hay suficiente luz –dijo Jody, bajando la cámara.

Claire sonrió.

–Mira a tu alrededor. –Entregó a Jody una vela encendida–. Cuatro dormitorios, dos baños completos y un aseo, y una montaña de trabajo que hacer.

Jody deambuló por la casa.

–¡Esto es absolutamente tétrico! –comentó desde el piso de arriba–. ¿No creéis en las bombillas eléctricas?

–Es una aventura –dijo Claire–. Además, resulta evidente que todavía no nos hemos mudado. Será magnífico cuando estemos aquí todos juntos.

Jody regresó a la sala de estar, donde Claire continuaba vaciando bolsas.

–Espero que tengas hambre –dijo, ofreciendo una botella de vino y un sacacorchos.

–¿Qué figura que celebramos? –preguntó Jody.

Claire no contestó. Observaba el jugueteo de la luz de la vela en el rostro de Jody, el extraño baile de las sombras; enseguida terminó de distribuir comida, platos y cubiertos sobre el mantel. Tenía la garganta obstruida por un tropel de palabras que querían salir todas al mismo tiempo. Claire tragó con esfuerzo, luego entregó a Jody dos copas.

–Sirve el vino –dijo.

Se sentaron en lados opuestos del cuarto, con el pícnic extendido en el suelo entre ambas. Comieron pequeños bocados y hablaron de la casa, de la ciudad, de cualquier cosa que no fueran ellas mismas.

La lluvia punteaba en las ventanas.

–Jody –dijo Claire en voz queda, cosa de una hora después, cuando la primera botella de vino estaba ya casi vacía, cuando todo lo que era simple y fácil había sido sobradamente dicho–. Hay algo de lo que necesitamos hablar.

Jody, en el lado contrario del cuarto, no se movió.

–Estoy cansada de hablar.

–Entonces limítate a escuchar. –Claire tiró del mantel para apartarlo, se deslizó por el suelo para acercarse más a Jody y apoyó una mano sobre el tobillo de esta–. En diciembre de 1966, en Washington capital, yo di a luz una niña. Tres días después entregué aquella niña a una desconocida y me marché a casa. Durante casi veinticinco años he tratado de desenvolverme en la vida y olvidar que soy la madre de aquella niña. Pero no puedo. –Claire miró a Jody en espera de una reacción, y la vio impasible–. Jody –dijo, oprimiéndole el tobillo–, tú eres aquella niña.

Jody retiró la pierna, recogió las rodillas contra el pecho y se cubrió los ojos con la mano.

–Yo soy tu madre –dijo Claire, rodeándola con los brazos.

Jody levantó su copa de vino y la bajó con fuerza contra el suelo, donde la parte superior se hizo añicos; luego clavó el tallo roto en el brazo de Claire.

–Si me tocas –dijo– te mataré.

–Comprendo que debes estar furiosa –dijo Claire. Dio un respingo al tocarse el corte del brazo–. Toda tu vida esperando, y ahora aparezco yo aquí, como si nada, de improviso...

Se secó la herida y de nuevo se desplazó hacia Jody.

–Tú no eres mi madre –dijo Jody–. No sabes ni de qué hablas.

–Cariño, es cierto que lo soy. –Claire se arrodilló delante de ella–. Tú y yo, las dos lo sabemos. Estos últimos meses ha estado a punto ya de salir a la luz. No me sorprendería que a cierto nivel tú lo hayas sabido siempre, desde el primer instante. Quizá enfermaste para que

yo volviese a tu lado. Esto explica muchas cosas. Por ello ha sido todo tan desconcertante. Pero ahora se ha resuelto el misterio. Podemos avanzar sin obstáculos. –Claire hizo una pausa y sonrió–. Me alegro infinitamente de que seas tú.

–Estás loca –replicó Jody. Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta de la casa–. ¿Por qué coño no puedo abrir esta puerta? –chilló, dándole fuertes tirones.

–Porque yo tengo la llave.

Claire, mientras hablaba, se había situado detrás de ella.

–¡Déjame salir! ¡Déjame salir de aquí!

–Cálmate. Quiero que te calmes. No puedes ir por ahí desenfrenada como una loca. –Claire apoyó una mano en el hombro de Jody–. Basta, basta, basta, ¿me oyes?

Jody se escabulló, giró en redondo y agitó amenazadoramente el tallo de la copa ante el rostro de Claire.

–¡Déjame sola! El problema es tuyo, no mío.

Echó a correr escaleras arriba, con Claire pisándole los talones, y terminó encerrada en el cuarto de baño que tenía partida la bañera.

Claire aporreó la puerta.

–No hagas eso. No tienes por qué hacerlo. Sal, Jody. Te daré la llave. Mira, te la paso por aquí debajo. –Separó del llavero la llave de la casa e intentó introducirla por debajo de la puerta–. No cabe –dijo–. Pero está aquí, en el suelo, justo al otro lado de la puerta. –Esperó un instante y añadió–: Eres libre, puedes marcharte.

Del cuarto de baño solo llegó silencio.

Claire sacudió estruendosamente el pomo de la puerta.

–Quiero que abras enseguida.

–¡Lárgate!

–Por favor, querida, no hagas eso. Ahora podemos ser felices. –Claire se sentó en el suelo delante de la puerta del cuarto de baño. El pasillo era estrecho y oscuro–. Cuando tenías cinco años –dijo–, tu primer día de escuela, el día que tu madre te puso un vestido de Florence Eiseman y te acompañó a clase, ¿sabes lo que hice yo? –Aguardó unos momentos–. Bueno, la tarde anterior salí y te compré una caja de lápices, una goma de borrar, cola de pegar, papel y un estuche para llevar el almuerzo, todas las cosas que pensé que necesitarías. Camino de casa me paré, compré una barra de pan blanco, un tarro de manteca de cacahuete, jalea de uvas, mermelada de fresa, y después hice doce sándwiches de manteca de cacahuete, jalea y mermelada, procurando que me salieran perfectos y que alguna de las combinaciones y las formas fuera la que más te gustaba: sándwiches con corteza, partidos por la mitad, sin corteza, partidos en cuartos. Una barra entera de sándwiches. Los envolví en papel encerado y los metí en el frigorífico, y por la mañana, cuando tu

madre te estaba preparando para la escuela, no supe qué hacer con ellos. Así que me los comí, me los comí todos, uno a uno.

–Detesto la manteca de cacahuete –se oyó decir a Jody.

–Te he querido mucho y durante mucho tiempo. El día de tu aniversario, cada año, te he comprado un regalo; me preguntaba qué estarías haciendo y si serías feliz. Durante veinticinco años he pensado en ti y me he preocupado por ti. ¿Cómo puedes corresponderme así? ¿No te das cuenta de que nada puede separarnos? Ni tu resistencia ni ciertamente esta puerta.

Jody no contestó.

–¿Qué haces ahí dentro? Quiero que me digas qué estás haciendo.

–Nada. No hago nada. Déjame sola. Tienes que marcharte y dejarme sola.

–Sal y hablemos. ¿No podemos hablar?

–Calla, Claire, cierra la boca, por favor.

Claire se tocó el brazo ensangrentado y pensó en el trozo de cristal que Jody tenía consigo.

–¿Qué estás haciendo ahí?

Nuevamente dejó Jody la pregunta sin respuesta.

–Te lo ruego, dime qué haces.

Claire imaginó a Jody manejando enfurecida el tallo de la copa rota, hiriéndose en las muñecas, en el cuello, rasgándose la piel, cortándose las venas. La sangre se derramaría por el suelo y correría en finos arroyuelos por las rendijas de conexión de las baldosas.

–¿Jody?

Silencio.

Podía ver mentalmente la escena: charcos de sangre en las concavidades de los desagües que había delante del retrete y debajo del lavabo, y Jody desplomada sobre la bañera.

Claire se levantó y se lanzó contra la puerta.

–¡Di algo! –chilló–. Si no abres la puerta, tendré que llamar a la policía y la derribarán. –Esperó en vano una respuesta–. Jody, no me obligues a hacerlo.

Seguía elucubrando: el pulso se debilitaba, fallaba el corazón...

Recogió sus llaves de un manotazo, corrió escaleras abajo, salió al exterior y se metió en el coche. Sin aliento, tomó el teléfono y marcó el número de información.

–Stamford –dijo–. Greenspan, Bert.

Un compañero de estudios en Columbia, un tipo con el cual había salido, ahora director de un hospital privado en las colinas de Stamford.

–Hola, Bert, soy Claire Roth.

–Oh, Claire, cuánto tiempo... ¿Dónde estás? El teléfono se oye horrible.

–Es el del coche. Escucha, Bert, se trata de una emergencia, estoy en Glenville. He comprado una casa aquí. Es una larga historia, pero en la casa tengo a una paciente mía. Se ha encerrado en el cuarto de baño y... –Claire hizo una pausa–, puede que intente suicidarse.

–¿Quieres ingresarla en el Seven Trees?

–Bueno, no está loca, pero sí muy alterada.

–Llamaré y lo arreglaré. ¿Sabes cómo llegar hasta nosotros?

–Ni siquiera consigo que abra la puerta.

–Lástima –dijo Bert–. No tenemos servicio de atención a domicilio.

Durante un minuto ninguno de los dos habló.

–Llama a la policía –dijo él–. La llevarán al hospital local y haremos que nos la transfieran por la mañana.

Claire no contestó.

–Estás malgastando el tiempo. Si esa persona comete alguna barbaridad, tú serás responsable. Llama a la policía. Ahí no es como en la ciudad... se presentarán en un par de minutos y son muy buenos para este tipo de cosas.

–¿Tú crees?

–Lo sé por experiencia –dijo Bert–. Llama a la policía. Hablaremos más tarde.

–Gracias –dijo Claire.

Cortó la comunicación e inmediatamente llamó a Emergencias, consciente de que si se paraba a pensar podría ser incapaz de hacerlo.

–¿Policía, fuego o salvamento?

–Policía –respondió Claire, mirando hacia la casa a través del parabrisas mojado–. Soy psicoterapeuta. Llamo en relación a una paciente.

–¿Una persona emocionalmente perturbada?

–Alterada.

–¿Hay algún crimen en curso?

–No –dijo Claire, y dio al operador la dirección.

–¿Es peligroso entrar en el lugar?

–No.

–¿Está armada la persona?

–Se ha encerrado en el cuarto de baño.

–¿Con riesgo para ella?

–Posiblemente –dijo Claire.

–Por favor, identifíquese cuando lleguen los agentes.

–Por supuesto. Esperaré en la casa.

Claire salió del coche y corrió con la cabeza agachada para protegerse de la lluvia. Los restos del pícnic se encontraban dispersos por toda la sala de estar. Claire recogió apresuradamente todo lo que pudo. Oyó sirenas en la distancia. Pronto hubo luces barriendo la fachada de la casa a través de la niebla baja y cambiante: rojas,

blancas, azules. Claire acudió presurosa a la puerta, pensando en los vecinos, avergonzada de haber provocado toda aquella exhibición antes incluso de instalarse allí. Su pie golpeó accidentalmente un fragmento de cristal y lo lanzó como si fuera un disco de hockey contra la chimenea.

Salió al camino privado y se paró ante los coches de la policía.

–Soy Claire Roth –anunció–. La mujer que ha llamado. –Dentro del coche más próximo estaba sentado un agente, radio en mano, hablando. Claire se acercó más a él–. Dense prisa –suplicó–. Por favor, dense prisa.

Cuatro hombres, equipados para afrontar el mal tiempo, irrumpieron en la casa pisando fuerte y subieron por la escalera hasta el cuarto de baño. Uno de ellos golpeó enérgicamente la puerta.

–¡Policía! –dijo–. ¡Abra!

No hubo respuesta.

–Si está usted en condiciones de abrir la puerta, le sugiero que lo haga. Contaremos hasta diez.

–Sospecho que la puerta está bloqueada por algo –dijo Claire, secándose la lluvia de la frente. Tiró con los dedos de su blusa empapada para separarla de la piel–. Antes he intentado abrirla y he notado un obstáculo... no sé...

–Uno... dos... –empezó a contar el policía.

–Hacen cosas así –asintió uno de sus compañeros–. Les sale como una fuerza sobrehumana, e igual arrancan el lavabo y lo ponen de cuña contra la puerta.

–Ocho... nueve...

–Hubo una señora que tiró un frigorífico escaleras abajo, apuntando a su marido. Falló, pero le dio al perro.

Los agentes, con vigorosos manoteos, hablaban entre ellos para decidir quién derribaría la puerta. Uno se señaló la espalda, sacudiendo la cabeza, y otro dio un paso al frente.

–Retírese, por favor –dijo este último, indicando a Claire que se apartara.

Entregó su arma y su impermeable al policía que tenía la espalda mal, y acto seguido cargó contra la puerta. La embistió tres veces antes de que el marco de madera se astillara y la puerta cediese con un chasquido.

Claire presenciaba la escena desde el extremo del pasillo, la mano sobre la boca.

Dos hombres se precipitaron al cuarto de baño, y Claire les siguió. Les vio agarrar a Jody, derribarla, aplastar su cara contra el suelo. Un agente se sentó sobre sus piernas, otro sobre su espalda.

–¡Suéltenme, se equivocan! –gritó Jody, con voz sofocada.

Ellos tiraron de sus brazos hacia atrás y la esposaron.

–¡Alto! –exclamó Claire, a quien los dos agentes restantes retenían ante el umbral–. ¡Le hacen daño! ¡Basta!

Los policías levantaron a Jody y la sostuvieron en pie. Sus brazos estaban intactos; no se advertían cortes en las muñecas, ninguna lesión en la yugular. Pero la sangre manaba copiosamente de su nariz, se escurría por su mentón, goteaba sobre su blusa.

–Tu nariz –articuló Claire–. Creo... creo que te han roto la nariz.

–¿Ya estás contenta? –estalló Jody–. ¡Mírame! ¿Quién soy yo, Claire, quién coño soy yo ahora? No te creo, Claire. No te creeré nunca. Tengo una madre. No te quiero a ti. –Jody perdió el aliento–. Entraste a escondidas en mi casa. Te vi. Te grabé en vídeo. Me robaste la correspondencia. Eso es un delito federal. ¿Y qué es lo que he hecho de malo yo? –preguntó, con voz cada vez más aguda–. ¡Encerrarme en un jodido cuarto de baño!

Jody se atragantó, tosió y salpicó el suelo de sangre.

–¿Por qué escupes sangre? –preguntó Claire, histérica.

–¿Dónde estabas tú? ¿Habías echado de menos algo? ¡Han reventado la jodida puerta! ¡Me han machacado la jodida cara contra el suelo!

–Sáquela de aquí –dijo uno de los agentes–. Esto no conduce a nada.

–Has debido abrir la puerta –dijo Claire.

–¿Por qué? Yo me limitaba a estar aquí ocupándome de mis jodidos asuntos. No sabía que fuera contra la ley.

Había sangre en su cabello, mocos en su cara. Parecía loca, frenética. Claire entró en el cuarto de baño, cogió una tira de papel higiénico y acudió a limpiarle a Jody el rostro. Esta volvió bruscamente la cabeza y los policías tiraron de ella hacia la escalera. Cuando bajaba dio un traspié, que indujo a los agentes a sostenerla con mayor solidez por ambos brazos. Jody se quejaba entre alaridos. La sacaron al frío y la lluvia de la noche, la empujaron al asiento trasero de uno de los coches y cerraron la puerta con un golpetazo. Un agente puso en marcha el motor mientras Claire presenciaba la escena. Se encendieron los faros y el coche retrocedió para girar.

Claire dio unos golpecitos en la ventanilla.

–Jody –dijo–. No te preocupes, cariño. Todo irá bien.

37

Era un cálido sábado de finales de mayo. Jody sacó de debajo de su cama una maltrecha caja de cartón y desenvolvió cuidadosamente los viejos rollos de película y el antiguo proyector Super-8 de su padre.

Las ventanas estaban abiertas; podía oír a la gente que hablaba mientras paseaba por la calle Perry.

–Uno se olvida de lo grande que es la ciudad, grande y variada. Aquí ocurre de todo.

El espacio en blanco entre los pósteres de Los 400 golpes y Apocalypse now, lleno de imágenes de la infancia de Jody. Fiesta del Octavo Cumpleaños: pista de patinaje de Rockville, Maryland. Primera «Slumber Party»: el cuarto de jugar de los Goodman, con sus zócalos de madera en las paredes, bañado por la luz espectral de un foco cinematográfico, y doce niñas en sendos sacos de dormir colocadas en círculo en el centro de la habitación. El Circo Ringling Brothers y Barnum & Bailey: el Mayor Espectáculo del Mundo, Jody elegida por el payaso para pasearla en su carretilla. Una instantánea de su madre riendo, cubriéndose la boca con las manos.

Jody revolvió los rollos de película y se esforzó en leer títulos y fechas. Todo llevaba consigo una anécdota, un recuerdo, un momento, fluidos como corrientes de lava que avanzaban, se estiraban y se reconfiguraban incesantemente. Pasaba las películas por el proyector; los engranajes prendían en la guía e impulsaban fotograma tras fotograma; la bombilla parpadeaba.

Vacaciones Familiares: Playa de Rehoboth. Un traje de baño de color naranja, una flor amarilla recortada en torno a su ombligo. Cada día el sol bronceaba el estarcido; cada noche veía ella cómo iba oscureciendo la flor que brotaba en su vientre: igual que el revelado de una fotografía.

Jody jugando entre las olas, horas y horas sin parar, saludando con la mano a su padre, plantado cámara en ristre a la orilla del agua. Jody emergiendo para tomar aire, empapado de agua salada el largo cabello, llamando: «Mamá, papá, miradme, miradme, ¡la vuelta de campana!». Los tres fundidos en un triángulo, dos rebosando amor por el tercero.

Cuando el teléfono sonó, dejó que el contestador actuara mecánicamente: «Hola, en este momento no puedo atender la llamada, pero si deja usted su nombre y número después de la señal…». Silencio. No un corte de línea, sino silencio. Quien había llamado continuaba allí, esperando. Al cabo de treinta segundos el aparato se desconectó solo. Más tarde volvió a ocurrir, y luego otra vez, y otra, y

siempre hubo alguien al otro extremo de la línea, esperando, esperando.

En la cocina, envolviendo uno por uno vasos y copas en papel marrón y colocándolos en una caja, Claire se estremeció. No fue propiamente un temblor, sino un escalofrío.

–Es la casa –dijo Sam–. El traslado te altera los nervios.

Era la casa. No quería volver a poner los pies allí. Si Sam supiera hasta dónde habían llegado las cosas, hasta qué extremos había llegado ella, se vería forzado a emprender alguna acción.

Jody. Deseaba hablar con Jody, pero no habría nada improvisado, nada convencional en lo que diría.

Los empleados de la empresa de mudanzas llegaron, envolvieron los muebles en mantas gruesas y transportaron las cajas rotuladas FRÁGIL/COCINA o JAKE/DORMITORIO, las sacaron del apartamento, del edificio, y las cargaron en el camión. Desde la ventana del décimo piso Claire presenció cómo su vida iba entrando en aquel vehículo especial. Y cuando llegó la hora, recorrió las habitaciones vacías, abrió todas las alacenas, dirigió una última mirada en torno, y a continuación cerró la puerta. Como en un cortejo funerario, siguieron lentamente el camión de mudanzas, a una marcha regular por la East River Drive, cruzaron el puente de Triborough, entraron en la autopista y continuaron hacia Glenville. Una vez ante la casa, Sam la tomó en brazos, la llevó al interior como si fuese una preciada pieza del mobiliario. Los chicos reían. Ella mantenía los ojos cerrados. No quería ver dónde estaba, dónde había estado. A partir de aquel momento habría un muro impenetrable entre lo interior y lo exterior. Instalada en esta fortaleza, esperaría. Jody sabía dónde estaba la casa. Cuando se sintiera dispuesta a ello, iría.

–¿Dónde quiere el sofá? –preguntaron los empleados.

–Aquí –dijo Sam, guiándoles hacia la sala de estar.

Dentro, comenzó el proceso de distribución, tocar cada caja, adivinar dónde debía ir. A lo largo de toda la tarde, y ya entrada la noche, se estuvo oyendo el sonido rasgueante de la cinta de embalaje al ser arrancada. Mientras Sam se esforzaba en encontrar un sitio para cada cosa, en crear un orden de la nada, Claire, inquieta, rondaba de una a otra habitación recogiendo desechos, trozos de cinta adhesiva, hojas de periódico, apretando cajas vacías unas dentro de otras.

Por la noche, ya muy tarde, cuando Sam, Jake y Adam dormían, Claire descolgó de sus perchas las prendas que proyectaba vestir al día siguiente y se las puso con el mayor sigilo. Una vez más, ahora como un fantasma, se deslizó de cuarto en cuarto, hizo inventario, contó sus posesiones, sus hijos, y finalmente salió de la casa sin olvidarse de cerrar con llave la puerta.

En el silencio de la noche cantaban los grillos. Olía a campo. Claire se apresuró a entrar en el coche, retrocedió rápidamente por el camino privado. Encendió los faros. Con las luces largas fue siguiendo los giros y curvas de la oscura y estrecha Hutchinson River Parkway. Conducía con determinación, arrimada a la línea central de la carretera. Más de una vez sus faros captaron los brillantes ojos de algún animal silvestre. De Hutch a Cross County, de Saw Mill a Henry Hudson, las luces de Manhattan, el último puente, una cálida y romántica bienvenida al hogar.

El consultorio estaba tranquilo, el ambiente sosegado. Claire encendió una lámpara, consultó su agenda, ordenó las revistas de la sala de espera, repuso el suministro de Kleenex, palmeó los cojines del sofá de su despacho y, una vez preparada, luego se sentó en su silla a esperar.

Título de la edición original:

In a Country of Mothers

Edición en formato digital: mayo de 2024

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2664-7

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es